Testimonios Para la Iglesia Tomo 7

(01)

INDICE.-

Los Tiempos del Tomo Siete ……. 05

SECCIÓN UNO: Un Servicio Aceptable

La Obra de Salvar Almas ……. 12
La Señal de Avanzar …….. 16
Una obra creciente …….. 17
Una Obra para los Miembros de Iglesia …….. 21
Los lugares desolados de la tierra …… 24
Misioneros de sostén propio ……. 25
Obreros de Entre las Filas …….. 27
Auméntense los Triunfos de la Cruz …… 31
La tarea de la iglesia ……. 31
El Espíritu Santo es nuestra eficacia ……. 32
El poder concedido a los apóstoles …….. 32
Hoy se revelará el mismo poder …….. 33
La Obra en las Ciudades …… 36
La Obra en el Gran Nueva York …….. 39
Que no Haya más Demoras …… 42
El Culto de Familia ……. 44
La Responsabilidad de los Esposos …… 47

SECCIÓN DOS: La Obra de Nuestro Sanatorio

La Extensión de la Tarea …… 53
La ciudad de Nueva York …….. 56
Los estados del sur …… 57
En todos los países …… 59
El Conocimiento de las Leyes de la Salud …….. 63
Elevada Vocación de los Empleados del Sanatorio ……. 69
Un Mensaje para Nuestros Médicos …… 73
El Valor de la Vida al Aire Libre …… 77

(02)

Fuera de las Ciudades …… 81
En el Campo ……. 85
No Entre los Ricos …… 88
Lo que se Debe Tomar en Cuenta al Edificar ……. 90
No para los que Andan en Busca del Placer ……. 95
La Centralización …… 99
La Señal de Nuestra Orden …….. 104

SECCIÓN TRES: Los Alimentos Saludables

La Obra Misionera Médica en las Ciudades …….. 109
La Obra de los Restaurantes …….. 114
El cuidado de los ayudantes …….. 116
La observancia del sábado en nuestros restaurantes ……. 119
Productos Alimenticios Sanos ……. 122
La Fabricación de Productos Alimentarios …….. 125
A nuestros hermanos de todas partes …… 126

Una obra maligna 126
Eduquemos a la Gente 130
SECCIÓN CUATRO: La Obra de Publicaciones
El Plan de Dios para Nuestras Casas Publicadoras 135
Testigos en favor de la verdad 135
Demostración de los principios cristianos 138
Centros misioneros 140
Escuelas de obreros 142
Se cumple el propósito divino 143
Los Impresos de Nuestra Denominación 145
El objeto de nuestras publicaciones 145
Los obreros necesitan experiencia personal 147
El material que se ha de publicar 149
La unidad 150
Casos e incidentes de la vida 150
El mensaje para este tiempo 151
La publicación de libros 151
(03)
Los precios 152
Las traducciones 153
Los Trabajos Comerciales 154
Oportunidades del trabajo comercial 154
No para darles el primer lugar 155
Más acerca de precios 156
Impresos desmoralizadores 156
Las Casas Editoras en los Campos Misioneros 161
Relación de una Casa Editora con Otra 163
Consolidación 164
Rivalidad 165
Colaboración 166
El Colportor 167
El Autor 168
La Iglesia y la Casa Editora 174
Deberes de la iglesia hacia la casa editora 174
Deberes de la casa editora hacia la iglesia 178
Carácter Sagrado de los Instrumentos de Dios 182
La Confianza en Dios 185
La Cooperación 188
El Dominio Propio y la Fidelidad 190
El Peligro de las Malas Lecturas 194
Evítense las Deudas 197
Fe y Valor 201
La Abnegación 206
SECCIÓN CINCO: En el Campo del Sur
Las Necesidades del Sur 210
Una apelación en favor de la raza de color 211
Un llamamiento de la raza de color 213
Un Evangelio para los pobres 215

¿Qué se puede hacer? …… 215
Centros de Influencia …… 220
Nashville como un centro …….. 221
Instrucciones para los Obreros …… 224
Tened Buen Animo …… 230
(04)
SECCIÓN SEIS: Consejos para los que Llevan Cargas
Los Ministros y los Negocios…….. 234
Edúquese a hombres en líneas administrativas …….. 235
Los principios correctos son esenciales ……. 236
Tome Tiempo para Hablar con Dios …….. 238
La Obra del Ministerio …… 242
Las Reuniones de Junta…… 244
La alimentación y las reuniones de junta …… 244
Disciplina Eclesiástica …… 248
"Considerémonos unos a Otros"……. 252
A los Maestros de Nuestras Escuelas ……. 254
Un esfuerzo agresivo …….. 255
El saludo de Cristo para el mundo ……. 255
El panorama …… 257
El poder de lo alto …….. 259
Consideración para Quienes Luchan con Dificultades…… 263
Cambios imprudentes ……. 265
Un llamamiento al servicio …… 266
Una Sabia Distribución de los Recursos……. 268
A Nuestros Pioneros Ancianos…… 271
El Cuidado de los Obreros ……. 275
Obreros desatendidos ……. 276
Provéanse hogares para los obreros …… 276
Nuestros sanatorios, un refugio para los obreros …… 277
Un fondo para los obreros…… 279
Índice de Citas Bíblicas …….. 284
(05)

Los Tiempos del Tomo Siete.-

La publicación del Tomo 7 de los Testimonios para la Iglesia tuvo lugar a fines de 1902, sólo dos años después que el Tomo 6 viera la luz; pero en esos relativamente pocos meses la iglesia había realizado adelantos trascendentales, especialmente en lo que se refiere a la reorganización del trabajo denominacional.

En 1863, alrededor de 38 años antes, la Asociación General había sido organizada, con seis asociaciones locales, todas en los Estados Unidos. Para entonces había 30 pastores ordenados o con licencia, que servían a 3.500 feligreses en 125 iglesias. No había escuelas ni sanatorios adventistas y sólo funcionaba una casa editora denominacional.

Desde el comienzo, con cada década la iglesia había visto duplicarse su feligresía y el número de sus empleados, además de la creación de nuevas líneas de trabajo. Pero al final del siglo la obra había cobrado proporciones mundiales. El informe estadístico del año 1900 muestra que para entonces las publicaciones adventistas se diseminaban en 39 idiomas desde 13 casas publicadoras y sucursales. Quinientos pastores ordenados, junto con otros mil obreros empleados en diversas áreas de servicio

denominacional, servían a 66.000 creyentes repartidos en 1.892 iglesias. Todo esto constituía 45 asociaciones locales y 42 misiones. En Australia y también en Europa las asociaciones acababan de organizarse en uniones.

La introducción de la obra de publicaciones y los inicios del trabajo médico y educacional, junto con el desarrollo de la obra de la escuela sabática, motivaron el comienzo de diversas organizaciones autónomas creadas para promover estas ramas de la causa. Entre ellas se establecieron la Escuela Sabática Internacional, la Asociación Médica Misionera, la Asociación de Libertad Religiosa, y varias asociaciones educativas y de publicaciones. La obra de las misiones extranjeras se hallaba dirigida por la Junta de Misiones Extranjeras. Aunque todas estas organizaciones (06) tenían intereses en común, cada una prestaba servicios como una entidad separada, con oficinas centrales muy distintas unas de otras y distribuidas en todos los Estados Unidos. En lo que se refiere a la Junta de Misiones Extranjeras, habían elegido a Nueva York como sede, por las ventajas que ofrecía por ser un gran centro de navegación. En el caso de la Asociación de la Escuela Sabática, hallaron conveniente establecer sus oficinas en Oakland, California. En cambio, en Chicago, Illinois, estaba la sede de la obra de libertad religiosa. El trabajo médico se estableció en Battle Creek, Michigan.

No es difícil darse cuenta que el crecimiento natural de la denominación había sobrepasado las provisiones originales establecidas en 1863. Era indispensable que se realizaran cambios. La junta directiva de la Asociación General estaba compuesta de doce miembros, cuatro de los cuales residían en Battle Creek. ¿Cómo podía este grupito de hombres atender una obra que crecía rápidamente y que ahora se había transformado en una actividad mundial? Todas las asociaciones y misiones alrededor del mundo, con la excepción de las que componían la Unión Australasiana y la Unión Europea, dependían directamente de la Asociación General para su funcionamiento. A medida que algunas de las ramas de las obra crecían desproporcionadamente y parecían hallarse fuera de control, mientras seguían adelante dentro del marco de independencia organizacional de su propia creación, las perplejidades de los dirigentes se multiplicaban.

Tales eran las circunstancias en Abril de 1901, cuando Elena G. de White, quien acababa de regresar de Australia a los Estados Unidos, habló a los asistentes al Congreso de la Asociación General en su sesión de apertura de ese año. Los exhortó a realizar una reorganización total de la obra, puntualizando especialmente la necesidad de una distribución adecuada de las responsabilidades. Aunque la necesidad de cambios era evidente, cómo realizarlos adecuadamente era un problema extremadamente difícil. Ahora, sin embargo, el llamado a la acción y la presencia de hombres de visión y fe para dirigir la tarea, permitió una completa reorganización de la obra de la Asociación General. En primer término se adoptó el plan de las uniones que ya había sido inaugurado en Australia y seguido en Europa. Esto descargó (07) a los administradores de la Asociación General de muchos detalles que debían atenderse localmente. En segundo término, se establecieron las bases para unificar las diversas organizaciones autónomas de la denominación, tales como la obra de publicaciones, médica, de escuela sabática y educacional y organizarlas como departamentos, bajo la administración de la Asociación General. En tercer lugar, la junta directiva de la Asociación General fue ampliada a todos los campos de la obra mundial para que incluyera todas las ramas de la obra.

Algunos aspectos del trabajo de la Asociación General se reorganizaron rápidamente. Muy pronto vieron la luz los departamentos de Escuela Sabática, Educación y Libertad Religiosa. La organización de otros departamentos tomó más tiempo; y en otros casos la necesidad de cambio no fue evidente hasta cuando sobrevinieron algunos desastres. El proceso de reorganización de la obra médica no se inició hasta que los hombres y mujeres conectados con ella se convencieron de su necesidad y decidieron cambiar su propia filosofía acerca de esta gran obra. En ocasión del Congreso de la Asociación General de 1901, parecía que el Sanatorio de Battle Creek había alcanzado su cumbre puesto que, junto con sus instituciones satélites, constituía una gran parte de la obra de los adventistas del séptimo día. Para entonces resultaba evidente que los dirigentes del sanatorio comenzaban a planear

una gran obra médica misionera de carácter no denominacional, la cual, como ellos la imaginaban, en poco tiempo eclipsaría el trabajo de la denominación adventista.

Fue entonces cuando se produjo el primer desastre, el 18 de febrero de 1902. El edificio principal del Sanatorio de Battle Creek se quemó totalmente. Aunque de inmediato se tomaron medidas para reconstruirlo, tanto la experiencia del incendio como los consejos del espíritu de profecía que llegaron a manos de los obreros durante los meses siguientes al siniestro, abrieron los ojos de muchos para que vieran con claridad el lugar que correspondía al trabajo médico misionero como parte distintiva de la obra denominacional, pero integrada a ella. La instrucción era de extenderse hacia otros lugares y establecer muchos centros médicos misioneros, de alcances no demasiado grandes ni ambiciosos. Con este marco de referencias la Sra. de White escribió la (08) serie de artículos contenidos en la sección "La obra de nuestro sanatorio". Se los incluyó en el Tomo 7 de los Testimonios para que continuaran sirviendo a la denominación.

En los años tempranos, cuando se organizaron la Review and Herald y la Pacific Press, se había hecho necesario el establecimiento de plantas bien equipadas, con el fin de producir a un precio moderado la clase de publicaciones que se necesitaban. Pero al principio no se podían tener esos establecimientos ocupados tiempo completo en trabajos estrictamente denominacionales. Para mantener las máquinas trabajando y para conservar un personal bien entrenado, nuestras casas publicadoras se vieron obligadas a realizar trabajos comerciales. Estos variaban desde la producción de papel membretado y formularios de oficina, hasta la publicación de libros encuadernados en tapa dura. Esta actividad era muy remunerativa y permitía a las casas editoras mantener una sólida situación financiera, para satisfacción de muchos.

Sin embargo, los trabajos comerciales abrieron las puertas a una variedad de problemas. Se aceptó la publicación de manuscritos de carácter dudoso. Algunos de los escritos contenían serios errores doctrinales y otros, por diversas razones, eran de carácter decididamente detrimental. Esta situación alcanzó un punto álgido en los tiempos del Tomo 7. Las oficinas de las casas publicadoras recibieron diversos mensajes del Espíritu de profecía que puntualizaban los peligros de continuar en esa dirección y aconsejaban una reforma. Además, con el correr de los años y a medida que la obra denominacional continuaba expandiéndose, debía llegar el tiempo cuando el personal y las instalaciones de las casas editoras se necesitarían exclusivamente para el trabajo denominacional. Sin embargo, estos mensajes no dieron fruto sino varios años después, cuando tanto la Review and Herald como la Pacific Press fueron destruidas totalmente por incendios. Mientras se realizaban los planes del trabajo que se llevaría a cabo en las nuevas instalaciones, los dirigentes avanzaron por fe y dedicaron los nuevos edificios y sus equipos exclusivamente a la publicación de libros y revistas denominacionales. Lo hicieron a la luz de los consejos contenidos en el Tomo 7, que desde entonces han ejercido una influencia (09) modeladora sobre nuestra obra de publicaciones alrededor del mundo.

Mientras la Sra. de White viajaba de Santa Elena, California, a Battle Creek, Michigan, para asistir al Congreso de la Asociación General de 1901, siguió la ruta del sur, y se detuvo en Nashville para inspeccionar la recientemente establecida oficina de publicaciones allí, y con el fin de visitar las nuevas escuelas que se habían levantado en varios lugares. Estas instituciones se habían suscitado principalmente gracias a los mensajes publicados en las columnas de la Review and Herald, donde se instaba al establecimiento de una obra más amplia en el sur de los Estados Unidos. Sus consejos habían inspirado y dirigido a los que iniciaron el trabajo, aunque en el momento de escribir se hallaba en Australia. Ahora tenía el privilegio de visitar estos centros y comprobar con sus propios ojos hasta dónde se había avanzado.

Con esta información personal del campo y sus necesidades, suplementada con las revelaciones que le habían sido dadas —lo que resultaba en una nueva visión de la obra—, la sierva del Señor se sintió impulsada a pedir que se enviara un mayor número de obreros regulares y laicos a laborar en los estados del sur, para aprovechar las oportunidades de diseminar el mensaje, a la vez que para resolver

los problemas de la conducción de la obra tanto entre los blancos como la gente de color. Estos mensajes conmovedores, escritos durante el período de dos años al que venimos aludiendo, constituyen una parte importante del Tomo 7. Gracias a ellos muchas familias adventistas se trasladaron a vivir a las extensas tierras del sur con el fin de predicar el mensaje mediante el ejemplo de su vida santa y a través de un evangelismo activo. Actualmente somos testigos de la abundante cosecha de las siembras realizadas entonces.

Puesto que los adventistas del séptimo día, desde su experiencia más temprana habían practicado y enseñado diversas reformas en la manera de vivir, también tomaron la iniciativa en el desarrollo y la manufacturación de alimentos saludables, algunos de los cuales estaban destinados a reemplazar adecuadamente los artículos dañinos del régimen alimentario y otros facilitarían la preparación de platillos apetitosos y nutricionalmente balanceados. Tanto los esfuerzos como las enseñanzas de los adventistas (10) del séptimo día pavimentaron el camino para el desarrollo del gran interés por los "cereales" que se ha visto en los años subsiguientes, aun cuando el trabajo de fabricarlos se haya escapado en gran medida de nuestras manos. Con todo, en la época en que se escribió el Tomo 7, trabajábamos con un buen número de nuestros propios centros de producción de alimentos saludables, y en algunas ciudades funcionaban nuestros restaurantes naturistas. Varios capítulos publicados en el Tomo 7 contienen consejos acerca de este aspecto de la obra, subrayando la importancia de realizarlo de tal manera que contribuya positivamente a promover el mensaje distintivo que este pueblo está anunciando al mundo.

Las instrucciones publicadas durante los tiempos del Tomo 7 también contienen diversos llamamientos a que se haga avanzar la obra en las ciudades. Aunque en años subsiguientes otras amonestaciones deberían seguirlos, estos mensajes publicados en la primera sección de esta obra, por primera vez ponen de relieve en forma general delante de nuestros hermanos las necesidades de nuestras grandes ciudades. El trabajo que debía realizarse no se limitaba a los obreros de las asociaciones. Los esfuerzos de los laicos debían aprovecharse en la tarea siempre creciente que había de llevarse a cabo en los grandes centros de población. De ese modo comenzó un gran programa evangelístico que continuaría por muchos años.

Cuando se publicó el Tomo 7 de los Testimonios, los adventistas del séptimo día habían estado trabajando activamente durante más de medio siglo. El correr de los años implicaba la presencia de un gran número de obreros que debían deponer sus armaduras y abandonar sus cargas. Los tales habían trabajado y se habían sacrificado para levantar la causa de Dios, pero ahora llegaba el tiempo cuando debían abandonar sus labores y permitir que manos más jóvenes los reemplazaran. Sin embargo, no se había hecho ninguna provisión para sustentarlos. Tanto la necesidad como el remedio le fueron claramente presentados a la Sra. de White, y en los mensajes finales del Tomo 7 establece con palabras llenas de ternura la responsabilidad de la iglesia hacia sus obreros mayores. El fruto de su instrucción referente al establecimiento de un fondo de retiro se ve actualmente en el plan (11) de jubilación que se estableció pocos años después de la publicación de este tomo.

Como podemos ver, el Tomo 7 de los Testimonios está dedicado sólo a algunas líneas de instrucción, pero sus consejos son vitales y de largo alcance, y han producido frutos abundantes.

Los Fideicomisarios de la Corporación Editorial de Elena G. de White (12)

SECCION UNO: UN SERVICIO ACEPTABLE.-

"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" Romanos 12:2.

La Obra de Salvar Almas.-

Dios me ha dado un mensaje para su pueblo. Debe despertar, ampliar sus tiendas, y extender sus límites. Hermanos míos, ustedes han sido comprados por precio, y todo lo que son y todo lo que tienen ha de usarse para la gloria de Dios y para el bien de sus semejantes. Cristo murió en la cruz para librar al mundo de perecer en el pecado, y en esta obra les solicita su colaboración. Ustedes deben ser sus manos ayudadoras. Con esfuerzos fervorosos e infatigables han de trabajar por la salvación de los perdidos. Recuerden que fueron sus pecados los que hicieron necesaria la cruz. Cuando aceptaron a Cristo como su Salvador ustedes prometieron unirse a él en llevar la cruz. Han echado su suerte con él para vida o muerte, y son parte integrante del gran plan de redención.

El poder transformador de la gracia de Cristo moldea a quien se entrega al servicio de Dios. Cuando se halla imbuido del Espíritu del Redentor, está dispuesto a negarse a sí mismo, listo para tomar su cruz y presto a realizar cualquier sacrificio por el Maestro. Ya no puede ser indiferente a las almas que perecen alrededor suyo. Se eleva por encima del autoservicio. Cristo lo ha transformado en una nueva criatura y el egoísmo no halla lugar en su vida. Comprende que cada aspecto de su existencia pertenece a Cristo, quien lo ha redimido de la esclavitud del pecado; (13) que cada momento de su vida futura ha sido comprado con la preciosa sangre del unigénito de Dios.

¿Comprende usted tan cabalmente el sacrificio hecho en el Calvario, como para estar dispuesto a subordinar todo otro interés a la obra de salvar almas? La misma intensidad que caracterizaba el deseo de salvar a los pecadores en la vida del Salvador, se revelará también en la de sus verdaderos seguidores. Al cristiano no le interesa vivir para sí. Se deleita en consagrar todo lo que tiene y todo lo que es al servicio del Maestro. Lo motiva un deseo inexpresable de ganar almas para Cristo. A los que no participan en absoluto de este deseo, les conviene preocuparse por su propia salvación. Oren ellos por el espíritu de servicio.

¿Cómo puedo glorificar mejor a Aquel a quien pertenezco por creación y redención? Esta es la pregunta que deberíamos hacernos. La persona verdaderamente convertida tratará de rescatar con ansiosa solicitud a los que se hallan todavía bajo el poder de Satanás; rehusará hacer nada que pudiera estorbarlo en su tarea. Si tiene hijos, se dará cuenta de que su obra debe comenzar en su propia familia. Para él, sus hijos son preciosos en gran manera. Al recordar que son los miembros más jóvenes de la familia del Señor, luchará denodadamente por colocarlos donde se hallen en el lado del Señor. Se ha dedicado a servir, honrar y obedecer a Cristo; por lo tanto realizará esfuerzos pacientes e incansables con el fin de educar a sus hijos para que nunca sean hostiles hacia el Salvador.

Dios ha colocado sobre los padres y madres la tarea de salvar a sus hijos del poder del enemigo. Esa es su obra, y no debieran descuidarla por ninguna razón. Los padres que mantienen una conexión viviente con Cristo no descansarán hasta no ver a sus hijos a salvo en el redil. Considerarán que ésta es la responsabilidad de su vida.

Padres, no descuiden la obra que les espera en la iglesia de su propia familia. Este es su primer campo de esfuerzo misionero. El trabajo más importante que puedan realizar consistirá en colocar a sus hijos al lado del Señor. Cuando yerren, trátenlos tiernamente, pero con firmeza. Hagan que se unan con ustedes para oponerse al mal por medio del cual Satanás trata de destruir las almas y los cuerpos de los seres humanos. Compartan con ellos el (14) secreto de la cruz, ese secreto que para ustedes significa santificación, redención y victoria eterna. ¡Qué enorme victoria ganarán cuando logren que sus hijos anden con ustedes en el servicio del Señor!

Si las familias que viven alrededor de ustedes se oponen a la verdad, luchen por lograr que accedan a las demandas de Cristo. Trabajen paciente, sabia y consideradamente, ganando terreno mediante la ternura del ministerio del amor. Presenten la verdad de tal manera que se la vea en toda su hermosura, que ejerza una influencia que no se pueda resistir. De esa manera se derribarán las murallas del prejuicio.

Si esta obra se realizara con fidelidad, si los padres y las madres trabajaran por los miembros de sus propias familias y luego por los que los rodean, exaltando a Cristo mediante una vida piadosa, miles de

almas se salvarían. Cuando el pueblo de Dios se convierta de veras, cuando comprenda que sobre cada uno descansa la obligación de laborar en favor de los que se hallan a su alcance, cuando prueben todos los medios para rescatara los pecadores del poder del enemigo, entonces se quitará el baldón de nuestras iglesias.

Ya nos queda muy poco tiempo para prepararnos para la eternidad. Que el Señor abra los ojos cerrados de su pueblo y avive sus sentidos adormecidos, para que puedan darse cuenta que el Evangelio es poder de Dios para la salvación a todo aquel que cree. Que todos comprendan la importancia de representar a Dios de una manera tan pura y tan justa que el mundo pueda contemplarlo en su hermosura. Que el Espíritu que mora en él, los llene de tal manera que el mundo no tenga poder para desviarlos de la tarea de presentar a los seres humanos las posibilidades maravillosas que se hallan delante de cada alma que recibe a Cristo.

Se necesita una dedicación más cabal en todas las líneas de trabajo. El tiempo pasa. Los siervos de Dios han de ser "en lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11). La gente necesita la verdad, y ésta les ha de ser comunicada mediante esfuerzos fervientes y fieles. Hay que buscar a las almas, orar por ellas y trabajar en su favor. Han de hacerse llamamientos fervorosos y se deben (15) ofrecer oraciones fervientes. Nuestras peticiones débiles y sin espíritu han de ser reemplazadas por súplicas llenas de intenso fervor. La Palabra de Dios declara: "La oración eficaz del justo puede mucho" (Sant. 5:16, ú. p.).

El mundo es nuestro campo de esfuerzo misionero y hemos de salir a trabajar rodeados con la atmósfera del Getsemaní y del Calvario. (16)

La Señal de Avanzar.-

Un precepto eterno de la ley de Jehová demanda que quien acepta la verdad que el mundo necesita haga de la proclamación de esta verdad su primer trabajo. Pero, ¿quién hay que haga realmente suya la preocupación por los pecadores que perecen? Mi corazón se llena de una tristeza inexpresable cuando miro al pueblo profeso de Dios y observo su indisposición a servirle. Son tan pocos los que unen su corazón al corazón de Dios en la realización de su obra postrera y solemne. Hay miles que deben ser amonestados, sin embargo, cuán pocos se consagran totalmente a la causa, dispuestos a ser lo que fuere o a realizar cualquier cosa con tal de ganar almas para Cristo. Jesús murió para salvar al mundo. Trabajó en favor de los pecadores con humildad, con mansedumbre y sin egoísmo, y sigue haciéndolo todavía. Pero muchos que deberían colaborar con él, son autosuficientes e indiferentes.

Actualmente se manifiesta en el pueblo de Dios una alarmante ausencia de esa simpatía que debiera sentirse por las almas no salvadas. Hablamos acerca de las misiones cristianas; se escucha el sonido de nuestra voz; pero, ¿sentimos la ternura que el corazón de Cristo experimenta en favor de los que están fuera del redil? Y a menos que nuestros corazones palpiten en armonía con el corazón de Cristo, ¿cómo podremos comprender la santidad y la importancia de la obra a la cual fuimos llamados, reveladas en las palabras: "Ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta" (Heb. 13:17)?

Dios espera que los seres humanos despierten a cumplir sus responsabilidades. Espera que se unan a él. Obedezcan ellos la señal de avanzar, y no sean más perezosos en el cumplimiento de la voluntad del Señor.

¿Podemos darnos cuenta de cuánta gente en el mundo observa nuestros movimientos? De donde menos lo esperamos se oyen voces que nos instan a proseguir nuestra obra de dar al mundo el (17) último mensaje de misericordia. ¡Despierten, pastores y laicos! Apresúrense a reconocer y aprovechar cada oportunidad y ventaja que les ofrezcan los giros de la rueda de la Providencia. Tanto Dios como el Señor Jesucristo y los ángeles celestiales trabajan con intensa actividad con el fin de detener la fiereza de la ira de Satanás, para que los planes divinos no sean menoscabados. Dios vive y reina. El es quien conduce los asuntos del universo. Que sus soldados marchen hacia la victoria. Que haya unidad

perfecta en sus filas. Prosigan la batalla hasta los portales. El Señor obrará en favor suyo como poderoso Conquistador.

Que el mensaje del Evangelio resuene por todas nuestras iglesias, invitando a sus miembros a una acción universal. Que los feligreses posean una fe creciente, y se llenen del celo den-visibles aliados celestiales al reconocer sus recursos inagotables y la grandiosidad de la empresa en la cual se hallan involucrados, así como el poder de su Guía. Los que se colocan bajo el control divino para ser guiados por el Señor, se darán cuenta del firme curso de los acontecimientos ordenados por él. Bajo la inspiración del Espíritu de aquel que dio su vida por la vida del mundo, no volverán a detenerse impotentes, apuntando a las cosas que no pueden hacer. Se dirigirán hacia la batalla vestidos con la armadura del cielo, dispuestos a realizar lo que Dios pide sabiendo que su omnipotencia suplirá sus necesidades. -

Una obra creciente.-

Los siervos de Dios deben utilizar todos los medios a su alcance para engrandecer su reino. El apóstol Pablo declara que "es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad... Que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres" (t Tim. 2:3-4 y 1). Y Santiago agrega: "Sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados" (Sant. 5:20). Cada creyente está comprometido a unirse con sus hermanos para proclamar la invitación: "Venid, que ya todo está preparado" (Luc. 14:17, ú.p.). Cada uno debe animara los demás a realizar un trabajo de todo corazón. Una iglesia viviente está llamada a llevar a la gente (18) invitaciones conmovedoras. Las almas sedientas han de ser conducidas al agua de la vida.

Los apóstoles llevaban sobre sí la pesada responsabilidad de extender su esfera de acción para proclamar el Evangelio en las regiones lejanas. De su ejemplo se desprende el hecho de que en la viña del Señor no hay lugar para gente inactiva. Sus servidores tienen el deber de agrandar constantemente el círculo de sus esfuerzos. Siempre deben realizar más, nunca menos. La obra del Señor ha de crecer y expandirse hasta circuir el mundo.

Después de un viaje misionero, Pablo y Bernabé volvieron sobre sus pasos, visitando a las iglesias que habían levantado y escogiendo personas que se unieran a ellos en su trabajo. Hoy también los siervos de Dios deben trabajar de la misma manera, eligiendo y entrenando a jóvenes dignos como colaboradores suyos. Que Dios nos ayude a consagrarnos, para que otros puedan santificarse por nuestro ejemplo capacitándose para realizar una obra exitosa en la ganancia de almas para Cristo.

Nos estamos acercando al final de la historia de este mundo; pronto nos hallaremos de pie ante el gran trono blanco. Dentro de poco su tiempo de trabajar se habrá terminado para siempre. Aproveche las oportunidades que se le presenten para hablar una palabra en sazón a las personas con quienes se relaciona. No espere llegar a conocerlos antes de ofrecerles los tesoros inapreciables de la verdad. Salga a trabajar, y las puertas se abrirán delante de usted.

En el día del juicio los perdidos comprenden cabalmente el sacrificio realizado en el Calvario. Se dan cuenta de lo que han perdido al negarse a ser leales. Piensan en el privilegio que habrían podido tener de gozar de una relación elevada y pura; pero es demasiado tarde. El último llamamiento ha sido hecho. Entonces se escucha su amargo clamor: "Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos" (Jer. 8:20).

Sobre nosotros descansa la pesada responsabilidad de amonestar al mundo acerca de su destrucción inminente. Los (19) pedidos de ayuda llegan de todas partes, de lejos y de cerca. Dios pide a su iglesia que se levante y que se vista de poder. Deben ganarse las coronas inmortales; el reino de los cielos se debe conquistar; y ha de iluminarse un mundo que perece en la ignorancia.

El mundo se convencerá por lo que la iglesia viva, y no por lo que se enseñe desde el púlpito. Desde el púlpito el ministro anuncia la teoría del Evangelio; pero la piedad práctica de la iglesia demuestra su poder.

Aunque débil y defectuosa, y en constante necesidad de amonestación y consejo, la iglesia es el objeto de la suprema preocupación de Cristo. El está ocupado en realizar experimentos de la gracia sobre los corazones humanos y obtiene tales transformaciones de carácter que los ángeles, perplejos, expresan su gozo en cánticos de alabanza. Se regocijan al pensar que los seres humanos pecadores y errantes puedan experimentar una transformación tal.
A medida que el mensaje del tercer ángel aumente en magnitud hasta transformarse en el fuerte clamor, gran poder y gloria acompañarán a su proclamación. Los rostros del pueblo de Dios brillarán con la luz del cielo.

El Señor capacitará a hombres y mujeres —sí, y también a niños, como lo hizo con Samuel— para que realicen su obra, haciéndolos mensajeros suyos. Aquel que nunca duerme ni se fatiga vela sobre cada uno de sus obreros, eligiendo su esfera de labor. Todo el cielo observa la lucha que les toca pelear a los siervos de Dios, aunque sea bajo circunstancias aparentemente descorazonadoras. Se realizan nuevas conquistas y se ganan nuevos honores a medida que los siervos de Dios avanzan para pelear la buena batalla de la fe, unidos bajo el estandarte de su Redentor. Todos los ángeles celestiales se hallan al servicio del pueblo de Dios, humilde y creyente; y mientras el ejército de los obreros del Señor eleva aquí abajo sus cánticos de alabanza, el (20) coro celestial se une a ellos en acciones de gracias, rindiendo su alabanza a Dios y a su Hijo.

En realidad no hay nada más invencible, aunque aparezca totalmente desamparada, que el alma que acepta su incapacidad y confía totalmente en los méritos del Salvador. Dios enviaría en su ayuda a cada ángel del cielo en lugar de permitirle que sea vencida.

El grito de batalla se deja oír a lo largo de las filas. Que cada soldado de la cruz, desprovisto de autosuficiencia, avance revestido de mansedumbre y humildad, y provisto de una firme fe en Dios. Su

obra y la mía no terminarán con esta vida. Podremos descansar en la tumba durante breve tiempo; pero, cuando se escuche el llamado, asumiremos de nuevo nuestro trabajo en el reino de Dios. (21)

Una Obra para los Miembros de Iglesia.-

TENEMOS que proclamar al mundo un mensaje del Señor, un mensaje que ha de ser dado en la rica plenitud del poder del Espíritu. Nuestros ministros deben ver la necesidad de salvar a los perdidos y dirigir llamamientos directos a los inconversos. "¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?" preguntaron los fariseos a los discípulos de Cristo. Y el Salvador les respondió: "No he venido a llamar justos, sino a pecadores, al arrepentimiento" (Mat. 9:11, 13). Esta es la obra que él nos ha confiado. Y nunca hubo tanta necesidad de hacerla como actualmente.

Dios no encomendó a sus ministros la obra de poner en orden las iglesias. Parecería que apenas es hecha esa obra es necesario hacerla de nuevo. Los miembros de iglesia en favor de los cuales se trabaja con tanta atención, llegan a ser débiles en lo religioso. Si las nueve décimas del esfuerzo hecho en favor de quienes conocen la verdad se hubiesen dedicado a los que nunca oyeron la verdad, ¡cuánto mayor habría sido el progreso hecho! Dios nos ha privado de sus bendiciones porque su pueblo no obró en armonía con sus indicaciones.

Los que conocen la verdad se debilitan si nuestros ministros les dedican el tiempo y el talento que debieran consagrar a los in-conversos. En muchas de nuestras congregaciones de las ciudades, el ministro predica sábado tras sábado, y sábado tras sábado los miembros de la iglesia vienen a la casa de Dios sin tener nada que decir en cuanto a las bendiciones recibidas por haber impartido bendiciones a otros. No han trabajado durante la semana para poner en práctica la instrucción que se les dio el sábado. Mientras los miembros de la iglesia no hagan esfuerzo para impartir a otros la ayuda que ellos recibieron, habrá forzosamente gran debilidad espiritual.

La mayor ayuda que pueda darse a nuestro pueblo consiste en enseñarle a trabajar para Dios y a confiar en él, y no en los (22) ministros. Aprendan a trabajar como Cristo trabajó. Únanse a su ejército de obreros, y préstenle un servicio fiel.

Hay ocasiones en que es propio que los sábados los ministros prediquen a nuestras iglesias sermones breves, llenos de la vida y el amor de Cristo. Pero los miembros de la iglesia no deben esperar un sermón cada sábado.

Recordemos que somos peregrinos y extranjeros en esta tierra, que buscamos una patria mejor, a saber la celestial. Trabajemos con tal fervor y devoción, que los pecadores sean atraídos a Cristo. Los que se unieron al Señor y prometieron servirle están obligados a participar con él de la grande y magnífica obra de salvar almas. Desempeñen fielmente su parte durante la semana los miembros de la iglesia, y relaten el sábado lo que han experimentado. La reunión será entonces alimento a su tiempo, que infunda a todos los presentes nueva vida y vigor. Cuando los hijos de Dios vean la gran necesidad que hay de trabajar como trabajó Cristo por la conversión de los pecadores, los testimonios que den en el culto del sábado estarán llenos de poder. Con gozo relatarán la preciosa experiencia que han adquirido al trabajar en favor de los demás.

Nuestros ministros no han de dedicar su tiempo a trabajar por aquellos que ya han aceptado la verdad. Con el amor de Cristo ardiendo en su corazón, deben salir a ganar pecadores para el Salvador. Junto a todas las aguas han de sembrar la simiente de verdad, visitando un lugar tras otro para suscitar iglesia tras iglesia. Los que se deciden por la verdad, deben ser organizados en iglesias, y luego el predicador pasará adelante a otros campos igualmente importantes.

Tan pronto como se organice una iglesia, ponga el ministro a los miembros a trabajar. Necesitarán que se les enseñe cómo trabajar con éxito. Dedique el ministro más de su tiempo a educar que a predicar. Enseñe a la gente a dar a otros el conocimiento que recibieron. Aunque se debe enseñar a los nuevos conversos a pedir consejo a aquellos que tienen más experiencia en la obra, también se les debe enseñar a no poner al ministro en el lugar de Dios. Los ministros no son sino seres humanos aquejados de

flaquezas. Cristo es el único en quien debemos buscar dirección. "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros,... lleno (23) de gracia y de verdad" . "Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia" (Juan 1:14, 16).

El poder del Evangelio reposará sobre los grupos suscitados y los hará idóneos para servir. Algunos de los conversos quedarán de tal manera henchidos del poder de Dios, que entrarán en seguida en la obra. Trabajarán con tanta diligencia que no tendrán tiempo ni disposición para debilitar las manos de sus hermanos con críticas severas. Su único deseo será proclamar la verdad en las regiones lejanas.

El Señor me ha presentado la obra que debe hacerse en nuestras ciudades. Los creyentes que hay en ellas pueden trabajar para Dios en el vecindario de sus casas. Deben hacerlo en silencio y con humildad, acompañados siempre por la atmósfera del cielo. Si mantienen al yo oculto y siempre dirigen la atención hacia Cristo, se sentirá el poder de su influencia.

A medida que el que trabaja se entrega sin reserva al servicio del Señor, adquiere una experiencia que le capacita para trabajar cada vez con más éxito para el Maestro. La influencia que le atrajo a Cristo le ayuda a llevara otros a él. Tal vez no le toque nunca hablar en público, pero no por eso es menos ministro de Dios; y su trabajo testifica de que es nacido de Dios.

No es propósito del Señor que se deje a los ministros hacer la mayor parte de la obra de sembrar las semillas de verdad. Hombres que no han sido llamados al ministerio deben ser estimulados a trabajar para el Maestro de acuerdo a sus diversas capacidades. Centenares de hombres y mujeres que están ahora ociosos podrían prestar un servicio aceptable. Proclamando la verdad en los hogares de sus amigos y vecinos, podrían hacer una gran obra para el Maestro. Dios no hace acepción de personas. El empleará a los cristianos humildes y devotos, aun cuando no hayan recibido instrucción tan cabal como la que recibieron algunos otros. Dedíquense los tales a servirle trabajando de casa en casa. Sentados al lado del hogar, pueden, si son humildes, discretos y piadosos, hacer más de lo que podría hacer un ministro ordenado para satisfacer las necesidades reales de las familias.

¿Por qué no sienten los creyentes una preocupación más profunda y ferviente por los que no están en Cristo? ¿Por qué no se reúnen dos o tres para interceder con Dios por la salvación de (24) alguna persona en especial, y luego por otra aún? Organícense nuestras iglesias en grupos para servir. Únanse diferentes personas para trabajar como pescadores de hombres. Procuren arrancar almas de la corrupción del mundo y llevarlas a la pureza salvadora del amor de Cristo.

La formación de pequeños grupos como base del esfuerzo cristiano me ha sido presentada por Uno que no puede errar. Si hay muchos miembros en la iglesia, organícense en pequeños grupos para trabajar no sólo por los miembros de la iglesia, sino en favor de los incrédulos. Si en algún lugar hay solamente dos o tres que conocen la verdad, organícense en un grupo de obreros. Mantengan íntegro su vínculo de unión, cerrando sus filas por el amor y la unidad, estimulándose unos a otros para progresar y adquiriendo cada uno valor, fortaleza y ayuda de los demás. Revelen la tolerancia y paciencia que manifestó Cristo y evitando las palabras apresuradas, usen el talento del habla para edificarse unos a otros en la santísima fe. Trabajen con el mismo amor que Cristo en favor de los que no están en el redil, olvidándose del yo en su esfuerzo por ayudara otros. Mientras trabajen y oren en el nombre de Cristo, aumentará su número; porque el Salvador dice: "Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos" (Mat. 18:19).

Los lugares desolados de la tierra.-

Ciertas familias deben establecerse con humilde confianza en Dios en los lugares desolados de su viña. Se necesitan hombres y mujeres consagrados para que se destaquen como árboles de justicia que fructifiquen en lugares desiertos de la tierra. Como recompensa de sus esfuerzos abnegados por sembrar las semillas de verdad, cosecharán una rica mies. Mientras visiten una familia tras otra y expliquen las Escrituras a los que están en tinieblas espirituales, muchos corazones serán conmovidos.

En campos donde las condiciones son tan desfavorables y desalentadoras que muchos obreros se niegan a ir allí, pueden producirse muy notables mejoramientos mediante los esfuerzos de miembros laicos abnegados. Estos humildes obreros lograrán mucho por sus esfuerzos pacientes y perseverantes, pues no (25) confían en el poder humano, sino en Dios, quien les concede su favor. La cantidad de bien que estos obreros logren no se conocerá en este mundo.

Misioneros de sostén propio.-
Los misioneros que se sostienen a sí mismos tienen con frecuencia mucho éxito. Iniciada de una manera humilde y reducida, su obra se ensancha a medida que avanzan bajo la dirección del Espíritu de Dios. Emprenden dos o tres juntos la obra de evangelización. Quizás los que encabezan la obra no les prometen ayuda financiera; vayan, sin embargo, adelante, orando, cantando, enseñando y viviendo la verdad. Pueden empezar a colportar, y de esa manera introducirán la verdad en muchas familias. Mientras progresan en su obra, adquirirán una experiencia bendecida. Les infunde humildad el sentido de su importancia, pero el Señor va delante de ellos y hallan favor y ayuda tanto entre los ricos como entre los pobres. Aun la pobreza de estos misioneros consagrados es un medio de hallar acceso a la gente. Mientras siguen adelante, son ayudados de muchas maneras por aquellos a quienes imparten alimento espiritual. Llevan el mensaje que Dios les dio y sus esfuerzos se verán coronados de éxito. Serán llevados a un conocimiento de la verdad muchos que, de no ser por estos humildes instructores, nunca habrían sido ganados para Cristo.
Dios llama a obreros que entren en el campo de la mies que ya blanquea. ¿Tendremos que aguardar porque la tesorería está agotada, porque hay apenas lo suficiente para sostener a los obreros que están ya en el campo? Salid con fe, y Dios estará con vosotros. La promesa es: "Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas" (Salmo 126:6).
Nada contribuye tanto al éxito como el éxito mismo. Obténgase éste por esfuerzo perseverante, y la obra progresará. Se abrirán nuevos campos. Muchas almas serán llevadas al conocimiento de la verdad. Lo que se necesita es que aumente la fe en Dios.

Nuestro pueblo ha recibido gran luz, y sin embargo, muchos de (26) los ministros dedican sus esfuerzos a las iglesias, enseñando a los que debieran ser instructores; iluminando a los que debieran ser "la luz del mundo"; regando a aquellos de los cuales debieran fluir ríos de aguas vivas; enriqueciendo a los que podrían ser minas de verdad preciosa; repitiendo la invitación del Evangelio a los que, dispersos hasta los últimos confines de la tierra, debieran estar dando el mensaje del cielo a los que nunca lo han oído; alimentando a aquellos que debieran estar en los caminos y los vallados dando la invitación: "Las bodas a la verdad están aparejadas".

Aquellos cuyas ligaduras de pecado han sido rotas, que han buscado al Señor con corazón contrito y han obtenido respuesta a su anhelante petición de justicia, no son nunca fríos ni sin aliento. Su corazón está lleno de amor abnegado por los pecadores. Desechan de sí toda ambición mundanal, todo egoísmo. Su trato con las cosas profundas de Dios los hace más y más semejantes a su Salvador. Se regocijan en los triunfos de él y se sienten henchidos de su gozo. Día tras día crecen hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo. (27)

Obreros de Entre las Filas.-

Dios observa este mundo con intenso interés. El conoce la capacidad que los hombres tienen para el servicio. Al mirar el curso de los siglos, el Señor cuenta a sus obreros —tanto hombres como mujeres— y les prepara el camino, diciendo: "Les enviaré a mis mensajeros, y en medio de las tinieblas verán que brilla una gran luz. Al ser ganados para servir a Cristo, utilizarán sus talentos para la gloria de mi nombre. Se los verá salir a trabajar para mí con celo y devoción. La verdad llamará poderosamente la atención de millares como resultado de sus esfuerzos, y los hombres que se hallan ciegos espiritualmente recibirán la vista y contemplarán mi salvación. La verdad cobrará tal prominencia que podrán leerla aun los que pasen corriendo. Se diseñarán diversos medios con el fin de alcanzar los corazones. En esta obra se utilizarán algunos métodos diferentes de los que se han usado anteriormente, pero que nadie los estorbe criticándolos a causa de ello".

Las personas a quienes Dios elige como obreros, no siempre son gente de talento a la vista del mundo. A veces escoge a gente sin instrucción y les asigna una tarea especial. Estos tienen acceso a una clase que otros no podrían alcanzar. Al abrir sus corazones a la influencia de la verdad, Cristo les imparte sabiduría. Sus vidas inspiran y exhalan la fragancia de la piedad. Eligen cuidadosamente las palabras antes de hablarlas. Se desviven por promover el bienestar de sus semejantes. Se acercan a los necesitados y desanimados llevándoles alivio y felicidad. Comprenden la necesidad de permanecer constantemente bajo la enseñanza de Cristo, para poder trabajar en armonía con la voluntad de Dios. Estudian la mejor forma de imitar el ejemplo dado por el Salvador al llevar la cruz y negarse a sí mismo. Al constituirse en testigos de Dios, revelan su amor y compasión y le rinden toda la gloria a Aquel a quien aman y sirven.

Aprenden constantemente del Gran Maestro, y desarrollan (28) cada vez un más alto grado de excelencia, aunque siempre se mantienen bajo el sentimiento de su propia ineficacia y debilidad. Su fuerte y amorosa admiración por Cristo los impulsa constantemente hacia arriba. Practican sus virtudes; porque su vida está identificada con la suya. En su constante avance ascendente son una bendición para el mundo y una honra para su Redentor. Acerca de ellos Cristo declara: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad" (Mat. 5:5).

Se debe animar a tales obreros. Su trabajo no está llamado a ser visto de los hombres, sino a glorificar a Dios; y soportará el escrutinio divino. El Señor permite que estos obreros se relacionen con los que poseen habilidades más marcadas, con el fin de llenar los Vacíos que van quedando. Se siente complacido cuando se los aprecia, porque ellos constituyen eslabones en su cadena de servicio.

Los seres humanos que se creen importantes y que se hallan henchidos con el pensamiento de sus propias habilidades superiores, pasan por alto a esta clase de, obreros contritos y humildes; pero Dios no los pierde de vista ni siquiera por un momento. El se da cuenta de todo lo que hacen con el fin de ayudara los que se encuentran en necesidad. En las cortes celestiales, cuando se reúnan los redimidos en el hogar, estarán de pie más cerca del Hijo de Dios. Ellos resplandecerán en las cortes del Señor honrados por él, porque a su vez han considerado un honor ministrar en favor de aquellos por quienes dio su vida.

Dios inspirará a hombres que se hallan en posiciones humildes para que prediquen el mensaje de la verdad presente. Se verá que muchos de ellos se apresuran de aquí para allá, constreñidos por el Espíritu de Dios, llevando la luz a los que se hallan en tinieblas. En ellos la verdad es como fuego en sus huesos, que los llena de un ardiente deseo de alumbrar a los que están en oscuridad. Muchos, aun entre los iletrados, proclamarán la palabra del Señor. Aun los niños se sentirán impulsados por el Espíritu de Dios para salir a declarar el mensaje del cielo. El Espíritu será derramado sobre las personas que se someten a sus indicaciones. Desechando los reglamentos humanos que los (29) estorbaban y sus excesivas precauciones, se unirán al ejército del Señor.

En el futuro, el Espíritu del Señor impresionará a personas que se dedican a los quehaceres comunes de la vida para que dejen sus empleos ordinarios y salgan a proclamar el último mensaje de misericordia. Se los debe preparar para el trabajo tan rápidamente como sea posible, para que sus esfuerzos sean coronados de éxito. Ellos colaboran con los agentes celestiales, porque están dispuestos a gastar y a ser gastados en el servicio del Maestro. Nadie está autorizado a estorbar a estos obreros. En cambio, se les debe desear la bendición de Dios cuando salen a cumplir la gran comisión. Al hablar de ellos no se debe utilizar ninguna palabra descomedida, porque siembran la semilla del Evangelio en los lugares difíciles de la tierra.
Las cosas mejores de la vida: la sencillez, la honestidad, la veracidad, la pureza, la integridad intachable, no se pueden comprar ni vender; son tan gratuitas para el ignorante como para el educado, para el hombre de color como para el blanco, y para el humilde campesino como para el rey que se sienta sobre su trono. El regocijo del Salvador será compartido por obreros humildes que no confían en sus propias fuerzas, sino que trabajan con sencillez, poniendo siempre su confianza en Dios. Sus oraciones perseverantes traerán almas a los pies de la cruz. Jesús influirá en los corazones de la gente y obrará milagros en la conversión de las almas, en respuesta a los esfuerzos abnegados de estos obreros. Los seres humanos ingresarán a la comunidad de la iglesia. Se edificarán casas de reuniones y se establecerán escuelas. Los corazones de los obreros se llenarán de regocijo al observar la salvación de Dios.

Cuando los redimidos se congreguen en la presencia de Dios, se darán cuenta de cuán imperfectas eran sus conclusiones acerca de lo que el cielo considera como éxito. Al repasar sus esfuerzos por alcanzar el éxito descubrirán cuán insensatos eran sus planes, cuán triviales sus supuestas pruebas, y cuán irrazonables sus (30) dudas. Entonces verán cuán a menudo acarrearon el fracaso sobre lo que hacían por no confiar en lo que Dios decía. Entonces una verdad se destacará con toda claridad: la posición que se ocupa no prepara al hombre para entrar en las cortes celestiales. También se darán cuenta de que el honor que se rinde a los seres humanos pertenece sólo a Dios, y que a él corresponde toda la gloria. De los labios del coro de ángeles y de la hueste de redimidos brotará el cántico: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres santo" (Apoc. 15:3-4). (31)

Auméntense los Triunfos de la Cruz.-
"El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Rom. 8:32).
Cuando este don maravilloso e inapreciable fue concedido al mundo, todo el universo celestial se conmovió poderosamente en un esfuerzo por comprender el insondable amor de Dios, preocupado por despertar en los corazones humanos una gratitud proporcional al valor de dicho don. ¿Continuaremos indecisos entre dos opiniones, nosotros por quienes Cristo dio su vida? ¿Le devolveremos a Dios sólo un mínimo de las capacidades y las fuerzas que él nos ha prestado? ¿Cómo podemos hacerlo sabiendo que el Comandante de todo el cielo, comprendiendo la miseria de la raza caída, se despojó de su manto y corona reales y habiendo tomado sobre sí la naturaleza humana, vino a esta tierra para que la unión de nuestra humanidad con su divinidad fuera posible? Se hizo pobre para que nosotros pudiéramos poseer el tesoro celestial, "un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Cor. 4:17). Pasó de una

humillación a otra con el fin de rescatarnos, hasta que él, el Divino-humano, el Cristo sufriente, fue levantado en la cruz para atraer a todos los hombres a sí mismo. El Hijo de Dios no pudo mostrar una condescendencia mayor que la que mostró; no pudo haberse rebajado más.
Este es el misterio de la piedad, el misterio que ha inspirado a los agentes celestiales a ministrar de tal manera a la humanidad caída que en el mundo se despertará un interés intenso por el plan de salvación. Este es el misterio que ha inducido a todo el cielo a unirse con el hombre en la realización del gran plan de Dios para la salvación de un mundo arruinado.

La tarea de la iglesia.-
La tarea de extender los triunfos de la cruz de un punto a otro se les ha encomendado a los agentes humanos. Como cabeza de la (32) iglesia, Cristo demanda que cada persona que dice creer en él se niegue a sí misma y siga su ejemplo de autosacrificio en sus esfuerzos en favor de la conversión de todos aquellos a quienes Satanás y su inmenso ejército quieren destruir a cualquier costo. Se llama al pueblo de Dios para que se reúna sin demora bajo el estandarte ensangrentado de Cristo Jesús. Deben continuar sin tregua la lucha contra el enemigo, llevando la batalla hasta sus mismas puertas. Se le debe asignar su puesto del deber a cada persona que se agrega a las filas mediante la conversión. En esta lucha cada uno debe estar dispuesto a ser o a realizar lo que se le pida. Cuando los feligreses se esfuercen con denuedo para hacer avanzar el mensaje, sus vidas experimentarán el gozo del Señor y verán sus esfuerzos coronados de éxito. El triunfo sigue invariablemente al esfuerzo decidido.

El Espíritu Santo es nuestra eficacia.-
En su capacidad de Mediador, Cristo concede a sus siervos la presencia del Espíritu Santo. Es la eficacia del Espíritu la que capacita a los agentes humanos para ser representantes del Redentor en la tarea de salvar almas. Es indispensable que nos coloquemos bajo la influencia modeladora del Espíritu Santo si queremos unirnos con Cristo en esta obra. El poder impartido de este modo nos capacita para trabajar con el Señor, en el vínculo de la unidad, como colaboradores suyos en la salvación de las almas. A todo aquel que se ofrece al Señor para servir, sin retener nada, se le concede poder para alcanzar resultados sin medida.
Mediante una promesa eterna, el Señor Dios se ha comprometido a suplir de poder y gracia a todo aquel que se santifica mediante la obediencia de la verdad. Cristo, a quien se le ha entregado todo el poder en el cielo y en la tierra, aprueba a sus instrumentos y colabora con ellos: esas almas fervientes que participan cotidianamente del pan vivo "que desciende del cielo" (Juan 6:50). La iglesia de la tierra, unida con la iglesia celestial, puede lograr todas las cosas.

El poder concedido a los apóstoles.-
En el día del Pentecostés el Infinito se reveló a la iglesia poderosamente. Descendió de las alturas de los cielos mediante (33) su Santo Espíritu y entró como un viento poderoso en el aposento donde los discípulos se hallaban reunidos. Parecía como si esta influencia hubiera estado restringida durante siglos y ahora el cielo se regocijara en derramar sobre la iglesia las riquezas del poder del Espíritu. Y, bajo la influencia del Espíritu, se mezclaron las palabras de penitencia y confesión con los cánticos de alabanzas por los pecados perdonados. Se oyeron palabras de profecía y acciones de gracia. Todo el Cielo se inclinó para contemplar y adorar la sabiduría del amor incomparable e imposible de comprender. Maravillados, los apóstoles y los discípulos exclamaron: "En esto consiste el amor" (1 Juan 4:10). Recibieron el don que se les había impartido. ¿Y cuál fue el resultado? Miles se convirtieron en un día. La espada del Espíritu, afilada con poder y bañada en los relámpagos del cielo, se abrió camino en medio de la incredulidad.
Los corazones de los discípulos se hallaban embargados de una benevolencia tan plena, tan profunda, de tan amplio alcance que los impulsó a viajar hasta los confines de la tierra para testificar: "No

permita Dios que nos gloriemos sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo". Los embargaba el intenso deseo de que se agregaran a la iglesia los que debían ser salvos. Instaron a los creyentes a que se levantaran e hicieran su parte para que todas las naciones pudieran escuchar la verdad y la tierra fuera alumbrada con la gloria del Señor.

Hoy se revelará el mismo poder.-

Los apóstoles llegaron a ser lo que fueron por la gracia de Cristo. La devoción sincera y humilde y la oración ferviente los pusieron en íntima comunión con él. Se sentaron con el Señor en los lugares celestiales. Comprendieron la enormidad de su deuda para con él. Mediante la oración sentida y perseverante obtuvieron el don del Espíritu Santo, y luego salieron cargados con la responsabilidad de salvar almas y colmados de celo a extender los triunfos de la cruz. Y como resultado de sus labores, muchas almas fueron trasladadas de las tinieblas a la luz y se organizaron numerosas iglesias.

¿Seremos hoy menos fervorosos que los apóstoles? Mediante una fe viviente ¿no reclamaremos como nuestras las mismas promesas (34) que desde lo íntimo de su ser los motivaron a suplicar al Señor Jesús que cumpliera sus palabras: "Pedid, y recibiréis" (Juan 16:24)? ¿No ha de venir hoy también el Espíritu de Dios, en respuesta a la oración perseverante y sentida, para llenara los hombres de poder? ¿Acaso hoy no asegura Dios también a sus obreros suplicantes, creyentes y confiados, que imparten el conocimiento de las Escrituras a los que ignoran las preciosas verdades que contiene, "he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20)? Entonces, ¿por qué la iglesia es tan débil y falta de espiritualidad?

Así como los discípulos salieron a predicar el Evangelio llenos del poder del Espíritu, de igual manera lo han de hacer los siervos de Dios en la actualidad. Debemos emprender la obra del Señor colmados con el sincero deseo de impartir el mensaje de misericordia a los que se hallan en las tinieblas del error y de la incredulidad. El es quien nos asigna lo que debemos realizar en colaboración con él y él mismo se encargará de influir en los corazones de los inconversos para llevar a cabo su obra en las regiones lejanas. Ya hay muchos que están recibiendo el Espíritu Santo, y el camino nunca más se verá bloqueado por una indiferencia apática.

¿Por qué quedó registrada la historia del trabajo realizado por los discípulos con celo piadoso, mientras el Espíritu Santo los animaba y vitalizaba, si no fue para que el pueblo del Señor se inspirara hoy en ese registro con el fin de laborar fervientemente para él? En la actualidad es tanto más esencial que el Señor haga por su pueblo lo que hizo en el tiempo pasado. Cada miembro de iglesia debe realizar actualmente todo lo que los apóstoles hicieron. Y el Espíritu Santo acompañará en medida mucho más abundante la obra que nos toca cumplir con mucho mayor fervor, porque el aumento de la impiedad exige una amonestación tanto más decidida al arrepentimiento.

Todo aquel sobre quien brilla la luz de la verdad presente debe compadecerse por los que están en tinieblas. Claros y definidos rayos de luz deben reflejarse en todos los creyentes. El Señor espera realizar hoy una obra similar a la que delegó a sus mensajeros para que la llevaran a cabo después del día del Pentecostés. En este tiempo, cuando el fin de todas las cosas se acerca, ¿no (35) debería ser mayor el celo de la iglesia que el que caracterizó a la iglesia primitiva? Los discípulos fueron motivados a testificar poderosamente en favor de la verdad mediante un celo que glorificaba al Señor. ¿No debiéramos permitir que ese mismo celo encienda nuestros corazones con el ferviente deseo de relatar a otros la historia del amor redentor de Cristo, y de éste crucificado? ¿No debiera revelarse hoy el poder de Dios mucho más abundantemente que durante el tiempo de los apóstoles? (36)

La Obra en las Ciudades.-

Oakland, California, 01 de Abril de 1874.

He visto en sueños a varios de nuestros hermanos reunidos en comisión considerando los planes de trabajo para la próxima estación. Pensaban que era mejor no entrar en las grandes ciudades, sino

empezar más bien la obra en pequeñas localidades alejadas de las ciudades. Allí, pensaban ellos, se encontrará menos oposición de parte del clero, y se podrán evitar grandes gastos. Estimaban que nuestros predicadores, siendo pocos, no podían ocuparse en instruir y cuidar a aquellos que aceptaran la verdad en las grandes ciudades, los que, a causa de la oposición más fuerte que se manifestaría allí, tendrían mayor necesidad de ayuda que si estuviesen en los pueblos. El fruto de una serie de conferencias en las ciudades grandes se perdería así. Se hizo notar también que nuestros recursos eran limitados, y que siendo los miembros de una iglesia situada en una ciudad grande susceptibles de mudarse con frecuencia, sería difícil organizar una iglesia que fortaleciese la causa. Por el contrario, mi esposo insistía ante estos hermanos para que hiciesen sin tardanza planes más amplios y realizasen en las ciudades esfuerzos prolongados y concienzudos, más en armonía con el carácter de nuestro mensaje. Un obrero relató incidentes que le habían sucedido en las ciudades, para demostrar que su trabajo había tenido muy poco éxito, mientras que había tenido mejor éxito en las localidades pequeñas.

El personaje celestial que, revestido de dignidad y autoridad, asiste a todas nuestras reuniones de junta, escuchaba cada palabra con el más profundo interés. Habló con firmeza y completa seguridad: "El mundo entero —dijo,— es la gran viña de Dios. Las ciudades y los pueblos son las partes que la constituyen. Es necesario que se trabaje en todos los lugares. Satanás tratará de interponerse y desalentar a los obreros, de manera que les impida dar el mensaje tanto en los lugares más conocidos como en los (37) más retirados. Intentará esfuerzos desesperados para apartar a la gente de la verdad e inducirla en el error. Los ángeles del cielo han recibido la misión de sostener los esfuerzos de los misioneros que Dios envíe al mundo. Los predicadores deben alentar en los otros y conservar en sí mismos una fe y una esperanza inquebrantables, como lo hizo Cristo, su Jefe. Deben permanecer delante de Dios humildes y contritos".

Dios se propone hacer llegar su preciosa Palabra, así como las advertencias y amonestaciones que contiene, a todos los que están aún en las tinieblas e ignoran lo que creemos. Esta Palabra debe ser proclamada a todos, a fin de que sea para todos un testimonio recibido o rechazado. No penséis que os incumbe la responsabilidad de convencer y convertir a los oyentes. Únicamente la potencia de Dios puede enternecer los corazones. Vuestra tarea consiste en presentar la Palabra de vida a fin de que todos tengan ocasión de recibir la verdad si la desean. Si se apartan de la verdad celestial, será para su condenación.

No debemos ocultar la verdad en lugares apartados de la tierra; hay que darla a conocer; debe brillar en las ciudades grandes. Cuando Jesús trabajaba en la tierra, frecuentaba la orilla del mar y los lugares concurridos por los viajeros, dondequiera que pudiese encontrar gente que venía de todas partes del mundo. Impartía la luz verdadera, sembraba la semilla del Evangelio, separaba la verdad del error con que se había mezclado y la presentaba en su claridad y sencillez originales para que los hombres pudiesen comprenderla.

El mensajero celestial que estaba con nosotros dijo: "No perdáis de vista el hecho de que el mensaje que proclamáis está destinado al mundo entero. Debe ser predicado en todas las ciudades y en todos los pueblos, por los caminos y los vallados. No debéis limitar la proclamación del mensaje". En la parábola del sembrador, Cristo ilustró su obra y la de sus siervos. La semilla cayó en toda clase de terreno. Algunos granos cayeron en un terreno mal preparado; mas el sembrador no suspendió su trabajo. Por todas partes debéis sembrar la verdad. Dondequiera que podáis penetrar, presentad la Palabra de Dios. Sembrad junto a todas las aguas. Puede ser que no notéis en seguida el resultado de vuestro trabajo, mas no os desalentéis. Hablad las palabras (38) que Cristo os dé. Trabajad según su método. Id por todas partes, como fue él mismo por todas partes durante su ministerio terrenal.

El Redentor del mundo tuvo muchos oyentes, mas muy pocos discípulos. Noé predicó durante ciento veinte añosa los antediluvianos, y sin embargo muy pocos apreciaron el precioso tiempo de gracia que se les concedió. Fuera de Noé y su familia, ni uno solo se unió a los creyentes para entrar en el arca. De

entre todos los habitantes de la tierra, sólo ocho recibieron el mensaje; pero este mensaje condenó al mundo. La luz fue dada para que los hombres pudiesen creer; se perdieron porque rechazaron la luz. El mensaje que damos al mundo será sabor de vida para todos los que lo acepten y de condenación para todos los que lo rechacen.
El mensajero se volvió hacia uno de los presentes y le dijo: "Vuestras ideas acerca de la tarea que falta por cumplir son excesivamente estrechas. No debéis encender vuestra luz para ponerla bajo un almud o una cama; debe ser colocada sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en el mundo, la gran casa de Dios. Debéis tener miras más amplias que las que habéis tenido hasta ahora". (39)

La Obra en el Gran Nueva Cork.-
Santa Elena, California, 12 de Septiembre de 1902.
Ha llegado el tiempo de realizar esfuerzos decididos en favor de la proclamación de la verdad en nuestras grandes ciudades. Se debe presentar el mensaje con tanto poder que se convenzan los que lo escuchen. Dios suscitará obreros para que realicen esta labor. Que nadie estorbe a estos hombres a quienes Dios ha comisionado. No los impidan. Dios les ha asignado su tarea. Llegarán a ocupar responsabilidades influyentes y peculiares y proclamarán la verdad en los lugares menos prometedores. Algunos que antes eran enemigos de la verdad se transformarán en valiosos colaboradores, y harán avanzar la obra con sus propios medios e influencia.
En estas grandes ciudades se deberían establecer estaciones misioneras donde se puedan entrenar obreros para que presenten a la gente el mensaje especial para este tiempo. Se necesita toda la instrucción que estos centros misioneros puedan ofrecer.
En Nueva York se comenzó un centro misionero bajo la dirección de Dios. Se debería continuar esta obra con el poder del mismo Espíritu que nos guió en su establecimiento. Los que tienen que soportar la responsabilidad del trabajo en el gran Nueva York debieran tener la ayuda de los mejores obreros que pudieran conseguirse. Establézcase aquí un centro de trabajo para Dios, y que todo lo que se haga en él constituya un símbolo de la obra que el Señor desea realizar en el mundo.
Si hombres y mujeres de experiencia pudieran establecer obra médica-misionera en este gran centro, y representar correctamente los verdaderos principios médico-misioneros, esto contribuiría poderosamente a dejar una impresión correcta en el ánimo de la gente.
En cada ciudad donde se entre se debería colocar un fundamento sólido sobre el cual se pueda construir un trabajo permanente. (40) Se deben seguir los métodos del Señor. El obrero podrá tener acceso a muchas personas que buscan la verdad al hacer una obra de casa en casa, dando estudios bíblicos a las familias. Enseñará a la gente el camino del Señor mediante el estudio de las Escrituras, por medio de la oración y el ejercicio de la fe.
El Señor tiene muchas preciosas almas que no han doblado su rodilla ante Baal en el gran Nueva York, además de muchos otros que han caminado por ignorancia en los senderos del error. Sobre ellos debe brillar la luz de la verdad, para que puedan ver a Cristo como el camino, la verdad y la vida.
Hemos de presentar la verdad en el amor de Cristo. La obra no debiera ir acompañada de ninguna extravagancia ni aspaviento. Se la debe realizar según la orden de Cristo. Se la hará avanzar con humildad y en la sencillez del Evangelio. Que los obreros no se dejen intimidar por las apariencias externas, por amenazantes que parezcan. Prediquen la Palabra, y mediante su Espíritu Santo el Señor enviará la convicción a los creyentes.
Después que la verdad haya impresionado los corazones, y hombres y mujeres la hayan aceptado, estas personas han de ser tratadas como pertenecientes a Cristo y no como propiedad humana. Ningún ser humano pretenderá atar a otros a sí mismo, como si quisiera controlarlos, diciéndoles que deben hacer esto y prohibiéndoles realizar lo otro, mandando y dictando órdenes como si fuera un oficial a cargo de una compañía de soldados. Así hacían los sacerdotes y dirigentes del tiempo de Cristo, pero esta forma

de actuar no es correcta. Los obreros han de avanzar unidos en Cristo, pero no se ejercerá ninguna autoridad insensata sobre los que aceptan la verdad. La mansedumbre de Cristo debe caracterizar todo lo que se diga y haga.

Que el obrero demuestre su crecimiento en la gracia sometiéndose a la voluntad de Dios. De este modo obtendrá una rica experiencia. Al recibir a Cristo por la fe, al creer en él y obedecer sus palabras, experimentará una intensificación de sus esfuerzos; practicará una fe que obra por el amor y purifica el alma. En su vida se observará el fruto del Espíritu, mientras que la eficacia del Espíritu se verá en su trabajo.

Cristo es nuestro ejemplo, nuestra inspiración y nuestro "galardón en manera grande". "Vosotros sois labranza de Dios, (41) edificio de Dios" (1 Cor. 3:9). Dios es el Maestro constructor, pero al hombre le corresponde realizar una parte. Debe colaborar con Dios. "Nosotros somos colaboradores de Dios" (verso 9). Nunca olvidemos las palabras: "colaboradores de Dios".

Nunca se olviden que su fuerza y su victoria consisten en trabajar juntamente con Cristo como su Salvador personal. Esta es la parte que le toca realizar a cada uno. A los que actúan así se les da la promesa: "Masa todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:12). Cristo declara: "Separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5). Y el alma humilde y creyente contesta: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13).

Cristo es el Redentor comprensivo y compasivo. El nos dejó su cometido: "Id por todo el mundo" (Mar. 16:15). Todos han de escuchar el mensaje de amonestación. A los que participan en la carrera cristiana les espera un precio del más alto valor. Y los que corren con paciencia recibirán una corona de vida que nunca se marchitará. (42)

Que no Haya más Demoras.-

Nuestros obreros no están comunicando el mensaje como debieran. Nuestros dirigentes no han despertado a la tarea que debe realizarse. Cuando pienso en las ciudades donde se ha hecho tan poco, donde hay tantos miles a quienes amonestar acerca del pronto advenimiento del Salvador, experimento un deseo intenso de ver a hombres y mujeres que salgan a hacer la obra con el poder del Espíritu, llenos del amor de Cristo por las almas que perecen.

Los habitantes de nuestras ciudades, vale decir los que viven a la misma sombra de nuestras puertas, han sido extrañamente descuidados. Ahora se debería hacer un esfuerzo organizado para llevarles el mensaje de la verdad presente. Se debería poner un cántico nuevo en sus labios. Debieran salir para impartir la luz del mensaje del tercer ángel a otros que se hallan actualmente en la oscuridad.

Todos necesitamos estar completamente despiertos con el fin de hacer avanzar la obra en las grandes ciudades a medida que se abren las puertas. Nos hemos quedado muy atrás en seguir la instrucción que se nos ha dado acerca de entrar en estas ciudades y erigir en ellas monumentos para Dios. Debemos guiar a las almas paso a paso hacia toda la luz de la verdad. Y debemos continuar la tarea hasta dejar una iglesia organizada y construida una humilde casa de culto. Me siento muy animada a creer que muchos ayudarán considerablemente con sus medios, aunque no sean de nuestra fe. La luz que se me ha dado indica que en muchos lugares, especialmente en las grandes ciudades de los Estados Unidos, tales personas ofrecerán su ayuda.

Los obreros que trabajan en las ciudades deberían leer cuidadosamente los capítulos 10 y 11 del libro de Hebreos y hacer suyas las instrucciones que contienen estos pasajes de las Escrituras. El capítulo 11 es un registro de las experiencias de los fieles. Los que laboran para Dios en las ciudades deben avanzar (43) por fe haciendo lo mejor que puedan. Dios escuchará y contestará sus peticiones a medida que velan y trabajan y oran. De este modo obtendrán una experiencia de valor incalculable para ellos en su obra posterior. "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Heb. 11:1).

Mi mente se encuentra profundamente conmovida. Hay una obra que hacer en cada ciudad. Los obreros deben trasladarse a las ciudades grandes y celebrar reuniones campestres. En estas reuniones se deben utilizar los mejores talentos con el fin de que la verdad sea proclamada poderosamente. Personas de talentos variados deben participar. Nadie posee todos los dones requeridos para realizar el trabajo. Se necesitan varios obreros para llevar a cabo una reunión campestre de éxito. Ninguna persona debería considerar que es prerrogativa suya realizar todo el trabajo importante.

Los corazones serán alcanzados a medida que en estas reuniones los oradores proclamen la verdad con el poder del Espíritu. Cuando el amor de Cristo se reciba en el corazón desterrará de él el amor por el error.

Se necesitan reuniones campestres como las que se realizaban al comienzo de nuestra obra. Reuniones campestres separadas de los aspectos administrativos de las asociaciones. Durante una reunión campestre los obreros debieran estar libres para impartir el conocimiento de la verdad a las visitas.

En nuestras reuniones campestres se deberían hacer arreglos para que los pobres puedan obtener un alimento sano y bien preparado, a un precio tan barato como sea posible. También se debería hacer funcionar un restaurante donde se prepararan platos saludables y se sirvieran de una manera atractiva. Que esta línea de trabajo no se considere como algo separado de los otros aspectos de la obra de la reunión campestre. Cada aspecto de la obra de Dios se halla íntimamente unido a todos los demás, y todos deben avanzar en armonía perfecta. (44)

El Culto de Familia.-

Si hubo un tiempo en el que cada casa debiera ser una casa de oración, es ahora. Predominan la incredulidad y el escepticismo. Abunda la inmoralidad. La corrupción penetra hasta el fondo de las almas y la rebelión contra Dios se manifiesta en la vida de los hombres. Cautivas del pecado, las fuerzas morales quedan sometidas a la tiranía de Satanás. Juguete de sus tentaciones, el hombre va donde lo lleva el jefe de la rebelión, a menos que un brazo poderoso lo socorra.

Sin embargo, en esta época tan peligrosa, algunos de los que se llaman cristianos no celebran el culto de familia. No honran a Dios en su casa, no enseñan a sus hijos a amarle y temerle. Muchos se han alejado a tal punto de Dios que se sienten condenados cuando se presentan delante de él. No pueden allegarse "confiadamente al trono de la gracia", "levantando manos limpias, sin ira ni contienda" (Heb. 4:16; 1 Tim. 2:8). No están en comunión viva con Dios. Su piedad no es más que un convencionalismo sin fuerza.

La idea de que la oración no es esencial es una de las estratagemas de las que con mayor éxito se vale Satanás para destruir a las almas. La oración es una comunión con Dios, fuente de la sabiduría, fuerza, dicha y paz. Jesús oró a su Padre "con gran clamor y lágrimas". Pablo exhortó a los creyentes a "orar sin cesar" y a hacer conocer sus necesidades por "peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias". Santiago dice: "Rogad los unos por los otros, ... la oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho" (Heb. 5:7; 1 Tes. 5:17; Sant. 5:16).

Mediante oraciones sinceras y fervientes, los padres deberían construir una barrera defensiva alrededor de sus hijos. Deberían orar con fe intensa para que Dios habite en ellos y que los santos ángeles los preserven, a ellos y a sus hijos, de la potencia cruel de Satanás.

En cada familia debería haber una hora fija para el culto (45) matutino y vespertino. ¿No conviene a los padres reunir en derredor suyo a sus hijos antes del desayuno para agradecer al Padre Celestial por su protección durante la noche, y para pedirle su ayuda y cuidado durante el día? ¿No es propio también, cuando llega el anochecer, que los padres y los hijos se reúnan una vez más delante de Dios para agradecerle las bendiciones recibidas durante el día que termina?

El padre, o en su ausencia la madre, debe presidir el culto y elegir un pasaje interesante de las Escrituras que pueda comprenderse con facilidad. El culto debe ser corto. Cuando se lee un capítulo largo y se hace una oración larga, el culto se torna fatigoso y se siente alivio cuando termina. Dios

queda deshonrado cuando el culto se vuelve árido y fastidioso, cuando carece tanto de interés que los hijos le temen.
Padres y madres, cuidad de que el momento dedicado al culto de familia sea en extremo interesante. No hay razón alguna porque no sea éste el momento más agradable del día. Con un poco de preparación podréis hacerlo interesante y provechoso. De vez en cuando, introducid algún cambio. Se pueden hacer preguntas con referencia al texto leído, y dar con fervor algunas explicaciones oportunas. Se puede cantar un himno de alabanza. La oración debe ser corta y precisa. El que ora debe hacerlo con palabras sencillas y fervientes; debe alabara Dios por su bondad y pedirle su ayuda. Si las circunstancias lo permiten, dejad a los niños tomar parte en la lectura y la oración.
La eternidad sola pondrá en evidencia el bien realizado por esos cultos de familia.
La vida de Abrahán, el amigo de Dios, fue una vida de oración. Dondequiera que levantase su tienda, construía un altar sobre el cual ofrecía sacrificios, mañana y noche. Cuando él se iba, el altar permanecía. Y al pasar cerca de dicho altar el nómada cananeo, sabía quién había posado allí. Después de haber levantado también su tienda, reparaba el altar y adoraba al Dios vivo.
Así es como el hogar cristiano debe ser: una luz en el mundo. De él, mañana y noche, la oración debe elevarse hacia Dios como el humo del incienso. En recompensa, la misericordia y las bendiciones divinas descenderán como el rocío matutino sobre los que las imploran. (46)
Padres y madres, cada mañana y cada noche juntad a vuestros hijos alrededor vuestro, y elevad vuestros corazones a Dios en humildes súplicas. Vuestros amados están expuestos a la tentación. Hay dificultades cotidianas sembradas en el camino de los jóvenes y de sus mayores. Los que quieran vivir con paciencia, amor y gozo deben orar. Será únicamente obteniendo la ayuda de Dios como podremos obtener la victoria sobre nosotros mismos.
Cada mañana consagraos a Dios con vuestros hijos. No contéis con los meses ni los años; no os pertenecen. Sólo el día presente es vuestro. Durante sus horas, trabajad por el Maestro, como si fuese vuestro último día en la tierra. Presentad todos vuestros planes a Dios, a fin de que él os ayude a ejecutarlos o abandonarlos según lo indique su Providencia. Aceptad los planes de Dios en lugar de los vuestros, aun cuando esta aceptación exija que renunciéis a proyectos por largo tiempo acariciados. Así, vuestra vida será siempre más y más amoldada conforme al ejemplo divino, y "la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4:7). (47)

La Responsabilidad de los Esposos.-
Estimado hermano y estimada hermana: Acabáis de uniros para toda la vida. Empieza vuestra educación en la vida matrimonial. El primer año de la vida conyugal es un año de experiencia, en el cual marido y mujer aprenden a conocer sus diferentes rasgos de carácter, como en la escuela un niño aprende su lección. No permitáis, pues, que se escriban durante ese primer año de vuestro matrimonio, capítulos que echen a perder vuestra felicidad futura.
Para comprender lo que es en verdad el matrimonio, se requiere toda una vida. Los que se casan ingresan en una escuela en la cual no acabarán nunca sus estudios.
Hermano mío, el tiempo, las fuerzas y la felicidad de su esposa están ahora ligados a los suyos. Su influencia sobre ella puede ser sabor de vida para vida o sabor de muerte para muerte. Cuide de no echarle a perder la vida.
Hermana mía, usted debe ahora tomar sus primeras lecciones prácticas acerca de sus responsabilidades como esposa. No deje de aprender fielmente estas lecciones día tras día. No abra la puerta al descontento o al mal humor. No busque una vida fácil y de ocio. Vele constantemente para no abandonarse al egoísmo.
En vuestra unión para toda la vida, vuestros afectos deben contribuir a vuestra felicidad mutua. Cada uno debe velar por la felicidad del otro. Tal es la voluntad de Dios para con vosotros. Mas aunque

debéis confundiros hasta ser uno, ni el uno ni el otro debe perder su individualidad. Dios es quien posee vuestra individualidad; y a él debéis preguntar: ¿Qué es bueno?, ¿qué es malo? y ¿cómo puedo alcanzar mejor el blanco de mi existencia? "No sois vuestros. Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Cor. 6:19-20). Vuestro amor por lo que es humano debe ser secundario a vuestro amor a Dios. La abundancia de vuestro amor debe dirigirse hacia Aquel que dio su vida (48) por vosotros. El alma que vive para Dios le tributa el mejor de los afectos. ¿Se dirige la mayor parte de vuestro amor hacia Aquel que murió por vosotros? Si es así, vuestro amor recíproco será conforme al orden celestial.

Vuestro afecto podrá ser tan claro como el cristal, arrobados en su pureza, y sin embargo, podría ser superficial por no haber sido probado. Dad a Cristo, en todas las cosas, el lugar primero, el último y el mejor. Contempladle constantemente, y vuestro amor por él, en la medida en que sea probado, se hará cada día más profundo y más fuerte. Y a medida que crezca vuestro amor por él, vuestro amor mutuo aumentará también en fuerza y profundidad. "Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza" (2 Cor. 3:18).

Tenéis ahora deberes que cumplir que no existían para vosotros antes de vuestro matrimonio. "Vestíos pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia" . Examinad con cuidado las instrucciones siguientes: "Andad en amor, como también Cristo nos amó... Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia... Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amada vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Col. 3:12; Efe. 5:2, 22-25).

El matrimonio, unión para toda la vida, es símbolo de la unión de Cristo con su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia su iglesia es el mismo espíritu que debe reinar entre los esposos.

Ninguno de los dos debe tratar de dominar. El Señor ha presentado los principios que deben guiarnos. El esposo debe amar a su esposa como Cristo amó a la iglesia. La mujer debe respetar y amar a su marido. Ambos deben cultivar un espíritu de bondad, y estar bien resueltos a nunca perjudicarse ni afligirse el uno al otro.

Hermanos míos, ambos tenéis una voluntad fuerte. Podéis hacer de ella una gran bendición o una gran maldición para vosotros y para aquellos con quienes tengáis relaciones. No (49) tratéis de constreñiros el uno al otro. No podéis obrar así y conservar vuestro amor recíproco. Las manifestaciones de la propia voluntad destruyen la paz y la felicidad de la familia. No dejéis penetrar el desacuerdo en vuestra vida conyugal. De lo contrario seréis desdichados ambos. Sed amables en vuestras palabras y bondadosos en vuestras acciones; renunciad a vuestros deseos personales. Vigilad vuestras palabras, porque ellas ejercen una influencia considerable para bien o para mal. No dejéis traslucir irritación en la voz, mas poned en vuestra vida el dulce perfume de la semejanza de Cristo.

Antes de entrar en una unión tan íntima como el matrimonio, un hombre debiera aprender a dominarse a sí mismo y a tratar con los demás.

En la educación de los hijos, hay ciertas circunstancias en las cuales la voluntad firme de la madre se halla en pugna con la voluntad irracional e indisciplinada del niño. En tales casos, la madre necesita mucha sabiduría. Al obrar de una manera poco prudente, al someter al niño por la fuerza, se le puede hacer un daño incalculable.

Una crisis tal debe evitarse tanto como se pueda, porque implica una lucha violenta tanto para la madre como para el niño. Pero cuando dicha crisis se produce, hay que inducir al niño a someter su voluntad a la voluntad más sabia de sus padres.

La madre debe dominarse perfectamente, y no hacer nada que despierte en su hijo un espíritu de desafío. Nunca debe dar órdenes a gritos. Ganará mucho si conserva una voz dulce y amable. Debe

tratar a su hijo de modo que lo conduzca a Jesús. Ella debe acordarse de que Dios es su sostén, y el amor su fuerza. Si es una creyente prudente, no tratará de obligar a su hijo a someterse. Ella orará con fervor para que el enemigo no obtenga la victoria, y mientras ore, se dará cuenta de que su vida espiritual se renueva. Verá que el mismo poder que obra en ella obra también en su hijo. Este se volverá más amable y sumiso. Así ganará la victoria. La paciencia, la bondad, las sanas palabras de la madre cumplen esa obra. La paz sucede a la tormenta como el sol a la lluvia. Los ángeles que observaron la escena entonan cantos gozosos.

Estas crisis se producen también entre marido y mujer. A (50) menos que ellos estén bajo la influencia del Espíritu de Dios, manifestarán en tales ocasiones el mismo espíritu impulsivo e irracional que se revela tan a menudo en los niños. Esa lucha entre dos voluntades será entonces parecida al choque del pedernal contra el pedernal.

Hermano mío, sea bueno, paciente, indulgente. Acuérdese de que su esposa le ha aceptado por marido no para que usted la domine sino para que le ayude. No sea nunca imperioso y arbitrario. No haga uso de su fuerte voluntad para obligar a su esposa a hacer lo que usted quiera. Acuérdese de que ella también tiene una voluntad y que tiene probablemente tantos deseos como usted de obrar según su criterio. Acuérdese también de que usted tiene la ventaja de una experiencia más amplia. Tenga para ella miramientos y cortesía. "La sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos" (Sant. 3:17).

Hay una victoria que ambos debéis obtener, cueste lo que cueste: la victoria sobre la terquedad. No la obtendréis sino mediante la ayuda de Cristo. Podréis luchar mucho tiempo para dominaros, pero no tendréis éxito si no recibís la fuerza de lo alto. Mediante la gracia de Cristo, podréis obtener la victoria sobre vosotros mismos y sobre vuestro egoísmo. Si vivís la vida de Cristo, si a cada paso consentís al sacrificio, si manifestáis constantemente una simpatía siempre mayor para con aquellos que necesitan ayuda, obtendréis victoria tras victoria. Día tras día, aprenderéis a dominaros y a fortalecer los puntos débiles de vuestros caracteres. El Señor Jesús será vuestra luz, vuestra fuerza, vuestra corona de gozo, porque habréis sometido vuestra voluntad a la suya.

Hombres y mujeres pueden alcanzar el ideal que Dios les propone si consienten en aceptar a Cristo como Ayudador suyo. Entregaos completamente al Señor. El pensamiento de que habéis de luchar para conseguir la vida eterna os fortalecerá y estimulará. Cristo debe daros fuerza para vencer. Mediante su ayuda, podréis destruir el egoísmo hasta en sus raíces más profundas.

Cristo murió para que la vida del hombre quedase ligada con la suya en la unión de la divinidad y la humanidad. El vino a la tierra y llevó una existencia divino-humana para que la vida de (51) los hombres y mujeres fuese tan armoniosa como Dios lo desea. El Salvador os pide que os neguéis a vosotros mismos y llevéis vuestra cruz. Entonces nada podrá impedir que se desarrolle vuestro ser entero y en vuestra vida diaria habrá una actividad sana y armoniosa.

Recordad, hermanos míos, que Dios es amor, y que por su gracia podéis llegar a haceros mutuamente felices, según lo prometisteis en ocasión de vuestro casamiento. Por la fuerza del Redentor, podéis trabajar con sabiduría y potencia para contribuir a la regeneración de alguna existencia desdichada. ¿Qué hay de imposible para Cristo? El es perfecto en sabiduría, justicia y amor. No os encerréis en vosotros mismos; ni os contentéis con derramar todos vuestros afectos el uno en el otro. Aprovechad toda ocasión de trabajar por aquellos que os rodean y compartid con ellos vuestros afectos. Las palabras amables, las miradas de simpatía, las expresiones de aprecio serían para muchos de los que luchan a solas como un vaso de agua fresca para el sediento. Una palabra de estímulo, un acto de bondad contribuyen mucho a aliviar el fardo que pesa sobre los hombros cansados. La verdadera felicidad consiste en servir desinteresadamente a otros. Cada palabra, cada acción ejecutada en este espíritu queda anotada en los libros del cielo como habiendo sido dicha o hecha para Cristo. "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a unos de estos mis hermanos pequeñitos —declara él—, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:40).

Vivid en el resplandor del amor del Salvador. Entonces vuestra influencia beneficiará al mundo. Permitid al espíritu de Cristo que se apodere de vosotros. Esté siempre en vuestros labios la ley de la bondad. La indulgencia y el altruismo caracterizan las palabras y las acciones de quienes nacieron de nuevo para vivir una vida nueva en Cristo Jesús.

"Ninguno de nosotros vive para sí". El carácter de todos se manifestará. Las miradas, el tono de la voz, las acciones, todas estas cosas contribuyen con su influencia a hacer feliz o desafortunado el círculo doméstico. Modelan el temperamento y el carácter de los hijos; inspiran confianza y amor, o tienden a (52) destruir estas virtudes. Todos mejoran o empeoran, son hechos felices o miserables por estas influencias. Debemos hacer conocer a nuestras familias la Palabra practicada en la vida. Debemos hacer todo lo posible para purificar, iluminar, consolar y alentar a nuestros familiares. (53)

SECCION DOS: LA OBRA DE NUESTRO SANATORIO.-

"Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma". 3 Juan 2.

La Extensión de la Tarea.-

Dios ha capacitado a su pueblo para iluminar al mundo. Les ha confiado facultades mediante las cuales deben extender su obra hasta circuir el globo. Con el fin de realizar su obra deben establecer sanatorios, escuelas, casas publicadoras y otros medios diversos en todas partes de la tierra.

El último mensaje del Evangelio se debe hacer llegar "a toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apoc. 14:6). En los países extranjeros se deben iniciar y desarrollar muchas empresas con el fin de promover el adelanto de este mensaje. El establecimiento de restaurantes vegetarianos, de salas de tratamiento y de hospitales para el cuidado de los enfermos y sufrientes, es igualmente necesario en Europa como en los Estados Unidos. En muchos países se deben establecer misiones médicas para que sirvan como las manos ayudadoras de Dios en el trabajo en favor de los afligidos.

Cristo colabora con quienes se dedican a la obra misionera-médica. Las personas que sin egoísmo hacen todo lo que pueden por establecer hospitales y clínicas en diversos países serán recompensadas ricamente. Los que visiten tales instituciones se beneficiarán física, mental y espiritualmente: los cansados recibirán alivio, los enfermos la restauración de su salud, y obtendrán descanso los cargados de pecado. De países lejanos se (54) oirán voces de alabanza y de agradecimiento de parte de los corazones que hayan sido convertidos del servicio del pecado a la justicia, mediante la intervención de esos agentes. Estos cánticos de agradecida alabanza constituirán un testimonio que hará que otros le rindan su adhesión a Cristo y tengan comunión con él.

La conversión de las almas a Dios es la tarea más grande y más noble en la cual puedan participar los seres humanos. En esta obra se ponen de manifiesto el poder de Dios, su santidad, su paciencia y su amor ilimitado. Cada conversión verdadera glorifica al Señor y hace que los ángeles prorrumpan en cánticos.

Nos acercamos al fin de la historia de esta tierra y los diferentes aspectos de la obra de Dios se deben llevar a cabo con un sacrificio personal mucho mayor del que se manifiesta en la actualidad. En un sentido especial, el trabajo para estos últimos días es una verdadera obra misionera. La predicación de la verdad presente, desde la primera letra de su alfabeto hasta la última, significa esfuerzo misionero. La obra que se ha de realizar exige sacrificio a cada paso de su desarrollo. De este servicio altruista los obreros surgirán purificados y afinados como oro probado en fuego.

La contemplación de las almas que perecen en el pecado debiera despertarnos a la realización de mayores esfuerzos para llevar la luz de la verdad presente a los que se hallan en tinieblas y especialmente a los que habitan en regiones donde hasta ahora se ha hecho muy poco con el fin de

establecer monumentos para Dios. En todas partes del mundo se debe comenzar una obra que debería haber sido hecha hace mucho tiempo y se la debe llevar adelante hasta su culminación.

En general nuestros hermanos no se han interesado, como deberían haberlo hecho, por establecer sanatorios en los países europeos. La obra en estos países se verá confrontada con los problemas más complejos a causa de las circunstancias que son peculiares a cada región. Sin embargo, la luz que se me ha dado revela que en ellos se establecerán instituciones que, aunque sean pequeñas al principio, crecerán y se fortalecerán bajo la dirección divina.

En cualquier país donde se establezcan, nuestras instituciones no deben amontonarse en una sola localidad. Dios nunca quiso (55) que la luz de la verdad fuera restringida de esa manera. Por un tiempo se requirió que el pueblo judío adorara en Jerusalén. Pero Jesús le dijo a la mujer samaritana: "Créeme que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... La hora viene y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es espíritu; y los que le adoran en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4:21-24). Se debe plantar la verdad en cada lugar donde se pueda obtener acceso. Se la debe llevar a las regiones desprovistas del conocimiento de Dios. Los hombres serán bendecidos con la recepción de Aquel en quien se centran sus esperanzas de vida eterna. La aceptación de la verdad, tal como se la puede hallar en Jesús, hará que sus corazones rebosen de alabanzas para Dios.

La inversión de una gran cantidad de dinero en unos pocos lugares es contraria a los principios del cristianismo. Se debe construir cada edificio teniendo en mente las necesidades de edificios similares en otros lugares. De los hombres que ocupan posiciones de confianza dentro de su obra, Dios demanda que no estorben el camino del progreso usando egoístamente todos los medios que puedan obtenerse en el desarrollo de unos pocos lugares favorecidos, o solamente en una o dos líneas de trabajo.

En los días tempranos de la predicación del mensaje muchísimos de nuestros hermanos poseían el espíritu de autonegación y de sacrificio personal. Por eso se tuvo un buen comienzo y los esfuerzos realizados fueron coronados de éxito. Pero la tarea no se ha desarrollado como debiera. Ha habido demasiada concentración en Battle Creek y en Oakland y en otros pocos lugares. Nuestros hermanos nunca debieran haber concentrado tantos edificios en un solo lugar, como hicieron en Battle Creek.

El Señor ha indicado que su obra debe llevarse a cabo con el mismo espíritu con que empezó. El mundo tiene que ser amonestado. Se debe entrar en un campo tras otro. Esta es la orden que se nos ha dado: "Agréguense nuevos territorios; agréguense nuevos territorios". Como pueblo, mediante nuestras transacciones comerciales, por la actitud que asumamos ante un mundo no salvado, ¿no debiéramos dar hoy un testimonio mucho más claro y decisivo que el que dimos hace 20 ó 30 años? (56)

Una gran luz ha resplandecido sobre nosotros con referencia a los últimos días de la historia de esta tierra. Que nuestra debilidad y falta de sabiduría no den evidencia de ceguera espiritual. Los mensajeros de Dios deben estar vestidos de poder. Deben mostrar una reverencia elevadora por la verdad que hoy por hoy no poseen. El solemne y sagrado mensaje de amonestación del Señor se debe proclamar en los territorios más difíciles y en las ciudades más pecaminosas: en cada lugar donde todavía no ha amanecido la luz del mensaje del tercer ángel. La última invitación a la cena de bodas del Cordero se debe dar a cada ser humano.

Al proclamar el mensaje, los siervos de Dios se verán llamados a lidiar con muchas perplejidades y a vencer innumerables obstáculos. El trabajo será muy duro algunas veces, como cuando los pioneros establecían las instituciones en Battle Creek, Oakland, y otros lugares. Pero que todos hagan lo mejor que puedan, permitiendo que el Señor sea su fuerza, evitando toda manifestación de egoísmo, y bendiciendo a otros con sus buenas obras.

La ciudad de Nueva Cork.-

Mientras me encontraba en Nueva York durante el invierno de 1901 recibí luz acerca del trabajo que debía realizarse en esa gran ciudad. El curso que los hermanos debían seguir me fue mostrado noche tras noche. En el gran Nueva York el mensaje debe avanzar a manera de una lámpara que brilla. Dios suscitará obreros para que lleven a cabo esta tarea, y sus ángeles irán delante de ellos. Aunque nuestras grandes ciudades están llegando rápidamente a una condición similar a la del mundo antediluviano, aunque su perversidad las hace parecerse a Sodoma, sin embargo en ellas viven muchas almas honestas que experimentarán la convicción del Espíritu a medida que escuchen las sorprendentes verdades del mensaje adventista. Nueva York está listo para ser trabajado. En esa gran ciudad se dará el mensaje de la verdad con el poder de Dios. El Señor anda en busca de trabajadores. El extiende su invitación a los que ya tienen experiencia en la causa para que acepten en el temor de Dios la responsabilidad del trabajo que debe realizarse en Nueva York y en otras grandes ciudades de los Estados Unidos y lo lleven a cabo. También pide que se le (57) den los medios necesarios para realizar esta obra tan importante. Se me indicó que no debiéramos sentirnos satisfechos por tener un restaurante vegetariano en Brooklyn, sino que debiéramos establecer otros en diversas secciones de la ciudad. La gente que vive en uno de los barrios del gran Nueva York no sabe lo que sucede en otras partes de esa gran ciudad. Las personas que coman en los restaurantes que se establezcan en diversos lugares experimentarán un mejoramiento de su salud. Estos se hallarán más dispuestos a aceptar el mensaje especial de la verdad divina después que se haya ganado su confianza.

Se deberían ofrecer clases de cocina siempre que en nuestras grandes ciudades se lleve a cabo un trabajo médico-misionero; y dondequiera que se ponga en marcha un programa educativo misionero robusto, también se debería establecer alguna clase de restaurante donde se preparen comidas sanas y que sirva como ilustración práctica de la manera correcta de seleccionar los alimentos y de prepararlos en forma saludable.

Cuando me hallaba en Los Angeles se me dieron instrucciones referentes al establecimiento de restaurantes vegetarianos y clínicas, no sólo en esa ciudad, sino también en San Diego y en otros centros turísticos de la parte sur de California. Nuestros esfuerzos en estas líneas de trabajo deben incluir los grandes balnearios. Tal como la voz de Juan el Bautista se escuchó en el desierto con el mensaje de "Preparad el camino del Señor", así también deben oírse las voces de los mensajeros del Señor en los grandes balnearios y centros turísticos.

Los Estados del Sur.-

Tengo un mensaje con referencia al territorio del sur. En este campo tenemos que realizar una gran obra. Su condición constituye una condenación para nuestro cristianismo profeso. Observen su escasez de pastores, maestros y médicos misioneros. Consideren la ignorancia, la pobreza, la miseria, y la desesperación de muchos de sus habitantes. Y sin embargo este campo se encuentra en nuestras puertas. ¡Cuán egoístas y descuidados hemos sido con nuestros vecinos! Hemos pasado junto a ellos insensiblemente, haciendo muy poco para aliviar su sufrimiento. Si nuestro pueblo hubiera estudiado y obedecido la comisión (58) evangélica, el sur habría recibido una parte proporcional de nuestro ministerio. Si los que han recibido la luz hubieran andado en ella, se habrían percatado de que la responsabilidad de cultivar esta parte tan descuidada de la viña, descansa sobre ellos.

Dios pide que su pueblo ponga a su disposición una parte de los medios que les ha encomendado para que se puedan establecer nuestras instituciones en esos campos destituidos, pero que están maduros para la cosecha. El pide que los que tienen dinero en los bancos lo pongan a circular. Cuando contribuimos de nuestra sustancia al sostenimiento de la obra de Dios, demostramos prácticamente que amamos al Señor en forma suprema y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Que ahora se establezcan escuelas y sanatorios en muchas partes de los estados del sur. Que la apertura de tiendas de alimentos y restaurantes vegetarianos en muchas de las ciudades del sur constituya el comienzo de verdaderos centros de influencia. Instálense también centros donde se preparen alimentos

sencillos, saludables y baratos. Pero no se permita dentro de la obra la entrada de ninguna costumbre mundana ni egoísta, porque Dios lo prohíbe. Que en el temor de Dios y por amor a sus semejantes, hombres sin egoísmo se encarguen de este trabajo.
La luz que se me ha dado indica que en el campo del sur, como en otras partes, debería llevarse a cabo la fabricación de alimentos saludables, no como una empresa para obtener ganancias personales, sino como un negocio diseñado por Dios para abrir una puerta de esperanza a la gente. En el sur se debieran tener consideraciones especiales con los pobres, porque a éstos se los ha descuidado terriblemente. Para dirigir esta obra se deben elegir hombres capaces y que tengan un sentido de la economía, porque, para que esta actividad tenga buen éxito, se deben practicar la mayor sabiduría y la economía más estricta. Dios espera que su pueblo le rinda un servicio aceptable en la preparación de alimentos sanos, no solamente para sus propias familias, lo cual constituye su responsabilidad inmediata, sino para ayudara los pobres por doquier. Deben demostrar una liberalidad semejante a la de Cristo, comprendiendo que al hacerlo representan a Dios y que todo lo que poseen les ha sido dado por él.
Hermanos, aférrense a esta obra. No admitan el desánimo. No (59) critiquen a quienes se empeñan en trabajar en lo que deben, sino que pónganse ustedes mismos a trabajar.
Con relación al negocio de los alimentos saludables, en el campo del sur se podrían establecer varias industrias que ayudarían a la causa. Ahora es cuando se debería hacer en favor de este campo todo lo que los hombres puedan realizar como misioneros para Dios, porque si alguna vez hubo un territorio necesitado de obra misionera-médica, es el sur. Durante el transcurso del tiempo que ya ha pasado a la eternidad, muchos deberían haber estado en el sur colaborando con Dios por medio de la obra personal, y consagrándole sus medios para sostenerse a sí mismos a la vez que para sostener a otros en dicho campo.
Se deben establecer hospitales pequeños en muchas partes. Esto abrirá las puertas a la entrada de las verdades bíblicas y borrará muchos de los prejuicios que existen contra los que consideran que la gente de color tiene un alma que salvar lo mismo como los blancos. ¡Cuán diferente sería la condición actual de la gente de color si estas avenidas de trabajo se hubieran establecido inmediatamente después de la proclamación de su libertad!

En todos los países.-
El Señor nos invita a despertar a la conciencia de nuestras responsabilidades. Dios ha dado una obra que hacer a cada ser humano. Cada uno puede vivir una vida de utilidad. Aprendamos todo lo que podamos para ser luego una bendición para los demás al impartirles el conocimiento de la verdad. Que cada uno sirva de acuerdo con sus habilidades, y que ayude a llevar las cargas voluntariamente.
Dondequiera que uno vaya hay una tarea que realizar en favor de todas las clases sociales. Debemos acercarnos a los pobres y a los depravados que han caído por causa de su intemperancia. Y, al mismo tiempo, tampoco debemos olvidar a las clases más elevadas: abogados, ministros, senadores y jueces, muchos de los cuales son esclavos de hábitos intemperantes. No debemos escatimar ningún esfuerzo para mostrarles que la salvación de sus almas es importante, y que vale la pena luchar por la vida eterna. Debiéramos invitar a la gente que ocupa posiciones elevadas a que acepten el voto de abstinencia total, y pedirles que (60) dediquen el dinero que normalmente gastarían en la satisfacción de los dañinos hábitos de licor y tabaco, al establecimiento de instituciones donde niños y jóvenes se puedan preparar para ocupar posiciones de utilidad en el mundo.
Sobre nosotros ha resplandecido una gran luz. ¡Pero cuán poco reflejamos esa luz ante el mundo! Hay ángeles celestiales que esperan que los seres humanos colaboren con ellos en la obra de promover los principios de la verdad en forma práctica. Una gran parte de esta tarea será realizada por medio de las actividades de nuestros sanatorios y por otros medios diversos. Estas instituciones están llamadas a ser monumentos para Dios, donde su poder sanador alcance a todas las clases: a encumbrados y bajos, a

ricos y pobres. Cada dólar que se invierta en esta obra en el nombre de Cristo se transformará en una bendición tanto para el dador como para la humanidad sufriente.

El trabajo misionero-médico es la mano derecha del Evangelio. Es una necesidad para el avance de la causa de Dios. El poder salvador de la verdad se hará evidente a medida que a través de esta tarea los seres humanos sean guiados a descubrir la importancia que tienen los hábitos correctos en la manera de vivir. Obreros entrenados para realizar un trabajo médico-misionero debe establecerse en cada ciudad. Puesto que los métodos divinos para el tratamiento de las enfermedades constituyen la mano derecha del mensaje del tercer ángel, abrirán las puertas para la entrada de la verdad presente. En muchos países se deben hacer circular las publicaciones que contienen el mensaje de la salud. Nuestros médicos de Europa y de otras regiones deberían despertar a la necesidad de que hombres que sepan lo que hagan escriban obras sobre salud que puedan alcanzar a la gente con las instrucciones más esenciales y de un modo fácil de entender.

El Señor concederá una oportunidad de colaborar con él a los sanatorios cuya obra ya esté establecida, con el fin de ayudar al establecimiento de otros centros. Cada nueva institución será considerada una hermana para ayudar en la gran obra de proclamar el mensaje del tercer ángel. A nuestros sanatorios Dios les ha dado la oportunidad de iniciar una obra semejante a una piedra dotada de vida que crece a medida que una mano invisible la hace rodar. Que esta piedra mística se ponga en movimiento. (61)

El Señor me ha instruido con referencia a las personas que establecerán sanatorios en nuevos lugares en el futuro, para que comiencen su trabajo con humildad, consagrando todas sus habilidades a su servicio. Los edificios que se construyan no han de ser grandes ni costosos. Se deben establecer hospitales pequeños en conexión con nuestras escuelas. Jóvenes y señoritas hábiles y consagrados debieran reunirse en estos hospitales; que sean personas que se conduzcan en el amor y el temor de Dios, jóvenes que, cuando estén listos para graduarse, no consideren que ya saben todo lo que necesitan, sino que estudiarán con diligencia las lecciones dadas por Cristo y las practicarán cuidadosamente. Delante de los tales irá la justicia de Cristo, y la gloria de Dios será su retaguardia.

Se me ha mostrado que en muchas ciudades es aconsejable que un restaurante funcione en conexión con las salas de tratamiento. Ambas instituciones pueden colaborar en la tarea de levantar en alto los principios rectos. Junto con éstas, a veces es aconsejable tener salas que sirvan como albergues para los enfermos. Estos establecimientos servirán como semilleros para los sanatorios localizados en el campo y es mejor que se los haga funcionar en edificios alquilados. En las ciudades no debemos construir edificios grandes para el cuidado de los enfermos, porque Dios ha indicado claramente que los enfermos pueden ser cuidados con mayor eficiencia fuera de las ciudades. En muchos lugares se verá la necesidad de comenzar con el trabajo de los sanatorios dentro de las ciudades; sin embargo, en la medida de lo posible, se debiera transferir esta obra al campo tan pronto como se pueda encontrar un lugar aceptable.

De acuerdo con la luz que he recibido, en lugar de dedicar todas nuestras energías a la construcción de unas pocas instituciones médicas enormes, debiéramos establecer muchas, aunque más pequeñas. Encontrar los talentos necesarios para dirigir como se debe un sanatorio grande, resulta casi imposible. En esos casos no todos los obreros se hallan bajo el control del Espíritu de Dios, como debieran, y entre ellos reina un espíritu de mundanalidad.

La fuerza y el gozo de beneficiar a la humanidad no dependen de edificios costosos. Debemos recordar cuántas personas sufren (62) por falta del alimento y el vestido necesarios. Nuestros planes de edificación no debieran verse afectados por nuestras aspiraciones de grandeza. Cumplamos nuestro deber, y dejemos los resultados con Dios, el único que puede concedernos el éxito. Cualquier otro dinero adicional que se pueda obtener gástese en la instalación de centros adecuados para la restauración de la salud. Que todos nuestros sanatorios sean erigidos para proveer salud y felicidad; háganse planes para situarlos de tal manera que los pacientes obtengan las bendiciones de la luz del sol; y arréglense de tal modo que se ahorre cada paso innecesario.

En esta obra es mejor comenzar en forma pequeña en muchos lugares y permitir que la Providencia divina indique con cuánta rapidez se han de aumentar las instalaciones. Los centros pequeños que se establezcan crecerán hasta transformarse en instituciones grandes. Habrá una distribución de las responsabilidades y así los obreros adquirirán gradualmente una mayor fuerza mental y espiritual. El establecimiento de estas instituciones producirá mucho bien si todos los que trabajan en ellas abandonan sus ambiciones egoístas y mantienen la gloria de Dios siempre delante de ellos. Mucha de nuestra gente debería encontrarse trabajando en campos nuevos; pero que al hacerlo nadie busque sobresalir. Las mentes de los obreros deben estar santificadas.

En todas nuestras labores recordemos que el mismo Jesús que alimentó a la multitud con cinco panes y dos pecesitos es capaz de concedernos hoy el fruto de nuestro trabajo. El mismo que dijo a los pescadores de Galilea: "Echad vuestras redes para pescar" (Luc. 5:4) y que, cuando obedecieron, permitió que se llenaran hasta romperse, desea también que su pueblo vea en este incidente una evidencia de lo que hará en favor de ellos en la actualidad. Hoy todavía vive y reina el mismo Dios que envió el maná del cielo para los hijos de Israel. El guiará a su pueblo y le dará capacidad y entendimiento para realizar la obra que les pide hacer. En respuesta a la oración ferviente, concederá sabiduría a quienes luchan por realizar su deber consciente e inteligentemente. El trabajo que llevan a cabo cobrará proporciones más grandes bajo su dirección; muchos aprenderán a llevar sus cargas con fidelidad, y el éxito coronará sus esfuerzos. (63)

El Conocimiento de las Leyes de la Salud.-

Hemos llegado a un tiempo en el cual cada miembro de la iglesia debe hacer obra misionera médica. Este mundo se parece a un hospital lleno de víctimas de enfermedades físicas y espirituales. Por todas partes, hay gente que muere por carecer del conocimiento de las verdades que nos han sido confiadas. Es necesario que los miembros de la iglesia despierten y comprendan su responsabilidad en cuanto a dar a conocer estas verdades. Los que han sido alumbrados por la verdad deben ser portaluces para el mundo. En el tiempo actual, ocultar nuestra luz sería una gravísima falta. El mensaje que Dios dirige a su pueblo hoy es éste: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti" (Isa. 60:1).

Por todas partes se ve a personas que han tenido mucha luz y conocimiento elegir voluntariamente el mal antes que el bien. No tratan de reformarse, y empeoran de día en día. Mas los hijos de Dios no deben vivir en las tinieblas. Como reformadores, deben andar en la luz.

La obra médica misionera abrirá muchas puertas delante del verdadero reformador. No es necesario esperar hasta ser llamado a algún campo lejano para ayudara los demás. Dondequiera que estemos podemos empezar inmediatamente. Se presentan ocasiones para todos. Emprendamos el trabajo del cual somos responsables, la obra que debe hacerse en nuestra casa y en nuestro vecindario. No esperemos a que se nos inste a obrar. Con temor de Dios, echemos mano a la obra sin dilación, acordándonos de nuestra responsabilidad personal delante de Aquel que dio su vida por nosotros. Obremos como quienes oyen a Cristo llamarlos personalmente a hacer cuanto sea posible para servirle. No miremos en derredor nuestro para ver quiénes más están listos. Si somos verdaderamente consagrados, Dios traerá a la verdad, por nuestro ministerio, a otras personas de las que podrá servirse (64) para comunicar la luz a buen número de aquellos que andan a tientas en las tinieblas.

Todos pueden hacer algo. Algunos dirán, tratando de disculparse: "Mis deberes domésticos y mis hijos exigen todo mi tiempo y todos mis recursos". Padres, vuestros hijos pueden ser para vosotros una ayuda que acreciente vuestras fuerzas y capacidades de trabajar para el Maestro. Los niños son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Deben ser inducidos a consagrarse a Dios, a quien pertenecen por derecho de creación y de redención. Se les debe enseñar que todas sus energías del espíritu, del cuerpo y del alma pertenecen al Señor. Hay que enseñarles a servir en diferentes actividades útiles y desinteresadas. No permitáis que vuestros hijos sean impedimentos. Ellos deben

compartir con vosotros vuestras cargas espirituales así como las materiales. Al ayudara otros, ellos acrecientan su propia felicidad y utilidad.

Nuestros hermanos y hermanas deben demostrar que se interesan intensamente en la obra misionera médica. Deben prepararse para hacerse útiles estudiando los libros escritos para nuestra instrucción en este sentido. Dichos libros son dignos de nuestra atención y merecen que se los aprecie más que en lo pasado. Una gran parte de las verdades que todos debieran conocer para su propio bien fueron escritas con la intención de instruirnos acerca de los principios de la salud. Los que estudian y ponen en práctica dichos principios serán abundantemente bendecidos, física y espiritualmente. Una comprensión de la filosofía de la salud será una salvaguardia contra los muchos males que continuamente van en aumento.

Muchos de los que quisieran adquirir conocimientos en el ramo médico misionero tienen deberes domésticos que les impiden a veces unirse a otros para el estudio. En tal caso, pueden aprender muchas cosas en su casa acerca de la voluntad de Dios con referencia a dicha obra misionera y aumentar así su capacidad de ayudar a otros. Padres y madres, tratad de obtener cuanta ayuda os sea posible del estudio de nuestros libros y periódicos. Leed la revista Good Health (Buena Salud); está llena de enseñanzas útiles. Tomad tiempo para leer a vuestros hijos partes de nuestros libros referentes a la salud, así como de aquellos que tratan más (65) particularmente temas religiosos. Enseñadles la importancia que tiene el cuidado de nuestro cuerpo —este tabernáculo que habitamos. Formad un círculo de lectura en el cual cada miembro de la familia, poniendo a un lado los cuidados del día, se dedicará al estudio. Padres, madres, hermanos, hermanas, tomad a pecho esa tarea y veréis cuán ampliamente se beneficiará con ello vuestra familia.

Sobre todo, los jóvenes que han adquirido la costumbre de leer novelas recibirán beneficios de este estudio de la velada en casa. Jóvenes de ambos sexos, leed las-obras que puedan daros un conocimiento verdadero para contribuir a la ayuda de toda la familia. Decid con firmeza: "No quiero perder un tiempo precioso leyendo lo que no me reportará ningún provecho y que sólo puede impedirme ser útil a los demás. Quiero consagrar mi tiempo y mis pensamientos a hacerme capaz de servir a Dios. Quiero apartar los ojos de las cosas frívolas y culpables. Mis oídos pertenecen al Señor, y no quiero escuchar los raciocinios sutiles del enemigo. Mi voz no quedará, en ninguna manera, a la disposición de una voluntad que no esté bajo la influencia del Espíritu de Dios. Mi cuerpo es templo del Espíritu Santo y emplearé todas las facultades de mi ser para perseguir un noble fin" .

El Señor ha designado a los jóvenes para que acudan en su ayuda. Si en cada iglesia, se consagraran a él, si manifestaran espíritu de sacrificio en el hogar, aliviando a la madre de familia agotada por el trabajo, ésta hallaría tiempo para visitar a sus vecinos, y los niños podrían ellos también, cuando se presentara la ocasión, hacer algunas diligencias con espíritu de compasión y amor. Los libros y las revistas que tratan de la salud y de la temperancia podrían colocarse en muchas casas. La difusión de esos impresos es algo importante, porque gracias a ellos pueden comunicarse conocimientos preciosos acerca del tratamiento de las enfermedades, conocimientos que resultarán en un gran beneficio para quienes no pueden pagar las consultas de un médico.

Los padres deben tratar de interesar a sus hijos en el estudio de la fisiología. Pocos jóvenes tienen un conocimiento preciso de los misterios de la vida. Muchos padres no se interesan bastante en el estudio del maravilloso organismo humano, de las relaciones y la interdependencia de sus complicados órganos. Aunque Dios les (66) dice: "Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma" (3 Juan 2), no comprenden, sin embargo, la influencia del cuerpo sobre el espíritu ni del espíritu sobre el cuerpo. Dedican su atención a cosas triviales y luego alegan que les falta el tiempo para obtener la información necesaria que les permitiría instruir convenientemente a sus hijos.

Si cada uno quisiera obtener conocimientos al respecto y sintiera la importancia de ponerlos en práctica, presenciaríamos un estado de cosas mejor. Padres, enseñad a vuestros hijos a razonar de las

causas a los efectos. Mostradles que si violan las leyes de la salud tendrán que pagar la transgresión con sufrimientos. Mostradles que la temeridad respecto a la salud del cuerpo favorece la temeridad en las cosas morales. Vuestros hijos necesitan cuidado paciente y fiel. No basta que los alimentéis y los vistáis. Debéis tratar también de desarrollar su fuerza mental y llenar su corazón de principios justos. Mas ¡cuán a menudo sucede que la belleza del carácter y la amabilidad del genio son descuidados para atender a la apariencia externa! ¡Oh, padres, no os dejéis gobernar por la opinión del mundo y no tratéis de alcanzar su norma! Decidid por vosotros mismos cuál debe ser el objeto esencial de la vida y luego dedicad todos vuestros esfuerzos a alcanzarlo. No podéis descuidar impunemente la educación de vuestros hijos. Los defectos de su carácter publicarán vuestro descuido a este respecto. Los males que dejéis pasar sin corrección, los modales bruscos, groseros, la falta de respeto y obediencia, las costumbres de indolencia y la falta de atención, deshonrarán vuestro nombre y amargarán vuestra vida. El destino de vuestros hijos está en gran medida en vuestras manos. Al faltar a vuestro deber con respecto a ellos, podéis colocarlos en las filas del enemigo y hacer de ellos agentes suyos para arruinar a otros; por otra parte, instruyéndolos fielmente, ofreciéndoles con vuestra vida un ejemplo de piedad, podéis conducirlos a Cristo. A su vez, ellos ejercerán sobre otros la misma influencia, y así, por vuestro medio, podrá salvarse gran número de almas.

Padres y madres, ¿comprendéis la importancia de la responsabilidad que recae sobre vosotros? ¿Comprendéis la necesidad de preservar a vuestros hijos del descuido y de las costumbres (67) desmoralizadoras? No les permitáis entrar en relación con otras personas fuera de aquellas que ejercerán una buena influencia sobre su carácter. No los dejéis salir de noche a menos que sepáis adónde van y lo que hacen. Instruidlos en los principios de la pureza moral. Si habéis descuidado el enseñarles a este respecto precepto tras precepto, renglón tras renglón, un poco aquí y un poco allá, cumplid inmediatamente este deber. Haceos cargo de vuestra responsabilidad, y trabajad para el tiempo presente y para la eternidad. No dejéis transcurrir ni un día más sin confesar vuestra negligencia a vuestros hijos. Decidles que habéis decidido ahora hacer la obra que Dios os ha asignado. Pedidles que emprendan con vosotros esa reforma. Haced esfuerzos diligentes para redimir lo pasado. No permanezcáis por más tiempo en el estado de la iglesia de Laodicea. En el nombre del Señor, suplico a cada familia que enarbole su verdadero estandarte. Reformad la iglesia que tenéis en vuestro hogar.

Mientras cumplís vuestros deberes hacia vuestra familia, el padre como sacerdote de la casa y la madre como misionera del hogar, multiplicaréis agentes capaces de hacer bien fuera de la casa. Al emplear vuestras facultades, os capacitaréis mejor para trabajar en la iglesia y entre vuestros vecinos. Al vincular a vuestros hijos con vosotros mismos y con Dios, todos, padres e hijos, llegaréis a ser colaboradores de Dios.

La vida del verdadero creyente revela la presencia interior del Salvador. El seguidor de Jesús es semejante a Cristo tanto en espíritu como en temperamento. Como él, es manso y humilde. Su fe obra por medio del amor y purifica el alma. Toda su vida es un testimonio del poder y de la gracia de Cristo. Las doctrinas puras del Evangelio nunca degradan al que las recibe, nunca lo hacen áspero ni duro ni descortés. El Evangelio proporciona finura, nobleza y elevación; santifica el juicio y ejerce influencia sobre toda la vida.

Dios no permitirá que uno de sus verdaderos obreros sea dejado para luchar solo contra grandes dificultades y ser vencido. A (68) cada uno cuya vida está escondida con Cristo en Dios, él lo preserva como si fuera una joya preciosa. De cada uno de ellos dice: "Te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí" (Hageo 2:23). (70)

Elevada Vocación de los Empleados del Sanatorio.-

Los empleados de nuestros sanatorios han sido llamados a una elevada y santa vocación. Necesitan comprender mejor que en lo pasado el carácter sagrado de su tarea. La obra que ejecutan y el alcance de la influencia que ejercen exigen de ellos un esfuerzo fervoroso y una consagración sin reservas. En nuestros sanatorios, los enfermos y dolientes deben ser inducidos a comprender que necesitan auxilio espiritual tanto como curación física. En ellos deben recibir todos los cuidados favorables al restablecimiento de la salud; mas hay que hacerles ver también cuáles son los beneficios que provienen de la vida de Cristo y de la comunión con él. Hay que mostrarles que la gracia del Señor, obrando en el alma, eleva a todo el ser. Y para ellos el mejor modo de aprender a conocer la vida de Jesús consiste en verla realizada en la vida de sus discípulos.

El que trabaja fielmente tiene los ojos puestos en Jesucristo. Recuerda que su esperanza de vida eterna la debe a la cruz del Calvario, y está resuelto a no deshonrar jamás a quien dio su vida por él. Se interesa profundamente en los sufrimientos de la humanidad. Ora y trabaja. Cuida de las almas como quien deberá dar cuenta, sabiendo que las almas que Dios pone en relación con la verdad y la justicia son dignas de salvarse.

Los que trabajan en nuestros sanatorios están empeñados en una guerra santa. Deben presentar a los enfermos y a los afligidos la verdad tal cual es en Jesús. Deben presentarla en toda su solemnidad y, sin embargo, con tal sencillez y ternura que las almas sean conducidas al Salvador. Deben siempre, en sus palabras y acciones, mostrar que Cristo es la esperanza de vida eterna. Nunca deben hablar de una manera impaciente ni obrar egoístamente. Los empleados deben tratar a cada uno con bondad. Sus palabras deben ser amables. Los que den prueba de verdadera modestia y cortesía cristiana ganarán almas para Cristo. (70)

Debemos esforzarnos por restablecer la salud física y espiritual de aquellos que acudan a nuestros sanatorios. Preparémonos, pues, para sustraerlos durante cierto tiempo de las circunstancias que los alejaron de Dios, y para colocarlos en un ambiente más puro. Estando al aire libre, rodeados de las bellezas que Dios creó, y mientras respiran una atmósfera limpia y vigorizadora, es más fácil hablar a los enfermos de la vida nueva que es en Cristo Jesús. Allí es donde la Palabra de Dios puede enseñarse con más éxito. Allí es donde los rayos del Sol de justicia penetran mejor en los corazones entenebrecidos por el pecado. Con paciencia y simpatía, enseñad a los enfermos a comprender que necesitan al Salvador. Decidles que él es quien da fuerza a los débiles; quien da poder a los que no tienen ya energía.

Necesitamos comprender mejor el sentido de estas palabras: "Debajo de su sombra me senté con gran deleite" (Cant. 2:3, V.M.). Ellas no evocan en nuestro espíritu la imagen de un apresuramiento febril, sino por el contrario, la de un dulce reposo. Son muchos los que profesan ser cristianos y que manifiestan inquietud y depresión, y los que rebosan actividad, pero no pueden hallar tiempo para reposar tranquilamente en las promesas de Dios. Obran como si no pudiesen permitirse tener paz y tranquilidad. A éstos dirige Cristo esta invitación: "Venid a mí,... que yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Apartémonos de las encrucijadas polvorientas y calurosas que frecuenta la multitud y vayamos a descansar a la sombra del amor del Salvador. Allí es donde obtendremos fuerza para continuar la lucha; allí es donde aprenderemos a reducir nuestros afanes y a loar a Dios. Aprendan de Jesús una lección de calma confiada aquellos que están trabajados y cargados. Deben sentarse a su sombra si quieren recibir de él paz y reposo.

Los que trabajan en nuestros sanatorios deben poseer una rica experiencia cristiana, fruto de la verdad implantada en el corazón y nutrida por la gracia de Dios. Arraigados y afirmados en la verdad, deben tener una fe que obre por amor y que purifique el alma. Pidiendo constantemente las bendiciones que necesitan, deben cerrar las ventanas de su alma a la atmósfera apestada del mundo y abrirlas, por el contrario, hacia el cielo, para dejar entrar los brillantes rayos del Sol de justicia. (71)

¿Quién se está preparando para encargarse de una manera inteligente de la obra médica misionera? Los que acudan a recibir cuidados en nuestros sanatorios deben, mediante esta obra, ser conducidos al

Salvador y aprender a unir su debilidad a la fuerza de él. Cada obrero debe ser inteligente y capaz; y entonces podrá presentar de una manera amplia y elevada la verdad tal cual es en Jesús.
Los que trabajan en nuestros sanatorios están constantemente expuestos a la tentación. Se ven puestos en relación con incrédulos, y los que no están firmes en la verdad sufrirán por este contacto. Pero los que moran en Cristo arrostrarán a los incrédulos como lo hizo Cristo mismo. Inflexibles en su obediencia, estarán siempre listos para decir una palabra buena en el momento oportuno y a esparcir la simiente de la verdad. Perseverarán en la oración; mantendrán su integridad y darán cada día pruebas de cuán consecuente es su religión. La influencia de tales empleados será una bendición para muchos. Mediante una vida bien ordenada, conducirán almas a la cruz. Un verdadero cristiano confiesa constantemente a su Salvador. Está siempre gozoso, listo para dirigir palabras de esperanza y de consuelo a los que sufren.
"El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Prov. 1:7). Una frase de la Escritura tiene más valor que diez mil ideas o argumentos humanos. Los que se niegan a seguir los planes de Dios oirán finalmente la sentencia: "Apartaos de mí". Mas si nos sometemos a la voluntad de Dios, el Señor Jesús dirige nuestra mente y da seguridad a nuestros labios. Podemos ser fuertes en el Señor y en la potencia de su fortaleza. Al recibir a Cristo, quedamos revestidos de su potencia. Cuando el Salvador habita en nosotros, su fuerza viene a ser nuestra; su verdad es nuestro capital, y ninguna injusticia se advierte en nuestra vida. Llegamos a poder decir palabras oportunas a quienes no conocen la verdad. La presencia de Cristo en el corazón es una potencia vivificadora, que fortalece todo el ser.
Se me ha ordenado que diga a los empleados de nuestros sanatorios que la incredulidad y la confianza en sí mismos son los peligros contra los cuales deben prevenirse constantemente. Deben guerrear contra el mal con tal celo y ardor, que los enfermos (72) sientan la influencia ennoblecedora de sus esfuerzos desinteresados.
Ningún resto de egoísmo debe mancillar nuestro servicio. "No podéis servir a Dios y a Mamón—. Ensalzad ante el mundo al Hombre del Calvario. Exaltadle por una fe viva en Dios a fin de que vuestras oraciones puedan ser oídas. ¿Comprendemos bien claramente hasta qué punto se acerca Jesús a nosotros? Se dirige a nosotros personalmente. Se revelará a todo aquel que quiera ser revestido del manto de su justicia. Declara: "Yo... tu Dios, fortaleceré tu diestra". Coloquémonos donde pueda verdaderamente sostenernos, donde podamos oírle decir con fuerza y autoridad: "Fui muerto; y he aquí vivo para siempre jamás". (73)

Un Mensaje para Nuestros Médicos.-
El médico cristiano debe ser un mensajero de misericordia para los enfermos, portador de un remedio tanto para el alma enferma de pecado como para el cuerpo afligido por la enfermedad. Al mismo tiempo que usa los remedios sencillos que Dios ha provisto para aliviar el sufrimiento físico, debe hablar del poder de Cristo para sanar los males del alma.
¡Cuánta necesidad hay de que el médico viva en íntima comunión con el Salvador! Los enfermos y sufrientes con quienes se relaciona tienen necesidad de la ayuda que sólo Cristo puede dar. Necesitan oraciones respaldadas por el Espíritu Santo. La persona afligida se abandona a la sabiduría y la misericordia del médico, cuya preparación y fidelidad pueden ser su única esperanza. Entonces, sea el médico un mayordomo de la gracia de Dios, un guardián tanto del alma como del cuerpo.
El médico que ha recibido la sabiduría de arriba, que sabe que Cristo es su Salvador personal, sabe también cómo trabajar con las almas temblorosas, culpables, y enfermas de pecado que acuden a él en busca de ayuda, porque él mismo ha sido llevado al Refugio. El puede responder con seguridad a la pregunta: "¿Qué puedo hacer para ser salvo?" El puede contar la historia del amor del Redentor. Por experiencia propia puede hablar del poder del arrepentimiento y la fe. El Señor trabaja con él y mediante él mientras se halla a la cabecera del sufriente, tratando de hablarle palabras que le traigan consuelo y ayuda. A medida que la mente del afligido se aferra del poderoso Salvador, la paz de Cristo

llena su corazón; y la salud espiritual que recibe constituye la mano ayudadora de Dios en la restauración de la salud del cuerpo.

Son preciosas las oportunidades que tiene el médico de despertar en los corazones de aquellos con quienes se relaciona una comprensión de la tremenda necesidad que tienen de Cristo. A él le toca sacar cosas nuevas y viejas de la tesorería del corazón mientras expresa las anhelantes palabras de consuelo e instrucción. (74) Ha de sembrar constantemente la semilla de la verdad, sin presentar temas doctrinales, sino hablando del amor del Salvador que perdona los pecados. Su deber no consiste solamente en dar instrucción de la Palabra de Dios línea sobre línea, precepto sobre precepto; también debe humedecer esa instrucción con sus lágrimas y fortalecerla con sus oraciones, de modo que las almas sean salvadas de la muerte.

Los médicos corren el riesgo de olvidar el peligro del alma a causa de la ansiedad ferviente, y a veces febril, que experimentan en su empeño por evitar los peligros del cuerpo. Médicos, estén alerta, porque en el tribunal de justicia de Cristo deben volver a encontrar a quienes hoy atienden junto al lecho de muerte.

La solemnidad de la obra del médico, su contacto constante con los enfermos y los que mueren, requiere que, en la medida de lo posible, se los exonere de los trabajos seculares que otros pueden realizar. Con el fin de darle tiempo para familiarizarse con las necesidades espirituales de los pacientes, no se deberían colocar cargas innecesarias sobre él. Su mente debería hallarse siempre bajo la influencia del Espíritu Santo, de modo que pueda pronunciar palabras oportunas que despierten fe y esperanza.

Junto a la cama del moribundo no se deben hablar palabras que tengan que ver con credos y controversias. Se debe traer al enfermo ante Aquel que está dispuesto a salvar a todos los que se llegan a él con fe. Esfuércese fervorosa y tiernamente por ayudar al alma que vacila entre la vida y la muerte.

El médico nunca debería inducir a sus pacientes a fijar su atención en él. Debe enseñarles a asirse con la mano de la fe de la mano extendida del Salvador. Entonces su mente será iluminada con la luz que brilla del Sol de justicia. Lo que los médicos tratan de hacer, Cristo ya lo llevó a cabo, de hecho y en verdad. Ellos tratan de salvar la vida; Cristo es la vida.

El esfuerzo que realiza el médico por conducir las mentes de sus pacientes hacia la acción sanadora debe hallarse libre de toda pretensión humana. No se debe apegar a la humanidad, sino elevarse libremente hacia lo espiritual, aferrándose a las cosas de la eternidad.

El médico no debe ser hecho el blanco de críticas descomedidas. Esto coloca preocupaciones innecesarias sobre él. Sus (75) responsabilidades son pesadas, y necesita la simpatía de quienes colaboran con él en su trabajo. Se lo debe sostener por medio de la oración. Recibirá ánimo y esperanza al saber que se lo aprecia.

El médico cristiano inteligente experimenta una comprensión cada vez mayor de la relación que existe entre el pecado y la enfermedad. Se esfuerza por ver cada vez con mayor claridad la relación que hay entre causa y efecto. Comprende que los que siguen el curso de enfermería deben recibir una instrucción cabal en los principios de la reforma de la salud y que se les debe enseñar a ser estrictamente temperantes en todas las cosas, porque el descuido de las leyes de la salud es inexcusable en quienes han sido llamados a enseñar a otros cómo vivir.

El médico le hace daño a su prójimo cuando ve que un paciente sufre de alguna enfermedad causada por hábitos equivocados de comer y beber, pero no se lo dice ni lo instruye respecto a la necesidad de una reforma. Los borrachos, los enfermos mentales, y los que llevan vidas licenciosas, todos acuden al médico y demuestran en forma clara e incontestable que el sufrimiento es un resultado del pecado. Hemos recibido una gran luz con referencia a la reforma de la salud. Entonces, ¿por qué no nos esforzamos más decididamente por contrarrestar las causas que producen la enfermedad? ¿Cómo pueden callar nuestros médicos cuando son testigos de la lucha continua con el dolor, y trabajan incesantemente por aliviar el sufrimiento? ¿Cómo pueden evitar levantar la voz en amonestación?

¿Tienen realmente bondad y misericordia si no enseñan los principios de una temperancia estricta como remedio para la enfermedad?
Médicos, estudien la amonestación que Pablo dio a los romanos: "Así, que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:1-2).

La obra espiritual de nuestros sanatorios no debe hallarse bajo el control de los médicos. Ese trabajo requiere meditación y tacto (76) y un conocimiento amplio de la Biblia. Conectados con nuestros sanatorios se necesitan ministros que posean estas cualidades. Deberían poner de relieve las normas de la temperancia desde un punto de vista cristiano, mostrando que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo y convenciendo a la gente de la responsabilidad que tienen, por haber sido comprados por Dios, de hacer de su mente y de su cuerpo un templo santo, apto para la morada interior del Espíritu Santo. Muchos percibirán su necesidad de reforma cuando se presente ante ellos la temperancia como una parte del Evangelio. Se darán cuenta del perjuicio de las bebidas intoxicantes y comprenderán que el único plan que el pueblo de Dios puede adoptar a conciencia es el de la abstinencia total. A medida que se les dé esta instrucción, la gente se interesará por estudiar otros temas de la Biblia. (77)

El Valor de la Vida al Aire Libre.-
Las grandes instituciones médicas de nuestras ciudades, así llamadas sanatorios, hacen sólo una parte del bien que podrían realizar si estuvieran situadas donde los pacientes pudieran gozar de los beneficios de la vida al aire libre. Se me ha instruido acerca de la necesidad de establecer sanatorios en muchos lugares del país, y se me ha dicho que la obra de estas instituciones contribuirá grandemente al adelanto de la causa de la salud y la justicia.
Las cosas de la naturaleza son bendiciones de Dios, provistas para promover la salud del cuerpo, la mente y el alma. Se ofrecen a los sanos para mantenerlos sanos y a los enfermos para sanarlos. Cuando se las usa en conexión con los tratamientos hidroterápicos, son más efectivas en la restauración de la salud que todas las demás drogas y medicamentos del mundo.
En el campo los enfermos encuentran muchas cosas que distraen su atención de sí mismos y de sus sufrimientos. Dondequiera, pueden observar las cosas hermosas de la naturaleza y gozar de ellas: las flores, los campos, los árboles frutales cargados de sus ricos tesoros, los árboles de la floresta con su agradable sombra, y los cerros y valles de variada vegetación con sus múltiples formas de vida.
Pero este ambiente no sólo les sirve para entretenerse, sino que en él aprenden las más preciosas lecciones espirituales. Al hallarse rodeados por las maravillosas obras de Dios, sus mentes se elevan de las cosas visibles a las que no se ven. La hermosura de la naturaleza los induce a pensar en las bellezas inigualables de la tierra nueva, donde no habrá nada que interrumpa su tranquilidad, nada que manche ni destruya, nada que cause enfermedad ni muerte.
La naturaleza es el médico de Dios. El aire puro, la alegre luz del sol, las hermosas flores y los árboles, los huertos y los viñedos, y el ejercicio al aire libre practicado en ese ambiente, (78) son elementos que prodigan salud: son el elixir de la vida. La única medicina que necesitan muchos inválidos es la vida al aire libre. Ejerce una influencia poderosa en la sanidad de las enfermedades causadas por la vida cómoda, esa clase de vida que debilita y destruye los poderes físicos, mentales y espirituales.
¡Cuán preciosas resultan la quietud y la libertad del campo para los inválidos débiles-acostumbrados a la vida de la ciudad, al brillo de muchas luces y al ruido de las calles! ¡Con cuánto gusto abrazan las escenas de la naturaleza! ¡Cuán contentos se sentirían de poder gozar de las conveniencias de un sanatorio en el campo, donde se pudieran sentar al aire libre, gozar del sol, y respirar la fragancia de los árboles y las flores! Existen propiedades salutíferas en el bálsamo de los pinos y en la fragancia de los

cedros y los abetos. Y hay otros árboles que contribuyen a la buena salud. No se corten esos árboles irresponsablemente. Cuídense en donde crecen en abundancia, y plántense más donde hay sólo algunos. Nada tiende más a restaurar la salud y la felicidad del inválido crónico como vivir en un atractivo ambiente campestre. Allí, hasta los casos desahuciados se pueden sentar o recostar al sol o a la sombra de los árboles. Con sólo levantar la vista pueden observar la hermosura del follaje. Al hacerlo, se sorprenden de que nunca antes se hayan percatado de la gracia con que se doblan las ramas para formar una sombrilla viviente sobre ellos, prodigándoles exactamente la sombra que necesitan. Mientras escuchan el murmullo de la brisa, experimentan una dulce sensación de descanso y renovación. Los espíritus decaídos reviven. Se recobran las fuerzas gastadas. Sin siquiera notarlo se aquieta la mente agitada y se calma y regulariza el pulso afiebrado. A medida que el enfermo se fortalece, se aventura a dar unos pasos para cortar algunas de las hermosas flores silvestres, esos preciosos mensajeros del amor de Dios para su afligida familia terrenal. Anímese a los pacientes a pasar muchas horas al aire libre.

Háganse planes para mantenerlos afuera donde puedan tener comunión con Dios a través de la naturaleza. Sitúense los sanatorios en terrenos grandes, donde los pacientes tengan la oportunidad de hacer ejercicios saludables mediante el cultivo de la tierra. Esa clase de ejercicios, combinados con tratamientos (79) naturales, realizará milagros en la obra de restaurar y fortalecer el cuerpo enfermo, a la vez que aliviar la mente cansada y desgastada. Al hallarse rodeados de condiciones favorables, los pacientes no requerirán de tanto cuidado como si estuvieran confinados en algún hospital de la ciudad. En el campo tampoco se sentirán tan inclinados a mostrarse descontentos ni a quejarse. Estarán dispuestos a aprender acerca del amor de Dios, y listos a aceptar que Aquel que cuida de las aves y las flores en forma tan maravillosa, cuidará del mismo modo de las criaturas hechas a su propia imagen. A los médicos y sus ayudantes se les da así la oportunidad de alcanzar las almas, poniendo en alto al Dios de la naturaleza delante de los que buscan la restauración de su salud.

Durante la noche se me dio la visión de un sanatorio en el campo. La institución no era grande pero tenía todo lo que necesitaba. Se hallaba rodeada de hermosos árboles y arbustos, más allá de los cuales se veían huertas y bosquecillos. Había jardines en los terrenos, donde los pacientes, si lo deseaban, podían cultivar flores de todas clases; cada paciente elegía su propio lugar para trabajar. El ejercicio al aire libre que se realizaba en estos jardines constituía una parte del tratamiento regular que se les había prescrito.

Ante mi vista pasó una escena tras otra. En una de ellas pude observar a un grupo de pacientes que acababan de llegar a nuestro sanatorio campestre. En otra vi al mismo grupo; pero, ¡ah, cuán transformados se veían! La enfermedad había desaparecido, la piel era clara, feliz el rostro; sus cuerpos y sus mentes parecían animados de una vida nueva.

También se me mostró que a medida que en nuestros sanatorios les sea restaurada la salud a los enfermos, y éstos regresen a sus hogares, constituirán lecciones objetivas para todos y muchos otros se impresionarán favorablemente al observar la transformación producida en ellos. Muchos de los enfermos y sufrientes abandonarán las ciudades para ir al campo, rehusando conformarse con los hábitos, modas y costumbres de la vida humana; preferirán buscar la recuperación de su salud en uno de nuestros sanatorios campestres. Así, aunque estemos separados de la (80) ciudad entre 30 y 45 kilómetros, de todos modos podremos alcanzar a la gente, y los que andan en busca de salud tendrán la oportunidad de recuperarla bajo las condiciones más favorables.

Dios realizará milagros en favor nuestro si tan sólo colaboramos con él con fe. Prosigamos, entonces, un curso de acción inteligente, para que nuestros esfuerzos sean bendecidos por el Cielo y coronados con el mejor de los éxitos.

¿Por qué nuestros jóvenes y señoritas que se preocupan por aprender a cuidar a los enfermos, no habrían de aprovechar liberalmente las ventajas que les ofrecen los recursos naturales? ¿Por qué no se les enseña diligentemente a valorar y utilizar estos recursos?
Nuestros médicos han errado el blanco en lo que se refiere a la ubicación de los sanatorios. No han utilizado adecuadamente las provisiones de la naturaleza. Dios desea que los lugares elegidos para los sanatorios sean hermosos, que se rodee a los pacientes de todo lo que deleite los sentidos. Que Dios nos ayude a hacer todo lo que esté de nuestra parte para aprovechar al máximo el poder vivificador del sol y el aire fresco. Cuando en la obra de nuestros sanatorios nosotros, como pueblo, sigamos estrictamente el plan del Señor, los recursos de la naturaleza serán apreciados. (81)

Fuera de las Ciudades.-
Los que tienen algo que ver con la elección de un sitio para un sanatorio deben estudiar con oración el carácter y objeto de nuestra obra pro salud. Deben acordarse de que han de contribuir al restablecimiento de la imagen de Dios en el hombre. Deben dar, por un lado, los remedios que alivian los sufrimientos físicos, y por el otro el Evangelio que alivia los sufrimientos del alma. Así serán verdaderos misioneros médicos. Deben implantar la verdad en muchos corazones.
Ningún egoísmo, ninguna ambición personal debe admitirse en la elección de un sitio para nuestros sanatorios. Cristo vino a este mundo para enseñarnos a vivir y a trabajar. Aprendamos, pues, de él, a no elegir para nuestros sanatorios sitios que satisfagan nuestros gustos, sino los lugares que convengan mejor para nuestra obra.
Se me ha mostrado que en nuestra obra médica misionera hemos perdido muchas ventajas por no comprender la necesidad de cambiar nuestros planes concernientes a la ubicación de nuestros sanatorios. Es la voluntad de Dios que estas instituciones se establezcan lejos de las ciudades. Debieran estar en el campo, y sus alrededores ser tan agradables como sea posible. En la naturaleza, huerto de Dios, los enfermos hallarán siempre algo que distraiga su atención de sí mismos y eleve sus pensamientos a Dios.
Se me ha mostrado que los enfermos deben ser cuidados lejos del bullicio de las ciudades, lejos del ruido de los tranvías, y de los coches. Aun los habitantes del campo que vengan a nuestros sanatorios se congratularán de estar en un lugar donde reine la calma. En ese retiro, será más fácil que los pacientes sientan la influencia del Espíritu de Dios.
El huerto de Edén, morada de nuestros primeros padres, era extremadamente hermoso. Graciosos arbustos y flores delicadas deleitaban los ojos a cada paso. En ese huerto, había árboles de (82) toda especie, muchos de los cuales llevaban frutos perfumados y deliciosos. En sus ramas, las aves modulaban sus cantos de alabanza. Adán y Eva, en su pureza inmaculada, se regocijaban por lo que veían y oían en el Edén. Aun hoy, a pesar de que el pecado ensombreció la tierra, Dios desea que sus hijos se regocijen en la obra de sus manos. Colocar nuestros sanatorios en medio de las obras de la naturaleza es seguir el plan de Dios, y cuanto más minuciosamente sigamos dicho plan, tanto mayores milagros hará Dios para la curación de la humanidad doliente. Se deben elegir, para nuestras escuelas e instituciones médicas, lugares alejados de las oscuras nubes de pecado que cubren las grandes ciudades, lugares donde el Sol de justicia pueda nacer, trayendo "en sus alas... salud" (Mal. 4:2).
Los hermanos dirigentes de nuestra obra deben dar instrucciones a fin de que nuestros sanatorios se establezcan en lugares agradables, lejos del bullicio de las ciudades, allí donde, gracias a sabias instrucciones, el pensamiento de los pacientes pueda ponerse en relación con el pensamiento de Dios. Muchas veces he descrito tales lugares, mas parecería que ningún oído haya prestado atención a lo que he dicho. Últimamente, las ventajas que ofrecería el establecer nuestras instituciones, y particularmente nuestros sanatorios y escuelas, fuera de las ciudades, me han sido mostradas con claridad convincente.
¿Por qué tienen nuestros médicos tanto deseo de establecerse en las ciudades? Hasta la atmósfera de las ciudades está corrompida. En ellas, los enfermos que tienen hábitos depravados que vencer no pueden

ser protegidos de un modo conveniente. Para las víctimas de la bebida, los bares de la ciudad constituyen una tentación continua. Colocar nuestros sanatorios en un ambiente impío, es contrarrestar los esfuerzos que se hagan para restablecer la salud de los pacientes.
En el porvenir, la condición de las ciudades empeorará siempre más, y su influencia se reconocerá como desfavorable al cumplimiento de la obra encargada a nuestros sanatorios.
El humo y el polvo de las ciudades son muy contraproducentes para la salud. Los enfermos que se ven encerrados entre cuatro paredes, se sienten como prisioneros en sus habitaciones. Cuando miran por la ventana, no ven más que casas y más casas. Los que (83) están así encerrados en sus piezas propenden a meditar en sus sufrimientos y pesares.
Muchos otros inconvenientes resultan también de establecer las instituciones médicas importantes en las ciudades grandes.
¿Por qué se habría de privar a los enfermos de las propiedades curativas que se hallan en la vida al aire libre? Se me ha mostrado que si a los enfermos se les estimula a salir de sus habitaciones y a pasar su tiempo al aire libre, a cultivar flores o a realizar algún trabajo fácil y agradable, su espíritu se desviará de su persona hacia objetos más favorables para su curación. El ejercicio al aire libre debiera prescribirse como una necesidad bienhechora y vivificadora. Cuanto más se pueda exponer al enfermo al aire vivificante, tanto menos cuidados necesitará. Cuanto más alegres sean los alrededores, tanto más henchido quedará de esperanza. Rodead a los enfermos de las cosas más hermosas de la naturaleza. Colocadlos donde puedan ver crecer las flores y oír el gorjeo de los pajaritos y su corazón cantará al unísono con los trinos de las aves. Encerradlos, por el contrario, en habitaciones, y se volverán tristes e irritables, por elegantemente amueblada que esté la pieza. Dadles los beneficios de la vida al aire libre. Elevarán su alma a Dios y obtendrán alivio corporal y espiritual.
"¡Lejos ¡Lejos de las ciudades!" Tal es mi mensaje. Hace mucho que nuestros médicos deberían haber advertido esa necesidad. Espero y creo que ahora verán su importancia, y ruego a Dios que así sea. Se acerca el tiempo cuando las grandes ciudades serán visitadas por los juicios de Dios. Antes de mucho, esas ciudades serán sacudidas con violencia. Cualesquiera que sean las dimensiones y la solidez de los edificios, o las precauciones tomadas contra el incendio, si el dedo de Dios toca esas casas, en algunos minutos u horas quedarán reducidas a escombros.
Las impías ciudades de nuestro mundo serán destruidas. Mediante las catástrofes que ocasionan actualmente la ruina de grandes edificios y de barrios enteros, Dios nos muestra lo que acontecerá en toda la tierra. Nos ha dicho: "De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama se enternece, y las hojas brotan, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cercano, a las puertas" (Mat. 24:32-33). (84)
Los edificios de ladrillo y piedra no son los más deseables para un sanatorio, porque generalmente son fríos y húmedos. Podría argumentarse que los edificios de ladrillo ofrecen una apariencia mucho más atractiva, y que nuestros edificios deben ser atractivos. Pero necesitamos construcciones espaciosas; y si los ladrillos son demasiado costosos, debemos construir de madera. Debemos estudiar la economía y practicarla. Esto se hace indispensable a causa de la enormidad del trabajo que debe realizarse en los diversos aspectos de la viña moral de Dios.
Se ha sugerido que en las estructuras de madera los pacientes no se sentirán seguros por temor de los incendios. Pero si nos hallamos situados en el campo, y no en la ciudad, donde los edificios están apiñados, un fuego se originaría internamente, no desde afuera; por lo tanto, un edificio de ladrillo no sería ninguna salvaguardia. A los pacientes se les debería explicar que para la salud un edificio de madera es preferible a uno de ladrillo.

Durante años me ha sido dada luz especial acerca de nuestro deber de no centralizar nuestra obra en las ciudades. El ruido y el bullicio que las llenan, las condiciones que en ellas crean los sindicatos y las huelgas, impedirán nuestra obra. Ciertos individuos tratan de lograr que las personas de diferentes

oficios se sindicalicen. Tal no es el plan de Dios, sino de una potencia que de ningún modo debemos reconocer. La palabra de Dios se cumple: Los malos parecen juntarse en haces para ser quemados.
Debemos emplear ahora todas las capacidades que se nos han confiado para dar al mundo el último mensaje de misericordia. En esta obra debemos conservar nuestra individualidad. No debemos unirnos a sociedades secretas ni sindicatos. Debemos permanecer libres en Dios y esperar de Jesús las instrucciones que necesitamos. Todos nuestros movimientos deben realizarse comprendiendo la importancia de la obra que hacemos para Dios.

Me ha sido mostrado que las ciudades están repletas de confusión, violencia y crímenes; y que todas estas cosas aumentarán hasta el fin de la historia del mundo. (85)

En el Campo.-
Mientras asistía a la reunión campestre de Los Angeles, en Agosto de 1901, en las visiones de la noche me hallaba presente en una reunión de junta. Se estudiaba la cuestión del establecimiento de un sanatorio en el sur de California. Algunos sostenían que este sanatorio debía construirse en la ciudad de Los Angeles y puntualizaron las objeciones a establecerlo fuera de la ciudad. Otros presentaron las ventajas de localizarlo en el campo.
Entre nosotros había Uno que presentó este asunto muy claramente y con la mayor sencillez. Nos dijo que establecer el sanatorio dentro de los límites de la ciudad sería un error. Un sanatorio debería poseer la ventaja de tener tierras abundantes, para que los inválidos puedan trabajar al aire libre. El trabajo al aire libre es de un valor incalculable para los pacientes nerviosos, pesimistas y débiles. Al usar el rastrillo, el azadón y la pala, hallarán alivio para muchos de sus males. La inactividad es la causa de muchas enfermedades.
La vida al aire libre es buena para el cuerpo y la mente. Es la medicina que Dios ha diseñado para la restauración de la salud. El aire puro, el agua limpia, la luz del sol, y los hermosos parajes naturales son sus medios para devolverle la salud al enfermo, en armonía con la naturaleza. El acto de recostarse a la luz del sol o bajo la sombra de los árboles es más valioso que la plata y el oro para el enfermo.
En el campo nuestros sanatorios pueden estar rodeados de árboles y flores, de huertos y viñedos. Aquí los médicos y las enfermeras pueden sacar fácilmente de la naturaleza lecciones que enseñan acerca de Dios. Conduzcan ellos a sus pacientes hacia Aquel cuya mano creó los elevados árboles, el alfombrado pasto y las flores hermosas, y anímenlos a ver en cada brote que surge y en cada capullo que se abre una expresión del amor divino hacia sus hijos.

Es la expresa voluntad de Dios que nuestros sanatorios se establezcan tan lejos de las ciudades como sea prudente. En la (86) medida de lo posible estas instituciones deberían situarse en lugares tranquilos y apartados, donde se tenga la oportunidad de instruir a los pacientes acerca del amor de Dios y del hogar edénico de nuestros primeros padres, que será devuelto a los seres humanos gracias al sacrificio de Cristo.
En los esfuerzos que se realicen para restaurar la salud de los enfermos se deberán utilizar las cosas hermosas de la creación del Señor. Las actividades tales como la observación de las flores, la recolección de frutas maduras, y escuchar los cantos felices de las aves, producen un efecto peculiarmente beneficioso sobre el sistema nervioso. De la vida al aire libre, hombres y mujeres y niños experimentan el deseo de ser puros y sin mancha. Mediante las influencias de las propiedades reanimadoras y vivificantes de los grandes recursos medicinales de la naturaleza, se fortalecen las funciones del cuerpo, se despierta el intelecto, se aviva la imaginación, cobra vida el espíritu y la mente se prepara para apreciar la hermosura de la Palabra de Dios.
Los enfermos recobran la salud cuando estas circunstancias se combinan con la influencia de un tratamiento cuidadoso y de una alimentación sana. El paso débil recupera su elasticidad. El ojo recobra

su brillantez. El desesperanzado vuelve a tener esperanza. El semblante, abatido hasta hace poco, luce ahora una expresión de regocijo. El sonido quejumbroso de la voz se ve reemplazado por un tono de contentamiento. Ahora las palabras expresan la convicción de que "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones" (Sal. 46:1). Se -ha vuelto brillante la esperanza nublada del cristiano. Se ha recuperado la fe. Y se oyen las palabras: "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento". "Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador". "El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas" (Salmo 23:4; Luc. 1:46-47; Isa. 40:29). La mente se vigoriza al reconocer que es la bondad de Dios la que provee estas bendiciones. Al ver que sus dones son apreciados, Dios está muy cerca y se muestra complacido.

Cuando se creó la tierra, era santa y hermosa. Dios declaró que (87) era buena en gran manera. Cada flor, cada arbusto y cada árbol, respondían al propósito de su Creador. Había hermosura en todo lo que podían observar los ojos y su contemplación llenaba la mente con los pensamientos del amor de Dios. Al inducir al hombre a pecar, Satanás abrigaba la esperanza de contrarrestar la corriente del amor divino que fluía hacia la raza humana; sin embargo, en lugar de lograrlo, su obra no hizo más que poner en evidencia manifestaciones nuevas y más profundas de la misericordia y la bondad de Dios.

Nunca fue el propósito de Dios que sus hijos vivieran amontonados en las ciudades, apiñados en apartamentos y conventillos. Al comienzo colocó a nuestros primeros padres en un jardín, en medio de preciosos paisajes y de los sonidos atractivos de la naturaleza, y esos son los mismos paisajes y sonidos en los cuales anhela que el hombre se regocije todavía hoy. Mientras más nos acerquemos a andar en armonía con el plan original de Dios, más favorable será nuestra posición para recobrar la salud y preservarla. (88)

No Entre los Ricos.-

Podrá parecernos que para situar nuestros sanatorios lo mejor sería elegir lugares entre los ricos; que esto le daría carácter a nuestra obra y permitiría obtener clientela para nuestras instituciones. Pero no sería sabio hacerlo. "Jehová mira no lo que el hombre mira" (1 Sam. 16:7). El hombre mira la apariencia externa; Dios mira el corazón. Cuanto menor sea el número de edificios grandes en derredor de nuestras instituciones, menos molestias experimentaremos. Muchos propietarios ricos son irreligiosos e irreverentes. Sus mentes están llenas de pensamientos mundanos. Los entretenimientos del mundo, el bullicio y la hilaridad ocupan su tiempo. Gastan su dinero en ropas extravagantes y en una vida llena de lujos. En sus casas no se da la bienvenida a los mensajeros celestiales. Prefieren mantenerse lejos de Dios. A los hombres les cuesta aprender la lección de la humildad, y tanto a los ricos como a los que están acostumbrados a darse todos los gustos les resulta especialmente difícil aprenderla. Los que no se consideran responsables ante Dios por lo que poseen se sienten tentados a exaltar el yo, como si las riquezas comprendidas por sus tierras y sus notas bancarias los hicieran independientes de Dios. Llenos de orgullo y vanidad, se adjudican una estima que se mide por sus riquezas.

Hay muchos ricos que son mayordomos infieles a la vista de Dios. El descubre el robo tanto en la forma de adquirir esos medios como en la manera de usarlos. No han tomado en cuenta al Propietario de todas las cosas ni han utilizado los medios que les ha confiado para socorrer a los sufrientes y oprimidos. Han estado amontonando sobre sí mismos ira para el día de la ira; porque Dios recompensará a cada ser humano conforme a sus obras. Estos hombres no adoran a Dios; su ídolo es el yo. Quitan la misericordia y la justicia de su mente y las reemplazan con avaricia y rivalidad. Dios dice a ellos: "¿No los he de castigar por estas cosas?" (Jer. 9:9). (89)

Dios no se complacería de ver a ninguna de nuestras instituciones establecerse en una comunidad de carácter tal, por más grandes que parecieran sus ventajas. Los hombres adinerados egoístas ejercen una influencia sobre otras mentes, y el enemigo quisiera trabajar a través de ellos para estorbar nuestro camino. Las asociaciones pecaminosas son siempre nefastas para la piedad y la devoción, y tales relaciones pueden minar los principios aprobados por Dios. El Señor no quiere que ninguno de nosotros haga como Lot, que eligió un hogar en un sitio donde tanto él como su familia estuvieron en constante contacto con el mal. Lot llegó rico a Sodoma; pero salió de allí sin nada, conducido por la mano de un ángel, mientras los mensajeros de la ira divina se aprestaban para derramar la lluvia de fuego que consumiría a los habitantes de aquella ciudad grandemente favorecida y acabaría con su hermosura encantadora, dejando desolado y desnudo ese lugar que Dios había hecho antes muy hermoso.
Nuestros sanatorios no deben situarse cerca de las residencias de los ricos, donde serían considerados como una intrusión y una molestia; donde se harían comentarios desfavorables acerca de ellos, porque reciben a la humanidad doliente de todas las clases sociales. La religión pura y sin contaminación hace que los hijos de Dios sean una sola familia, vinculada a Dios por medio de Cristo. Pero el espíritu del mundo es orgulloso, parcial y exclusivista, y tiende a favorecer a unos pocos.
Al construir nuestros edificios debemos mantenernos alejados de las viviendas de los grandes hombres del mundo, y dejarlos que busquen la ayuda que necesitan separándose de sus amistades para acudir a lugares más apartados. No agradaremos a Dios si construimos nuestros sanatorios entre la gente que viste y vive en forma extravagante y se siente atraída sólo por quienes pueden hacer un gran despliegue de posesiones. (90)

Lo que se Debe Tomar en Cuenta al Edificar.-
Como pueblo elegido de Dios no podemos copiar las costumbres y prácticas del mundo, ni imitar la moda que en él impera. No se nos ha dejado en tal ignorancia que hayamos de conformarnos a los modelos que nos ofrece el mundo y contar con la apariencia para que nuestras empresas tengan éxito. El Señor nos ha dicho de dónde proviene nuestra fuerza: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zac. 4:6). Cuando lo juzga bueno, el Señor da a quienes guardan su Palabra poder para ejercer fuerte influencia en favor del bien. De hecho, ellos dependen de Dios, y a él tendrán que dar cuenta de la manera en que empleen los talentos que les confió. Deben comprender que son administradores de los bienes del Señor y que deben glorificar su nombre.
Los que hayan puesto todos sus afectos en Dios tendrán éxito. En Cristo, se perderán a sí mismos de vista y los atractivos del mundo no tendrán ningún poder para apartarlos de la obediencia. Comprenderán que los adornos exteriores no dan fuerza. No es una apariencia importante la que representa de una manera correcta la obra que debemos realizar como pueblo elegido de Dios. Los que trabajan en relación con nuestra obra pro salud deben estar adornados de la gracia de Cristo. Ello les permitirá ejercer la mayor influencia que sea dable ejercer para el bien.
El Señor obra de buena fe con nosotros. Nos hace promesas a condición de que cumplamos fielmente su voluntad. Por esto, cuando se trata de construir sanatorios, debemos darle el primer lugar, el último y el mejor.
Los que sirven a Dios deben velar para que su gusto por la ostentación no arrastre a otros a los placeres fáciles y a la vanidad. Dios no desea que siervo alguno suyo se meta en empresas costosas e inútiles que endeuden a la gente y la priven de los recursos que podría traer para ayudar a la obra del Señor. Mientras los que profesan creer la verdad presente anden en las sendas del Señor (91) para obrar según la justicia, podrán contar con que el Señor los hará prosperar. Mas si prefieren errar lejos de la senda estrecha, atraerán la ruina sobre sí mismos y sobre los que se dejen guiar por ellos.
Los que funden establecimientos médicos deben dar el buen ejemplo. Aun cuando haya dinero, no deben gastar más de lo absolutamente necesario. La obra del Señor debe dirigirse teniendo en cuenta las necesidades de cada parte de la viña. Somos todos miembros de una misma familia, hijos de un

mismo Padre, y los ingresos del Señor deben emplearse del modo que mejor favorezca los intereses de su causa en el mundo entero. El Señor considera todas las partes del campo, y su viña debe ser cultivada en conjunto.

No debemos gastar en algunos lugares todo el dinero de la tesorería, sino trabajar para edificar la obra en muchos lugares Deben añadirse constantemente nuevos territorios al reino de Dios. Otras partes de su viña deben recibir la ayuda que dará carácter a la obra. El Señor nos prohíbe valernos de planes egoístas en su servicio, que priven a nuestro prójimo de las facilidades que le permitirían desempeñar su papel en la difusión de la verdad. Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Debemos recordar también que nuestra obra ha de corresponder a nuestra fe. Creemos que el Señor vendrá pronto; ¿no debe manifestarse esta convicción por los edificios que construimos? ¿Invertiremos sumas considerables en edificios que pronto quedarán consumidos por la conflagración final? Nuestro dinero representa almas, y debemos emplearlo de manera que dé a conocer la verdad a aquellos que, a causa del pecado, están bajo la condenación divina. Renunciemos, pues, a nuestros planes ambiciosos, y seamos precavidos contra los extremos y la imprevisión, por temor a que, estando vacía la tesorería del Señor, sus obreros no dispongan ya de los recursos necesarios para cumplir la tarea que se les ha confiado.

Nuestras instituciones más antiguas han gastado sumas de dinero que superaban lo necesario. Los que estimaron propio obrar así pensaban que ese gasto daría carácter a la obra, mas el argumento no justifica esos gastos exagerados. (92)

Dios desea que en nuestras instituciones se manifieste siempre el espíritu humilde y manso del Maestro, quien es la Majestad del cielo y el Rey de gloria. No se ha estudiado debidamente la primera venida de Cristo. El vino para ser nuestro Ejemplo en todo. Su vida fue una vida de estricta abnegación. Si seguimos su ejemplo, no gastaremos jamás dinero sin necesidad. No hemos de buscar lo que sólo sería ostentación. Procuraremos más bien que la luz resplandezca por medio de nuestras buenas obras y que Dios sea glorificado por el empleo de los mejores métodos de sanar a los enfermos y aliviar a los que sufren. Lo que da carácter a nuestra obra, no es el dinero que enterramos en la construcción de nuestros edificios, sino nuestra perseverancia en los principios religiosos y la semejanza de nuestro carácter al de Cristo.

Los errores cometidos en el pasado en la construcción de ciertos edificios, deben ser advertencias saludables para lo por venir. Debemos ver en qué se equivocaron otros, y en vez de imitar sus errores, tratar de hacer mejor que ellos. En todo paso adelante, debemos tener en cuenta la necesidad de ahorrar. No debe hacerse ningún gasto inútil. El Señor vendrá pronto, y nuestros gastos en edificios deben armonizar con nuestra fe. Nuestros fondos deben dedicarse a amueblar habitaciones alegres, y asegurar a los enfermos buenos alimentos, así como un ambiente favorable para la salud.

Nuestras ideas referentes a construir y amueblar las instituciones deben ser regidas por la práctica de una comunión constante y humilde con Dios. No debe considerarse necesario dar a esos establecimientos una apariencia de riqueza. No debe confiarse en la apariencia como medio de obtener éxito. No es más que un engaño. El deseo de mantener una apariencia inconveniente a la obra que Dios nos ha asignado, que sólo podría mantenerse gastando fuertes sumas de dinero, es un tirano sin misericordia; es como un cáncer que destruye las entrañas.

Los hombres de buen criterio prefieren la comodidad a la elegancia y el lujo. Es un error pensar que las apariencias atraerán más pacientes, y habrá por consiguiente más ganancias. Aun suponiendo que este proceder aumentase la clientela, no podemos consentir que nuestros sanatorios sean amueblados según las costumbres de lujo de nuestro siglo. La influencia cristiana (93) es demasiado valiosa para quedar así sacrificada. Todo lo que rodea nuestras instituciones, y cuanto esté en ellas, debe armonizar con las enseñanzas de Cristo y la expresión de nuestra fe. En todos sus ramos, nuestra obra debe ser una lección de juicio santificado y no de ostentación y despilfarro.

No son los edificios imponentes y costosos, ni los muebles de lujo, ni las mesas cargadas de manjares delicados, lo que dará a nuestra obra influencia y éxito. Es la fe que obra por el amor y purifica el alma; es la atmósfera de gracia que rodea al creyente; es el Espíritu Santo, obrando en el pensamiento y el corazón, lo que da a nuestra obra el sabor de vida para vida y que permite a Dios bendecirla.
Dios puede comunicarse hoy con su pueblo y darle la sabiduría necesaria para hacer su voluntad, así como se comunicaba antaño con su pueblo y le dio la sabiduría necesaria para construir su santuario. En la construcción de ese edificio, dio una representación de su potencia y majestad; y su nombre debe igualmente quedar honrado hoy por los edificios que se construyen para él. Cada parte debe denotar fidelidad, solidez e idoneidad.
Los encargados de la construcción de un sanatorio deben representar la verdad trabajando con el espíritu y el amor de Dios. Así como Noé amonestó al mundo al construir el arca, por el trabajo que se haga en la construcción de las instituciones del Señor, se predicarán sermones, y el corazón de algunos se convencerá y convertirá. Sientan, pues, nuestros obreros la necesidad constante de la ayuda de Cristo, para que nuestras instituciones no sean establecidas en vano.
Mientras la obra de construcción progrese, acuérdense que, como en los días de Noé y Moisés Dios determinó todos los detalles del arca y del santuario, así también en la construcción de las instituciones modernas, él vigila personalmente el trabajo que se realiza. Acuérdense que el gran Arquitecto desea dirigir su obra por su Palabra, por su Espíritu y por su providencia. Por esto, deben tomarse el tiempo de solicitar sus consejos. La voz de la oración y la melodía de los himnos santos deben elevarse hasta él como el humo del incienso. Todos deben comprender que dependen enteramente de Dios. Deben recordar que están levantando una institución por medio de la cual debe cumplirse con éxito una (94) obra que tendrá consecuencias infinitas, y que al hacerla deben ser colaboradores de Dios. "Mirar a Jesús", debe ser nuestro lema. Y ésta es la promesa que se nos hace: "Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar: sobre ti fijaré mis ojos" (Salmo 32:8). (95)

No para los que Andan en Busca del Placer.-
A los obreros de nuestros sanatorios en el sur de California.
Tengo un mensaje que dar a nuestros hermanos del sur de California. El Señor no les pide que provean instalaciones para el entretenimiento de los turistas. Se sentaría un precedente equivocado delante del pueblo del Señor si se estableciera alguna institución con ese propósito. Los resultados no justificarían los esfuerzos realizados.
¿Por qué establecemos sanatorios? Para que los enfermos que acuden a ellos en busca de tratamientos puedan recibir alivio de sus sufrimientos físicos y a la vez obtener ayuda espiritual. Debido a su condición de salud precaria se hallan susceptibles a la influencia santificadora de los misioneros médicos que se esfuerzan por sanarlos. Trabajemos con sabiduría, en favor de sus mejores intereses.
No construimos sanatorios para que sirvan de hoteles. En nuestros sanatorios se deben recibir sólo las personas que deseen conformarse con los principios correctos, y que estén dispuestas a aceptar los alimentos que podemos colocar delante de ellas a conciencia. Si permitiéramos a los pacientes tener bebidas intoxicantes en sus cuartos, o si les sirviéramos carnes, no les podríamos ofrecer la ayuda que deberían recibir al acudir a nuestros sanatorios. Todo el mundo debería saber que excluimos estos artículos por cuestiones de principio tanto de nuestros sanatorios como de nuestros restaurantes. ¿No deseamos ver a nuestros semejantes libres de enfermedades e invalidez, gozando de salud y nuevas fuerzas? Entonces seamos tan leales a los principios como la brújula al polo.
Aquellos cuya obra consiste en trabajar por la salvación de las almas deben mantenerse libres de los planes que el mundo acostumbra. No deben, con el pretexto de ganar la influencia de algún rico, enredarse en planes que deshonren su profesión de fe. No (96) deben vender sus almas por una ventaja financiera. No deberían hacer nada que pudiera retardar la obra de Dios o rebajar las normas de la justicia. Somos los siervos de Dios, y debemos trabajar en armonía con él, realizando su obra a su

manera, de tal modo que todos aquellos por quienes trabajamos puedan comprender que nuestra preocupación consiste en alcanzar una norma más elevada de santidad. Aquellos con quienes nos relacionamos han de ver que no sólo hablamos de abnegación y sacrificio, sino que también damos evidencia de estas virtudes en nuestras vidas. El ejemplo que les demos debe inspirar a las personas con quienes nos relacionamos en el trabajo a conocer más de cerca las cosas de Dios.

Si hemos de incurrir en el gasto de construir sanatorios con el fin de laborar en favor de la salvación de los enfermos y afligidos, debemos planear nuestro trabajo de tal manera que las personas a quienes deseamos ayudar reciban lo que realmente necesitan. Debemos hacer todo lo que podamos por alcanzar la sanidad del cuerpo; pero debemos hacer de la sanidad del alma un asunto de importancia mucho mayor. Se debe mostrar el camino de la salvación a los que llegan como pacientes a nuestro sanatorio, para que puedan arrepentirse y escuchar las palabras: Tus pecados te son perdonados; vete en paz, y no peques más.

En el sur de California no se debe llevar a cabo la obra médica misionera mediante el establecimiento de una institución gigantesca, que sirva para acomodar y entretener a un grupo licencioso de amadores del placer, que traigan consigo sus propias ideas y prácticas intemperantes. Una institución tal absorbería el tiempo y los talentos de muchos obreros que se necesitan en otros lugares. Los esfuerzos de nuestros hombres capaces deben empeñarse en el establecimiento y la conducción de sanatorios que funcionen con el propósito de preparar las mentes para la recepción del Evangelio de Cristo.

El tiempo y las fuerzas de hombres capaces de llevar adelante la obra del Señor tal como él lo ha indicado, no deben absorberse en una empresa establecida con el fin de acomodar y entretener a los buscadores de placeres, cuyo deseo supremo consiste en gratificar el yo. Sería un peligro para la seguridad de esos obreros conectarlos con una empresa tal. Mantengamos a nuestros jóvenes (97) y señoritas alejados de tales influencias peligrosas. Y si los hermanos se empeñan en el establecimiento de una empresa tal, no harían avanzar la obra de la salvación de las almas como ellos creen.

Nuestros sanatorios se deben establecer con un solo objetivo: el progreso de la verdad presente. Y se los debería dirigir de tal manera que en la mente de los pacientes que acuden a ellos para tratarse se produzca una impresión decidida en favor de la verdad. La conducta de los obreros, desde el gerente hasta el trabajador que ocupa la posición más humilde, debe dar testimonio en favor de la verdad. Una atmósfera de espiritualidad debe caracterizar a la institución.. Tenemos un mensaje de amonestación que dar al mundo, y las personas que lleguen a nuestros sanatorios deben quedar impresionadas con nuestra sinceridad y devoción al servicio de Dios.

Se deben establecer sanatorios tan pronto como se pueda en diferentes sectores del sur de California. Que se comience con esta obra en varias partes. Si es posible, cómprense terrenos donde ya existan edificios. Luego, a medida que la prosperidad de la obra lo exija, que se hagan las adiciones necesarias.

Vivimos en el mismo final de la historia de la tierra, y debemos actuar con cautela, comprendiendo cuál es la voluntad del Señor y, dirigidos por su Espíritu, realizar una obra que signifique mucho para su causa, y que consista en la proclamación de un mensaje de amonestación a un mundo infatuado, engañado y que perece en el pecado.

En el sur de California hay para la venta muchas propiedades donde ya existen edificios adecuados para la obra del sanatorio. Se deberían comprar algunas de estas propiedades para llevar a cabo en ellas una obra misionera médica siguiendo lineamientos inteligentes. Se deben establecer varios sanatorios pequeños en el sur de California para beneficio de las multitudes que acuden allí con la esperanza de recuperar la salud. Se me ha instruido acerca de la oportunidad que ahora tenemos de alcanzar a las multitudes de inválidos que acuden a los centros de salud del sur de California, y se me ha dicho que también hay una obra que realizar en favor de las personas que trabajan en dichos centros.

"¿No decís vosotros: aún faltan cuatro meses para que llegue (98) la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega" (Juan 4:35).

Durante meses he llevado sobre mi alma la preocupación por el trabajo médico misionero en el sur de California. Recientemente se me ha dado mucha luz concerniente a la forma en que Dios desea que realicemos el trabajo de nuestros sanatorios. Debemos animara los pacientes a pasar una gran parte de su tiempo al aire libre. Se me ha indicado que debo pedir a nuestros hermanos que se mantengan alerta en la búsqueda de propiedades baratas y convenientes, localizadas en lugares saludables, y que sean adecuadas para el establecimiento de un sanatorio.

En lugar de invertir todos los medios que pueden obtenerse en una sola institución médica, debemos establecer sanatorios más pequeños en muchos lugares. Pronto la reputación de los centros de salud del sur de California será mucho más elevada de lo que es actualmente. Ahora es el tiempo de penetrar ese campo con el propósito de llevar a cabo la obra misionera médica. (99)

La Centralización.-

Santa Elena, California, 4 de Septiembre de 1902. A los hermanos dirigentes de nuestra obra médica.

Estimados hermanos: El Señor trabaja imparcialmente en favor de todas las partes de su viña. Son los hombres los que desorganizan su obra. El no concede a su pueblo el privilegio de recoger grandes sumas de dinero para establecer instituciones en algunos puntos solamente, de modo que no quede nada para instalar instituciones similares en otros lugares.

Deben fundarse muchas otras instituciones en las ciudades de Norteamérica, especialmente en la parte sur de los Estados Unidos, donde se ha hecho muy poca cosa hasta ahora. En los países extranjeros, deben iniciarse y dirigirse con éxito muchas empresas médicas misioneras. El establecimiento de los sanatorios es tan importante en Europa y otros países extranjeros como en los Estados Unidos.

El Señor desea que sus hijos comprendan qué clase de trabajo debe realizarse y que, como administradores fieles, obren prudentemente en la inversión de recursos. En lo que concierne a la construcción de edificios, desea que se calcule el gasto a fin de saber si hay bastante dinero para terminar lo emprendido. Quiero también que se recuerde que no hay que concentrar todo el dinero de un modo egoísta en algunos lugares solamente, sino que conviene tener en cuenta las muchas otras localidades donde deben establecerse instituciones.

De las instrucciones que he recibido se desprende que los administradores de todas nuestras instituciones, especialmente de los sanatorios recién establecidos, deben ahorrar con cuidado para poder auxiliar a otras instituciones que deben establecerse en otras partes del mundo. Aun cuando tengan una buena cantidad de dinero en caja, deben hacer sus planes teniendo en cuenta las necesidades del gran campo misionero de Dios. (100)

No concuerda con la voluntad de Dios que su pueblo construya sanatorios gigantescos. Deben establecerse muchos sanatorios. No deben ser grandes, pero lo suficientemente completos para poder realizar un buen trabajo.

Se me han dado advertencias acerca de la formación de enfermeros y evangelistas médicos misioneros. No debemos centralizar esta preparación en un solo lugar. En todos los sanatorios establecidos deben prepararse jóvenes de ambos sexos para el trabajo médico misionero. El Señor abrirá delante de ellos un camino para que puedan trabajar por él.

Las profecías que se cumplen manifiestamente bajo nuestros ojos, nos muestran que se acerca el fin de todas las cosas. Debe realizarse un trabajo de gran importancia lejos de los lugares donde, en lo pasado, se han centralizado nuestros esfuerzos.

Cuando conducimos agua corriente para irrigar un jardín, no tratamos de regar un solo lugar, dejando secos los demás. Eso es, sin embargo, lo que hemos hecho en el pasado en algunos lugares, con perjuicio del vasto campo. ¿Permanecerían desolados los lugares áridos? No; circule en todas partes la corriente de agua viva, y esparza gozo y fertilidad.

No debemos fiar en el reconocimiento del mundo ni en la distinción que nos pueda dar. No debemos tampoco tratar de rivalizar, en cuanto a dimensiones y esplendor, con las instituciones del mundo. No

será erigiendo vastos edificios ni rivalizando con nuestros enemigos como obtendremos la victoria, sino cultivando un espíritu manso y humilde como el de Cristo. Más vale la cruz con esperanzas frustradas, pero con la seguridad de la vida eterna después, que vivir como príncipes en este mundo y perder el cielo.

El Salvador de la humanidad nació en un hogar humilde, en un mundo malo y maldito por causa del pecado. Se crió en el anonimato en Nazaret, un pueblo de Galilea y comenzó su obra en la pobreza y sencillez. Dios envió, pues, el Evangelio de un modo muy diferente del que muchos, hoy día, creen que es su deber proclamarlo.

En el principio de la dispensación evangélica, Cristo enseñó a su iglesia a contar no con el puesto elevado y el esplendor que concede el mundo, sino con el poder de la fe y de la obediencia. (101) El favor de Dios tiene más valor que el oro y la plata. La potencia del Espíritu Santo es inestimable.

Así habla el Señor: "Los edificios no darán carácter a mi obra, a menos que los que construyen sigan mis instrucciones. En lo que se refiere al establecimiento de instituciones, si los que en lo pasado dirigieron y sostuvieron la obra se hubiesen guiado siempre por principios puros y exentos de egoísmo, no habría habido semejante acumulación de recursos míos en uno o dos lugares. Se habrían establecido instituciones en numerosas localidades. Las semillas de la verdad, echadas en mayor número de campos, habrían germinado y dado frutos para mi gloria.

"Los lugares que fueron descuidados deben ahora atraer vuestra atención. Mi pueblo debe hacer una obra enérgica y rápida. Los que con intenciones puras se consagren completamente a mí, en cuerpo, alma y espíritu, trabajarán según mis métodos y en mi nombre. Cada uno se mantendrá en su lugar y mirará a mí, que soy el Guía y Consejero.

"Instruiré al ignorante y ungiré con colirio celestial los ojos de muchos que hoy están sumidos en las tinieblas. Levantaré obreros que ejecuten mi voluntad, preparando un pueblo que subsista delante de mí en el tiempo del fin. En muchos lugares que debieran haber quedado provistos de sanatorios y escuelas desde hace mucho, estableceré mis instituciones, y ellas vendrán a ser centros de educación para la preparación de obreros".

El Señor influirá en el ánimo de los hombres en lugares inesperados. Por providencia de Dios, algunos de los que en apariencia son enemigos de la verdad dedicarán sus capitales a construir casas y comprar propiedades. Con el tiempo, estas propiedades serán ofrecidas en venta a un precio muy inferior al de su costo. Nuestros hermanos verán la mano de Dios en esto, y comprarán así excelentes propiedades adaptadas a la obra de educación. Harán planes y obrarán con humildad y espíritu de sacrificio. Así es como hombres ricos preparan, inconscientemente, los instrumentos que permitirán al pueblo de Dios hacer progresar rápidamente su obra.

En diversos lugares se han de comprar propiedades con el fin de ubicar sanatorios. Nuestros hermanos deben vigilar las ocasiones de comprar, lejos de las ciudades, propiedades en las que (102) ya haya edificios y huertos en plena producción. La tierra tiene valor. En relación con nuestros sanatorios, debería haber terrenos de los cuales pequeñas porciones podrían dedicarse a la construcción de casas para los empleados y las demás personas que se preparen para la obra médica misionera.

Se me ha mostrado repetidas veces que no es prudente erigir instituciones gigantescas. La mayor obra en favor de las almas no se hace gracias a la magnitud de una institución. Un sanatorio gigantesco requiere muchos obreros. Y donde se reúnen tantos, es excesivamente difícil mantener una alta norma de espiritualidad. En una gran institución, sucede con frecuencia que los puestos de responsabilidad son desempeñados por obreros que no son espirituales, que no ejercen prudencia al obrar con aquellos que, si se los tratase sabiamente, se despertarían, convencerían y convertirían.

No se ha hecho, en cuanto a presentar las Escrituras a los enfermos, ni la cuarta parte de la obra que podría haberse hecho, y que se habría efectuado en nuestros sanatorios si los obreros mismos hubiesen recibido cabal instrucción en lo religioso.

Donde muchos obreros están reunidos en un solo lugar, la administración debe tener un nivel espiritual mucho más elevado que el que con frecuencia ha reinado en nuestros grandes sanatorios.

Nos hallamos al borde del mundo eterno. Ya han comenzado a caer los juicios de Dios sobre los habitantes de la tierra. Dios envía estos juicios para que los seres humanos despierten. El tiene un propósito para cada cosa que permite que suceda en nuestro mundo, y desea que estemos tan identificados con las cosas espirituales que seamos capaces de percibir su intervención en los acontecimientos que eran tan raros en el pasado, pero que ahora ocurren casi diariamente.
Hay una enorme tarea delante de nosotros, el trabajo final de dar el último mensaje de amonestación de Dios a un mundo pecador. ¿Pero qué hemos hecho para dar este mensaje? Les ruego (103) que consideren los muchísimos lugares donde ni siquiera hemos entrado. Observen a nuestros obreros que continúan recorriendo el mismo camino mientras alrededor de ellos se halla un mundo descuidado, sumido en la corrupción y la impiedad: un mundo que aún no ha sido amonestado. Para mí este es un cuadro terrible. ¡Qué indiferencia más asombrosa manifestamos hacia las necesidades de un mundo que perece! (104)

La Señal de Nuestra Orden.-
Se me ha instruido acerca de que nuestras instituciones médicas deben establecerse como testigos de Dios. Se han instalado con el fin de aliviar a los enfermos y afligidos; para despertar un espíritu de investigación, con el fin de diseminar la luz y hacer avanzar la obra de reforma. Estas instituciones, dirigidas adecuadamente, constituirán el medio para dar a conocer las reformas esenciales en la preparación de un pueblo para la venida del Señor a muchos que de otra manera nos sería imposible alcanzar.
Muchos de los clientes de nuestras instituciones médicas poseen ideas elevadas con referencia a la presencia de Dios en la institución que visitan; y son muy susceptibles a las influencias espirituales que allí prevalecen. Si todos los médicos, enfermeras y ayudantes caminan delante de Dios con circunspección, recibirán un poder más que humano para tratar con estas personas. Cada institución cuyos obreros sean gente consagrada, se verá compenetrada del poder divino; y la gente que las frecuente no sólo obtendrá alivio de sus enfermedades corporales, sino que hallará también un bálsamo sonador para sus almas enfermas de pecado.
Que los dirigentes de nuestro pueblo pongan de relieve la necesidad de mantener una influencia religiosa poderosa en nuestras instituciones médicas. El Señor pretende que en estos lugares se le dé honra con palabras y acciones, para que sean sitios donde se magnifique su ley y se hagan prominentes las verdades de la Biblia. Los médicos misioneros deben realizar una gran obra para con Dios. Deben mantenerse completamente despiertos y vigilantes, vestidos con cada pieza de la armadura del cristiano y empeñados en una lucha varonil. Deben mantenerse leales a su Jefe, obedeciendo todos los mandamientos, incluyendo aquel que pone en evidencia la señal de su orden.
La observancia del sábado es la señal entre Dios y su pueblo. No tengamos vergüenza de portar la señal que nos distingue del (105) mundo. Mientras meditaba sobre este asunto recientemente en las horas de la noche, Uno que tenía autoridad nos aconsejó que estudiáramos la instrucción dada a los israelitas con relación al sábado. "Con todo eso vosotros guardaréis mis sábados —les había declarado el Señor—; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis mis sábados, porque santo es a vosotros... Seis días se hará obra, mas el día séptimo es sábado de reposo consagrado a Jehová; cualquiera que hiciere obra el día del sábado morirá ciertamente. Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel; celebrándolo por sus edades por pacto perpetuo: señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel" (Éxo. 31:13-17).
El sábado ha de ser siempre la señal que distinga a los obedientes de los desobedientes. Satanás ha trabajado con poderosa maestría para anular el cuarto mandamiento y conseguir con ello que se pierda

de vista la señal de Dios. El mundo cristiano ha pisoteado el sábado del Señor y en su lugar observa un día de reposo instituido por el enemigo. Pero el Señor tiene un pueblo que le es leal. Su trabajo se ha de llevar a cabo en líneas rectas. La gente que ostenta su señal debe establecer iglesias e instituciones que sean monumentos para él. Por humilde que sea su apariencia, estos monumentos testificarán constantemente en contra del falso día de reposo instituido por Satanás y en favor del sábado establecido por el Señor en el Edén, cuando juntas cantaban todas las estrellas del alba y todos los hijos lanzaban exclamaciones de regocijo.

Hay peligro de que penetre en nuestros sanatorios un espíritu de irreverencia y negligencia en la observancia del sábado. A los hombres de responsabilidad que hay en la obra misionera médica les incumbe el deber de dar instrucción a los médicos, los enfermeros y auxiliares, con respecto a la santidad del día santo de Dios. Cada médico debe esforzarse especialmente por dar el buen ejemplo. La índole de sus deberes le induce naturalmente a sentirse justificado por hacer en sábado muchas cosas que no debiera hacer. En lo posible debe planear su trabajo de modo que pueda dejar de lado sus deberes comunes.

Con frecuencia, los médicos y los enfermeros son llamados en (106) sábado a atender a los enfermos y a veces les resulta imposible tener tiempo para descansar y asistir a los cultos devocionales. Nunca se han de descuidar las necesidades de la humanidad doliente. Por su ejemplo el Salvador nos ha mostrado que es correcto aliviar los sufrimientos en sábado. Pero el trabajo innecesario, como los tratamientos y las operaciones comunes que pueden postergarse, debe ser diferido. Hágase comprender a los pacientes que los médicos y auxiliares deben tener un día de descanso. Hágaseles comprender que los obreros temen a Dios y desean santificar el día que él puso aparte para que sus hijos lo observen como señal entre él y ellos.

Los educadores y los educandos de nuestras instituciones médicas deben recordar que para ellos y los dirigentes significa mucho observar correctamente el sábado. Al guardar el sábado acerca del cual Dios declara que debe ser santificado, revelan la señal de su orden y muestran claramente que están de parte de su Señor.

Ahora y siempre hemos de destacarnos como pueblo distinto y peculiar, libre de toda política mundana, sin los estorbos que representaría el confederarse con aquellos que no tienen sabiduría para discernir los requerimientos de Dios tan claramente presentados en su ley. Todas nuestras instituciones médicas han sido establecidas como instituciones adventistas del séptimo día, para representar las diversas características de la obra misionera médica evangélica, y así preparar el camino para la venida del Señor. Debemos demostrar que procuramos trabajar en armonía con el cielo. Debemos testificar a toda nación, tribu y lengua que somos un pueblo que ama y teme a Dios, un pueblo que santifica su monumento recordativo de la creación, la señal puesta entre él y sus hijos obedientes para mostrar que los santifica. Y debemos manifestar claramente nuestra fe en la pronta venida del Señor en las nubes del cielo.

Como pueblo nos ha humillado grandemente la conducta que han seguido algunos de nuestros hermanos de responsabilidad al apartarse de los antiguos jalones. Hay quienes, a fin de llevar a cabo sus planes, negaron su fe por sus palabras. Esto demuestra cuán poca confianza se puede poner en la sabiduría y el juicio humanos. Como nunca antes, necesitamos ver ahora el peligro (107) que corremos de ser desviados inadvertidamente de nuestra lealtad a los mandamientos de Dios. Necesitamos comprender que Dios nos ha dado un mensaje decidido de amonestación para el mundo, así como dio a Noé un mensaje de amonestación para los antediluvianos.

Procure nuestro pueblo no menoscabar la importancia del sábado para vincularse con los incrédulos. Tenga cuidado de no apartarse de los principios de nuestra fe y de no dar la impresión de que no es malo conformarse al mundo. Sienta gran temor de prestar oído a los consejos de cualquier hombre, fuere cual fuere su puesto, si obra en forma contraria a lo que Dios ha realizado para mantener a su pueblo separado del mundo.

El Señor está probando a su pueblo, para ver quién será leal a los principios de su verdad. Nuestra obra consiste en proclamar al mundo los mensajes del primer ángel, el segundo y el tercero. En el desempeño de nuestros deberes, no debemos despreciar ni temer a nuestros enemigos. No está de acuerdo con la orden de Dios que nos liguemos por contratos con los que no son de nuestra fe. Debemos tratar con bondad y cortesía a los que se niegan a ser leales a Dios, pero nunca hemos de unirnos con ellos para consultarlos acerca de los intereses vitales de su obra. Poniendo nuestra confianza en Dios, debemos avanzar firmemente, hacer su obra con abnegación, confiar humildemente en él, entregarnos a su providencia nosotros mismos y todo lo que concierne a nuestro presente y futuro, mantener firme el principio de nuestra confianza hasta el fin y recordar que recibimos las bendiciones del cielo, no porque las merezcamos, sino porque Cristo las merece y porque mediante la fe en él aceptamos la abundante gracia de Dios.
Oro a Dios para que mis hermanos comprendan que el mensaje del tercer ángel significa mucho para nosotros, y que la observancia del verdadero día de reposo es la señal que distingue a los que sirven a Dios de los que no le sirven. Despiértense los que se han vuelto soñolientos e indiferentes. Somos llamados a ser santos, y debemos aplicarnos cuidadosamente a no dar la impresión de que no tiene importancia el que conservemos o no las características peculiares de nuestra fe. Nos incumbe la solemne obligación de asumir en favor de la verdad y de la justicia una posición más (108) decidida que la que hemos asumido en lo pasado. La línea de demarcación entre los que guardan los mandamientos de Dios y los que no los guardan debe resaltar con claridad inequívoca. Debemos honrar concienzudamente a Dios y emplear diligentemente todos los medios para cumplir nuestro pacto con él, a fin de recibir sus bendiciones, que son tan esenciales para el pueblo que va a ser probado severamente. Deshonramos grandemente a Dios si damos la impresión de que nuestra rey nuestra religión no constituyen una fuerza dominante en nuestra vida. Así nos apartamos de sus mandamientos, que son nuestra vida y negamos que él sea nuestro Dios y que seamos su pueblo.

Debemos invitarlos a todos, a los encumbrados y a los de niveles bajos, a los ricos y a los pobres,- a todas las sectas y clases, para que participen de los beneficios de nuestras instituciones médicas. En nuestras instituciones recibimos gente de todas las denominaciones. Sin embargo, somos estrictamente denominacionales en lo que se refiere a nosotros mismos; hemos recibido la sagrada elección de Dios y estamos bajo su teocracia. Pero no debemos imponer insensatamente sobre nadie los puntos peculiares de nuestra fe.

Para que los hombres no se fueran a olvidar del verdadero Dios, él les concedió un monumento recordativo de su amor y su poder: el sábado. Dice él: "Vosotros guardaréis mis sábados; porque es señal entre mí y vosotros" (Éxo. 31:13).

Refiriéndose a Israel, el Señor declaró: "He aquí un pueblo que habitará confiado, y no será contado entre las naciones" (Núm. 23:9). Estas palabras se aplican a nosotros lo mismo como al antiguo Israel. El pueblo de Dios debe destacarse solo. La observancia del reposo del séptimo día debe constituir una señal entre ellos y Dios, y mostrar que deben ser un pueblo peculiar, separados del mundo en hábitos y prácticas. Dios obrará a través de ellos para juntar un pueblo para sí de entre todas las naciones. (109)

SECCION TRES: LOS ALIMENTOS SALUDABLES.-
"¡Bienaventurada tú, tierra, cuando... tus príncipes comen a su hora, para reponer sus fuerzas y no para beber!" Eclesiastés 10:17.

La Obra Misionera Médica en las Ciudades.-
San Francisco, California, 12 de Diciembre de 1900.

En California hay que realizar una obra que hasta ahora ha sido extrañamente descuidada. No se la debe seguir demorando. A medida que se abran las puertas a la presentación de la verdad, estemos listos para entrar. En la gran ciudad de San Francisco se ha hecho algo de trabajo, pero al estudiar el territorio nos damos cuenta con toda claridad que se trata sólo de un comienzo. Se deberían realizar esfuerzos bien organizados, tan pronto como sea posible, en diferentes secciones de esta ciudad y también en Oakland. La gente no se da cuenta de la perversidad de San Francisco. Se debe extender y profundizar nuestra obra en esta ciudad. Dios ve en ella a muchas almas que deben ser salvadas.

En San Francisco ya se han instalado un restaurante, una tienda de alimentos y varias salas de tratamientos. Estos establecimientos hacen un buen trabajo, pero se necesita difundir ampliamente su influencia. Tanto en San Francisco como en Oakland se deberían abrir otros restaurantes similares al de la calle Market. Acerca de los esfuerzos que actualmente se realizan para llevar adelante esos aspectos de la obra, sólo podemos decir: amén y amén. Pronto se establecerán otras líneas de trabajo que llegarán a ser una bendición para la gente. El evangelismo médico-misionero (110) se debería promover de la manera más inteligente y cabal que se pueda. La tarea sagrada y solemne de salvar a las almas debe avanzar modestamente, pero con dignidad.

¿Dónde están las fuerzas trabajadoras? El trabajo de la dirección debe ser llevado a cabo por hombres y mujeres profundamente convertidos, que sean personas de discernimiento claro y de visión penetrante. Se debe ejercer un juicio cuidadoso al emplear a los individuos que han de realizar esta tarea espiritual, porque deben ser personas que amen a Dios y que caminen delante de él con la mayor humildad, hombres y mujeres que sean instrumentos efectivos en las manos de Dios para cumplir el propósito que se propone: la elevación de los seres humanos y su salvación.

Los evangelistas que realizan obra médica misionera podrán llevar a cabo un excelente trabajo de pioneros. La obra del ministro y la del médico misionero evangelista debieran integrarse completamente. El médico cristiano debería considerar que su trabajo es tan elevado como el del ministro. Se trata de una obra grande, sagrada y muy necesaria. El médico y el ministro deberían comprender que se hallan empeñados en la misma tarea. Deberían trabajar en armonía perfecta. Deberían consultarse mutuamente. Su unidad dará testimonio de que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para salvar a todos los que creen en él como Salvador personal.

Para realizar el servicio de Dios en las grandes ciudades se deberían emplear médicos cuyas habilidades profesionales estén por encima de las del médico común. Debieran hacer esfuerzos por alcanzar a las clases elevadas. En San Francisco se está haciendo algo de esto, pero se debe realizar mucho más aún. Que no haya equivocaciones con referencia a la importancia y a la naturaleza de estos esfuerzos. San Francisco es un territorio amplio y una parte importante de la viña del Señor.

Los médicos misioneros que trabajan en las líneas del evangelismo realizan una obra de orden tan elevado como la de los obreros ministeriales. Los esfuerzos realizados por estos obreros no deben circunscribirse a las clases más pobres. Las clases más elevadas se han descuidado en forma inexplicable. Entre la gente más educada muchos responderán favorablemente a la verdad (111) porque la hallarán consistente y verán que porta el sello del elevado carácter del Evangelio. Entre la gente ganada por este método hay no pocas personas de habilidad que entrarán enérgicamente a la obra del Señor.

El Señor insta a los que ocupan posiciones de responsabilidad, a quienes ha confiado sus preciosos dones, a que utilicen sus talentos intelectuales y sus medios en su servicio. Nuestros obreros deberían presentar delante de estos hombres una declaración clara de nuestro plan de trabajo, mostrándoles lo que necesitamos con el fin de ayudar a los pobres y menesterosos, y para establecer esta obra sobre una base firme. El Espíritu Santo impresionará a algunos de ellos para que inviertan los medios del Señor de tal modo que su causa prospere. Cumplirán su propósito mediante la creación de centros de influencia en las grandes ciudades. El interés de los obreros los llevará a ofrecerse para trabajar en

diversas líneas de esfuerzo misionero. Se establecerán restaurantes donde se preparen comidas saludables. ¡Pero con cuánto cuidado debería realizarse esta obra!

Cada uno de estos restaurantes debería ser una escuela. Sus obreros deben mantenerse constantemente estudiando y experimentando con el fin de mejorar la preparación de los alimentos saludables. Esta obra de instrucción debe poderse llevar a cabo en las ciudades en una escala mucho mayor que en los lugares pequeños. Pero dondequiera que haya una iglesia, se debería dar instrucción relativa a la preparación de alimentos sencillos y saludables para beneficio de los que desean vivir de acuerdo con los principios de la reforma de la salud. Y los feligreses deben impartir la luz que reciben sobre estos asuntos a los habitantes de su vecindario.

Se debe enseñara cocinar a los alumnos de nuestras escuelas. En esta rama de la educación se debe ejercer conocimiento y prudencia. Satanás trabaja con toda clase de engaños de injusticia para descaminar los pies de nuestros jóvenes por los senderos de la tentación que conducen a la ruina. Debemos fortalecerlos y ayudarles a resistir las tentaciones referentes a la indulgencia del apetito que los asaltarán de todos lados. Se realiza obra misionera para el Maestro cuando se les enseña la ciencia del sano vivir.

En muchas partes se deben establecer escuelas de cocina. (112) Puede ser que esta obra comience en una forma humilde, pero a medida que cocineros inteligentes hagan lo mejor que puedan para iluminara otros, el Señor les concederá habilidades y conocimientos. La instrucción del Señor es: "No los impidáis, porque yo me revelaré a ellos como su Instructor". El trabajará con aquellos que pongan sus planes en práctica al enseñar a la gente cómo reformar sus hábitos de comer mediante la preparación de alimentos sanos y baratos. De este modo los pobres se sentirán animados a adoptar los principios de la reforma de la salud y se los ayudará a ser industriosos y a tener confianza propia.

Se me ha mostrado que Dios está enseñando a preparar alimentos sanos y sabrosos a hombres y mujeres capaces, y a hacerlo de manera aceptable. Vi que muchos de ellos eran jóvenes y que también los había de edad madura. He recibido la instrucción de promover la conducción de escuelas de cocina dondequiera que se haya establecido el trabajo médico misionero. Se debe presentar delante de la gente cualquier medio que pueda inducirlas a aceptar la obra de reforma. Permítase brillar tanta luz como sea posible sobre ellas. Enséñeselas a compartir con los demás todo lo que aprendan.

¿No hemos de hacer todo lo que podamos para adelantar la obra en nuestras grandes ciudades? Miles y miles de personas que viven a nuestro alrededor necesitan ayuda de diversas formas. Recuerden los ministros del Evangelio que el Señor Jesucristo dijo a sus discípulos: "Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder". "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?" (Mat. 5:14, 13).

El Señor Jesús realiza milagros en favor de su pueblo. En Marcos 16 leemos: "Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían" (verso 19-20), Aquí se nos asegura que el Señor estaba capacitando a sus siervos escogidos para que emprendieran la obra misionera médica después de su ascensión.

Podemos aprender una lección de la más alta importancia del registro de los milagros que el Señor realizó al proveer vino en la (113) fiesta de bodas y al alimentar a la multitud. La obra de los alimentos saludables es una de las formas que el Señor utilizará para suplir una necesidad. El proveedor celestial de todos los alimentos no dejará ignorante a su pueblo con respecto a la preparación de los alimentos mejores para todo tiempo y ocasión. (114)

La Obra de los Restaurantes.-

Tenemos que hacer más de lo que hemos hecho hasta ahora para alcanzar a los habitantes de nuestras ciudades. En ellas no debemos construir edificios grandes. Vez tras vez se me ha dado luz acerca de la necesidad de establecer instituciones pequeñas en las ciudades, que sirvan como centros de influencia.

El Señor tiene un mensaje que dar en nuestras ciudades, y debe ser proclamado durante las reuniones campestres, mediante todo tipo de esfuerzos públicos, y también por medio de nuestras publicaciones. Además de esto, en las ciudades se deben establecer restaurantes vegetarianos que se dediquen a promover el mensaje de la temperancia. En conexión con estos restaurantes se deben hacer arreglos para la celebración de reuniones. Toda vez que se pueda, provéase una sala donde los clientes puedan asistir a pláticas acerca de la ciencia de la salud y la temperancia cristiana, y recibir instrucciones relativas a la preparación de alimentos sanos y sobre otros temas importantes. En estas reuniones se debería orar y cantar y hablar, no sólo acerca de salud y temperancia, sino también sobre otros temas bíblicos apropiados. A medida que se enseña a la gente a conservar la salud física, se descubrirán muchas oportunidades para sembrar las semillas del Evangelio del reino.

Los temas deben ser presentados de tal manera que la gente reciba impresiones favorables. En las reuniones no se debe hacer nada de naturaleza teatral. Los cantos no serán presentados por unos pocos solamente. Se debe animar a todos los presentes a unirse en el servicio de cantos. Hay quienes poseen el don especial del canto y no faltan ocasiones cuando el canto de una o varias personas puede transmitir un mensaje especial. Pero muy pocas veces convendrá que los cantos sean ofrecidos por unos pocos. La habilidad del canto es un talento importante que Dios desea que todos cultivemos para la gloria de su nombre.

Se debe ofrecer material de lectura a la gente que acude a nuestros (115) restaurantes. Se les ha de llamar la atención a nuestras publicaciones sobre temperancia y reforma alimentaria, y también se les deben proveer folletos que contengan las lecciones de Cristo. Toda nuestra feligresía debe participar en la responsabilidad de proveer dichos materiales de lectura. A cada cliente se le debe dar algo para leer. Puede suceder que muchas personas no lean el folleto; sin embargo, algunos de ellos pueden andar en busca de la luz. Estos leerán y estudiarán lo que se les dé y luego lo pasarán a otros.

Los obreros de nuestros restaurantes han de vivir en tan íntima comunión con Dios que puedan reconocer las indicaciones de su Espíritu cuando los inste a hablar personalmente de cosas espirituales con algunas de las personas que acuden al restaurante. Cuando el yo sea crucificado, y Cristo, la esperanza de gloria, viva en nuestro interior, revelaremos en nuestros pensamientos, palabras y acciones, la realidad de nuestra creencia en la verdad. El Señor estará con nosotros, y el Espíritu Santo obrará a través de nosotros para alcanzar a los que están sin Cristo.

El Señor me ha mostrado que ésta es la clase de trabajo que debe llevarse a cabo en nuestros restaurantes. La presión y el ajetreo del negocio no deben arrastrarnos al descuido de la obra de salvar almas. Está bien que ministremos a las necesidades físicas de nuestros semejantes, pero ¿cómo glorificaríamos a Dios con nuestras obras si no encontráramos el medio de hacer que la luz del Evangelio alumbre a los que viven día tras día en procura de sus alimentos?

Cuando se comenzó con la obra de nuestros restaurantes se esperaba que éste fuera el medio de alcanzar a muchos con el mensaje de la verdad presente. ¿Ha sido así?

Uno que se halla en autoridad pregunta a los obreros que trabajan en nuestros restaurantes: "¿A cuántas personas le ha hablado usted acerca de su salvación? ¿Cuántos han escuchado de sus labios la invitación urgente de aceptar a Cristo como su Salvador personal? ¿A cuántas personas han llevado sus palabras a volverse del pecado al servicio del Dios viviente?"

Mientras nuestros restaurantes proveen a la gente el alimento temporal, no olviden nunca los obreros que tanto ellos como las personas a quienes sirven necesitan recibir constantemente el pan (116) del cielo. Manténganse siempre en busca de oportunidades para hablar acerca de la verdad a los que no la conocen.

El cuidado de los ayudantes.-

Los encargados de nuestros restaurantes deben trabajar por la salvación de los empleados. No han de sobrecargarse de trabajo, porque al hacerlo se colocarán en una posición que les impedirá tener las

fuerzas necesarias y el deseo de trabajar espiritualmente por los obreros. Deben dedicar sus mejores energías a instruir a los empleados en los asuntos espirituales, explicándoles las Escrituras y orando con ellos y en favor suyo. Han de guardar los intereses religiosos de los ayudantes tan cuidadosamente como los padres se preocupan por los de sus hijos. Han de velar por ellos con paciencia y ternura, haciendo todo lo que puedan por ayudarles a perfeccionar sus caracteres cristianos. Sus palabras deben asemejarse a manzanas de oro en marcos de plata; sus acciones deben estar desprovistas de cualquier traza de egoísmo y aspereza. Deben trabajar vigilantemente en favor de las almas, como quienes han de dar cuenta. Deben luchar por mantener a sus colaboradores en un terreno espiritual apropiado, donde su ánimo pueda fortalecerse constantemente y donde siempre pueda crecer su fe en Dios.

A menos que nuestros restaurantes se dirijan de este modo, sería necesario aconsejar a nuestros hermanos que nunca envíen a sus hijos a trabajar en ellos. Mucha gente que frecuenta nuestros restaurantes no trae con ellos a los ángeles de Dios; no desean el compañerismo de estos seres santos. Traen con ellos una influencia mundana, y para contrarrestarla los obreros necesitan mantener una comunión íntima con Dios. Los gerentes de nuestros restaurantes tienen el deber de luchar más por la salvación de los jóvenes que trabajan para ellos. Deben esforzarse más por mantenerlos vivos espiritualmente de tal manera que sus mentes jóvenes no sean arrastradas por el espíritu mundano con el cual se tienen que mantener en contacto constantemente. Las muchachas que trabajan en nuestros restaurantes necesitan un pastor. Cada una de ellas necesita la protección de una influencia hogareña.

Corremos el riesgo de que los jóvenes que entran en nuestras instituciones como creyentes y con el deseo de ayudar en la causa (117) de Dios, se cansen y desanimen, pierdan su celo y espíritu valeroso, y se vuelvan fríos e indiferentes. No podemos amontonar a estos jóvenes en cuartos pequeños y oscuros, privándolos de los privilegios de una vida de hogar, y sin embargo esperar que mantengan una experiencia religiosa saludable.

Es importante que se tracen planes sabios para el cuidado de los que trabajan en todas nuestras instituciones, y especialmente para los empleados de nuestros restaurantes. Se deberían emplear buenos ayudantes y se los debería rodear de todas las ventajas que les permitirán crecer en la gracia y en el conocimiento de Cristo. No se les permita quedar a merced de las circunstancias, sin que tengan un tiempo regular para la oración y sin ningún tiempo para el estudio de la Biblia. Cuando esto sucede, se vuelven desatentos y descuidados, indiferentes a las realidades eternas.

Con cada restaurante se debería emplear a un hombre y su esposa para que actúen como guardianes de los jóvenes que allí trabajan, un hombre y una mujer que amen al Salvador y a las almas por las cuales él murió, y que guarden el camino del Señor.

Las muchachas deberían ponerse al cuidado de una hermana sabia y juiciosa, que sea una mujer cabalmente convertida, que guarde cuidadosamente a las obreras, especialmente a las más jóvenes.

Los trabajadores deben sentir que tienen un hogar. Ellos son la mano ayudadora de Dios y se los debe tratar con tanto cuidado y ternura como Cristo dijo que se debía tratar al niñito a quien puso en medio de sus discípulos. "Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí —dijo el Señor—, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar" . "Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Mat. 18:6, 10). Ese cuidado que se debe tener con los empleados es precisamente una de las razones por las cuales aconsejamos que en una ciudad grande haya varios restaurantes pequeños en lugar de que se tenga sólo uno grande. Pero esta es sólo una de las razones por las cuales es más aconsejable que se establezcan varios restaurantes pequeños en los diferentes barrios de nuestras grandes ciudades. Los restaurantes pequeños darán a (118) conocer los principios de la reforma de la salud tan eficazmente como lo haría un establecimiento mayor, con la ventaja de que se lo puede administrar más fácilmente. No fuimos comisionados para alimentar al mundo, sino que se nos ha ordenado que eduquemos al pueblo. En los restaurantes pequeños no habrá tanto trabajo que hacer, y los ayudantes podrán dedicar más tiempo al

estudio de la Palabra, más tiempo a aprender cómo realizar bien su trabajo, y más tiempo para contestar las preguntas de los clientes que se muestren deseosos de aprender acerca de los principios de la reforma de la salud.
Si cumplimos con el propósito de Dios al realizar esta obra, la justicia de Cristo irá delante de nosotros, y la gloria del Señor será nuestra retaguardia. Pero si no hay una cosecha de almas, si los mismos ayudantes no se benefician espiritualmente, si no glorifican a Dios en palabras y acciones, ¿por qué habríamos de abrir tales establecimientos y mantenerlos funcionando? Si no podemos dirigir nuestros restaurantes para la gloria de Dios, si somos incapaces de ejercer una fuerte influencia religiosa a través de ellos, sería más provechoso que los cerráramos y que utilizáramos los talentos de nuestros jóvenes en otras líneas de trabajo. Pero nuestros restaurantes pueden dirigirse de tal manera que constituyan un medio para salvar almas. Pidamos fervientemente al Señor que nos conceda humildad de corazón, de modo que nos enseñe a caminar en la luz de su consejo, a comprender su Palabra, y a aceptarla, y que nos muestre cómo ponerla en práctica.

Existe el peligro de que nuestros restaurantes sean dirigidos de tal manera que nuestros ayudantes trabajen muy duramente día tras día y semana tras semana, y que sin embargo no puedan identificar ningún resultado positivo. Este asunto demanda una consideración cuidadosa. No tenemos derecho de atara nuestros jóvenes a un trabajo que no produce frutos para la gloria de Dios.
También se corre el riesgo de que la obra de los restaurantes, aunque se la considere como un medio maravilloso para hacer el bien, sea dirigida de tal manera que sólo promueva el bienestar físico de las personas a quienes sirve. Hay trabajos que aparentemente (119) pueden ostentar los rasgos de suprema excelencia, pero no serán aceptables a la vista de Dios a menos que se lleven a cabo con el profundo deseo de hacer su voluntad y de cumplir su propósito. Si no reconocemos a Dios como el autor y el fin de nuestras acciones, al ser pesadas en las balanzas del santuario, se las encuentra inaceptables.

La observancia del sábado en nuestros restaurantes.-
Se me ha preguntado: "¿Deben nuestros restaurantes abrirse en sábado?" Mi respuesta es: ¡No, no! La observancia del sábado es nuestro testimonio acerca de Dios: la marca o señal establecida entre él y nosotros de que somos su pueblo. Nunca se ha de obliterar esta marca.
Si los que trabajan en nuestros restaurantes proveyesen el sábado como durante la semana alimentos para las muchedumbres que a ellos acudieran, ¿cuál sería su día de reposo? ¿Qué oportunidad tendrían de recobrar su fuerza física y espiritual?
No hace mucho, se me dieron instrucciones especiales acerca de este asunto. Me fue mostrado que se iban a hacer esfuerzos para quebrantar nuestra norma relativa a la observancia del sábado; que ciertos hombres insistirían en que se abriesen nuestros restaurantes el sábado; pero esto no debe hacerse.
Pasó una escena delante de mí. Estaba yo en nuestro restaurante de San Francisco. Era viernes. Varios de los empleados estaban atareados poniendo en paquetes alimentos que la gente podía llevar fácilmente a casa; y unos cuantos aguardaban para recibir estos paquetes. Pregunté el significado de esto y los obreros me dijeron que algunos de sus clientes se sentían molestos porque, debido a que el restaurante se cerraba, no podían obtener en sábado alimento de la misma clase que consumían durante la semana. Comprendiendo el valor de los alimentos sanos obtenidos en el restaurante, protestaban contra el hecho de que se les negaban el séptimo día. Rogaban a los encargados del restaurante que lo dejasen abierto cada día de la semana y argüían que si no lo hacían les ocasionaría perjuicio. "Lo que usted ve hoy —dijeron los obreros— es nuestra respuesta a esta demanda de alimentos sanos el sábado. Estas personas se llevan el viernes alimentos suficientes para el sábado, y de esta (120) manera evitamos que nos censuren por negarnos a abrir el restaurante en sábado" .
La línea de demarcación trazada entre nuestro pueblo y el mundo debe mantenerse inequívocamente clara. Nuestra plataforma es la ley de Dios, por la cual se nos ordena observar el sábado; porque según

se declara distintamente en el capítulo 31 de Éxodo, la observancia del sábado es una señal entre Dios y su pueblo. "Guardaréis mis sábados —declara él— porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el sábado, porque santo es a vosotros... Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó".

Debemos escuchar el "Así dice Jehová", aun cuando por nuestra obediencia causemos graves inconvenientes a los que no respetan el sábado. Por un lado tenemos las supuestas necesidades del hombre; por el otro las órdenes de Dios. ¿Qué tendrá más peso para nosotros?

En nuestros sanatorios, la familia de los pacientes —médicos, enfermeros y auxiliares— debe ser alimentada el sábado como cualquier otra familia, con la menor cantidad de trabajo posible. Pero nuestros restaurantes no deben abrirse en sábado. Asegúrese a los obreros que pueden dedicar ese día para rendir culto a Dios. Al mantener las puertas cerradas el sábado se hace del restaurante un monumento recordativo de Dios, por el cual se declara que el séptimo día es el verdadero día de reposo y que en él no debe hacerse trabajo innecesario.

Se me ha indicado que una de las principales razones por las cuales deben establecerse restaurantes vegetarianos y salas de tratamiento en los grandes centros es que por este medio se atraerá la atención de hombres importantes al mensaje del tercer ángel. Al notar que estos restaurantes son dirigidos de una manera completamente diferente de como se manejan los restaurantes comunes, ciertos hombres de inteligencia empezarán a averiguar las razones de esta diferencia en los métodos comerciales, e investigarán los principios que nos inducen a servir alimentos superiores. Así serán llevados a conocer el mensaje para este tiempo. (121)

Cuando hombres reflexivos encuentren que nuestros restaurantes se cierran el sábado, harán preguntas acerca de los principios que nos inducen a cerrar así nuestras puertas el sábado. Al responder a sus preguntas, tendremos oportunidad de familiarizarlos con las razones de nuestra fe. Podemos darles ejemplares de nuestros periódicos y folletos para que puedan comprender la diferencia que hay entre "el que sirve a Dios y el que no le sirve".

No todos nuestros hermanos son tan meticulosos como debieran acerca de la observancia del sábado. Dios les ayude a reformarse. Incumbe a cada cabeza de familia asentar firmemente sus pies en la plataforma de la obediencia. (122)

Productos Alimenticios Sanos.-

Cooranbong, Nueva Gales del Sur, 10 de Marzo de 1900.

Durante la noche pasada me fueron reveladas muchas cosas. La fabricación y venta de productos alimenticios sanos debe ser objeto de consideración cuidadosa y mucha oración.

Hay en muchos lugares personas a quienes el Señor comunicará ciertamente conocimientos acerca de cómo preparar alimentos sanos y apetitosos, si ve que están dispuestas a usar con justicia este conocimiento. Los animales están enfermando cada vez más, y no transcurrirá mucho tiempo antes que los alimentos de origen animal sean descartados por muchos además de los adventistas del séptimo día. Se han de preparar alimentos sanos, capaces de sostener la vida, a fin de que la gente no necesite comer carne.

El Señor enseñará a muchos en todas partes del mundo a combinar las frutas, los cereales y las verduras en alimentos que sostengan la vida y no comuniquen enfermedad. Personas que nunca han visto las recetas para preparar alimentos sanos que ya están en venta, trabajarán con inteligencia, experimentarán con los productos alimenticios de la tierra, y recibirán información acerca del uso de estos productos. El Señor les mostrará lo que deben hacer. El que da habilidad y comprensión a su pueblo en una parte del mundo, se la comunicará también en otras partes. Es su designio que los tesoros alimenticios de cada país sean preparados de tal manera que puedan usarse en los países para los cuales son apropiados. Como Dios dio maná del cielo para sostener a los hijos de Israel, dará a su pueblo en

diferentes lugares habilidad y sabiduría para usar los productos de esos países en la preparación de alimentos que reemplacen la carne.
Estos alimentos deben fabricarse en los diferentes países; porque el transportarlos de un país al otro los hace tan costosos que los pobres no pueden comprarlos. Nunca convendrá depender de los Estados Unidos para proporcionar alimentos saludables a (123) otros países. Se experimentarán muchas dificultades para vender sin pérdidas financieras las mercaderías importadas.
Todos los que manejan los alimentos de salud han de trabajar sin egoísmo en beneficio de sus semejantes. A menos que los hombres permitan que el Señor dirija sus mentes se suscitarán incontables dificultades a medida que diferentes personas se emplean en esta obra. Cuando el Señor le concede destreza y entendimiento a alguien, recuerde esta persona que dicha sabiduría no le ha sido dada para beneficio propio solamente, sino para que pueda ayudara otros por medio de ella.
Que nadie piense que ya lo sabe todo con respecto a la preparación de alimentos sanos, o que es el único que tiene derecho a utilizar los tesoros de la tierra y de los árboles, que pertenecen al Señor, en esta clase de obra. Ninguna persona debe sentirse libre para emplear de acuerdo a su propio criterio el conocimiento que Dios le ha dado sobre este tema. "De gracia recibisteis, dad de gracia" (Mat. 10:8).
Es prudente que preparemos alimentos sencillos, baratos y sanos. Muchos de nuestros hermanos son pobres, y los alimentos sanos deben proveerse a precios que los hagan accesibles. El Señor quiere que los pobres de cualquier país puedan obtener alimentos sanos y baratos. En muchos lugares se han de establecer industrias para fabricarlos. Lo que es una bendición para la obra en un lugar lo será en otros donde es mucho más difícil obtener dinero.
Dios está obrando en favor de su pueblo. No desea que esté sin recursos. Lo está haciendo volver al régimen alimenticio originalmente dado al hombre. Este régimen debe consistir en alimentos hechos con las materias primas que él proveyó, que son principalmente las frutas, los cereales y las oleaginosas, aunque también se usarán diversos tubérculos.
Las ganancias obtenidas con estos alimentos deben provenir mayormente del mundo, más bien que de los hijos de Dios, quienes tienen que sostener su obra, entrar en nuevos campos y establecer iglesias. Sobre ellos descansa el peso de muchas empresas misioneras. No deben imponérseles cargas innecesarias. Para su pueblo, Dios es un pronto auxilio en todo momento de necesidad. (124)
Deben ejercer mucho cuidado los que preparan recetas para nuestras revistas de salud. Algunos de los alimentos especialmente preparados que se fabrican ahora pueden ser mejorados, y nuestros planes acerca de su uso tendrán que modificarse. Algunos han abusado de las preparaciones a base de nueces. Muchos me han escrito: "No puedo usar los alimentos oleaginosos; ¿qué usaré en lugar de carne?" Una noche me pareció estar delante de un grupo de personas a quienes explicaba que en la preparación de ciertos alimentos se incluyen cantidades demasiado copiosas de oleaginosas, que el organismo no puede asimilar cuando se usan como en algunas de las recetas dadas; y que, si se usaran en menor cantidad, los resultados serían más satisfactorios.
El Señor desea que los que viven en los países donde se pueden obtener frutas frescas durante gran parte del año, reconozcan la bendición que tienen en ellas. Cuanto más dependamos de las frutas frescas tal como se las saca del árbol, tanto mayor será la bendición.
Algunos, después de adoptar un régimen vegetariano, vuelven al consumo de carne. Esto es de veras insensato y revela falta de conocimiento acerca de cómo proveer los debidos alimentos en lugar de la carne.
En los Estados Unidos y en otros países deben dictarse cursos culinarios, dirigidos por instructores prudentes. Debemos hacer todo lo que podamos para mostrar a la gente el valor de la reforma en la alimentación. (125)

La Fabricación de Productos Alimentarios.-
Santa Elena, California, 16 de Febrero de 1901.

Anoche me parecía estar hablando a nuestro pueblo, diciéndoles que, como adventistas del séptimo día, debemos cultivar el amor, la paciencia y la verdadera cortesía. Jesús fortalecerá a los dirigentes de su pueblo si quieren aprender de él. El pueblo de Dios debe esforzarse por alcanzar la más elevada norma de excelencia. Especialmente los que son médicos misioneros debieran manifestar, en espíritu, palabra y carácter, que van en pos de Jesucristo, el Modelo divino de todo esfuerzo médico misionero.
Tengo el ferviente deseo de que en todas partes la obra se lleve a cabo de acuerdo con las órdenes del Señor. Veo que en el futuro nuestro pueblo experimentará dificultades enormes como montañas a causa de la forma como algunas cosas se llevan actualmente, y en particular con relación al negocio de los productos alimentarios. A medida que avanzamos tendremos que vérnoslas con problemas de invención humana difíciles, que acarrearán mucha perplejidad. Las componendas conducen hacia la deshonestidad.
Con mucha destreza y tremendos esfuerzos, el Dr. Kellogg y sus asociados han logrado preparar una clase especial de productos alimentarios sanos. Su mayor preocupación ha sido beneficiar a la humanidad, y sus esfuerzos se han visto bendecidos por Dios. Si se mantienen en el consejo de Dios, y si caminan tras el ejemplo de Cristo, avanzarán continuamente, porque Dios concederá destreza y conocimiento a los que lo busquen sin egoísmo. Los productos alimentarios que salen de nuestras fábricas pueden mejorar en muchos sentidos. El Señor enseñará a sus siervos a preparar alimentos más sencillos y menos costosos.. Hay muchos a quienes enseñará esta línea de trabajo si tan sólo están dispuestos a andar en su consejo, y en armonía con los hermanos. (126)

A nuestros hermanos de todas partes.-
El Señor me ha encomendado decir que él no ha confiado a unas pocas personas toda la luz que puede recibirse con relación a la mejor manera de preparar los productos alimentarios. En diferentes partes él concederá tacto y habilidad a muchas personas, capacitándolas para manufacturar alimentos saludables y apropiados para los países donde viven.
Dios es el autor de toda sabiduría, de toda inteligencia y todo talento. El ha de magnificar su nombre al conceder a muchas mentes sabiduría en la preparación de productos alimentarios. Y cuando lo haga, la fabricación de estos productos no ha de considerarse como un atropello de los derechos de quienes ya elaboran esta clase de alimentos, aunque en algunos respectos los productos preparados por las diferentes personas sean similares. Dios tomará a hombres ordinarios y los dotará de habilidades y conocimientos en la utilización del fruto de la tierra. El trata a sus obreros imparcialmente. No olvida a ninguno. El impresionará a hombres de negocios guardadores del sábado, para que establezcan industrias que provean empleo para su pueblo. El enseñará a sus siervos a elaborar productos alimentarios sanos más baratos y que puedan ser comprados por los pobres.
En todos nuestros planes debemos recordar que el trabajo de fabricar alimentos sanos es propiedad de Dios, y que no debe prestarse a la especulación financiera para obtener ganancias personales. Es el don de Dios a su pueblo y las ganancias han de emplearse en todas partes para el bien de la humanidad doliente.
Se deben diseñar muchos medios y proveer diversas empresas, especialmente en los estados del sur de los Estados Unidos, para que los pobres y necesitados puedan sostenerse mediante el trabajo relacionado con las industrias de productos alimentarios. Bajo la dirección de maestros que trabajen por la salvación de sus almas, aprenderán a cultivar la clase de productos que mejor crezcan en sus localidades y a prepararlos para la industria alimentaria.

Una obra maligna.-
Algunos de nuestros hermanos han hecho algo que ha perjudicado mucho a la causa. El conocimiento de los métodos para fabricar (127) alimentos sanos, que Dios dio a su pueblo como medio de contribuir a sostener su causa, lo han revelado estos hombres a negociantes del mundo que lo están empleando

para obtener ganancias personales. Han vendido los bienes del Señor para su beneficio personal. Los que han revelado así los secretos que poseían de la preparación de los alimentos sanos, han abusado de la confianza que Dios les diera. Al ver los resultados de este abuso de confianza, algunos lamentarán con mucho pesar el no haber callado ni aguardado a que el Señor condujese a sus siervos y elaborase sus propios planes. Algunos de los que obtienen estos secretos procurarán estorbar la fabricación de productos alimentarios por nuestro sanatorio y engañarán a sus clientes para gran perjuicio de éstos.

El negocio de los alimentos sanos no debe ser arrebatado a aquellos que, en su administración, se esfuerzan por edificar la causa y hacerla progresar. El Dr. Kellogg, con la ayuda de otros, y a un costo muy elevado, ha estudiado los procesos requeridos en la preparación de ciertos productos alimentarios especiales y ha establecido centros costosos para su elaboración. Este trabajo ha insumido una gran cantidad de tiempo precioso, porque se han tenido que realizar muchos experimentos. Y es sólo correcto que se permita cosechar el fruto de su trabajo a quienes han laborado de ese modo e invertido de sus propios medios. Como mayordomo del Señor, se le debería permitir al Dr. Kellogg controlar una cantidad razonable de las entradas recibidas por la venta de esos productos especiales que él mismo, gracias a la bendición de Dios, ha sido capacitado para producir, de modo que pueda tener medios con los cuales contribuir para el avance de la obra de Dios, según la ocasión lo demande. Que ninguna persona, después de aprender los secretos de la composición de dichos productos alimentarios, se sienta con libertad para elaborarlos y comercializarlos con el fin de obtener ganancias personales. Que nadie dé la falsa impresión de que trabaja en armonía con aquellos que elaboraron por primera vez estos productos para la venta, cuando no es así. Nadie tiene derecho a dedicarse a manufacturar estos alimentos en forma egoísta. Vengamos todos delante del Señor y, con corazones humildes, tratemos de darle gloria con cada uno de nuestros actos. (128)

Tengo una amonestación que dar a quienes conocen los métodos de fabricar los alimentos sanos especiales producidos en nuestras fábricas. No deben usar este conocimiento con fines egoístas y de una manera que represente mal a la causa. Tampoco deben divulgar este conocimiento. Encárguense las iglesias de este asunto, muestren a estos hermanos que una conducta tal es un abuso de confianza, y que reportará oprobio a la causa.

Que los que hayan estado o estén empleados todavía en la preparación de productos alimentarios naturales como los que elaboró primero el Dr. Kellogg, o cualquier otro pionero en este trabajo, no se atrevan a revelar a otros los secretos de la manufacturación de estos alimentos especiales; porque de ese modo defraudan la causa que deberían apoyar y hacer progresar. Les ruego, hermanos míos, que tracen senderos rectos para sus pies, para que el cojo no sea echado fuera del camino. No coloquen información en las manos de quienes, por falta de consideración cabal por la reforma de la salud, introducirían artículos impuros en el mercado para venderlos como si fueran alimentos saludables.

En todas sus transacciones colóquense del lado de la justicia; entonces no aparecerán en desventaja delante de Dios ni de los hombres. No participen de ninguna práctica deshonesta. Los que se dedican a la manufacturación de productos de salud del sanatorio para obtener ganancias personales, se toman una libertad a la cual no tienen derecho. Esto causa gran confusión. Actualmente algunos elaboran y venden productos que aseguran ser alimentos saludables, pero que contienen ingredientes malsanos. Además, a menudo dichos alimentos son de una calidad tan inferior que su venta ocasiona mucho daño a la causa, puesto que quienes los compran consideran que todos los productos de salud son similares.

Nadie tiene derecho de aprovecharse de los arreglos financieros que se han hecho con relación a los productos de salud del sanatorio. Los que manejan los alimentos producidos con enormes gastos por el Dr. Kellogg deberían primeramente hacer arreglos con él, o con los demás que trabajan asociados con él, y aprender los mejores métodos de manejarlos. La persona que se dedica a ese trabajo egoístamente, al mismo tiempo que da a sus clientes la impresión de que las ganancias de sus ventas se (129) destinan a ayudar a empresas de beneficencia, cuando en realidad son utilizadas para beneficio personal, incurre

en el desagrado de Dios. Con el tiempo su negocio fracasará, y hará un enredo tan grande de sus cosas que los hermanos tendrán que comprarle su negocio para librar a la causa de una desgracia.
El Señor se molesta grandemente cuando su servicio se ve deshonrado por el egoísmo de los que trabajan en él. Su voluntad es que cada parte de su obra se encuentre en armonía con las demás, cada coyuntura conectada con su coyuntura correspondiente.
El Señor desea que su pueblo se encuentre muy por encima de los intereses egoístas. Quiere que venzan las tentaciones que encuentran. Nos llama a la comunión de los santos. Desea que sus obreros se coloquen bajo su supervisión. El cepillará y pulirá el material para su templo, preparando cada pieza para que se acople perfectamente a la otra, de modo que el edificio resulte acabado y perfecto, sin faltarle nada.
El cielo debe comenzar en esta, tierra. Cuando el pueblo del Señor se halle colmado de humildad y ternura, comprenderá que su bandera sobre él es amor y su fruto será dulce a su paladar. Entonces establecerán un cielo aquí abajo donde se prepararán para el cielo del más allá. (130)

Eduquemos a la Gente.-
Santa Elena, California, 20 de Agosto de 1902.
Doquiera se proclame la verdad, debe darse instrucción acerca de cómo preparar alimentos sanos. Dios desea que en todo lugar se enseñe a la gente a usar prudentemente los productos que es fácil obtener. Instructores hábiles deben mostrar a la gente cómo pueden utilizar ventajosamente los productos que se pueden cosechar u obtener en su región del país. De esta manera tanto los pobres como los de circunstancias desahogadas pueden aprender a vivir en forma sana.
Desde el comienzo de la reforma pro salud, hemos encontrado que era necesario educar, educar y educar. Dios desea que continuemos esta obra. No debemos descuidarla por temor a que reduzca las ventajas de los productos sanos preparados en nuestras fábricas. Dichas ventas no son el asunto más importante. Nuestra obra consiste en mostrar a las personas cómo pueden obtener y preparar los alimentos más sanos, cómo pueden cooperar con Dios para restaurar su imagen moral en sí mismas.
Nuestros obreros debieran ejercer su ingenio en lo que se refiere a la preparación de alimentos sanos. Nadie se debe inmiscuir en los secretos del Dr. Kellogg, pero todos deben comprender que el Señor, en muchas partes, está preparando la mente de muchos con el fin de capacitarlos para elaborar productos alimentarios sanos. Hay muchos productos que si se los prepara y combina bien, se los puede transformar en alimentos que constituirán una bendición para los que no pueden darse el lujo de gastar en productos sanos más caros y especialmente elaborados. Aquel que concedió a sus hijos toda clase de habilidad y entendimiento en toda suerte de obra difícil cuando construían el tabernáculo, también dará hoy a su pueblo habilidad y entendimiento en la combinación adecuada de los productos naturales, enseñándoles de este modo a adoptar un régimen alimentario saludable.
El conocimiento relativo a la preparación de productos alimentarios (131) sanos es la propiedad de Dios y ha sido confiado a los hombres para que éstos lo impartan a sus semejantes. Al decir esto no me refiero a las fórmulas especiales que el Dr. Kellogg y otros han perfeccionado después de mucho estudio y enormes gastos. Hablo especialmente de los alimentos sencillos que todos pueden preparar por sí mismos, acerca de cuya elaboración se puede instruir libremente a todos los que desean vivir en forma saludable, y especialmente a los pobres.
El Señor quiere que en todo lugar se estimule a hombres y mujeres a desarrollar sus talentos en la preparación de alimentos sanos con los productos naturales de su propia región. Si miran a Dios y ejercen su habilidad e ingenio bajo la dirección de su Espíritu, aprenderán a transformar los productos naturales en alimentos sanos. Así podrán enseñar a los pobres a proveerse de alimentos que reemplacen la carne. A su vez los que reciban esta ayuda podrán instruir a otros. Una obra tal se ha de hacer todavía con celo y vigor consagrados. Si se hubiese hecho antes, habría hoy muchas más personas en la verdad,

y muchos más instructores. Aprendamos cuál es nuestro deber, y luego hagámoslo. No debemos ser incapaces ni depender de otros para que hagan la obra que Dios nos ha confiado.

En el consumo de los alimentos, debemos ejercer buen sentido. Cuando descubrimos que cierto alimento no nos sienta bien, no necesitamos escribir cartas para averiguar la causa de la molestia. Cambiemos el régimen; usemos menos de ciertos alimentos; proveamos otras preparaciones. Pronto conoceremos el efecto que tienen sobre nosotros ciertas combinaciones. Como seres humanos inteligentes, estudiemos individualmente los principios, y hagamos uso de nuestra experiencia y juicio para decidir cuáles son los mejores alimentos para nosotros.

Los alimentos debieran adaptarse a la ocupación a la cual nos dedicamos y al clima en el cual vivimos. Algunos alimentos apropiados en un país no lo son en otros.

Algunas personas recibirían más beneficio de abstenerse de alimentos durante un día o dos por semana que de cualquier tratamiento o consejo médico. El ayunar un día por semana les sería de beneficio incalculable.

Se me ha indicado que los alimentos a base de oleaginosas se (132) usan con frecuencia imprudentemente. Se consume una proporción demasiado elevada de oleaginosas y algunas de ellas no son tan sanas como otras. Las almendras son preferibles al maní; pero éste puede añadirse en cantidades limitadas a los cereales para constituir un alimento nutritivo y digestible.

Las aceitunas pueden prepararse de tal manera que se puedan ingerir con buen resultado en cada comida. Las ventajas que se procuran con el uso de mantequilla pueden obtenerse con el consumo de aceitunas debidamente preparadas. El aceite de las aceitunas alivia el estreñimiento, y para los tuberculosos y para los que tienen estómago inflamado e irritado es mejor que cualquier droga. Como alimento, es mejor que cualquier aceite obtenido de segunda mano de los alimentos.

Sería bueno que cocinásemos menos y comiésemos más frutas al natural. Enseñemos a la gente a hacer consumo copioso de uvas, manzanas, duraznos y peras en estado fresco, así como de toda clase de fruta que se pueda obtener. Prepárense dichas frutas para el consumo invernal poniéndolas en conserva, usando vidrio hasta donde sea posible, en vez de latas.

Acerca de la carne, debemos educar a la gente a dejarla. Su consumo contraría el mejor desarrollo de las facultades físicas, mentales y morales. Y debemos dar un testimonio claro contra el consumo de té y café. También es bueno descartar los postres suculentos. La leche, los huevos y la mantequilla no deben clasificarse con la carne. En algunos casos el uso de huevos es beneficioso. No ha llegado el tiempo en que debamos decir que se debe descartar completamente el consumo de leche y huevos. Hay familias pobres cuya alimentación consiste mayormente en pan y leche. Tienen poca fruta, y no pueden comprar los alimentos a base de oleaginosas. Al enseñar la reforma pro salud, como en toda otra obra evangélica, debemos tener en cuenta la situación de la gente. Hasta que podamos enseñarle a preparar alimentos saludables, apetitosos, nutritivos, y sin embargo, poco costosos, no estamos libres para presentar los principios más adelantados de la alimentación saludable.

Sea progresiva la reforma alimentaria. Enséñese a la gente a preparar alimentos sin mucho uso de leche o mantequilla. Expliquémosle que llegará pronto el tiempo en que será peligroso (133) usar huevos, leche, crema o mantequilla, porque las enfermedades aumentan proporcionalmente a la maldad que reina entre los hombres. Se acerca el tiempo en que, debido a la iniquidad de la especie caída, toda la creación animal gemirá bajo las enfermedades que azotan nuestra tierra.

Dios dará a su pueblo capacidad y tacto para preparar alimentos sanos sin aquellas cosas. Descarte nuestro pueblo todas las recetas malsanas. Aprenda a vivir en forma saludable y enseñe a otros lo que aprendió. Sepa impartir este conocimiento como impartiría la instrucción bíblica. Enseñe a la gente a conservar la salud y aumentar su vigor, evitando mucho del arte culinario que ha llenado el mundo con inválidos crónicos. Por precepto y ejemplo demuestre claramente que el alimento que Dios dio a Adán en su estado sin pecado es el mejor para el consumo del hombre que procura recuperar ese estado sin pecado.

Los que enseñan los principios de la reforma de la salud deben comprender bien los asuntos relacionados con la enfermedad y sus causas, y entender que cada acción del agente humano debe realizarse en perfecta armonía con las leyes de la vida. La luz que Dios nos ha concedido en esto de la reforma de la salud es para nuestra propia salvación y la del mundo. Se debe informar a la gente con relación al cuidado del cuerpo humano, preparado por el Cordero para que sea su morada, y sobre el cual desea que ejerzamos una mayordomía fiel. "Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (2 Cor. 6:16).
Mantengan en alto los principios de la reforma de la salud, y permitan que el Señor guíe a los que son de corazón honesto. Presenten los principios de la temperancia en su forma más atrayente. Hagan circular los libros que contienen instrucciones relativas a la vida sana.
La gente sufre por la necesidad de que los alumbre la luz de las páginas de nuestros libros y revistas que contienen el mensaje de la salud. Dios desea utilizar tales publicaciones como faros de donde procedan rayos luminosos que llamen poderosamente la atención de la gente y les hagan oír la amonestación del mensaje del tercer ángel. Nuestras revistas sobre salud son instrumentos en este campo, llamados a realizar una obra especial en la (134) diseminación de la luz que los habitantes del mundo necesitan en este día de preparación de Dios. Ejercen una influencia incalculable en favor de los intereses de la reforma de la salud, la temperancia y la pureza social, y realizarán una gran cantidad de bien al presentar adecuadamente estos temas a la gente, en su luz verdadera.
Sobre estos principios el Señor nos ha estado enviando una línea tras otra y si desoímos estos principios, no rechazamos al mensajero que los enseña, sino a Aquel que nos los ha dado.
La reforma debe presentarse de continuo a la gente, y por nuestro ejemplo debemos vigorizar nuestra enseñanza. La verdadera religión y las leyes de la salud se relacionan estrechamente. Es imposible trabajar para la salvación de los hombres y mujeres sin. presentarles la -necesidad de romper con las complacencias pecaminosas que destruyen la salud, degradan el alma e impiden que la verdad divina impresione la mente. A hombres y mujeres debe enseñárseles a considerar cuidadosamente todo hábito y toda práctica, y a descartar inmediatamente todas las cosas que crean una condición malsana en el cuerpo y así ensombrecen la mente. Dios desea que sus portaluces sostengan siempre un alto ideal. Por el precepto y el ejemplo, deben tener su norma perfecta muy superior a la falsa norma de Satanás, que, si se la sigue, producirá miseria, degradación, enfermedad y muerte tanto para el cuerpo como para el alma. Los que han obtenido un conocimiento acerca de cómo comer, beber y vestirse en forma que conserve la salud, deben impartir ese conocimiento a otros. Predíquese a los pobres el evangelio de la salud desde el punto de vista práctico, para que ellos sepan cuidar debidamente del cuerpo que es templo del Espíritu Santo. (135)

SECCION CUATRO: LA OBRA DE PUBLICACIONES.-
"Barred el camino al pueblo... Decid a la hija de Sión: He aquí viene tu Salvador". Isaías 62:10-11.

El Plan de Dios para Nuestras Casas Publicadoras.-
Testigos en favor de la verdad.-
"Vosotros sois mis testigos, dice Jehová", para "publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel; a promulgar año de la buena voluntad de Jehová, y día de venganza del Dios nuestro" (Isa. 43:10; 61:1-2).
Nuestra obra de publicaciones se estableció según las instrucciones de Dios y bajo su dirección especial. Fue fundada para alcanzar un objeto preciso. Los adventistas del séptimo día han sido elegidos por Dios como pueblo especial, separado del mundo. Con el gran instrumento de la verdad, los ha sacado de la cantera del mundo y los ha relacionado consigo. Ha hecho de ellos representantes suyos, y los ha llamado a ser sus embajadores durante esta última fase de la obra de salvación. Les ha encargado que proclamen al mundo la mayor suma de verdad que se haya confiado alguna vez a seres

mortales, las advertencias más solemnes y terribles que Dios haya enviado alguna vez a los hombres. Y nuestras casas editoras se cuentan entre los medios más eficaces para realizar esta obra.

Estas instituciones deben ser testigos de Dios y enseñar la justicia al mundo. La verdad debe resplandecer de ellas como una antorcha. Deben emitir constantemente en las tinieblas del mundo (136) rayos de luz que adviertan a los hombres peligros que los exponen a la destrucción, y parecerse así a la poderosa luz de un faro edificado en una costa peligrosa.

Las páginas impresas que salen de nuestras casas editoras, deben preparar a un pueblo para ir al encuentro de su Dios. En el mundo entero, estas instituciones deben realizar la misma obra que hizo Juan el Bautista en favor de la nación judaica. Mediante solemnes mensajes de amonestación, el profeta de Dios arrancaba a los hombres de sus sueños mundanos. Por su medio, Dios llamó al arrepentimiento al apóstata Israel. Por la presentación de la verdad desenmascaraba los errores populares. En contraste con las falsas teorías de su tiempo, la verdad resaltaba de sus enseñanzas con certidumbre eterna. "Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. 3:2). Tal era el mensaje de Juan. El mismo mensaje debe ser anunciado al mundo hoy por las páginas impresas que salen de nuestras casas editoriales.

La profecía cumplida por la misión del Bautista delinea la tarea que nos incumbe: "Aparejad el camino del Señor, enderezad sus veredas" (verso 3). Así como Juan preparó el camino para la primera venida del Salvador, debemos nosotros preparar el camino para su segunda venida. Nuestras imprentas deben rehabilitar las pisoteadas exigencias de la ley de Dios. Frente al mundo, como instrumentos de reforma, deben mostrar que la ley de Dios es el fundamento de toda reforma duradera. Deben hacer comprender clara y distintamente la necesidad de obedecer todos sus mandamientos. Constreñidas por el amor de Cristo, deben trabajar con él para reedificar las ruinas antiguas y restaurar los cimientos de muchas generaciones. Deben reparar los portillos, restaurar las sendas. Por su testimonio, el sábado del cuarto mandamiento debe ser presentado como un testigo, como constante recuerdo de Dios, que llame la atención y suscite preguntas que dirijan la mente de los hombres hacia su Creador.

Nunca os olvidéis que estas instituciones deben cooperar con el ministerio de los enviados celestiales. Se cuentan entre los medios de propaganda representados por el ángel que volaba "por en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y (137) lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de su juicio es venida" (Apoc. 14:6-7).

También es de nuestras casas editoriales de donde ha de salir la terrible denuncia: "Ha caído, ha caído Babilonia, aquella grande ciudad, porque ella ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación" (verso 8).

También son representadas por el tercer ángel que los siguió "diciendo en alta voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y toma la señal en su frente, o en su mano, éste también beberá del vino de la ira de Dios" (versos 9-10).

Es también, en gran medida, por medio de nuestras imprentas como debe cumplirse la obra de aquel otro ángel que baja del cielo con gran potencia y alumbra la tierra con su gloria.

La responsabilidad que recae sobre nuestras casas editoriales es solemne. Los que dirigen estas instituciones, los que redactan los periódicos y preparan los libros, alumbrados como están por la luz del plan de Dios y llamados a amonestar al mundo, son tenidos por responsables de las almas de sus semejantes. A ellos, como a los predicadores de la Palabra, se aplica el mensaje dado antaño por Dios a su profeta: "Tú pues, hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los apercibirás de mi parte. Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano" (Eze. 33:7-8).

Nunca se ha aplicado este mensaje con tanta fuerza como hoy. El mundo desprecia cada día más las exigencias de Dios. Los hombres se han envalentonado en sus transgresiones. La maldad de los

habitantes de la tierra, casi ha hecho desbordar la copa de sus iniquidades. Casi ha llegado la tierra al punto en el cual Dios se dispone a abandonarla en manos del destructor. La sustitución de leyes humanas en lugar de la ley de Dios, la exaltación del domingo prescrita por una simple autoridad humana en reemplazo del sábado bíblico, constituye el último acto del drama. Cuando esta sustitución sea universal, Dios se revelará. Se levantará en su majestad y sacudirá poderosamente la tierra. Castigará a los habitantes del mundo por sus iniquidades; y la tierra no encubrirá más la sangre ni ocultará más sus muertos. (138)

El gran conflicto que Satanás hizo estallar en los atrios celestiales terminará antes de mucho. Pronto todos los habitantes de la tierra se habrán decidido en favor o en contra del gobierno del cielo. Como nunca antes, Satanás está desplegando su potencia engañosa para seducir y destruir a toda alma que no esté precavida. Se nos ordena invitar a los hombres a que se preparen para los acontecimientos que los esperan. Debemos advertir a los que se hallan expuestos a una destrucción inminente. El pueblo de Dios debe desplegar todas sus fuerzas para combatir los errores de Satanás y derribar sus fortalezas. Debemos explicar en el mundo entero, a todo ser humano que quiera escucharnos, los principios que están en juego en esa gran lucha, principios de los cuales depende el destino eterno de las almas. Debemos preguntar a todos solemnemente: "¿Sigue usted al gran apóstata en su desobediencia a la ley de Dios, o al Hijo de Dios quien declara: `He guardado los mandamientos de mi Padre'?"

Tal es la tarea que está delante de nosotros. Para cumplirla han sido establecidas nuestras casas editoriales. Esta es la obra que el Señor desea ver realizarse por sus esfuerzos.

Demostración de los principios cristianos.-

No nos toca publicar simplemente una teoría de la verdad, sino presentar una ilustración práctica de ella en nuestro carácter y en nuestra vida. Nuestras casas editoriales deben ser para el mundo una encarnación de los principios cristianos. En estas instituciones, si se logra el propósito de Dios a su respecto, Cristo mismo encabeza el personal. Los ángeles santos vigilan el trabajo en cada departamento. Todo lo que se hace en ellas lleva el sello del cielo, y demuestra la excelencia del carácter de Dios.

Dios ordenó que su obra se presentara al mundo de un modo santo y distinto. Desea que sus hijos demuestren por su vida las ventajas del cristianismo sobre el espíritu mundano. Su gracia ha provisto todo lo necesario para que demostremos, en todas nuestras transacciones comerciales, la superioridad de los principios del cielo sobre los del mundo. Debemos demostrar que trabajamos según un plan más elevado que el de los mundanos. En todo, debemos dar pruebas de un carácter puro y demostrar que la verdad, aceptada y obedecida, hace de los que la reciben hijos (139) e hijas de Dios, hijos del Rey de los cielos, y que, como tales, son honrados en todo lo que hacen, fieles, veraces y rectos en las cosas pequeñas como en las grandes.

Dios desea que la perfección caracterice todos nuestros trabajos mecánico o de otra clase. Desea que pongamos en cuanto hagamos para su servicio la exactitud, el talento, el tacto y la sabiduría que exigió cuando se construía el santuario terrenal. Desea que todos los asuntos tratados para su servicio sean tan puros, tan preciosos a sus ojos como el oro, el incienso y la mirra que los magos de Oriente trajeron en su fe sincera y sin mácula al niño Jesús.

Así es cómo, en sus asuntos comerciales, los discípulos de Cristo deben ser portaluces para el mundo. Dios no les exige que se esfuercen para brillar. El no aprueba ninguna tentativa presuntuosa hecha para dar pruebas de una bondad superior. Desea sencillamente que su alma esté impregnada de los principios celestiales, y que, al ponerse en relación con el mundo, revelen la luz que hay en ellos. Su honradez, su rectitud, su fidelidad inquebrantable en todos los actos de la vida, llegarán a ser así una fuente de luz.

El reino de Dios no se revela por apariencias que atraigan la atención. Se manifiesta por la calma proveniente de su palabra, por la operación interna del Espíritu Santo, por la comunión del alma con

Aquel que es su vida. La mayor manifestación de su potencia se produce cuando en la naturaleza humana se cultiva la perfección del carácter de Cristo.
Una apariencia de riqueza o alta posición, la arquitectura o los muebles costosos, no son esenciales para el adelantamiento de la causa de Dios; como tampoco lo son las empresas que provocan los aplausos de los hombres y fomentan la vanidad. El fasto del mundo, por imponente y llamativo que sea, no tiene valor ante Dios.
Aunque es nuestro deber buscar la perfección en las cosas externas, hay que recordar constantemente que no es el blanco supremo. Dicho deber debe quedar subordinado a intereses más altos. Más que lo visible y pasajero, aprecia Dios lo invisible y eterno. Lo visible no tiene valor más que en la medida en que es expresión de lo invisible. Las obras de arte mejor terminadas no (140) tienen una belleza comparable a la del carácter resultante de la operación del Espíritu Santo en el alma.
Cuando Dios dio a su Hijo al mundo, dotó a la humanidad de riquezas imperecederas, en comparación con las cuales nada son en absoluto todos los tesoros amontonados por los hombres de todos los tiempos. Al venir a la tierra, Cristo se presentó a los hijos de los hombres con un amor acumulado durante la eternidad, y ese tesoro es el que nosotros, por nuestra comunión con él, debemos recibir, dar a conocer e impartir a otros.
Nuestras instituciones darán carácter a la obra de Dios en la medida en que sus empleados se consagren a esta obra de todo corazón. Lo lograrán al dar a conocer el poder de la gracia de Cristo para transformar la vida. Debemos ser distintos del mundo porque Dios puso su sello sobre nosotros, porque manifestó en nosotros su propio carácter de amor. Nuestro Redentor nos cubre con su justicia.
Al elegir a hombres y mujeres para su servicio, Dios no pregunta si son instruidos, elocuentes, o ricos en bienes de este mundo. Pregunta: "¿Andan con tal humildad que yo pueda enseñarles mis caminos? ¿Puedo poner mis palabras en sus labios? ¿Serán representantes míos?"
Dios puede empleara cada uno en la medida en que le es posible derramar su Espíritu en el templo de su alma. El trabajo que él acepta es el que refleja su imagen. Sus discípulos deben llevar, como credenciales para el mundo, las características indelebles de sus principios inmortales.

Centros misioneros.-
Nuestras casas editoriales son centros establecidos por Dios. Por su medio debe realizarse una obra cuya extensión no conocemos todavía. Dios les pide su cooperación en ciertos ramos de su obra que hasta ahora les han sido ajenos.
Entra en el propósito de Dios que a medida que el mensaje penetre en campos nuevos, se continúen creando nuevos centros de influencia. Por todas partes, sus hijos deben levantar monumentos del sábado que es entre él y ellos la señal de que los santifica. En los campos misioneros deben fundarse casas editoriales en diversos lugares. Dar carácter a la obra, formar centros de (141) esfuerzos e influencia, atraer la atención de la gente, desarrollar los talentos y aptitudes de los creyentes, establecer un vínculo entre las nuevas iglesias, sostener los esfuerzos de los obreros y darles medios más rápidos de comunicarse con las iglesias y de proclamar el mensaje —tales son, entre muchas otras, las razones que abogan en favor del establecimiento de imprentas en los campos misioneros.
Las instituciones ya establecidas tienen el privilegio, aún más, el deber, de tomar parte en esta obra. Estas instituciones han sido fundadas por la abnegación y las privaciones de los hijos de Dios y gracias al trabajo desinteresado de los siervos del Señor. Dios desea que el mismo espíritu de sacrificio caracterice estas instituciones, y que ellas a su vez contribuyan al establecimiento de nuevos centros en otros campos.
Una misma ley rige las instituciones y los individuos. Ellas no deben tornarse egocéntricas. A medida que una institución se vuelva estable y desarrolle su fuerza e influencia, no debe tratar constantemente de asegurarse nuevas y mejores instalaciones. Para cada institución como para cada individuo, es un hecho que recibimos para poder impartir. Dios nos da a fin de que podamos dar. En cuanto una

institución alcanzó un grado suficiente de desarrollo, debe esforzarse para acudir en auxilio de otras instituciones de Dios que tienen mayores necesidades.
Esto está en armonía con los principios de la ley y del Evangelio ilustrados por la vida de Cristo. La mayor prueba de la sinceridad de nuestra obediencia a la ley de Dios y de nuestra lealtad al Redentor, es un amor desinteresado dispuesto al sacrificio por nuestro prójimo.
La gloria del Evangelio consiste en restaurar en nuestra especie caída la imagen de la divinidad por una manifestación constante de beneficencia. Dios honrará este principio doquiera se manifieste.
Los que, por amor de la verdad, siguen el ejemplo de abnegación de Cristo, hacen una impresión considerable sobre el mundo. Su ejemplo es convincente y contagioso. Los hombres ven que hay entre los hijos de Dios una fe que obra por amor y que purifica el alma de todo egoísmo. En la vida de quienes obedecen los mandamientos de Dios, los mundanos ven la evidencia (142) convincente de que la ley de Dios es una ley de amor para con Dios y el hombre.
La obra de Dios debe ser siempre una señal de su benevolencia, y en el grado en que esta señal se manifieste en el trabajo de nuestras instituciones, conquistará la confianza de la gente y obtendrá los recursos necesarios para el adelantamiento de su reino. El Señor retraerá sus bendiciones de cualquier ramo de su obra donde se manifiesten intereses egoístas; pero en el mundo entero dará anchura a su pueblo si éste aprovecha sus beneficios para elevar a la humanidad. Si aceptamos de todo corazón el principio divino de la benevolencia, si consentimos en obedecer en todo a las indicaciones del Espíritu Santo, tendremos la experiencia de los tiempos apostólicos.

Escuelas de obreros.-
Nuestras instituciones deben ser agencias misioneras en el sentido más completo de la palabra, y el verdadero trabajo misionero empieza siempre por los más cercanos. Hay trabajo misionero que realizar en cada institución. Desde el director hasta el más humilde obrero, todos deben sentir su responsabilidad para con los inconversos que haya en su medio. Deben poner por obra los esfuerzos más celosos para traerlos al Señor. Como resultado de tales esfuerzos, muchos serán ganados y llegarán a ser fieles y leales en el servicio de Dios.
A medida que nuestras casas editoriales tomen a pecho la obra en los campos misioneros, verán la necesidad de proveer una educación más amplia y completa a sus obreros. Comprenderán el valor de las ventajas que poseen para realizar esta tarea, y sentirán la necesidad de formar obreros capacitados no sólo para mejorar las condiciones de trabajo en sus propios talleres, sino también para ofrecer ayuda eficaz a las instituciones fundadas en campos nuevos.
Dios desea que nuestras casas editoriales sean buenas escuelas, tanto para la instrucción industrial y comercial como en las cosas espirituales. Los directores y obreros deben recordar constantemente que Dios exige la perfección en todas las cosas relacionadas con su servicio. Comprendan esto todos los que entran en nuestras instituciones para recibir instrucción. Dad a todos (143) ocasión de adquirir la mayor eficiencia posible y de familiarizarse con diferentes ramos de trabajo. De esta manera, si son llamados a otros campos, tendrán una preparación completa para llevar varias responsabilidades.
Los aprendices deben formarse de tal manera que después de haber pasado en la institución el tiempo necesario, puedan desempeñar inteligentemente en otra institución los diferentes trabajos de imprenta, dar impulso a la causa de Dios por el empleo juicioso de sus energías y comunicar a otros los conocimientos recibidos.
A todos los obreros se les debe dar a comprender que no sólo han de prepararse para los ramos comerciales, sino también para llevar responsabilidades espirituales. Comprenda cada obrero la importancia que tiene la comunión personal con el Señor, la experiencia personal de su poder para salvar. Sean todos ellos educados como lo eran los jóvenes que frecuentaban las escuelas de los profetas. Sea su mente amoldada por Dios mediante los recursos que él mismo proveyó. Todos deben

ser instruidos en las cosas de la Biblia; deben estar arraigados y fundados en los principios de la verdad, a fin de permanecer en el camino del Señor para obrar en él con justicia y discernimiento.
Realícense todos los esfuerzos posibles para despertar y estimular el espíritu misionero. Es necesario que los obreros tengan un sentido del alto privilegio que Dios les concede de ayudarle en esta última obra de salvación. Aprenda cada uno a trabajar para salvar a sus semejantes donde se encuentre; aprendan todos a buscar en la Palabra de Dios instrucción en todos los ramos del esfuerzo misionero. Entonces, a medida que la Palabra de Dios les sea comunicada, proporcionará a su mente sugestiones para trabajar de modo que obtendrán para el Señor los mejores frutos de todas las partes de su viña.

Se cumple el propósito divino.-
Por la plenitud de su potencia, Jesús desea corroborar de tal modo a su pueblo que por su medio el mundo entero quede rodeado de una atmósfera de gracia. Cuando su pueblo se someta de todo corazón a Dios, dicho plan quedará realizado. El mensaje que el Señor dirige a los que trabajan en sus instituciones es: (144) "Limpiaos, los que lleváis los vasos de Jehová" (Isa. 52:11). En todas nuestras instituciones, dé lugar el egoísmo al amor desinteresado y al trabajo en favor de las almas cercanas y lejanas. Entonces el aceite santo correrá de los dos olivos en los conductos de oro, y de ellos a los vasos preparados para recibirlo. Entonces la vida de los obreros de Cristo será verdaderamente una demostración de las verdades de su Palabra.
El amor y temor de Dios, el sentido de su bondad y santidad serán visibles en cada institución. Una atmósfera de amor y paz rodeará todos los departamentos. Cada palabra pronunciada, cada trabajo realizado, tendrá una influencia correspondiente a la del cielo. Cristo habitará en el hombre y el hombre morará en Cristo. En todos los trabajos se manifestará el carácter del Dios infinito y no el del hombre. La influencia divina comunicada por los santos ángeles impresionará a las mentes puestas en relación con los empleados; y de cada uno de ellos se desprenderá una fragante influencia.
Cuando estén llamados a entrar en nuevos campos, los obreros así formados irán como representantes del Salvador, capaces de ser útiles en su servicio y de comunicara otros, por el precepto y el ejemplo, un conocimiento de la verdad presente. El carácter formado por la potencia divina recibirá la luz y gloria del cielo y será delante del mundo un testimonio que dirigirá las miradas de los hombres hacia el trono del Dios vivo.
Entonces la obra progresará con fuerza redoblada y se volverá cada vez más estable. Una eficiencia nueva se comunicará a cuantos trabajen en todos sus ramos. Las páginas impresas enviadas como mensajeros de Dios llevarán el sello del Eterno. Los rayos de luz del santuario celestial acompañarán la verdad preciosa que contienen. Como nunca antes, tendrán poder para despertar en las almas una convicción de pecado, para crear un deseo ardiente de justicia y de poseer las cosas que no pasarán. Habrá hombres que aprenderán a reconocer la reconciliación y justicia eternas que el Mesías trajo por su sacrificio. Muchos serán llevados a compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios y estarán con el pueblo de Dios para dar la bienvenida a nuestro Señor y Salvador cuando, pronto, vendrá con poder y gloria. (145)

Los Impresos de Nuestra Denominación.-
El poder y la eficacia de nuestra obra dependen mayormente del carácter de las publicaciones que salgan de nuestras prensas. Por lo tanto debe ejercerse gran cuidado en la selección y la preparación del material que ha de ir al mundo. Se necesita la mayor precaución y discriminación. Deben dedicarse nuestras energías a la publicación de impresos de la calidad más pura y del carácter más elevado. Nuestros periódicos deben salir cargados de la verdad que tiene un interés vital y espiritual para la gente.
Dios ha puesto en nuestras manos un estandarte sobre el cual está escrito: "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús" (Apoc. 14:12). Este es

un mensaje distinto y separador, un mensaje que se dará en forma certera. Debe apartar a la gente de las cisternas resquebrajadas que no contienen agua y llevarla a la inagotable Fuente del agua de la vida.

El objeto de nuestras publicaciones.-

Nuestras publicaciones tienen que realizar una obra muy sagrada y presentar en forma clara, sencilla y llana la base espiritual de nuestra fe. Por doquiera la gente hace sus decisiones; todos están tomando posiciones, o bajo el estandarte de la verdad y la justicia, o bajo el estandarte de las potencias apóstatas que contienden por la supremacía. En este tiempo se ha de dar al mundo el mensaje de Dios con tanto énfasis y poder que la gente se vea frente a frente con la verdad, y deba decidir con su mente y su corazón. Debe ser inducida a ver la superioridad de la verdad sobre los múltiples errores que procuran atraer la atención y suplantar, si fuese posible, la Palabra de Dios para este tiempo solemne.

El gran objeto de nuestras publicaciones es ensalzar a Dios, (146) llamar la atención de los hombres a las verdades vivas de su Palabra. Dios nos invita a enarbolar, no nuestro propio estandarte, no el estandarte de este mundo, sino el de la verdad.

Únicamente si hacemos esto podrá acompañarnos su mano prosperadora. Consideremos el trato de Dios con sus hijos en lo pasado. Notemos cómo, mientras llevaban el estandarte de él, los exaltó delante de sus enemigos. Pero cuando, dominados por la exaltación propia, dejaron de obedecer y ensalzaron un poder y un principio que eran opuestos a Dios, les dejó acarrear sobre sí mismos desastre y derrota.

Consideremos el caso de Daniel. Cuando fue llamado a presentarse ante el rey Nabucodonosor, no vaciló en reconocer la fuente de su sabiduría. ¿Acaso este reconocimiento fiel de Dios menoscabó la influencia de Daniel en la corte del rey? De ninguna manera; más bien fue el secreto de su poder y le aseguró el favor del príncipe de Babilonia. En el nombre de Dios, Daniel hizo conocer al rey los mensajes de instrucción, amonestación y reprensión que mandaba el cielo, y no fue rechazado. Lean los obreros de Dios hoy el testimonio firme y osado de Daniel, y sigan su ejemplo.

Nunca manifiesta el hombre mayor insensatez que cuando sacrifica la fidelidad y el honor que debe a Dios a fin de ser aceptado y reconocido en el mundo. Cuando nos colocamos donde Dios no puede cooperar con nosotros, nuestra fuerza se trueca en debilidad. Todo lo que se logra en cuanto a restaurar en el hombre la imagen de Dios, se debe a que Dios es la eficiencia del obrero. Únicamente su poder puede restaurar el cuerpo, vivificar la mente, o renovar el alma. En nuestra obra de las publicaciones, como en cualquier otro ramo de actividad o de la vida cristiana, se demostrará la verdad de las palabras de Cristo: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan 15:5).

Dios ha dado a los hombres principios inmortales, ante los cuales se inclinarán un día todas las potestades humanas. Nos invita a dar al mundo, por el precepto y el ejemplo, una demostración de estos principios. Para los que le honran por una fiel adhesión a su Palabra, el resultado será glorioso. Significa mucho ser fiel a principios que perdurarán a través de las edades eternas. (147)

Los obreros necesitan experiencia personal.-

Los redactores de nuestros periódicos, los maestros de nuestras escuelas, los presidentes de nuestras asociaciones, todos necesitan beber de los raudales puros del río del agua de la vida. Todos necesitan comprender más plenamente las palabras dirigidas por nuestro Señor a la mujer samaritana: "Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber: tú pedirías de él, y él te daría agua viva... Mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed: mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:10, 14).

Es necesario distinguir la obra del Señor de los asuntos comunes de la vida. El dice: "Volveré mi mano contra ti, y limpiaré hasta lo más puro tus escorias, y quitaré toda tu impureza. Restauraré tus jueces

como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel. Sión será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia" (Isa. 1:25-27). Estas palabras rebosan de importancia. Encierran una lección para todos los que ocupan un sillón de redactor.

Las palabras de Moisés poseen un significado profundo. "Los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en ellos, sobre el cual pusieron perfume, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó. Y salió fuego de delante de Jehová que los quemó, y murieron delante de Jehová. Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En mis allegados me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado" (Lev. 10:1-3). Este pasaje encierra una lección para todos los que tienen que ver con el material que sale de nuestras editoriales. Las cosas sagradas no se han de mezclar con las comunes. Los periódicos que tienen tan amplia circulación deben contener instrucción más preciosa que la que aparece en las publicaciones comunes. "¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?" (Jer. 23:28). Necesitamos trigo puro, cabalmente aventado.

"Jehová me dijo de esta manera con mano fuerte, y me enseñó que no caminase por el camino de este pueblo, diciendo: No llaméis conspiración a todas las cosas a que este pueblo llama (148) conspiración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a él santificad: sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo... Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos... ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido" (Isa. 8:11-20).

Llamo la atención de todos nuestros obreros al capítulo 6 de Isaías. Lean lo que experimentó el profeta de Dios cuando vio al Señor "sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas henchían el templo... Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas: y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién nos irá? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí" (Isa. 6:1-8).

Tal es la experiencia que necesitan los que trabajan en todas nuestras instituciones. Existe el peligro de que no mantengan una relación vital con Dios, que no sean santificados por la verdad. Esto les haría perder el sentido del poder de la verdad y la capacidad de discernir entre lo sagrado y lo común.

Hermanos míos que ocupáis puestos de responsabilidad, ¡ojala que el Señor no sólo unja vuestros ojos para que veáis, sino que derrame en vuestro corazón el aceite santo que de las dos olivas fluye por conductos de oro al recipiente dorado que alimenta las lámparas del santuario! ¡Ojala que él "os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál sea la esperanza a que él os ha llamado, ... y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos" (Efe. 1:17-19)!

Como fieles padres de familia, dad alimento en sazón a los miembros de la casa de Dios. Presentad la verdad a la gente. Obrad como quienes están en plena vista del universo entero del cielo. No tenemos tiempo que perder, ni un momento. Pronto habrá que hacer frente a crisis importantes, y necesitaremos hallarnos ocultos en la hendidura de la roca, para poder ver a (149) Jesús y ser vivificados por su Espíritu Santo, de modo que nos mantengamos firmes.

El material que se ha de publicar.-

Dedíquense nuestros periódicos a la publicación de un material eficaz y serio. Rebose cada artículo de pensamientos prácticos, elevadores y ennoblecedores, pensamientos que darán al lector ayuda, luz y fuerza. Debe honrarse como nunca antes la religión y la santidad en la familia. Si hubo un pueblo que necesitase andar ante Dios como Enoc, es el pueblo adventista del séptimo día ahora, que debe demostrar su sinceridad por sus palabras puras, limpias y llenas de simpatía, ternura y amor.

Hay momentos en que son necesarias las palabras de reprensión y de reproche. A los que han salido del camino recto se los debe despertar para que vean su peligro. Debe dárseles un mensaje que los saque del letargo que encadena sus sentidos. Debe producirse una renovación moral, o de lo contrario las almas perecerán en sus pecados. Déjese penetrar hasta el corazón el mensaje de verdad, como una espada aguda y de dos filos. Háganse llamamientos que despierten a los negligentes, y hagan volver a Dios a los espíritus extraviados en la insensatez.

Debe atraerse poderosamente la atención de la gente. Nuestro mensaje es sabor de vida para vida o de muerte para muerte. Están en la balanza las almas. Hay multitudes en el valle de la decisión. Debe oírse una voz que clame: "Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él" (1 Rey. 18:21).

Al mismo tiempo, en ninguna circunstancia deben publicarse cosas provenientes de un espíritu duro y denunciador. No haya en nuestros periódicos estocadas ni críticas amargas o sarcasmos mordaces. Satanás ha logrado casi expulsar del mundo la verdad de Dios, y se deleita cuando sus profesos defensores dan la impresión de no estar bajo la influencia de la verdad que subyuga y santifica el alma.

Los que escriben en nuestros periódicos deben espaciarse lo menos posible en las objeciones o los argumentos de los opositores. En toda nuestra obra debemos hacer frente a la mentira con la verdad. Expóngase la verdad por encima de todas las sugestiones personales, referencias o insultos. Negociemos únicamente (150) con la moneda del cielo. Hagamos uso únicamente de aquello que lleva la imagen y la inscripción de Dios. Hagamos penetrar la verdad, nueva y convincente, para minar y suprimir el error.

Dios quiere que seamos siempre serenos y tolerantes. Cualquiera que sea la conducta seguida por los demás, hemos de representara Cristo, obrando como obraría él en circunstancias similares. El poder de nuestro Salvador no estribaba en una enérgica andanada de palabras agudas. Fue su bondad, su espíritu abnegado y humilde lo que hizo de él un conquistador de corazones. El secreto de nuestro éxito estriba en revelar el mismo espíritu.

La unidad.-

Los que hablan a la gente en nuestros periódicos deben conservar la unidad entre sí. Nada debe encontrarse en nuestros periódicos que sepa a disensión. Satanás trata siempre de provocar disensión, porque sabe muy bien que por este medio puede contrarrestar muy eficazmente la obra de Dios. No debemos favorecer sus designios. La oración de Cristo en favor de sus discípulos fue: "Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17:21). Todos los que trabajan verdaderamente para Dios obrarán en armonía con esta oración. En sus esfuerzos para hacer progresar la obra, todos manifestarán esta unidad de sentimientos y prácticas que revela que son testigos de Dios, que se aman unos a otros. Ante un mundo desgarrado por la discordia y la contienda, su amor y unidad atestiguarán que están relacionados con el cielo. Es la prueba convincente del carácter divino de su misión.

Casos e incidentes de la vida.-

Los directores de nuestros periódicos necesitan la cooperación de nuestros obreros del campo y de nuestros hermanos lejanos y cercanos. En nuestros periódicos deben hallarse comunicaciones de los obreros de todas partes del mundo: artículos que relaten casos e incidentes de la vida. No necesitamos novelas, pero en la vida diaria hay incidentes verídicos que si se relatan en artículos cortos y con palabras sencillas, resultarán más fascinantes que las (151) novelas, al mismo tiempo que proporcionarán inestimable ayuda para la experiencia cristiana y la obra misionera práctica. Necesitamos oír la verdad, la verdad sólida, de parte de hombres, mujeres y jóvenes consagrados.

Vosotros que amáis a Dios y guardáis en vuestra memoria preciosos detalles de experiencia y las realidades vivas de la vida eterna, encended la llama del amor y de la luz en los corazones del pueblo de Dios. Ayudadles a resolver sus problemas.

Los artículos que se dirigen a miles de lectores deben revelar que hay en sus autores pureza, elevación y santificación del cuerpo, el alma y el espíritu. La pluma debe usarse bajo el control del Espíritu Santo, como medio de sembrar semilla para la vida eterna. Dedíquese el espacio de nuestros periódicos a asuntos de valor real. Acumulad en ellos asuntos rebosantes de intereses eternos. Dios nos invita a subir al monte para conversar con él, y cuando por la fe contemplemos al Invisible nuestras palabras serán de veras un sabor de vida para vida.

El mensaje para este tiempo.-

Tengan todos más que enseñar, escribir y publicar acerca de las cosas que se han de cumplir ahora y que conciernen al bienestar eterno de las almas. Den alimento a su tiempo a ancianos y jóvenes, a santos y pecadores. Preséntese sin dilación todo lo que pueda decirse para despertar a la iglesia de su somnolencia. No se pierda tiempo en las cosas que no son esenciales y que no tienen relación con las necesidades actuales y véase qué obra se recomienda a los que aseveran creer en la Palabra de Dios:

"La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a Juan su siervo, el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca" (Apoc. 1:1-3).

La publicación de libros.-

Dedíquese más tiempo a la publicación y circulación de los (152) libros que contienen la verdad presente. Llámese la atención a los libros que se espacian en la fe práctica y la piedad, así como a los que tratan de la palabra profética. Se ha de educar a la gente para que lea la segura palabra profética a la luz de los oráculos vivos. Necesita saber que se están cumpliendo las señales de los tiempos.

Dios solo es el que puede dar éxito tanto en la preparación como en la circulación de nuestras publicaciones. Sí con fe sostenemos sus principios, él cooperará con nosotros al colocar los libros en las manos de aquellos a quienes beneficiarán. Debemos orar por el Espíritu Santo, confiar en él y creer en él. La oración humilde y ferviente hará más para promover la circulación de nuestros libros que todos los costosos adornos del mundo.

Dios tiene ingentes y grandiosos recursos para uso del hombre, y de la manera más sencilla se desarrollará la obra de los agentes divinos. El Maestro divino dice: "Mi Espíritu solo es competente para enseñar y convencer de pecado. Las cosas externas hacen sólo una impresión temporal sobre la mente. Yo inculcaré la verdad en la conciencia, y los hombres serán mis testigos. Presentarán en todo el mundo mis requerimientos acerca del tiempo, el dinero y el intelecto del hombre. Todas estas cosas las compré en la cruz del Calvario. Usen los talentos que les he confiado para proclamar la verdad en su sencillez. Difundan el Evangelio por todas partes del mundo e inviten a las almas agobiadas a preguntar: '¿Qué debo hacer para ser salvo?'"

Los precios.-

Nuestros periódicos han sido ofrecidos por un tiempo limitado de prueba a un precio muy bajo; pero esto no ha logrado el objeto buscado: obtener muchos suscriptores permanentes. Estos esfuerzos se hacen a un costo considerable, a menudo con pérdida y con los mejores motivos; pero si no se hubiese reducido el precio, se habrían obtenido más suscriptores permanentes.

Se han hecho planes para reducir los precios de nuestros libros, sin hacer el cambio correspondiente en el costo -de producción. Esto es un error. El trabajo debe realizarse en forma que compense. No se reduzca el precio de los libros por ofrecimientos (153) especiales, que pueden llamarse incentivos o cohechos. Dios no aprueba estos métodos.

Hay demanda de libros a precio bajo, y esta demanda debe ser satisfecha. Pero el plan correcto consiste en disminuir el costo de producción.
En los campos nuevos, entre las gentes ignorantes o parcialmente desarrolladas, hay gran necesidad de libros pequeños, que presenten la verdad en lenguaje sencillo, y que sean abundantemente ilustrados. Estos libros deben venderse a bajo precio, y las ilustraciones deben ser, por supuesto, poco costosas.

Las traducciones.-
Debe hacerse un esfuerzo mucho mayor para extender la circulación de nuestras publicaciones en todas partes del mundo. La amonestación debe darse en todos los países y a todos los pueblos. Nuestros libros se han de traducir y publicar en muchos idiomas diferentes. Debemos multiplicar las publicaciones de nuestra fe en inglés, alemán, francés, dinamarqués, noruego, sueco, castellano, italiano, portugués, y muchos otros idiomas; y personas de todas las nacionalidades deben ser iluminadas y educadas, a fin de que puedan participar también en la obra.
Hagan nuestras casas editoriales todo lo que esté a su alcance para difundir en el mundo la luz del cielo. De toda manera posible, llamen la atención de la gente de toda nación y lengua a las cosas que dirigirán su espíritu hacia el Libro de los libros.

Debe ejercerse mucho cuidado al elegir a los miembros de una comisión de manuscritos, Los hombres que han de pronunciarse sobre los libros ofrecidos para la publicación, deben ser pocos y bien escogidos. Únicamente aquellos que tienen un conocimiento experimental de lo que es escribir, están capacitados para actuar en este cargo. Deben escogerse únicamente aquellos cuyo corazón está bajo el control del Espíritu de Dios. Deben ser hombres de oración, hombres que no se ensalcen a sí mismos, sino que amen y teman a Dios y respeten a sus hermanos. Únicamente aquellos que, desconfiando de sí mismos, sean dirigidos por la sabiduría divina, resultarán competentes para este cargo. (154)

Los Trabajos Comerciales.-
El Señor destinó nuestras casas editoriales a la promulgación de la verdad presente, así como a las diversas transacciones comerciales e industriales que implica dicha obra. Al mismo tiempo, deben permanecer en contacto con el mundo, para que la verdad sea como la luz puesta en un candelero que alumbre a todos los que están en la casa. En su providencia, Dios puso a Daniel y a sus compañeros en relación con los grandes personajes de Babilonia, a fin de que esos hombres aprendiesen a conocer la religión de los hebreos y supiesen que Dios gobierna a todos los reinos.
En Babilonia, Daniel fue puesto en circunstancias muy difíciles; mas al paso que cumplió fielmente sus deberes de estadista, se negó constantemente a participar en cualquier acción contraria a los principios y a la obra de Dios. Su conducta provocó discusiones, y el Señor atrajo así la atención del rey de Babilonia a la fe de Daniel. Dios tenía luz para Nabucodonosor y le hizo conocer por medio de Daniel las cosas que habían sido predichas en las profecías concernientes a Babilonia y otros reinos. Por la interpretación del sueño de Nabucodonosor, Jehová fue ensalzado como más poderoso que los príncipes de la tierra. Así fue honrado Dios a causa de la fidelidad de Daniel. Así también desea el Señor que nuestras casas editoriales sean sus testigos.

Oportunidades del trabajo comercial.-
Los trabajos comerciales son uno de los medios por los cuales estas instituciones se colocan en relación con el mundo. Así constituyen una puerta abierta para comunicar la luz de la verdad.
Los empleados pueden tener la impresión de que realizan un trabajo puramente mecánico, mientras que están, por el contrario, ocupados en una obra que suscitará preguntas acerca de su fe y sus principios. Si están animados de un buen espíritu, podrán (155) hablar palabras oportunas. Si está en ellos la luz de la verdad y del amor de Dios, no podrán menos que dejarla brillar. Hasta la manera en que manejan los

asuntos comerciales manifestará la influencia de los principios divinos. Se puede decir de nuestros obreros como se dijo antaño de los artesanos del tabernáculo: "Y lo he llenado de espíritu de Dios en sabiduría, en inteligencia, en ciencia, y en todo arte" (Éxo. 31:3).

No para darles el primer lugar.-
En ningún caso deben nuestras casas editoras dedicarse principalmente a los trabajos comerciales. Si se da a éstos el primer lugar, los obreros de las imprentas perderán de vista el blanco por el cual fueron establecidas y su trabajo degenerará.
Los directores cuya percepción espiritual se extravíe, están expuestos al peligro de publicar impresos de dudoso mérito, simplemente por la ganancia que reportan. De ello resultará que el objeto por el cual fueron dadas nuestras editoriales se perderá de vista, y nuestras instituciones serán consideradas como cualquier otra empresa comercial. Ello deshonrará a Dios.
En algunas de nuestras imprentas, el trabajo puramente comercial hace subir constantemente los gastos por la adquisición de máquinas costosas. Estos gastos gravan mucho el presupuesto de la institución. Además, cuando abunda el trabajo, se requiere no sólo más equipo de herramientas, sino mayor número de obreros que los que se pueden educar debidamente.
Se asevera que el trabajo comercial es un beneficio financiero para la imprenta. Mas un Ser que tiene la autoridad sacó la cuenta exacta de lo que cuesta este trabajo a nuestras principales casas editoriales. Presentó un balance fiel y demostró que las pérdidas exceden a los beneficios. Este trabajo obliga a los obreros a apresurarse constantemente y en este ambiente de fiebre y mundanalidad, la verdadera piedad decae.
No es necesario que el trabajo comercial quede enteramente suprimido de nuestras imprentas, porque ello cerraría las puertas a los rayos de luz que deben ser comunicados al mundo. Así como el trabajo de Daniel como estadista no pervirtió su fe ni sus principios, no es forzoso que las relaciones con la gente del mundo perjudiquen a los obreros. Pero cada vez que el trabajo (156) realizado para el mundo parezca dañar la espiritualidad de las instituciones, se lo debe excluir. Hágase primero el trabajo que representa la verdad. Désele siempre el primer lugar, y al trabajo comercial el segundo. Nuestra misión consiste en dar al mundo un mensaje de advertencia y misericordia.

Más acerca de precios.-
En el esfuerzo que se ha hecho para asegurar a nuestras imprentas una clientela que las saque de apuros financieros, se han fijado precios tan bajos que su trabajo no les reporta ningún beneficio. Los que se lisonjean de que hubo ganancia no han llevado cuenta exacta de todos los gastos. No rebajéis los precios simplemente para obtener trabajo. No aceptéis sino el trabajo que os dejará una ganancia razonable.
Por otro lado, en nuestras transacciones comerciales no debe haber siquiera una sombra de egoísmo o codicia. No se aproveche nadie de la ignorancia o de la situación de un hombre para exigirle precios exorbitantes por el trabajo hecho o por la venta de mercaderías. Se presentarán fuertes tentaciones de apartarse del camino recto e innumerables argumentos en favor de seguir las prácticas del mundo y adoptar costumbres que en realidad son deshonestas. Algunos pretenden que cuando se trata con personas faltas de delicadeza, hay que conformarse a la costumbre y ser como ellas; que si se fuese perfectamente íntegro sería imposible hacer negocios y ganarse la vida. ¿Dónde está nuestra fe en Dios? Le pertenecemos como hijos e hijas a condición de que nos separemos del mundo y no toquemos lo inmundo. El Señor dirige estas palabras tanto a sus instituciones como a cada cristiano individualmente: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia", y ha prometido de un modo seguro que todas las cosas necesarias para la vida nos serán dadas por añadidura. Sobre cada conciencia debiera escribirse como quien burila sobre la roca con cincel de acero, que el verdadero éxito, para esta vida o la venidera, no puede obtenerse sino por la obediencia fiel a los principios eternos de la justicia.

Impresos desmoralizadores.-

Cuando nuestras casas editoriales hacen una gran cantidad de (157) trabajo comercial, están expuestas al peligro de tener que imprimir obras de valor dudoso. En cierta ocasión, mientras mi atención se concentraba en estas cuestiones, mi guía preguntó a uno de los hombres que llevan responsabilidad en una de nuestras imprentas: "¿Cuánto les pagan por ese trabajo?" Le fueron presentadas las cifras. Dijo: "Es demasiado poco. Si realizan negocios en esta forma, sufrirán pérdidas. Y aun si recibieran una suma mayor, esta clase de escritos no podría publicarse más que con gran déficit. La influencia que ejercen sobre los obreros es desmoralizadora. Todos los mensajes que Dios les manda para hacerles comprender el carácter sagrado de su obra quedarán neutralizados por el consentimiento que ustedes otorgan a la publicación de tales cosas".

El mundo está inundado de libros que más valdría quemar que vender. Los libros que hablan de las guerras con los indios y cosas semejantes, que se publican y venden con la única intención de ganar dinero, no deberían leerse. Estos libros contienen una potencia fascinadora satánica. Los relatos espeluznantes de crímenes y atrocidades ejercen una influencia hechizadora sobre la juventud y provocan en ella el deseo de hacerse célebre por actos de maldad. Aun muchas obras que son más históricas, no ejercen, sin embargo, mejor influencia. Las enormes crueldades y prácticas licenciosas descritas en esos libros han sido para muchos como una levadura que los impulsa a ejecutar actos semejantes. Los libros que describen las prácticas satánicas de los seres humanos dan publicidad a las malas obras. No es necesario revivir los horribles detalles de los crímenes y de los sufrimientos, y ninguno de los que creen en la verdad presente debe participar en la perpetuación de su recuerdo.

Las novelas de amor y las historias frívolas y excitantes constituyen otra clase de libros que son una maldición para todo lector. Puede el autor insertar una buena moraleja, puede también entremezclar en su obra sentimientos religiosos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, es Satanás que se disfraza de ángel de luz para engañar y seducir con más facilidad. El espíritu es afectado en gran medida por las cosas de que se nutre. Los lectores de las historias frívolas y excitantes se vuelven incapaces de cumplir los deberes que les incumben. Viven en lo irreal, y no tienen el (158) menor deseo de escudriñar las Escrituras para nutrirse del maná celestial. Su mente se debilita y pierde su facultad de considerar los grandes problemas del deber y del destino.

Se me ha mostrado que los jóvenes están expuestos a grandes peligros a causa de las malas lecturas. Satanás induce tanto a jóvenes como adultos a someterse al ensalmo de las historias sin valor. Si se pudiese quemar una buena parte de los libros publicados, con ello se detendría una plaga que realiza una obra espantosa mediante el debilitamiento de los espíritus y la corrupción de los corazones. Nadie es tan firme en los principios de la justicia que quede a cubierto de la tentación. Todas estas lecturas sin valor deberían descartarse resueltamente.

El Señor no nos permite dedicarnos a la impresión o venta de tales publicaciones, pues son un agente de destrucción para muchas almas. Sé lo que escribo, pues esta cuestión me ha sido presentada claramente. Que aquellos que creen en el mensaje de nuestro tiempo no se dediquen a semejante trabajo con la esperanza de ganar dinero. El Señor pondría su maldición sobre el dinero así obtenido, y esparciría más de lo que podría haberse juntado.

Hay otra clase de impresos más peligrosos que la lepra, más mortíferos que las plagas de Egipto, contra los cuales deben precaverse constantemente nuestras casas editoriales. Al aceptar trabajos de afuera, deben cuidar de no recibir en nuestras instituciones manuscritos que expongan las perniciosas teorías del hipnotismo, espiritismo, romanismo y otros misterios de iniquidad.

No se coloque en las manos de nuestros empleados nada que pueda echar una sola semilla de duda sobre la autoridad o pureza de las Escrituras. En ningún caso dejéis escritos de incrédulos bajo los ojos de los jóvenes cuya mentalidad propende con avidez a aceptar lo nuevo. Aunque reportasen las mayores entradas, las tales obras se publicarían con inmenso déficit.

Permitir que cosas semejantes pasen por nuestras instituciones, es colocar en manos de nuestros empleados y presentar al mundo el fruto prohibido del árbol del conocimiento. Es invitar a Satanás a entrar con su ciencia seductora; es insinuar sus principios en las mismas instituciones establecidas para el adelantamiento de la santa causa de Dios. Publicar tales obras, sería cargar los (159) cañones del enemigo y colocarlos en sus manos para que los use contra la verdad.

¿Pensáis que Jesús obrará en nuestras imprentas por las mentes humanas mediante sus ángeles? ¿Pensáis que hará de la verdad que sale de nuestras imprentas una potencia para amonestar al mundo, si se permite a Satanás que pervierta los espíritus de los obreros en la institución misma? ¿Puede la bendición de Dios descansar sobre los impresos que salen de la prensa, cuando de estas mismas prensas salen los errores y herejías de Satanás? "¿Echa alguna fuente por una misma abertura agua dulce y amarga?" (Sant. 3:11.)

Los directores de nuestras instituciones necesitan comprender que al aceptar sus puestos se hacen responsables del alimento intelectual dado a los empleados mientras están en la institución. Ellos son responsables del carácter de los impresos que salen de nuestras prensas. Deberán dar cuenta de la influencia ejercida por la introducción de cosas que habrían de mancillar la institución, contaminar el espíritu de los empleados o engañar al mundo.

Si se concede a estas cosas un lugar en nuestras instituciones, no tardará en descubrirse que la potencia sutil de los sentimientos satánicos no se rechaza con facilidad. Si se permite al tentador que siembre su mala semilla, ésta germinará y dará fruto. El diablo cosechará así en la misma institución establecida con el dinero dado por los hijos de Dios para el adelantamiento de su causa. De ello resultará que, en vez de enviar al mundo obreros cristianos, se enviará un grupo de incrédulos instruidos.

En estos asuntos, la responsabilidad descansa no solamente en los directores sino también en los empleados. Tengo algo que decir a los obreros de nuestras imprentas: Si amáis y teméis a Dios, os negaréis a tener trato con el conocimiento contra el cual Dios previno a Adán. Niéguense los tipógrafos a componer una sola frase de estas cuestiones. Niéguense los correctores de pruebas a leerlas, los impresores a imprimirlas y los encuadernadores a encuadernarlas. Si se os pide que os dediquéis a cosas de este género, convocada los empleados del establecimiento a fin de que comprendan lo que ello significa. Los que dirigen la institución pueden sostener que no sois responsables, que a la dirección le toca tomar decisiones. Mas sois responsables por el (160) uso de vuestros ojos, de vuestras manos, de vuestra mente. Os fueron confiados por Dios para que los empleéis en su servicio y no en el de Satanás.

Cuando en nuestras casas editoriales se imprimen publicaciones que contienen errores que combaten la obra de Dios, Dios tiene por responsables no sólo a quienes permiten que Satanás tienda una trampa a las almas, sino también a los que cooperan de una manera u otra en la obra de tentación.

Hermanos míos, vosotros que ocupáis puestos de responsabilidad, cuidad de no enganchar a vuestros empleados al carro de la superstición y la herejía. No permitáis que las instituciones establecidas por Dios para esparcir la verdad y la vida, vengan a ser una agencia para diseminar el error que destruye las almas.

Niéguense nuestras casas editoriales, desde la menor hasta la mayor, a imprimir una sola línea de estos asuntos perniciosos. Hágase entender a todos aquellos con quienes debemos tratar que los impresos que contienen la ciencia de Satanás están excluidos de todas nuestras instituciones.

Estamos en contacto con el mundo no para que sus errores obren en nosotros como levadura; sino para que, como agentes de Dios, seamos en el mundo una levadura de verdad. (161)

Las Casas Editoras en los Campos Misioneros.-

Hay mucho que hacer en cuanto a establecer centros de nuestra obra en campos nuevos. En muchos lugares deben establecerse imprentas misioneras. En relación con nuestras escuelas de las misiones, debe haber medios de imprimir publicaciones y de preparar obreros en esta actividad. Donde se están preparando personas de diversas nacionalidades, que hablan diferentes idiomas, cada una debe aprender

a imprimir en su propia lengua, y también a traducir del inglés a esa lengua. Y mientras está aprendiendo el inglés, debe enseñar su idioma a los alumnos de habla inglesa que necesiten adquirirlo. De esta manera algunos de los estudiantes nacidos en el extranjero podrían sufragar los gastos de su educación; y podría prepararse obreros que prestarían valiosa ayuda en la empresa misionera.

En muchos casos la obra de publicación tendrá que iniciarse en pequeña escala. Tendrá que contender con muchas dificultades y seguir adelante con pocos recursos. Pero nadie debe desanimarse por causa de esto. El método del mundo consiste en empezar su obra con pompa, ostentación y jactancia; pero todo esto fracasará. La manera de Dios consiste en hacer que el día de las cosas pequeñas sea el comienzo del triunfo de la verdad y de la justicia. Por esta razón nadie necesita regocijarse por un comienzo próspero, ni abatirse por la debilidad aparente. Dios es para sus hijos riqueza, plenitud y poder cuando ellos miran a las cosas invisibles. Seguir sus indicaciones es escoger la senda de la seguridad y del verdadero éxito. "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe". (1 Juan 5:4).

El poder humano no estableció la obra de Dios, ni puede destruirla. Dios concederá la dirección constante y la custodia de sus santos ángeles a aquellos que llevan su obra adelante frente a dificultades y oposición. Nunca cesará su obra en la tierra. La (162) edificación de su templo espiritual irá adelante, hasta que esté completo, y la piedra angular será colocada con aclamaciones: "Gracia, gracia a ella" (Zac. 4:7).

El cristiano debe constituir un beneficio para los demás. De este modo se beneficia a sí mismo. "El que saciare, él también será saciado" (Prov. 11:25). Esta es una ley de la administración divina, una ley mediante la cual Dios se propone mantener las corrientes de la beneficencia en circulación constante, como las aguas del gran océano regresan perpetuamente a su fuente. El poder de las misiones cristianas se halla en el cumplimiento de esta ley.

He sido instruida acerca de que dondequiera que la gente se haya sacrificado y haya realizado esfuerzos urgentes para proveer medios para el establecimiento y el avance de la causa, y el Señor haya prosperado la obra, la gente de dichos lugares debiera a su vez proporcionar los medios necesarios para sostener a sus siervos que han sido enviados a nuevos campos. Dondequiera que se haya establecido la obra sobre una buena base, los creyentes debieran considerarse bajo la obligación de ayudar a los que tienen necesidades, transfiriendo, aun al costo de un gran sacrificio, una parte de los medios —o la totalidad— que en años anteriores se invirtió en favor del establecimiento de la obra en su propia localidad. De este modo el Señor se propone hacer crecer su obra. Este es el correcto lineamiento de la ley de la restitución. (163)

Relación de una Casa Editora con Otra.-

La relación entre Cristo y sus seguidores y la de éstos entre ellos se ilustra mediante la figura de la vid y sus ramas. Todas las ramas se relacionan unas con otras, sin embargo cada una posee su propia individualidad que no se pierde en la de ninguna otra. Todas mantienen la misma relación con la vid y dependen de ella para su vida, crecimiento y fructificación. Las ramas no se pueden sostener entre ellas mismas. Para esto cada una debe estar centrada en la vid. Y aunque las ramas se parecen unas a otras, también revelan diferencias. Su unidad consiste en la unión común que sostienen con la vid, y en cada una, aunque no idénticamente, se manifiesta la vida de la vid.

Esta figura contiene una lección, no sólo para los cristianos individuales, sino también para las instituciones dedicadas al servicio de Dios. Cada una debe mantener su individualidad al relacionarse con las demás. La unión que mantenga una con otra se llevará a cabo mediante la unión que sostengan con Cristo. En él cada institución se halla conectada con todas las demás, al mismo tiempo que ninguna permite que su identidad se confunda con la otra.

Algunas veces se ha sugerido con insistencia que se adelantarían los intereses de la causa mediante una consolidación de nuestras casas publicadoras, colocándolas todas virtualmente bajo la misma gerencia. Pero el Señor ha mostrado que esto no debería suceder. Su plan no consiste en centralizar el poder en las manos de unas pocas personas ni en colocar a una institución bajo el control de otra.
Se me presentaron los comienzos de nuestra obra como semejantes a un riachuelo muy pequeño. Al profeta Ezequiel se le mostró una representación de las aguas "que salían de debajo del umbral de la casa hacia el oriente", "al sur del altar". Léase (164) Ezequiel 47. Nótese en especial el versículo 8: "Estas aguas salen a la región del oriente, y descenderán al Arabá, y entrarán en el mar; y entradas en el mar, recibirán sanidad las aguas". Del mismo modo se me mostró nuestra obra que se extendía hacia el este y el oeste, hacia las islas del mar, y a todas partes del mundo. A medida que se extienda la obra, habrá que manejar grandes intereses. Pero la obra no debe centralizarse en una sola parte. La sabiduría humana sostiene que es más conveniente agrandar los intereses en el lugar donde el trabajo ya ha cobrado cierto carácter e influencia, pero se han cometido errores en este sentido. Soportar las cargas es lo que produce fuerzas y desarrollo. Y en diferentes lugares el librar a los obreros de las responsabilidades significa colocarlos donde sus caracteres se mantendrán sin desarrollarse y sus poderes permanecerán reprimidos y debilitados. La obra es del Señor, y no es su voluntad que la fuerza y la eficacia se concentren en un solo lugar. Que cada institución se mantenga independiente, llevando a cabo los planes de Dios.

Consolidación.-
La política de la consolidación, dondequiera que se lleve a cabo, tenderá a la exaltación de lo humano en lugar de lo divino. Los que deben llevar las responsabilidades en las diferentes instituciones dependen de la autoridad central para recibir dirección y apoyo. A medida que se debilita el sentido de la responsabilidad personal, pierden la más elevada y preciosa de todas las experiencias humanas, la constante dependencia del alma de Dios. Al no darse cuenta de su propia necesidad, dejan de velar y orar constantemente y de someterse incesantemente a Dios, el único que puede capacitara los hombres a escuchar y obedecer las enseñanzas de su Espíritu Santo. Así se coloca al hombre en el lugar donde Dios debiera estar. De este modo las personas que han sido colocadas en este mundo para actuar como embajadores del cielo se contentan con buscar la sabiduría de hombres finitos y sujetos a error, cuando podrían estar recibiendo la sabiduría y la fuerza del Dios infalible e infinito.
No es la voluntad del Señor que los obreros de sus instituciones acudan a los hombres ni confíen en ellos. El desea que la atención de ellos se concentre en él. (165)
Nuestras casas editoras no debieran depender nunca unas de otras hasta el punto en que una de ellas tenga el poder de decidir la forma como la otra se manejará. Cuando se coloca un poder tan grande en las manos de unas pocas personas, Satanás realizará esfuerzos definidos para pervertir el juicio, para insinuar principios equivocados de acción, y para establecer una conducta equivocada. Al hacerlo, no sólo logrará pervertir una institución, sino que ganará también control de otras e imprimirá un rumbo equivocado a la obra en lugares distantes. De este modo se desparrama la influencia del mal. Que cada institución mantenga incólume su independencia moral, y lleve a cabo su obra en su propio campo. Que los obreros de cada una sientan que trabajan a la plena vista de Dios, de sus santos ángeles y de los mundos no caídos.
Si una institución adopta medidas equivocadas, que las otras no se corrompan. Que cada una se mantenga firme en los principios expresados al establecerse, llevando adelante la obra en armonía con dichos principios. Cada institución debe esforzarse por trabajar en armonía con las demás solamente en la medida en que esto sea consistente con la verdad y la justicia; pero ninguna de ellas debe dar un paso más hacia la consolidación.

Rivalidad.-
No debe existir ninguna clase de rivalidad entre nuestras casas editoras. Si este espíritu se permite crecerá y se fortalecerá, y desplazará al espíritu misionero. La rivalidad contristará al Espíritu de Dios y ahuyentará de la institución a los ángeles ministradores enviados como colaboradores de quienes estiman la gracia de Dios.
Los dirigentes de nuestras instituciones no debieran nunca, ni en el menor grado, tratar de aprovecharse el uno del otro. Estas actitudes ofenden a Dios grandemente. El obrar con astucia, el esfuerzo por obtener ventajas de los demás, es un mal que él no está dispuesto a tolerar. Cualquier esfuerzo por hacer sobresalir a una institución a expensas de las demás es equivocado. Cada censura o insinuación negativa que tienda a menoscabar la influencia de una institución o de sus obreros es contraria a la voluntad de Dios. Un esfuerzo tal está animado por el espíritu de Satanás. Si (166) se le da entrada, obrará como levadura para corromper a los obreros y frustrar los planes que Dios tiene para su institución.

Colaboración.-
Que cada departamento de la obra y cada institución conectada con nuestra causa, sean dirigidos de acuerdo con planes considerados y generosos. Que cada ramo de la obra, mientras mantiene su propio carácter distintivo, se esfuerce por proteger, fortalecer y edificara cada uno de los otros aspectos. Se han empleado personas de características y habilidades variables para llevar adelante los diferentes ramos de trabajo. Este ha sido siempre el plan del Señor. Cada obrero tiene el deber de dedicar esfuerzos especiales a su propio trabajo; pero todos tienen el privilegio de estudiar y esforzarse para lograr la salud y el bienestar de todo el cuerpo al cual pertenecen.
El plan de Dios para sus instituciones no contempla la consolidación ni la rivalidad ni la crítica, sino la colaboración, de tal manera que "todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor" (Efe. 4:16). (167)

El Colportor.-
Debido al descuido de cumplir con sus compromisos financieros, de parte de los colportores, nuestras sociedades de publicaciones se han endeudado; no pueden mantener al día sus cuentas con las casas editoras; así estas instituciones han tenido que pasar por estrecheces económicas y su trabajo se ha visto obstaculizado. Algunos colportores han sentido que se los maltrataba cuando la casa publicadora les requería pronto pago, pero la única forma de llevar adelante el negocio con buen éxito consiste en pagar con prontitud.
La forma descuidada en que algunos colportores han realizado su trabajo demuestra que hay lecciones importantes que deben aprender. Se me ha mostrado que se ha hecho mucho trabajo en forma negligente. Debido a su abandono en los asuntos seculares, algunos han formado hábitos de descuido y negligencia y han traído con ellos esta deficiencia a la obra del Señor.
Dios requiere que se realicen mejoras decididas en los diversos aspectos de su obra. La actividad llevada a cabo en conexión con su causa debiera caracterizarse por una exactitud y un cuidado más diligente. Deben hacerse esfuerzos firmes y decididos con el fin de efectuar algunas reformas esenciales.

"Maldito el que hiciere indolentemente la obra de Jehová" (Jer. 48:10).
"Cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe, ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto?"

(Mal. 1:8). "Maldito el que engaña, el que... promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible" (verso 14). (168)

El Autor.-

Dios desea colocar al hombre en una relación directa con él. El conoce el principio de la responsabilidad personal en todos sus tratos con los seres humanos. Trata de promover un sentido de dependencia personal y mostrar la necesidad de una dirección personal. Sus dones son confiados a los hombres en forma individual. Cada persona ha sido hecha un mayordomo de responsabilidades sagradas; cada una debe cumplir su tarea de acuerdo con las indicaciones del Dador; y cada una debe rendir cuentas a Dios del desempeño de su mayordomía.

Por este medio, Dios trata de asociar lo humano con lo divino, para que mediante esta relación el hombre pueda ser transformado a la semejanza divina. Entonces el principio del amor y la bondad formará parte de su propia naturaleza. Satanás, con el fin de frustrar este propósito, obra constantemente para fomentar la dependencia del hombre en la fuerza humana y transformar a los hombres en esclavos de los hombres. Cuando al hacerlo logra que éstos desvíen su mente de Dios, les insinúa sus propios principios de egoísmo, odio y disensión.

Dios desea que en todas nuestras transacciones salvaguardemos cuidadosamente el principio de responsabilidad personal y de dependencia de él. Nuestras casas editoras debieran tener presente este principio en sus tratativas con los autores.

Algunos han insistido en que los autores no tienen ningún derecho de retener la mayordomía de sus propias obras; que deben entregar sus obras para que las controle la casa publicadora o la asociación; y que no deben recibir ninguna participación en las ganancias, fuera de los gastos relacionados con la producción de los manuscritos; que se debe dejar a la asociación o la casa editora la responsabilidad de asignar dichos fondos a las diversas necesidades de la obra, según se lo dicte su criterio. De este modo la mayordomía de la obra del autor sería transferida totalmente a los demás. (169)

Pero Dios no ve así el asunto. La habilidad de escribir un libro, así como sucede con los demás talentos, es un don de él, por cuyo desarrollo el poseedor es responsable ante Dios; y debe invertir las ganancias bajo su dirección. Mantengamos en mente el hecho de que la propiedad que se nos ha confiado para ser invertida no es nuestra. Si fuera, podríamos reclamar el derecho de disponer de ella a nuestro antojo; podríamos delegar nuestra responsabilidad sobre los otros, y dejar con ellos nuestra mayordomía. Pero esto no se puede hacer, porque el Señor nos ha hecho individualmente sus mayordomos. Somos responsables de invertir esos medios nosotros mismos. Nuestros propios corazones deben santificarse; nuestras manos necesitan tener algo de los fondos que Dios nos confía, para compartirlos según la ocasión lo demande.

No sería más razonable que la asociación o la casa editora pretendiera asumir el control de las entradas que un hermano recibe de sus casas o terrenos, que apropiarse de lo que alguien recibe como producto de su cerebro.

Tampoco hay más justicia en la pretensión de que las facultades físicas, mentales y anímicas de una persona pertenecen totalmente a la institución, porque se trata de un obrero a sueldo de la casa editora, y que por lo tanto ésta tiene derecho sobre todas las producciones de su pluma. Fuera de las horas de trabajo en la institución, el tiempo del obrero queda bajo su propio control, para usarlo como a él le plazca, siempre que dicho uso no esté en conflicto con sus deberes hacia la institución. Por lo que pueda producir durante esas horas, él es responsable sólo ante Dios y su propia conciencia.

A Dios no se le podría mostrar una deshonra mayor que el hecho de que un hombre pretenda colocar los talentos de otro ser humano bajo su control absoluto. El mal no se evita por el hecho de que las ganancias de la transacción sean dedicadas a la causa de Dios. El hombre que con tales arreglos permite

que su mente sea dominada por la mente de otro, es separado de Dios y queda expuesto a la tentación. Al delegar la responsabilidad de su mayordomía sobre otras personas, y depender de la sabiduría de ellos, coloca al hombre donde Dios debiera estar. Los que tratan de establecer este cambio de responsabilidad no disciernen el (170) resultado de su acción, pero Dios nos lo ha mostrado claramente. El ha declarado: "Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo" (Jer. 17:5).

No permita ningún autor que se lo convenza de regalar o vender los derechos que posee sobre los libros que ha escrito. Reciban una participación justa sobre las ganancias de su obra; entonces consideren sus medios como un encargo de Dios, para ser utilizados de acuerdo con la sabiduría que él impartiere.

Los que poseen la habilidad de escribir libros deberían comprender que también tienen la facultad de invertir las ganancias que reciben. Si bien es correcto que entreguen una parte de ellas en la tesorería, para proveer a las necesidades generales de la causa, deberían sentir que tienen el deber de ponerse al corriente con las necesidades de la obra y después de orar a Dios en demanda de sabiduría deberían invertir personalmente sus medios donde la necesidad sea mayor. Que tomen en sus manos alguna línea de benevolencia. Si sus mentes se hallan bajo la dirección del Espíritu Santo, recibirán sabiduría para discernir dónde se necesitan los medios y serán grandemente bendecidos al aliviar esa necesidad.

Un muy diferente estado de cosas existiría ahora si el plan del Señor se hubiera seguido. Nunca se habrían gastado tantos fondos en unas pocas localidades, dejando tan poco para invertir en la mayoría, en muchas de las cuales aún no se ha levantado el estandarte de la verdad.

Tengan cuidado nuestras casas editoras de no dejarse controlar por principios equivocados en sus transacciones con los obreros de Dios. Si en la institución hay empleados cuyos corazones no se hallan bajo la dirección del Espíritu Santo, con toda seguridad desviarán la obra hacia un curso equivocado. Algunos que profesan ser cristianos consideran los negocios relacionados con la obra del Señor como algo totalmente separado del servicio religioso. Dicen: "la religión es religión, y el negocio es negocio. Estamos decididos a hacer un éxito de lo que se nos ha confiado, y aprovechamos cualquier ventaja posible para promover esta línea especial de trabajo" . De este modo se introducen planes contrarios a la verdad y la justicia bajo la pretensión de que esto o aquello debe realizarse porque se trata de una (171) buena obra que se lleva a cabo para el progreso de la causa de Dios.

Hay hombres cuyo egoísmo los ha vuelto cortos de vista y de criterio estrecho, que consideran su privilegio oprimir exactamente a quienes Dios está usando para difundir la luz que les ha otorgado. Algunos obreros que debieran gozar de libertad en Dios se han visto impedidos por las restricciones de los planes opresivos de quienes no eran más que sus colaboradores. Todo esto no lleva sino la estampa de lo humano, no de lo divino. Se trata de una invención humana que conduce a la injusticia y a la opresión. La causa de Dios es ajena a cualquier mancha de injusticia. No trata de obtener la menor ventaja privando a los miembros de su familia de su individualidad o de sus derechos. El Señor no sanciona la autoridad arbitraria ni tendrá nada que ver con el menor egoísmo ni engaño. Dios aborrece todas esas prácticas.

El Señor declara: "Porque yo Jehová soy amante del derecho, aborrecedor del latrocinio para holocausto". "No tendrás en tu bolsa pesa grande y pesa chica, ni tendrás en tu casa efa grande y efa pequeña. Pesa exacta y justa tendrás; efa cabal y justa tendrás... porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que hace esto, y cualquiera que hace injusticia" (Isa. 61:8; Deut. 25:13-16).

"Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (Miq. 6:8).

Una de las aplicaciones más elevadas de estos principios se halla en el reconocimiento del derecho que el hombre tiene de sí mismo, del control de su propia mente, de la mayordomía de sus talentos, el derecho de recibir y compartir el fruto de sus propias labores. Nuestras instituciones gozarán de fortaleza y poder solamente en la medida en que reconozcan estos principios en todas sus relaciones con sus semejantes: sólo en la medida en que obedezcan las instrucciones de la Palabra de Dios en todas sus transacciones.

Cada facultad que Dios nos ha prestado, sea física, mental o (172) espiritual debe ser cultivada religiosamente para realizar la obra que se nos ha asignado en favor de nuestros semejantes que perecen en la ignorancia. Cada uno debe ocupar sin impedimentos su puesto del deber, sirviendo humildemente al Señor, y siendo responsable personalmente por su propio trabajo. "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís", "el cual pagará a cada uno conforme a sus obras" (Col. 3:23-24; Rom. 2:6).

Satanás utiliza toda su pericia para diseñar incontables planes y métodos con el fin de cumplir sus propósitos. Se empeña en restringir la libertad religiosa y restaurar una especie de esclavitud en el mundo religioso. A menos que sean sostenidas por el poder de Dios, las organizaciones e instituciones obrarán bajo los dictados de Satanás para mantener a los hombres bajo el control de los hombres; el fraude y el engaño tomarán el aspecto de un celo por la verdad y por el adelantamiento del reino de Dios. Cualquier cosa que en nuestra práctica no aparezca con la claridad del día pertenece a los métodos del príncipe del mal.

Los hombres caen en el error al partir de premisas falsas y al esforzarse luego para que todas las cosas hagan aparecer el error como verdad. En algunos casos las primeras premisas contienen algo de verdad mezclada con el error; pero esto no conduce a ninguna acción justa; y por ello los hombres son engañados. Tienen el afán de mandar y de transformarse en algo poderoso, y en su afán de justificar sus principios adoptan los métodos de Satanás.

Si resisten las amonestaciones que el Señor les envía, estas personas se transforman en guías de prácticas inicuas y usurpan el ejercicio de las prerrogativas de Dios: al tratar de controlar las mentes de los hombres se atreven a hacer lo que Dios mismo no haría. De esta manera siguen las huellas del romanismo. Introducen (173) sus propios planes y métodos, y debilitan la fe de los demás en la verdad mediante sus conceptos equivocados de Dios, y con ello introducen principios falsos que obran como levadura para manchar y corromper las instituciones e iglesias.
Todo lo que rebaja el concepto que el hombre tiene de la justicia y la equidad y el juicio parcial, y cualquier plan o precepto que arrastra a los agentes humanos de Dios bajo el control de las mentes humanas, menoscaba su fe en Dios y aparta al alma de él.
Dios no justificará ningún plan por medio del cual el hombre trate de gobernar u oprimir en el menor grado a sus semejantes. Tan pronto como el hombre trata de establecer una regla de hierro para los otros hombres, deshonra a Dios y pone en peligro su propia alma y las almas de los hermanos. (174)

La Iglesia y la Casa Editora.-
Deberes de la iglesia hacia la casa editora.-
Los miembros de la iglesia en cuyo territorio se halla una de nuestras casas editoriales tienen el honor de poseer en su medio una de las instituciones del Señor. Deben apreciar este honor y deben comprender que implica una responsabilidad de las más sagradas. Su influencia y su ejemplo contribuirán mucho para ayudar o para estorbar a la institución en el cumplimiento de su misión.
A medida que nos acercamos a la crisis final resulta de vital importancia que la armonía y la unidad reinen entre las instituciones del Señor. El mundo no conoce más que tempestades, guerras y discordias. Sin embargo, las gentes se unirán bajo una misma dirección, la de la potencia papal, para oponerse a Dios en la persona de sus testigos. Esta unión es cimentada por el gran apóstata. Pero mientras trate de unir a sus agentes en la guerra contra la verdad, se esforzará por dividir y dispersar a los que la defienden. Los celos, la maledicencia, la calumnia, surgen a instigación suya para producir

discordia y disensiones. Los miembros de la iglesia de Cristo tienen el poder de frustrar los planes del adversario de las almas. En un tiempo como éste, no debieran estar en discordia unos con otros ni con ninguno de los obreros del Señor. En medio de la discordia general, haya un lugar donde reinen la armonía y la unidad, porque la Biblia es en él reconocida como guía de la vida. Comprenda el pueblo de Dios que le incumbe la responsabilidad de sostener las instituciones del Señor.

Hermanos y hermanas, agradaréis al Señor si os empeñáis de todo corazón en ayudar a la imprenta con vuestras oraciones y vuestro dinero. Orad cada mañana y cada noche para que ella reciba las más ricas bendiciones de Dios. No estimuléis las críticas ni las murmuraciones, ni dejéis escapar de vuestros labios una sola queja; recordad que los ángeles las oyen. Cada uno debe (175) ser inducido a comprender que estas instituciones nacieron por voluntad de Dios. Los que las denigren para servir a sus propios intereses deberán dar cuenta de ello a Dios. El Señor quiere que todo lo relacionado con su obra sea considerado como sagrado.

Dios desea que oremos mucho más, y que hablemos mucho menos. El umbral del cielo está iluminado por los rayos de su gloria, y él hará brillar esta luz en el corazón de cuantos sostengan con él relaciones normales.

Cada institución tendrá que luchar con dificultades. Estas son permitidas para que sea probado el corazón de los hijos de Dios. Al alcanzar la adversidad a una de las instituciones del Señor es cuando se manifiesta la fe verdadera que tenemos en Dios y en su obra. En un tiempo como ése, no considere nadie las cosas bajo su luz más desfavorable, ni exprese nadie pensamientos de duda o incredulidad. No critiquéis a aquellos que llevan la carga de la responsabilidad. No permitáis que vuestras conversaciones en la familia sean envenenadas por la crítica de los obreros del Señor. Los padres que se permiten este espíritu de crítica, no ponen delante de sus hijos lo que los pueda hacer sabios para salvación. Sus palabras tienden a perturbar la fe y la confianza, no sólo de los hijos, sino también de las personas de mayor edad.

Todos carecen ya demasiado de respeto y reverencia por las cosas sagradas. Satanás se apresurará a cooperar celosamente con quien critique para provocar la incredulidad, la envidia, los celos y la falta de respeto. Satanás obra siempre para impregnar a los hombres de su espíritu, para apagar el amor que debiera cultivarse cuidadosamente entre hermanos, para destruir la confianza, para estimular los celos, las sospechas y las disputas. ¡Ojala no nos hallemos entre sus colaboradores! Un solo corazón abierto a su influencia puede esparcir muchas semillas de enemistad. Hasta puede realizarse una obra cuyas consecuencias —la ruina de las almas— no se conocerán nunca completamente antes del gran día final.

Cristo declara: "Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque necesario es que vengan tropiezos; mas ¡ay de aquel hombre por (176) quien viene el tropiezo!" (Mat. 18:6-7). Una gran responsabilidad recae sobre los miembros de la iglesia. Deben velar por temor a que, descuidando las almas de los jóvenes en la fe y esparciendo semillas de duda e incredulidad bajo la instigación de Satanás, sean hallados responsables de la ruina de un alma. "Y haced derechas sendas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados" (Heb. 12:13-15).

El poder de los agentes de Satanás es grande, y el Señor exige de sus hijos que se fortalezcan unos a otros, "edificándoos sobre vuestra santísima fe".

En vez de cooperar con Satanás, aprenda cada uno lo que significa trabajar con Dios. En esta época deprimente su obra exige un valor y una fe inquebrantables que nos permitan sostenernos unos a otros. Todos necesitan, como obreros con Dios, estrechar las filas. ¡Qué no se lograría por la gracia de Dios si, cuando el desaliento aparece por todos lados, los miembros de la iglesia se uniesen para sostener a

los obreros, para ayudarles con sus oraciones y su influencia! Entonces es cuando se debe trabajar como administradores fieles.

En vez de criticar y censurar, tengan nuestros hermanos y hermanas palabras de estímulo y confianza que decir acerca de las instituciones del Señor. Dios les pide que alienten a los que llevan las cargas más pesadas, porque él mismo trabaja con ellos. Pide a su pueblo que reconozca el poder que obra para sostener sus instituciones. Honrad al Señor esforzándoos por hacer todo lo que podáis con el fin de cultivar en la institución la influencia que debe tener.

Cuando tengáis ocasión de hacerlo, hablada los obreros; decidles palabras que les inspiren fe y valor. Somos demasiado indiferentes unos con otros. Nos olvidamos demasiado a menudo que nuestros colaboradores necesitan fuerza y valor. En tiempos de pruebas o dificultades particulares, procurad demostrarles vuestro interés y vuestra simpatía. Cuando tratáis de ayudarles por vuestras oraciones, hacédselo saber. Haced repercutir en (177) toda la línea el mensaje que Dios dirige a sus obreros: "Esfuérzate y sé valiente" (Josué 1:6).

Los directores de nuestras instituciones tienen una tarea muy difícil: la de mantener el orden y una sabia disciplina entre la juventud confiada a su cuidado. Los miembros de la iglesia pueden hacer mucho para animarlos. Cuando los jóvenes no están dispuestos a someterse a la disciplina de la institución; cuando están decididos a seguir sus propios impulsos cada vez que no son del mismo parecer que sus superiores, no los sostengan ciegamente sus padres ni simpaticen con ellos.

Más valdría, sí mucho más, que vuestros hijos sufriesen, y hasta que bajasen a la tumba, antes que aprender a tratar ligeramente los principios que forman el cimiento de la lealtad hacia la verdad, hacia el prójimo y hacia Dios.

En casos de dificultades con los capataces, id directamente a los que tienen autoridad y averiguad. Recordad que los jefes de los diversos departamentos comprenden mucho mejor que los demás las reglas que son necesarias. Manifestad confianza en su juicio y respeto por su autoridad. Enseñad a vuestros hijos a respetar y honrar a aquellos a quienes Dios ha demostrado respeto y honra al colocarlos en puestos de confianza.

Los miembros de la iglesia no pueden secundar de una manera más eficaz los esfuerzos de los directores de nuestras instituciones que dando en su propia familia un ejemplo de buen orden y disciplina. Muestren los padres a sus hijos, por sus palabras y conducta, lo que quieren que sean. Mantened constantemente la pureza del lenguaje y una verdadera cortesía cristiana. No se dé ningún aliciente al pecado, ni haya maledicencias ni sospechas. Enseñad a los niños y a los jóvenes a respetarse a sí mismos y a ser fieles a los principios y a Dios. Enseñadles a respetar la ley de Dios y las reglas de la casa paterna. Pondrán entonces estos principios en práctica en su vida y en todas sus relaciones con sus semejantes. Amarán a su prójimo como a sí mismos, crearán una atmósfera pura y ejercerán una influencia que estimulará a las almas débiles a progresar por el camino que conduce a la santidad y al cielo.

Los hijos que reciban tales instrucciones no llegarán a ser una carga ni una causa de inquietud en nuestras instituciones; serán (178) un apoyo para quienes llevan responsabilidades. Bajo una sabia dirección, quedarán preparados para ocupar puestos de confianza, y tanto por el precepto como por el ejemplo ayudarán constantemente a otros a hacer el bien. Estimarán en su justo valor los talentos que les hayan sido confiados, y harán el mejor uso posible de sus energías físicas, mentales y espirituales. Las tales almas estarán fortalecidas contra la tentación; no serán vencidas con facilidad. Con la bendición de Dios, tales caracteres son portaluces; su influencia contribuirá a formar artesanos que sean creyentes prácticos.

Los miembros de la iglesia, llenos del amor de Cristo por las almas, conscientes de sus privilegios y de las ocasiones que se les presentan, pueden ejercer sobre la juventud de nuestras instituciones una influencia inestimable para el bien. Su ejemplo de fidelidad en el hogar, en los negocios y en la iglesia; su bondad y cristiana cortesía, así como un interés verdadero por el bienestar espiritual de la juventud,

contribuirán mucho a modelar el carácter de estos jóvenes para servir a Dios y a sus semejantes en esta vida y en la venidera.

Deberes de la casa editorial hacia la iglesia.-

Así como la iglesia tiene una responsabilidad hacia la casa editorial, ésta la tiene también para con la iglesia. La una debe sostener a la otra.

Los que ocupan puestos de responsabilidad en las casas editoriales no deben dejarse absorber por el trabajo a tal punto que no les quede tiempo para ocuparse en las cosas espirituales. Si este interés se mantiene muy vivo en la casa editorial, ejercerá una influencia poderosa en la iglesia; y si es vivo en la iglesia, se hará sentir con fuerza en la casa editorial. La bendición de Dios descansará sobre la obra si es dirigida de tal manera que las almas sean conducidas a Cristo.

Todos los obreros de nuestras casas editoriales que profesan el nombre de Cristo, deben ser activos en la iglesia. Es de esencial importancia para su vida espiritual que aprovechen todo medio de gracia. Ellos obtendrán fuerza, pero no permaneciendo como espectadores, sino haciéndose obreros. Cada uno deberá estar inscrito en algún grupo que realice un trabajo regular y sistemático (179) en relación con la iglesia. Todos deben comprender que tal es su deber como cristianos. Por sus votos bautismales se comprometieron a hacer todo lo que está en su poder para edificar la iglesia de Cristo. Mostradles que así lo exige su amor a Dios y su lealtad hacia su Redentor, hacia el ideal de la humanidad verdadera, hacia la institución para la cual trabajan. No pueden ser siervos fieles de Cristo, no pueden ser hombres y mujeres realmente íntegros, ni obreros aceptables en la institución de Dios, si descuidan estos deberes.

Los que dirigen la institución en sus diferentes ramos deben velar especialmente para que la juventud contraiga buenas costumbres a este respecto. Cuando ella descuida las reuniones, cuando se aparta de sus deberes hacia la iglesia, buscad la causa. Mediante esfuerzos llenos de tacto y de bondad, tratad de despertar a los negligentes y haced revivir el interés que vacila.

Nadie debe hallar en su trabajo un pretexto para descuidar el servicio sagrado del Señor. Más valdría poner a un lado su trabajo que descuidar sus deberes hacia Dios.

A los hermanos a quienes han sido confiadas responsabilidades en las casas editoriales:

Quiero llamar vuestra atención a la importancia que tiene el asistir a nuestras asambleas anuales; no sólo a las reuniones de negocios, sino a las reuniones que contribuirán a iluminaron espiritualmente. No os dais cuenta de la necesidad de estar en relación íntima con el cielo. Sin esta comunión, ninguno de vosotros está seguro; ninguno está capacitado para hacer la obra de Dios de un modo aceptable.

En esta obra, más que en cualquier ocupación secular, el éxito guarda proporción con el espíritu de consagración y abnegación con que se trabaja. Los que llevan responsabilidades como directores de esta obra, necesitan colocarse donde podrán ser impresionados profundamente por el Espíritu de Dios. Su deseo de recibir el bautismo del Espíritu Santo y un conocimiento de Dios y de Cristo debe ser tanto mayor del que sienten otros cuanto más responsabilidades implica su puesto de confianza que el de un empleado común. (180)

Los talentos naturales y adquiridos son todos dones de Dios y deben ser conservados constantemente bajo la dirección de la potencia divina y santificadora de su Espíritu. Necesitan sentir profundamente su falta de experiencia en esta obra, y esforzarse con celo en adquirir el conocimiento y la sabiduría necesarios para emplear cada facultad del cuerpo y de la mente de tal manera que glorifique a Dios.

"Os daré corazón nuevo". Cristo debe morar en nuestro corazón, así como la sangre está en nuestro cuerpo y circula por él como una potencia vivificadora. No podemos insistir demasiado en este punto. Al par que la verdad debe ser nuestra armadura, nuestras convicciones deben ser fortalecidas por la simpatía viva que caracterizaba la vida del Salvador. Ningún hombre puede subsistir a menos que la

verdad viva se manifieste en su carácter. Hay un solo poder que puede hacernos o mantenernos firmes, y es la gracia de Dios en la verdad. El que confía en otra cosa está ya tambaleando, pronto a caer.
El Señor desea que se apoyen en él. Aprovechen al máximo cada ocasión para acercarse a la luz. Si se mantienen alejados de las santas influencias que emanan de Dios, ¿cómo podrán discernir las cosas espirituales?
Dios nos llama a hacer uso de todas las ocasiones de prepararnos para su obra. Desea que dediquen todas sus energías al cumplimiento de su tarea, y que permanezcan sensibles al carácter sagrado y solemne de su responsabilidad. El ojo de Dios está sobre ustedes. Para cualquiera de ustedes es peligroso entrar a su presencia con un sacrificio que tenga mácula, un sacrificio que no les haya costado estudios ni oraciones. El no puede aceptar una ofrenda tal.
Les ruego que despierten y busquen a Dios por ustedes mismos. Mientras pase Jesús de Nazaret, díganle del fondo de su corazón: "Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros". Recobrarán entonces la vista. Por la gracia de Dios recibirán lo que será para ustedes infinitamente más valioso que el oro, la plata o las piedras preciosas.

Si alguna vez hay un tiempo cuando es más importante que los (181) hombres conserven su conexión con Dios, es cuando se los llama a desempeñar una responsabilidad especial. No es seguro para nosotros que descartemos nuestras armas cuando debemos ir a la batalla. Es entonces cuando necesitamos estar equipados con toda la armadura de Dios. Cada pieza es esencial.
Jamás entretengan el pensamiento de que pueden ser cristianos y sin embargo encerrarse dentro de ustedes mismos. Cada uno forma parte de la gran estructura humana, y tanto la naturaleza como la calidad de su experiencia será determinada en gran medida por las experiencias de aquellos con quienes se asocien. Jesús dijo: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mat. 18:20). Entonces no descuidemos la práctica de congregarnos, como acostumbran algunos; pero exhortémonos unos a otros; tanto más cuanto que vemos que aquel día se acerca.
Que las reuniones sociales de la iglesia se hagan tan interesantes como sea posible. Que cada uno de los presentes sienta que tiene un deber que cumplir en la reunión. Colaboren con los ángeles celestiales quienes tratan de hacer una impresión correcta sobre cada obrero. (182)

Carácter Sagrado de los Instrumentos de Dios.-
Son muchos los que no reconocen distinción alguna entre una empresa comercial común, un taller, una fábrica o un campo de cereal, y una institución establecida especialmente para fomentar los intereses de la causa de Dios. Sin embargo, existe la misma distinción que Dios estableció en tiempos antiguos entre lo sagrado y lo común, lo santo y lo profano. El desea que cada obrero de nuestras instituciones discierna y aprecie esta distinción. Los que ocupan un puesto en nuestras editoriales gozan de muy alto honor. Tienen un cargo sagrado. Están llamados a colaborar con Dios. Deben apreciar la oportunidad que significa estar tan estrechamente relacionados con los instrumentos celestiales, deben sentir que tienen un alto privilegio al poder dar a la institución del Señor su capacidad, su servicio y su vigilancia incansable. Deben tener un propósito vigoroso, una aspiración sublime y mucho celo para hacer de la casa editora exactamente lo que Dios desea que sea: una luz en el mundo, un fiel testimonio para él, un monumento recordativo del sábado del cuarto mandamiento.
"Y puso mi boca como espada aguda, cubrióme con la sombra de su mano; y púsome por saeta limpia, guardóme en su aljaba; y díjome: Mi siervo eres, oh Israel, que en ti me gloriaré... Poco es que tú me seas siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures los asolamientos de Israel: también te di por luz de las gentes, para que seas mi salud hasta lo postrero de la tierra" (Isa. 49:2-6). Esta es la palabra que el Señor dirige a todos los que están de algún modo relacionados con sus instituciones. Son favorecidos de Dios, pues se hallan en canales donde brilla la luz. Le sirven en forma especial, y no deben estimar esto como cosa liviana. Proporcionales a su sagrado cometido deben ser su sentido de la

responsabilidad y su devoción. No deben tolerar las conversaciones triviales y comunes, ni la conducta frívola. (183)
Deben alentar y cultivar un sentido del carácter sagrado del lugar.
Sobre este instrumento designado por él, el Señor ejerce un cuidado y una vigilancia constantes. La maquinaria puede ser manejada por hombres hábiles en su dirección; pero cuán fácil sería dejar un tornillito, una pequeña pieza de la máquina fuera de su lugar, y cuán desastroso podría ser el resultado. ¿Quién ha impedido los accidentes? Los ángeles de Dios vigilan el trabajo. Si pudiesen abrirse los ojos de los que manejan las máquinas, discernirían la custodia celestial. En toda dependencia de la editorial donde se realiza el trabajo, hay un testigo que toma nota del espíritu con que se realiza, y anota la fidelidad y la abnegación que se revelan.

Si no he tenido éxito al presentar con claridad la forma como Dios considera a sus instituciones —como centros mediante los cuales obra de manera especial— quiera él revelar estas cosas a vuestras mentes por medio de su Santo Espíritu, para que logren comprender la diferencia que hay entre un servicio común y uno sagrado.

Tanto los miembros de la iglesia como los empleados de la casa editora deben sentir que como obreros y colaboradores con Dios tienen una parte que realizar en la tarea de salvaguardar su institución. Deberían ser fieles guardianes de sus intereses en cada renglón, y esforzarse por protegerla, no sólo de pérdidas y desastres, sino de todo cuanto pudiera profanarla y contaminarla. Nunca una acción de ellos debería manchar su buen nombre, ni siquiera por el susurro de una crítica descuidada o de una censura. Las instituciones de Dios deberían ser consideradas como un encargo sagrado, para ser cuidadas tan celosamente como el antiguo Israel guardaba el arca.

Cuando se instruya a los obreros de la casa editora a considerar que este gran centro está conectado con Dios y se halla bajo su (184) supervisión; cuando comprendan que constituye un canal por medio del cual la luz del cielo debe ser comunicada al mundo, la considerarán con gran respeto y reverencia. Entonces sustentarán los pensamientos más elevados y los sentimientos más nobles, de modo que en su trabajo puedan tener la colaboración de las inteligencias celestiales. A medida que los trabajadores se den cuenta de que se hallan en la presencia de los ángeles, cuyos ojos son demasiado puros para mirar la iniquidad, se ejercerá una fuerte restricción sobre los pensamientos y palabras y acciones. Entonces se les concederá fortaleza moral, porque el Señor ha dicho: "Yo honraré a los que me honran" (1 Sam. 2:30). Cada obrero obtendrá una experiencia preciosa y poseerá una fe y un poder que se elevarán por encima de las circunstancias. Todos podrán decir: "El Señor está en este lugar". (185)

La Confianza en Dios.-
La confianza en Dios es la primera lección que deben aprender los obreros de nuestras instituciones. Antes de tener éxito en cualquier renglón de servicio, deben aceptar individualmente la verdad contenida en las palabras de Cristo: "Sin mí nada podéis hacer".
La rectitud tiene su raíz en la piedad. Ningún ser humano puede ser justo si no tiene fe en Dios ni mantiene una conexión vital con él. Tal como las flores del campo tienen sus raíces en el suelo y tal como deben recibir el aire, el rocío, las lluvias y la luz del sol, así también nosotros debemos recibir de Dios los elementos que sostienen la vida del alma. Sólo recibimos poder para obedecer sus mandamientos cuando nos transformamos en participantes de su naturaleza. Ninguna persona, elevada o humilde, instruida o ignorante, podrá mantener constantemente una vida pura e impresionante delante de sus semejantes a menos que ésta se halle escondida con Cristo en Dios. Mientras mayor sea la actividad que se realice entre los hombres, más estrecha será la comunión del corazón con Dios.

El Señor ha indicado que los empleados de las casas editoras deben ser instruidos en asuntos religiosos. Esta obra es infinitamente más importante que las ganancias financieras. La salud espiritual de los obreros debe constituir nuestra primera preocupación. Tomen tiempo para comenzar su trabajo con oración cada mañana. No piensen que esa es una pérdida de tiempo; son momentos que vivirán durante las edades eternas. De este modo se tendrá éxito y se obtendrán victorias espirituales. La maquinaria responderá al toque de la mano del Maestro. Verdaderamente vale la pena solicitar la bendición de Dios, y el trabajo no puede ser bien hecho a menos que se comience bien. Cada obrero debe fortalecer sus manos y purificar su corazón antes que el Señor pueda utilizarlo efectivamente.

Si queremos vivir vidas cristianas consecuentes, debemos (186) avivar la conciencia mediante una relación constante con la Palabra de Dios. Todas las preciosas bendiciones que Dios nos ha provisto mediante un precio infinito no nos harán ningún bien, no nos fortalecerán ni producirán en nosotros ningún crecimiento espiritual a menos que nos apropiemos de ellas. Debemos comer la Palabra de Dios: hacerla parte de nosotros mismos.

Reúnanse pequeños grupos por las tardes, al mediodía, o temprano en la mañana para estudiar la Biblia. Tengan un momento de oración, para que el Espíritu Santo los fortalezca, ilumine y santifique. Cristo desea que esta obra se realice en el corazón de cada obrero. Cada uno de ustedes obtendrá una gran bendición si tan sólo abre la puerta para recibirla. Los ángeles de Dios están presentes en sus reuniones. Ustedes se alimentarán con las hojas del árbol de la vida. Qué hermoso testimonio podrán dar del amor manifestado entre compañeros de trabajo durante esos preciosos momentos de buscar la bendición de Dios. Que cada uno relate su propia experiencia con palabras sencillas. Esto traerá más consuelo y alegría al alma que todos los instrumentos de música que pudieran reunirse en las iglesias. Cristo entrará en sus corazones. Sólo por este medio podrán ustedes mantener su integridad.

Muchos parecen pensar que es tiempo perdido el que se dedica a buscar al Señor. Pero cuando él interviene para colaborar con el esfuerzo humano y los hombres y las mujeres cooperan con él, se observa un cambio marcado en la obra y sus resultados. Cada corazón que ha sido visitado por los radiantes rayos del sol de justicia revelarán la obra del Espíritu de Dios en su voz, mente y carácter. La maquinaria se moverá como si estuviera aceitada y guiada por una mano maestra. Habrá menos fricciones cuando el espíritu del obrero reciba el aceite de las dos ramas de oliva. La santa influencia se impartirá a los demás en forma de palabras bondadosas, ternura, amor y estímulo.

Evangelistas temerosos de Dios deberían realizar esfuerzos fervientes en favor de los aprendices, para que se conviertan. Se los debería instruir cuidadosamente en lo que concierne a la verdad. Debería animárselos a estudiar diariamente la Biblia y un instructor debería leerla y estudiarla con ellos. (187)

El conocimiento progresivo de Cristo que se obtiene mediante el estudio de las Escrituras, bajo la dirección del Espíritu Santo, capacita al investigador para distinguir entre el bien y el mal en todos los órdenes de la vida. Si los empleados de nuestras casas editoras obtienen este conocimiento y llegan a arraigarse y fundamentarse en la verdad, guardarán el camino del Señor haciendo justicia y juicio.

Los que manejan las cosas sagradas en las casas publicadoras y en cada ramo de la obra de Dios deben desplegar las mejores energías de sus facultades mentales y morales. Deben estudiar constantemente, no la voluntad del hombre, sino la voluntad de Dios. Se debe revelar su gracia en toda la obra que realizan.

Debemos ser "en lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11). Seamos diligentes en nuestro trabajo; pero con esta energía debe mezclarse otro elemento: un celo viviente en el servicio de Dios. Debemos mezclar devoción, piedad y santidad con nuestro trabajo cotidiano. Si pretenden llevar a cabo sus actividades sin estos elementos cometen el error más grande de sus vidas, y le roban a Dios mientras profesan servirle. (188)

La Cooperación.-
Cuando se establecen instituciones en campos nuevos, es a menudo necesario confiar responsabilidades a personas que no están familiarizadas con los detalles de su tarea. Estas personas trabajan en condiciones muy desventajosas, y a menos que ellas y sus colaboradores se interesen sin egoísmo por la institución del Señor, este estado de cosas creará una situación que impedirá su prosperidad.
Muchos piensan que la clase de trabajo que realizan les pertenece a ellos solos, y que nadie puede darles un consejo al respecto. Hasta es muy posible que ignoren los mejores métodos para realizar el trabajo; sin embargo, si alguno se aventura a darles un consejo se ofenden, y quedan más decididos que antes a seguir su criterio de una manera independiente. Por otro lado, hay algunos obreros que no están dispuestos a acudir en auxilio de sus colaboradores ni a instruirlos. Otros aún, sin experiencia, no desean que se reconozca su ignorancia; y cometen errores que cuestan tiempo y dinero, porque son demasiado orgullosos para pedir consejo.
Es fácil determinar la causa de estas dificultades: mientras ellos debieran haberse considerado como los diversos hilos de un tapiz que han de ser tejidos juntos, los obreros se han separado como los hilos independientes.
Estas cosas contristan el Espíritu Santo. Dios desea que aprendamos unos de otros. La independencia que no está santificada nos coloca en una posición tal que el Señor no puede trabajar con nosotros. Y Satanás queda satisfecho con tal estado de cosas.
No debe existir el espíritu de guardar ciertas cosas secretas, ni inquietud porque otros adquieran conocimientos poseídos hasta entonces por algunos solamente. Un espíritu tal dará lugar a reservas y sospechas continuas. Se suscitarán malos pensamientos y críticas, y el amor fraternal desaparecerá.
Cada ramo de la obra de Dios está ligado con los demás. No (189) puede existir exclusividad en una institución que Dios dirige, pues él es el Autor del tacto y del ingenio. El es el fundamento de todo método correcto. El es quien comunica el conocimiento de estos métodos, y ninguno puede considerar su saber como perteneciéndole en forma exclusiva.
Cada obrero debe interesarse en todos los ramos de la obra, y si Dios le ha dado clarividencia, capacidad y conocimientos que pueden servir en uno u otro de estos ramos, su deber consiste en comunicar lo que ha recibido.
Todas las aptitudes que pueden relacionarse con la institución mediante esfuerzos abnegados, deben ser puestas a contribución para que sean activos agentes de éxito y de vida en la obra de Dios. Nuestras editoriales necesitan obreros consagrados, talentosos y capaces de ejercer buena influencia.
Todo obrero será probado para que se sepa si trabaja en favor del progreso de la institución del Señor o para servir sus propios intereses. Los que son convertidos darán cada día pruebas de que no tratan de emplear para su uso personal las ventajas y los conocimientos que hayan adquirido. Comprenden que la providencia divina les ha concedido estas ventajas para que, como instrumentos en las manos del Señor, puedan servir a su causa realizando un trabajo de calidad superior.
Nadie debe trabajar para ser alabado o para satisfacer su deseo de dominar. El verdadero obrero hará lo mejor que pueda porque así puede glorificar a Dios. Tratará de mejorar todas sus facultades, y cumplirá sus deberes como para Dios. Su único deseo será que Cristo reciba de él un homenaje y un servicio perfecto.
Dediquen los obreros todas sus energías al esfuerzo de servir a la causa de Dios. Obrando así, obtendrán ellos mismos más fuerza y eficacia. (190)

El Dominio Propio y la Fidelidad.-
No tenemos derecho de recargar nuestras fuerzas físicas y mentales hasta el punto de volvernos irritables y proferir palabras que deshonren a Dios. El Señor desea que nos mantengamos siempre serenos y pacientes. Hagan los demás lo que hicieren, debemos representar a Cristo y obrar como él obraría en circunstancias parecidas.

Una persona que ocupa un cargo de responsabilidad debe tomar cada día decisiones cuyas consecuencias son importantes. A menudo debe pensar rápidamente, y esto no lo pueden hacer con éxito sino los que practican una estricta templanza. El espíritu se fortalece cuando las fuerzas mentales y físicas son tratadas correctamente. Si el esfuerzo no es excesivo, adquiere con cada ejercicio nuevo vigor.

Nadie sino un verdadero cristiano puede ser un verdadero caballero.

El no conformarse en cada detalle a las exigencias de Dios, significa fracaso seguro y perdición para el que obra erróneamente. Al dejar de seguir las sendas del Señor, priva a su Hacedor del servicio que le debe. Ello reacciona sobre él mismo, puesto que así no obtiene la gracia, el poder y la fuerza de carácter, cuya adquisición es privilegio de todos aquellos que se someten completamente a Dios. Por vivir alejado de Cristo, el que no es fiel queda expuesto a la tentación. Comete errores en su trabajo por el Maestro. Por ser infiel a los principios en las cosas pequeñas, no hace la voluntad de Dios en las mayores. Obra según los principios a los cuales se ha acostumbrado.

Dios no puede asociarse con aquellos que viven para su propia satisfacción y se dan la primera consideración. Los que obran así (191) serán al fin los postreros. El pecado más incurable es el orgullo y la presunción. Estos defectos impiden todo crecimiento. Cuando un hombre tiene defectos de carácter y no lo sabe, cuando está tan lleno de suficiencia propia que no puede ver sus faltas, ¿cómo puede ser purificado? "Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos" (Mat. 9:12). ¿Cómo puede uno realizar progresos si se cree perfecto?

Cuando un hombre a quien se cree conducido y enseñado por Dios se aparta del buen camino porque tiene demasiada confianza en sí mismo, muchos siguen su ejemplo. Su paso en falso puede tener por resultado el extravío de millares.

Considerad la parábola de la higuera: "Y dijo esta parábola: Tenía uno una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñero: He aquí tres años ha que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, ¿por qué ocupará aún la tierra? El entonces respondiendo, le dijo: Señor, déjala aún este año, hasta que la excave, y estercole. Y si hiciere fruto, bien; y si no, la cortarás después" (Luc. 13:6-9).

"Y si no". En estas palabras hay una lección para cuantos están relacionados con la obra de Dios. Se concedió un período de prueba al árbol que no lleva fruto. Asimismo, Dios tendrá paciencia con su pueblo. Pero dice de aquellos que han gozado de grandes ventajas, que ocupan puestos de confianza, y que sin embargo no llevan fruto: "Córtala, ¿por qué ocupará aún la tierra?" (Luc. 13:7).

Recuerden los que están relacionados con las instituciones del Señor que Dios espera hallar frutos en su viña. Pide una cosecha en proporción a las bendiciones que concede. Los ángeles del cielo han visitado cada lugar donde las instituciones de Dios están establecidas, y ministrado en ellas. La infidelidad es en estas instituciones un pecado mayor que en otra parte, porque ejerce mayor influencia que en cualquier otro lugar. La infidelidad, la injusticia, la complicidad con el mal impiden que la luz de Dios resplandezca en los instrumentos del Señor.

El mundo observa, listo para criticar con perspicacia y severidad vuestras palabras, vuestras acciones y vuestros asuntos (192) comerciales. A todos los que desempeñan un papel en relación con la obra del Señor se los vigila y pesa en la balanza del juicio humano. Dejáis constantemente impresiones favorables o desfavorables a la religión de la Biblia en el ánimo de todos aquellos con quienes tratáis.

El mundo mira para ver qué frutos llevan los que profesan ser cristianos. Tiene derecho a hallar fruto de abnegación y sacrificio en aquellos que aseveran creer la verdad.

Ha habido, y habrá, entre nuestros obreros, hombres que no sienten su necesidad de Jesús a cada paso. Creen no tener tiempo para orar y asistir a las reuniones religiosas. Tienen tanto que hacer que no pueden hallar tiempo para mantener su alma en el amor de Dios. Cuando esto sucede, Satanás está listo para crear vanas ideas.

Los obreros que no son diligentes ni fieles causan un daño incalculable; dan ejemplo a otros. En cada institución, hay empleados que desempeñan su tarea con gozo y de todo corazón. Mas ¿no habrá de perjudicarlos esa levadura? ¿Habrá de quedar la institución sin algunos sinceros ejemplos de fidelidad cristiana? Cuando hombres que profesan ser representantes de Cristo demuestran que no son convertidos y dejan ver un carácter inculto, egoísta e impuro, deben ser separados de la obra.

Los obreros necesitan comprender el carácter sagrado de la confianza con que el Señor los ha honrado. Los móviles tornadizos, los actos impulsivos, deben ser dejados a un lado. Los que no saben distinguir lo sagrado de lo profano, no pueden ser administradores responsables y fidedignos, puesto que si fuesen tentados, traicionarían la confianza. Los que no aprecian los privilegios y oportunidades que entraña el estar relacionado con la obra de Dios no resistirán cuando el enemigo presente sus tentaciones especiosas. Se dejan extraviar con facilidad por proyectos egoístas y ambiciosos. Una vez que la luz les ha sido presentada, si siguen sin discernir lo bueno de lo malo, cuanto antes se los separe de la institución, tanto más puro y elevado será el carácter de la obra.

---

(193) No debiera conservarse en una institución del Señor, cualquiera que sea, a nadie que en un momento difícil no comprenda que estas instituciones son sagradas. Si los empleados no encuentran placer en la verdad, si su relación con la institución no los hace mejores, si no crea en ellos ningún amor por la verdad, entonces, después de un tiempo de prueba suficiente, separadlos de la obra, porque su impiedad y su incredulidad influyen sobre los demás. Por su medio, los malos ángeles trabajan para desviar a quienes ingresan en la institución como aprendices. Debéis tener como aprendices a jóvenes promisorios que amen a Dios. Mas si los ponéis con otros que no tengan amor por Dios, están constantemente expuestos al peligro por esta influencia irreligiosa. Los espíritus mundanos, los que se entregan a la maledicencia, los que se deleitan en conversar de las faltas ajenas sin pensar en las propias, deben quedar separados de la obra. (194)

El Peligro de las Malas Lecturas.-

Cuando me doy cuenta de los peligros que hacen correr a la juventud las malas lecturas, no puedo menos que insistir en las advertencias que me han sido dadas acerca de este gran azote.

Los males que amenazan a los obreros cuando tienen que manejar impresos de carácter dudoso no son comprendidos suficientemente. La atención de los empleados es atraída y su interés despertado por los temas que pasan bajo sus ojos; hay frases que se imprimen en la memoria; les son sugeridos pensamientos. Casi inconscientemente el lector siente la influencia del escritor; su espíritu y carácter reciben una impresión maléfica de la lectura impropia. Hay quienes tienen poca fe y poco dominio propio, y les es difícil desterrar los pensamientos que les sugieren tales escritos.

Antes de aceptar la verdad presente, algunos tenían la costumbre de leer novelas. Al relacionarse con la iglesia, hicieron un esfuerzo para vencer esta costumbre. Colocar delante de estos nuevos miembros de la iglesia lecturas parecidas a las que abandonaron es como ofrecer un vaso de alcohol a un esclavo de la bebida. Al ceder a las tentaciones que se les presentan constantemente, no tardan en perder el gusto por las buenas lecturas; no tienen ya interés en el estudio de la Biblia; su fuerza moral se debilita; el pecado les parece cada vez menos repugnante. Manifiestan una infidelidad creciente y un desagrado siempre mayor por los deberes prácticos de la vida. A medida que la mente se pervierte, se vuelve más dispuesta a leer lo sentimental. Así queda abierta la puerta del alma para que Satanás entre y pueda dominarla por completo.

Otras obras, que no son tan corruptas, deben, sin embargo, evitarse también si engendran desagrado por el estudio de la Biblia. La Palabra de Dios es el verdadero maná. Repriman todos el deseo de leer lo que no es alimento real para el espíritu. No podemos trabajar en la obra de Dios con una percepción clara de (195) nuestros deberes, mientras nuestro espíritu esté ocupado por esta clase de lecturas. Los que sirven a Dios no debieran gastar tiempo ni dinero en lecturas livianas. ¿Qué es la paja comparada con el grano?

No tenemos tiempo para las diversiones frívolas ni para satisfacer nuestras tendencias egoístas. Es tiempo de que nos ocupemos en cosas y pensamientos serios. No podemos contemplar el sacrificio y la abnegación del Redentor del mundo, y seguir hallando placer en las cosas livianas, en las bromas e insensateces. Necesitamos grandemente una experiencia práctica de la vida cristiana. Necesitamos formar nuestro espíritu teniendo en vista la obra de Dios. Nuestra experiencia religiosa queda determinada en gran medida por el carácter de los libros que leemos en nuestros momentos libres.

Si amamos las Escrituras, si las escudriñamos cada vez que tengamos ocasión de hacerlo, para enriquecernos con los tesoros que contiene, podemos tener la seguridad de que Jesús nos atraerá hacia él.

"Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad" (Col. 2:8-10).

No podemos ser completos en Cristo si estamos dispuestos a recibir las cosas que provienen de los hombres llamados grandes, y poner su sabiduría por encima de la del mayor Maestro que el mundo haya conocido jamás. Buscar conocimientos en tales fuentes, es querer beber en una cisterna resquebrajada que no puede retener el agua.

Sea la verdad de Dios el objeto de nuestra contemplación y meditación. Leamos la Biblia y considerémosla como la voz de Dios que nos habla directamente. Hallaremos entonces una inspiración y una sabiduría que provienen de Dios.

La adquisición de un gran número de libros de estudio interpone demasiado a menudo entre Dios y el hombre un montón de (196) conocimientos que debilitan la mente y la hacen incapaz de asimilar lo que ya recibió. La mente se torna dispéptica y llega a desecharlo todo. El hombre necesita mucha sabiduría para aprender a elegir entre tantos autores y la Palabra de vida, para poder comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios.

Hermanos míos evitad los arroyos de la llanura, y aplacad vuestra sed en las aguas puras del Líbano. No podéis andar en la luz de Dios, si recargáis vuestra mente con una cantidad de ideas que no puede digerir. Es tiempo de que decidamos recibir la ayuda del cielo, y que permitamos a nuestros pensamientos que reciban la impresión de la Palabra de Dios. Cerremos la puerta a tanta lectura. Oremos más y comamos las palabras de vida. A menos que la gracia haga una obra más profunda en nuestra mente y nuestro corazón, no podremos ver el rostro de Dios. (197)

Evítense las Deudas.-

Dios no desea que su obra se halle constantemente en apuros económicos por causa de las deudas. Cuando sea necesario agregar una nueva construcción a los edificios ya existentes en una institución, cuiden de no gastar más de lo que tienen. Es preferible aplazar las mejoras hasta que la Providencia abra un camino para realizarlas sin incurrir en deudas pesadas y tener que pagar intereses.

Nuestro pueblo ha considerado a las casas editoras como instituciones de depósito capacitándolas así para suministrar medios con el fin de sostener diversas ramas de la obra en diferentes campos ayudando de este modo al establecimiento de otras empresas. Esto es bueno, aunque no se ha hecho lo suficiente

en estos renglones. El Señor lo ve todo. Sin embargo, de acuerdo con la luz que se me ha dado, debería realizarse todo esfuerzo posible para mantenerse libre de deudas.

La obra de publicaciones está fundamentada en la abnegación y se la debe conducir sobre la base de estrictos principios económicos. El problema de las finanzas puede ser controlado si, cuando los fondos son escasos, los obreros consienten en sufrir una reducción de salario. El Señor me reveló que este principio debería ser adoptado en nuestras instituciones. Cuando el dinero escasea, debiéramos restringir nuestras necesidades.

Deben hacerse cálculos adecuados para el costo de las publicaciones, y entonces que todos los obreros de las casas editoras estudien la forma de economizar en cada aspecto del trabajo, aun cuando esto ocasione marcados inconvenientes. Vigílense los gastos pequeños. Deténgase cada fuga. Es la suma de las pérdidas pequeñas lo que se hace pesado al final. Recojan los pedazos; que nada se pierda. No desperdicien los minutos conversando; los minutos desaprovechados echan a perder las horas. La diligencia perseverante que obra por la fe siempre se verá coronada de éxito. (198)

Algunos piensan que la vigilancia en las cosas pequeñas está por debajo de su dignidad. Lo consideran como evidencia de una mente estrecha y de un espíritu tacaño. Pero no pocos barcos se han hundido a causa de un agujero pequeño. No se debe permitir que se desperdicie nada que podría servir a un propósito útil. Con toda certidumbre la falta de economía acarreará deudas sobre nuestras instituciones. Aunque se recibiera mucho dinero, se perdería en los pequeños despilfarros de cada rama de la obra. La economía no es mezquindad.

Cada hombre y mujer empleados en la casa editora debería constituirse en un centinela fiel, que cuide de que nada se desperdicie. Todos debieran estar en guardia contra las supuestas necesidades que requieren un desembolso de medios. Algunas personas viven mejor con 400 dólares al año de lo que otros hacen con 800. Lo mismo sucede con nuestras instituciones; algunos pueden manejarlas con mucho menos capital de lo que pueden otros. Dios desea que todos los obreros practiquen la economía y especialmente que sean mayordomos fieles.

Cada obrero de nuestras instituciones debe recibir una compensación adecuada. Si los trabajadores reciben sueldos satisfactorios, pueden experimentar el placer de hacer donaciones a la causa. No es justo que algunos reciban una gran cantidad de salario mientras que otros, que realizan un trabajo fiel y esencial, reciban muy poco.

Sin embargo, hay casos en los cuales debe hacerse una diferencia. Hay personas conectadas con las casas editoras que llevan responsabilidades muy pesadas sobre sus hombros y cuyo trabajo es de gran valor para la institución. En muchos otros trabajos se habrían tenido que preocupar enormemente menos y, financieramente, habrían obtenido un provecho mucho mayor. Todos pueden ver que es injusto pagarles a esas personas sueldos no más elevados de los que se pagan a un mero trabajador manual.

Si el Señor responsabiliza a una mujer para realizar cierta labor, su trabajo debiera ser estimado de acuerdo con lo que vale. Algunos podrían considerar que es recomendable la práctica de permitir a algunas personas que dediquen todo su tiempo y esfuerzo a la obra sin recibir ninguna recompensa monetaria. Pero Dios no aprueba estos arreglos. Cuando una escasez de fondos (199) requiere abnegación, la carga no debe descansar sola y enteramente sobre unas pocas personas. Que todos se unan en el sacrificio.

El Señor desea que las personas a quienes ha confiado sus bienes muestren bondad y liberalidad, no mezquindad. Que en sus transacciones no traten de obtener cada centavo posible de los demás. Dios observa tales métodos con desprecio.

Los obreros deben recibir una compensación adecuada al número de horas de trabajo honesto que han dado. El que le dedica tiempo completo al trabajo debe recibir de acuerdo con ese plan. Si alguno pone

toda su mente, alma y fuerza para sobrellevar las cargas, debe ser remunerado de acuerdo con su actividad.

A nadie se le debe adjudicar un salario exorbitante, aunque esté dotado de capacidades y calificaciones especiales. El trabajo realizado para Dios y su causa no debe ser colocado sobre una base mercenaria. Los obreros de la casa editora no realizan una labor más pesada, ni tienen gastos mayores, ni responsabilidades más fuertes que las que tienen los obreros empleados en otras líneas. El trabajo de ellos no es más agotador que el de un fiel ministro. Al contrario, por regla general los ministros realizan mayores sacrificios que los que tienen que hacer los obreros de nuestras instituciones. Los ministros deben ir adonde se los envía; son soldados, listos a salir en cualquier momento a enfrentarse con cualquier emergencia. A menudo están obligados a separarse en gran medida de sus familiares. Por lo general, los obreros de las casas editoras poseen un hogar permanente y pueden vivir con sus familias. Este hecho les ahorra muchos gastos y debería tomarse en cuenta cuando se fijan los escalafones de compensación de los que laboran en el ministerio, en comparación con los que trabajan en las casas editoras.

Los que se dedican de todo corazón a trabajar en la viña del Señor obteniendo el mayor provecho de sus capacidades, no deben ser quienes establezcan los mayores precios por sus propios (200) servicios. En lugar de hincharse de orgullo y autoimportancia, y de medir con exactitud cada hora de servicio, deberían comparar sus esfuerzos con la obra del Salvador y considerarse a sí mismos como siervos inútiles.

Hermanos, no traten de descubrir cuál es el mínimo que pueden hacer con el fin de alcanzar la norma más baja; sino levántense para asirse de la plenitud de Cristo, con el fin de hacer mucho para él.

El Señor busca a hombres que vean la obra en toda su grandeza y que entiendan los principios que han ido entrelazados con ella desde sus comienzos. El no aceptará que un orden mundano de cosas se introduzca para moldear la obra de acuerdo con lineamientos completamente diferentes de los que él ha marcado para su pueblo. La obra debe ostentar el carácter de su Originador.

La misericordia y la verdad se encontraron en el sacrificio de Cristo por los hombres caídos, y la justicia y la paz se besaron. Cuando estos atributos se separan de la obra más grandiosa y aparentemente de mejor éxito, a ésta no le queda nada.

Dios no ha singularizado a unos pocos hombres para concederles su favor mientras deja a los demás sin cuidar de ellos. El nunca encumbrará a uno en tanto que echa a otro por el suelo para oprimirlo. Todos los que se hayan convertido genuinamente manifestarán el mismo espíritu. Tratarán a su prójimo como tratarían a Cristo. Ninguno ignorará los derechos del otro.

Los siervos de Dios deberían tener un respeto tan grande por la obra sagrada que manejan, que no introducirán en ella ni siquiera un vestigio de egoísmo. (201)

Fe y Valor.-

El Señor ordenó a Moisés que refiriese a los hijos de Israel cómo los había librado del yugo de Egipto y les había conservado milagrosamente la vida en el desierto. Moisés debía recordarles su incredulidad, sus murmuraciones cuando fueron probados, así como la gran misericordia y tierna bondad del Señor que no los abandonaron nunca. Ello debía estimular su fe y fortalecer su valor. Al par que comprenderían su estado de debilidad y pecado, se darían cuenta también de que Dios era su justicia y fortaleza.

De igual importancia es hoy que el pueblo de Dios recuerde los lugares y circunstancias en que fue probado, en que su fe desfalleció, en que hizo peligrar su causa por su incredulidad y confianza en sí mismo. La misericordia de Dios, su providencia, sus libramientos inolvidables deben ser recordados

uno tras otro. A medida que el pueblo de Dios repase así lo pasado, debe comprender que el Señor repite su trato. Debe prestar atención a las advertencias que le son dadas y guardarse de volver a caer en las mismas faltas. Renunciando a toda confianza en sí mismos, los hijos de Dios deben confiar en él para que los guarde del pecado que podría deshonrar su nombre. Cada vez que Satanás obtiene una victoria, hay almas que peligran; algunos caen bajo sus tentaciones y no pueden recuperarse. Avancen con prudencia los que hayan cometido alguna falta, y a cada paso oren como el salmista: "Sustenta mis pasos en tus caminos, para que mis pies no resbalen" (Salmo 17:5).

Dios manda pruebas para saber quiénes permanecerán fieles cuando se hallen expuestos a la tentación. Coloca a cada uno en situaciones difíciles para ver si confiará en una potencia superior. Cada uno posee rasgos de carácter todavía ignorados y que deben ser puestos en evidencia por la prueba. Dios permite que aquellos que confían en sí mismos sean gravemente tentados, a fin de que puedan comprender su incapacidad.

Cuando sobrevienen pruebas; cuando vemos delante de nosotros, (202) no una gran prosperidad, sino, por el contrario, una situación que exige algún sacrificio de parte de todos, ¿cómo recibimos las insinuaciones de Satanás de que nos esperan momentos extremadamente penosos? Si escuchamos lo que él nos sugiere, perderemos nuestra confianza en Dios. En un tiempo tal, debemos recordar que Dios cuida siempre de sus instituciones. Debemos considerar la obra que realizó y las reformas que hizo. Debemos juntar las pruebas de las bendiciones del cielo, las bendiciones ya recibidas de lo alto, y decir: "Señor, creemos en ti. La casa editorial te pertenece, y no queremos faltar ni dejarnos desanimar. Tú nos has honrado poniéndonos en relación con tu institución; permaneceremos en tu camino para hacer justicia y juicio; haremos nuestra parte resueltos a permanecer leales a tu obra".

Si nos falta fe en el punto en que nos encontramos cuando se presentan las dificultades, nos faltará la fe dondequiera que estemos.

Lo que más necesitamos es fe en Dios. Cuando miramos el lado oscuro de las cosas, perdemos nuestro punto de apoyo en el Señor Dios de Israel. Cuando abrimos nuestros corazones al temor, la senda del progreso queda obstruida por la incredulidad. No abriguemos nunca el sentimiento de que Dios ha abandonado su obra.

No habrá que hablar tanto sin fe, ni imaginar que éste o aquél estorba la marcha. Id adelante con fe. Confiad en que el Señor abrirá camino delante de su obra. Entonces hallaréis reposo en Cristo. Si cultiváis la fe, si os ponéis en relaciones normales con Dios, y por oraciones fervientes os identificáis con vuestro deber, seréis usados por el Espíritu Santo. Los numerosos problemas que hoy parecen sin solución, podréis resolverlos por vuestra propia cuenta confiando de continuo en Dios. No es necesario que estéis en dolorosa incertidumbre, pues vivís bajo la dirección del Espíritu Santo. Podéis andar y trabajar con confianza.

Debemos tener menos fe en lo que podemos hacer, y más fe en lo que el Señor puede hacer por nosotros, si queremos tener (203) manos limpias y corazones puros. No es vuestro el trabajo que realizáis; es de Dios.

Necesitamos más amor, más franqueza, menos sospechas y desconfianza. Debemos estar menos dispuestos a censurar y acusar. Esto es lo que ofende gravemente a Dios. El corazón necesita ser enternecido y subyugado por el amor. El estado de debilidad de nuestro pueblo proviene del hecho de que sus corazones no son rectos delante de Dios. El alejamiento de Dios es la causa de las condiciones difíciles que reinan en nuestras instituciones.

No os acongojéis. Mirando las apariencias, quejándoos cuando se presentan dificultades, dais prueba de una fe débil y enfermiza. Por vuestras palabras y acciones, demostrad al contrario que vuestra fe es

invencible. El Señor posee recursos innumerables. El mundo entero le pertenece. Mirad a Aquel que posee luz, potencia y capacidad. El bendecirá a todos aquellos que traten de comunicar luz y amor.
El Señor desea que todos comprendan que su prosperidad está escondida con él en Cristo; que depende de su humildad, mansedumbre, obediencia sin reservas y devoción. Cuando hayan aprendido la lección que el gran Maestro enseña, cuando sepan morir a sí mismos y no poner nunca su confianza en el hombre, entonces, cuando le invoquen, el Señor será para ellos auxilio eficaz en cada dificultad. El dirigirá su juicio. Estará a su diestra para aconsejarles y les dirá: "Este es el camino, andad por él".
Hablen de fe y valor a los obreros los hermanos que ocupan puestos de responsabilidad. Echad vuestra red a la derecha del barco, es decir, del lado de la fe. Mientras dura el tiempo de gracia, mostrad lo que puede realizar una iglesia consagrada y viva.

No comprendemos suficientemente el gran conflicto que pone frente a frente a los ejércitos invisibles de ángeles buenos y ángeles desleales. Los ángeles buenos y los malos luchan alrededor de cada hombre. No es un conflicto imaginario; no son (204) batallas simuladas aquellas en que estamos empeñados. Tenemos que hacer frente a los adversarios más poderosos y nos incumbe decidir quiénes vencerán. Debemos hallar nuestra fuerza precisamente donde hallaron la suya los primeros discípulos. "Perseveraban unánimes en oración y ruego" . "De repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchió toda la casa donde estaban sentados". "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo" (Hechos 1:14; 2:2, 4).
No hay excusa para la deserción o el desaliento, puesto que todas las promesas de la gracia celestial pertenecen a los que tienen hambre y sed de justicia. La intensidad del deseo representado por el hambre y la sed es una garantía de que lo que más necesitamos nos será otorgado.
Tan pronto como reconocemos nuestra incapacidad para hacer la obra de Dios, y nos sometemos a él para ser guiados por su sabiduría, el Señor puede trabajar con nosotros. Si estamos dispuestos a desterrar el egoísmo de nuestra alma, él suplirá todas nuestras necesidades.
Colocad vuestra mente y vuestra voluntad donde el Espíritu Santo pueda alcanzarlas, pues él no usará la mente ni la conciencia de otro hombre para revelarse a vosotros. Estudiad la Palabra de Dios pidiendo fervientemente la impartición de su sabiduría. Consultad la razón santificada y enteramente sometida a la voluntad divina.
Mirad a Jesús con sencillez y fe. Contemplad al Salvador hasta que vuestro espíritu desfallezca bajo el exceso de luz. Oramos y creemos sólo a medias. "Pedid, y se os dará" (Luc. 11:9). Orad, creed, fortaleceos unos a otros. Orad como nunca habéis orado, para que el Señor ponga su mano sobre vosotros, y seáis habilitados para comprender la longitud, la anchura, la profundidad y la altura del amor de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, y estéis henchidos de la plenitud de Dios.

El hecho de que somos llamados a soportar pruebas demuestra que el Señor Jesús ve en nosotros algo muy precioso, que desea desarrollar. Si no viese en nosotros algo que puede glorificar su nombre, no dedicaría tiempo a refinarnos. No nos esmeramos en (205) podar zarzas. Cristo no arroja a su horno piedras sin valor. Lo que él purifica es mineral valioso.
El herrero pone el hierro y el acero en el fuego para saber qué clase de metal es. El Señor permite que sus escogidos sean puestos en el horno de la aflicción, a fin de ver cuál es su temple, y si podrá moldearlos para su obra. (206)

La Abnegación.-
Las leyes del reino de Cristo son sencillas, y sin embargo tan completas que cualquier adición humana no hará sino crear confusión. Y mientras más sencillos sean nuestros planes de trabajo al servicio de Dios, tanto mayores serán nuestras realizaciones. La adopción de planes mundanos en la obra de Dios

es una invitación al desastre y la derrota. La sencillez y la humildad caracterizarán cada esfuerzo efectivo que se haga para el progreso de su reino.

Para que el Evangelio pueda llegar a toda nación, tribu, lengua, y pueblo, se necesita practicar el principio de la abnegación. Los que ocupan posiciones de confianza deben actuar como mayordomos fieles en todas las cosas, protegiendo concienzudamente los fondos creados por el pueblo. Se debe ejercer cuidado para prevenir cualquier gasto innecesario. Al levantar edificios y proveer diversas instalaciones para la obra, debemos cuidar de no hacer planes demasiado elaborados que consuman dinero innecesariamente; porque en cada caso esto significa una incapacidad de proveer medios para la extensión de la obra en otros campos, especialmente en tierras extranjeras. No se deben retirar fondos de la tesorería para establecer instituciones en el territorio nacional, a riesgo de debilitar el progreso de la verdad en las regiones extranjeras.

El dinero de Dios no se debe utilizar solamente en nuestros territorios, sino también en países distantes, y en las islas de los mares. Si el pueblo de Dios no realiza esta labor, con toda seguridad él le quitará el poder que no utiliza adecuadamente.

Hay muchos creyentes que tienen escasamente alimentos para sostenerse, y que a pesar de su abyecta pobreza traen diezmos y ofrendas a la tesorería del Señor. Muchos que saben lo que es sostener la causa de Dios en circunstancias difíciles y angustiosas, han invertido medios en las casas publicadoras. Voluntariamente han soportado penurias y privaciones, mientras han (207) velado y orado por el buen éxito de la obra. Sus donativos y sacrificios expresan la ferviente gratitud de sus corazones por Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Sus oraciones y ofrendas ascienden como testimonio delante de Dios. Ningún incienso más fragante se eleva a los cielos.

Pero en toda su extensión la obra de Dios es una sola, y los mismos principios deberían practicarse en todos sus aspectos. Debe portar la estampa del trabajo misionero. Cada departamento de la causa está relacionado con todos los sectores del campo evangélico, y el mismo espíritu que controla a un solo departamento se dejará sentir en todo el campo. Si una parte de los obreros recibe sueldos elevados, otros, en diferentes ramas de la obra, también exigirán sueldos elevados, y el espíritu de abnegación se debilitará. Otras instituciones se contagiarán con el mismo espíritu y el favor del Señor les será retirado, porque él no puede sancionar jamás el egoísmo. De ese modo cesaría nuestro trabajo agresivo. Es imposible hacerlo avanzar sin un sacrificio constante. De todas partes del mundo llegan pedidos en procura de hombres y medios para llevar la obra adelante. ¿Nos veremos obligados a decir: "Deben esperar; no tenemos fondos en la tesorería"?

Algunos de los hombres experimentados y piadosos, que se destacaron al servicio de esta obra, ahora duermen en sus tumbas. Como representantes del Señor, eran canales señalados por Dios a través de los cuales se comunicarían a la iglesia los principios de la vida espiritual. Habían logrado una experiencia del más alto valor. No se los podía comprar ni vender. Su pureza y devoción y abnegación, su conexión viviente con Dios, fueron bendecidas para la edificación de la obra. Nuestras instituciones se caracterizaban por el espíritu de abnegación.

En los días cuando luchábamos con la pobreza, los que vieron cuán maravillosamente obraba Dios en favor de su causa sentían que no se les podría conceder un honor más grande que el de hallarse unidos con los intereses de la obra por medio de los lazos sagrados que los conectaban con Dios. ¿Depondrían ellos la carga para discutir términos financieros con el Señor? No, no. Aunque cada mercenario abandonara su puesto, ellos no desertarían jamás. (208)

En los primeros años de la causa, los creyentes que se sacrificaban para levantar la obra, estaban imbuidos del mismo espíritu. Sentían que para lograr el éxito de la obra, Dios requería una consagración sin reservas de todos los que estaban relacionados con su causa: de cuerpo, alma y espíritu, y de todas sus energías y habilidades.

Pero la obra se ha deteriorado en algunos respectos. Mientras ha crecido en extensión y posesiones materiales, su piedad ha disminuido.

La historia de Salomón contiene una lección para nosotros. La vida temprana de este rey de Israel fue radiante y promisoria. Eligió la sabiduría de Dios, y la gloria de su reino despertó la admiración del mundo. Tanto su fuerza como su carácter pudieron desarrollarse acercándose cada vez más a la semejanza del carácter de Dios; pero, qué triste fue su historia; se lo elevó a las más sagradas posiciones de confianza, pero demostró ser infiel. En él crecieron la autosuficiencia, el orgullo y la exaltación del yo. La codicia de poder político y de autoexaltación lo indujeron a formar alianzas con las naciones paganas. Tuvo que pagar un precio terrible por la plata de Tarsis y el oro de Ophir, pues los procuró a expensas de su propia integridad y la traición de cometidos sagrados. La asociación con los idólatras corrompió su fe; un paso falso condujo a otro; se rompieron las barreras que Dios había erigido para la seguridad de su pueblo; la poligamia corrompió su vida; y por fin sucumbió a la adoración de dioses falsos. Un carácter que había sido firme, puro y elevado, se hizo débil y manchado por la ineficiencia moral.

No faltaron los consejeros perversos que hicieron desviar a su antojo aquella mente, una vez noble e independiente, porque había desechado a Dios como su guía y consejero. Su agudo discernimiento se embotó; cambió el espíritu considerado y concienzudo de los años tempranos de su reinado. La gratificación propia llegó a ser su dios; y, como resultado, su reinado se caracterizó por un juicio severo y llegó a ser una cruel tiranía. Las extravagancias de su complacencia egoísta exigieron el pago de impuestos agobiadores de parte de los pobres. Después de ser el rey más sabio que jamás ostentara un cetro, Salomón se transformó en un déspota. Como rey había sido el ídolo de la (209) nación, y se copiaban sus palabras y acciones. Su ejemplo ejerció una influencia cuyos resultados se conocerán totalmente sólo cuando las obras de todos pasen en revista delante de Dios, y cada hombre sea juzgado por las acciones realizadas en el cuerpo.

¡Oh, cómo puede Dios soportar las malas acciones de aquellos que han tenido gran luz y grandes ventajas, y a pesar de ellas han seguido el curso de su propia elección, para su eterno perjuicio! Salomón, quien en la dedicación del templo había encargado solemnemente al pueblo: "Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios" (1 Rey. 8:61), eligió su propio camino, y su corazón se apartó de Dios. Esa mente que una vez había estado entregada a Dios y había sido inspirada por él para escribir las palabras más preciosas de la sabiduría (el libro de los Proverbios) —verdades que se inmortalizaron—, esa mente noble, se volvió incompetente, débil en fuerza moral, como resultado de sus alianzas perversas y de ceder a la tentación, y Salomón se deshonró a sí mismo, deshonró a Israel y deshonró a Dios.

Al observar este cuadro, vemos lo que llegan a ser los seres humanos cuando se aventuran a separarse de Dios. Un paso falso prepara el camino para otro, y cada nuevo paso resulta más fácil que el anterior. De este modo las almas se hallan siguiendo tras un dirigente que no es Cristo.

Todos los que ocupan alguna posición en nuestras instituciones serán probados. Si toman a Cristo como modelo, él les concederá sabiduría, conocimiento y discernimiento; crecerán en gracia y capacidad en la senda de Cristo; sus caracteres serán modelados a semejanza del suyo. Si fracasan en observar los métodos del Señor, otro espíritu controlará su mente y su criterio; harán planes sin tomar en cuenta al Señor, seguirán su propio curso de acción y abandonarán las posiciones que han ocupado. La luz les ha sido dada; si se apartan de ella, que nadie les ofrezca un soborno para inducirlos a permanecer. Se transformarán en un estorbo y una trampa. Llegará el tiempo cuando todo lo que puede ser zarandeado será zarandeado, de modo que permanezcan sólo las cosas que son inamovibles. Cada caso está llegando delante de Dios para ser revisado; él está ocupado en medir el templo y los adoradores que en él se encuentran. (210)

SECCION CINCO: EN EL CAMPO DEL SUR.-

"Como reconoce su rebaño el pastor... así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas" —Ezequiel 34:12.

Las Necesidades del Sur.-
El Señor espera de nosotros mucho más de lo que le hemos dado, en un servicio generoso en favor de la gente de todas las clases sociales en los estados del sur de los Estados Unidos. Este campo se encuentra en nuestras mismas puertas, y hay una gran tarea que realizar al servicio del Maestro. Ese trabajo debe hacerse ahora mientras los ángeles continúan reteniendo los cuatro vientos. No hay tiempo que perder.
El Señor ha esperado mucho tiempo por algunos instrumentos humanos mediante quienes pueda trabajar. ¿Cuánto tiempo más se verá obligado a esperar que algunos hombres y mujeres respondan al llamado: "Ve hoya trabajar en mi viña"? Se necesitan mensajeros de misericordia, no solamente en unos pocos lugares del sur, sino en todo el campo. Ricos y pobres claman por luz.
Hay hombres y mujeres que deberían estar ofreciéndose para llevar la verdad por los caminos y vallados de este campo. Hay miles que podrían ponerse al servicio de Dios. El los aceptaría y obraría por medio de ellos, trasformándolos en mensajeros de paz y esperanza.
Los obreros se encontrarán con muchos que endurecerán sus corazones contra la convicción del Espíritu de Dios; pero también hallarán a muchos que sienten hambre por el pan de vida, quienes después de recibir el mensaje, saldrán a esparcir la semilla de la verdad.
Cuando el Señor colocó sobre Moisés la responsabilidad de (211) guiar a los hijos de Israel fuera de Egipto, le dio la siguiente seguridad: "Vé, porque yo estaré contigo". "Mi presencia irá contigo, y te daré descanso" (Éxo. 3:12; 33:14). La misma seguridad se ofrece a quienes se adelantan para trabajar por el Señor en los campos del sur.
Mis hermanos y hermanas, tengan comunión con Dios para que sean imbuidos de su Espíritu, y entonces salgan a derramar sobre otros la gracia que ustedes han recibido. El ejemplo del Salvador debería inspirarnos a realizar esfuerzos fervientes y abnegados para el bien de los demás. El vino a este mundo como el servidor incansable de las necesidades del hombre. En todo lo que hacía y decía manifestaba amor por la raza perdida. Vistió su divinidad con la humanidad para poder identificarse con los seres humanos como uno de ellos, y compartir su pobreza y sus tristezas. ¡Cuán ocupada fue su vida! Se lo podía ver entrar día tras día en las moradas humildes donde había necesidad y dolor, impartiendo palabras de esperanza al desalentado y de paz al afligido. Esta es la tarea que espera que su pueblo realice hoy. Humilde, benigno, tierno y compasivo, anduvo haciendo bienes, animando al deprimido y reconfortando al acongojado. Al acudir a él nadie salió sin haber sido ayudado. A todos trajo esperanza y alegría. Llevaba una bendición por dondequiera que iba.
Necesitamos humillarnos delante de Dios porque tan pocos de los miembros de su iglesia realizan esfuerzos que pudieran compararse en lo más mínimo con los esfuerzos que el Señor desearía que hicieran. Las oportunidades que nos ha dado, las promesas que nos ha hecho, los privilegios que ha derramado sobre nosotros, deberían inspirarnos con un celo y una devoción mucho mayores. Cada persona que se agrega a la iglesia debería transformarse en una agencia más para llevar a cabo el plan de redención. Debería dedicarse cada facultad del pueblo de Dios para traerle muchos hijos e hijas al Señor. No debería existir nada de indiferencia ni egoísmo en nuestro servicio. El menor abandono de la abnegación, cualquier relajación del esfuerzo ferviente, significa poder entregado al enemigo.

Una apelación en favor de la raza de color.-
La proclamación emancipadora de los esclavos de los estados (212) del sur abrió algunas puertas por las cuales deberían haber entrado los obreros cristianos para relatar la historia del amor de Dios. En este campo había preciosas joyas que los obreros del Señor deberían haber buscado como a tesoro escondido. Pero aunque la gente de color ha sido libertada de la esclavitud política, hay muchos de ellos que todavía son esclavos de la ignorancia y el pecado. Muchos se encuentran terriblemente degradados. ¿No ha de llegar a ellos ningún mensaje de amonestación? Si aquellos a quienes Dios ha

concedido gran luz y muchas oportunidades hubieran realizado el trabajo como él desea, hoy habría monumentos establecidos por todo el campo del sur: iglesias, sanatorios, escuelas. Hombres y mujeres de todas las clases sociales habrían sido llamados a la fiesta del Evangelio.
El Señor se aflige ante el infortunio de los campos del sur. Cristo ha llorado ante el espectáculo de esta desgracia. Los ángeles han callado la música de sus arpas al observar a un pueblo que, a causa de su esclavitud pasada, es incapaz de hacer algo por sí mismo. Sin embargo, aquellos en cuyas manos Dios ha colocado la antorcha de la verdad, encendida en el altar divino, no han comprendido que sobre ellos descansa la responsabilidad de llevar la luz a este campo oscurecido por el pecado. Hay algunos que han dado la espalda a la tarea de rescatar a los oprimidos y degradados, y han rehusado ayudar a los desvalidos. Que los siervos de Cristo comiencen inmediatamente a redimir su negligencia, para que se pueda borrar de su registro esta mancha oscura.
La condición actual de los campos del sur es una deshonra para el Redentor. Pero, ¿nos inducirá por ventura a pensar que es imposible cumplir con la comisión dada por Cristo a sus discípulos cuando les dijo que predicaran el Evangelio a todas las naciones? ¡No, no! Cristo tiene poder para que su comisión sea cumplida. Es enteramente capaz de realizar la obra que se le ha encomendado. En el desierto se enfrentó con las más poderosas tentaciones que el enemigo le pudo presentar y las venció, armado solamente con un "escrito está". Con ello demostró el poder de su palabra. Es el pueblo de Dios quien ha fallado. Una prueba de que su Palabra no ha ejercido el poder que debería haber tenido sobre los corazones es la condición en que se encuentra el mundo (213) actual. Pero este estado de cosas se ha producido porque los hombres han decidido desobedecer, y no porque la Palabra tenga menos poder.

Un llamamiento de la raza de color.-
El Señor ha contemplado con tristeza el cuadro más digno de compasión: la esclavitud de la raza de color. En la obra que realicemos en favor de ellos, él desea que recordemos su liberación providencial de la esclavitud, el parentesco que tenemos con ellos por creación y redención, y su derecho de gozar de las bendiciones de la libertad.
En una visión nocturna de hace algún tiempo me parecía estar en una reunión donde se discutía el trabajo en los estados del sur. Un grupo de personas de color inteligentes preguntaba: "¿No tiene Dios un mensaje para la gente de color del sur? ¿Acaso no tienen ellos un alma que salvar? ¿No los abarca a ellos también el nuevo pacto? Si el Señor regresa pronto, ¿no es tiempo de que hagamos algo por los campos del sur?
"No cuestionamos la necesidad de las misiones en las tierras extranjeras —se dijo—. Pero sí ponemos en tela de juicio el derecho que tengan los que pretenden poseer la verdad presente de pasar por alto a millones de seres humanos en su propio país, muchos de los cuales son tan ignorantes como los paganos. ¿Por qué se hace tan poco en favor de la raza de color en el sur, donde hay tanta ignorancia y destitución, y una necesidad tan grande de que se les enseñe que Cristo es el Creador y Redentor? ¿Cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Cómo podrán oír sin un predicador? ¿Y cómo podrá nadie predicar a menos que sea enviado?
"Ponemos estos asuntos delante de los que profesan creer la verdad para este tiempo. ¿Qué están haciendo ustedes en favor de la raza de color falta de instrucción? ¿Por qué no tienen un sentido más profundo de las necesidades de los campos del sur? ¿Acaso no descansa sobre los ministros del Evangelio la responsabilidad de poner en operación un programa educativo para este pueblo? ¿No nos lo enseña, acaso, la comisión del Salvador? ¿Es correcto que los cristianos profesos se mantengan apartados de esta obra, permitiendo que sólo algunos lleven la carga? Entre (214) todos sus planes de trabajo médico misionero y de obra misionera extranjera, ¿no les ha dado Dios un mensaje para nosotros?"

Entonces se puso de pie Uno que tiene autoridad, y requirió de todos que prestasen atención a las instrucciones que el Señor ha dado con referencia a la obra en el sur. Les dijo: "Se debería realizar mucha obra evengelística en el sur. Debería haber 100 obreros donde actualmente hay sólo uno.
"Que el pueblo de Dios despierte. ¿Piensan ustedes que el Señor ha de bendecir a quienes no sienten ninguna responsabilidad por esta tarea, y que permiten que se bloquee el camino de su progreso?"
Una profunda emoción se manifestó cuando se escucharon estas palabras. Algunos se ofrecieron como misioneros, mientras que otros permanecieron sentados en silencio, aparentemente sin interesarse en el tema.
Entonces se hablaron estas palabras: "El sur es un campo muy poco promisorio; ¡pero cuán diferente sería si después que la raza de color fue emancipada, hubiera habido hombres y mujeres que trabajaran en favor de ellos como los cristianos deben trabajar, enseñándoles a valerse por sí solos!"
El estado en que se encuentra la gente de color actualmente en el sur no es más descorazonador que la condición en que se hallaba el mundo cuando Cristo abandonó el cielo para venir en su ayuda. El vio a la humanidad hundida en la miseria y el pecado. Vio a los hombres y mujeres depravados y degradados y que acariciaban los vicios más detestables. Los ángeles se maravillaban de que Cristo emprendiera lo que para ellos era la tarea más desesperada. Se maravillaban de que Dios tolerara a una raza tan pecadora. No podían ver cabida para el amor. Pero "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).
Cristo vino a esta tierra trayendo un mensaje de misericordia y perdón. Colocó los fundamentos para una religión en la cual judíos y gentiles, negros y blancos, libres y siervos, estuvieran unidos por una hermandad común, reconocidos como iguales a la vista de Dios. El Salvador ama a cada ser humano con un amor ilimitado. Ve capacidad de mejoramiento en cada uno. Con (215) energía y esperanza divina les da la bienvenida a aquellos por quienes ha dado su vida. Con la fuerza de él pueden vivir una vida rica en, buenos frutos, llena del poder del Espíritu.

Un Evangelio para los pobres.-
La pobreza de la gente a quienes somos enviados no debe impedirnos que trabajemos en favor de ellos. Cristo vino a esta tierra para andar y obrar entre los pobres y sufrientes. Ellos recibieron su atención en mayor medida. Y hoy, en la persona de sus hijos, él visita a los pobres y menesterosos, disipando la desgracia y aliviando el sufrimiento.
Suprímase el sufrimiento y la necesidad, y no tendríamos modo de comprender la misericordia y el amor de Dios, ni una forma de conocer al Padre celestial, lleno de compasión y simpatía. Nunca ostenta el Evangelio un aspecto más hermoso que cuando se lo predica en las regiones más necesitadas y destituidas. Es entonces cuando su luz brilla con el resplandor más claro y la mayor intensidad. La verdad de la Palabra de Dios penetra en la choza del campesino; los rayos del sol de justicia alumbran la cabaña tosca de los pobres, trayendo alegría a los enfermos y sufrientes. Los ángeles de Dios están presentes, y la sencilla fe que se demuestra transforma el pedazo de pan y el vaso de agua en un banquete. El Salvador que perdona los pecados les da la bienvenida a los pobres e ignorantes, y les da a comer del pan que desciende del cielo. Beben el agua de la vida. Por medio de la fe y el perdón, los despreciados y abandonados son elevados a la dignidad de hijos e hijas de Dios. Habiendo sido levantados por encima de este mundo, se sientan en los lugares celestiales en Cristo. Pueden no poseer tesoros terrenales, pero han hallado la Perla de gran precio.

¿Qué se puede hacer?
El problema que nos confronta es cómo llevar a cabo en mejor forma la tarea en este campo difícil. Los largos años de abandono la hacen mucho más difícil de lo que podría haber sido. Los obstáculos se han estado acumulando.

Se podrían haber efectuado grandes progresos en la obra misionera médica. Algunos sanatorios podrían haberse establecido. (216)

Se podrían haber proclamado los principios de la reforma pro salud. Esta obra se debe realizar ahora. Y ni un solo vestigio de egoísmo se debe mezclar con ella. Se la debe llevar a cabo con tanto ahínco, perseverancia y devoción, que abra las puertas a la entrada de la verdad, y en forma permanente.

Hay mucho que los miembros laicos pueden hacer en el sur, aunque sean personas de poca educación. Hay hombres, mujeres y niños allí que deben aprender a leer. Estas pobres almas desfallecen por falta del conocimiento de Dios.

Nuestro pueblo en el sur no debe esperar la llegada de predicadores elocuentes y hombres de talento; ellos mismos deben llevar adelante la obra que el Señor ha colocado delante de ellos, y hacer lo mejor que puedan. El aceptará a hombres y mujeres humildes y obrará a través de ellos, aunque no se trate de personas elocuentes ni altamente educadas. Hermanos y hermanas míos, elaboren planes sabios de trabajo y avancen confiados en el Señor. No abriguen el sentimiento de su propia capacidad y previsión. Comiencen y continúen con humildad. Sean una demostración viviente de la verdad. Hagan de la Palabra de Dios su consejera. Entonces la verdad avanzará con poder y las almas se convertirán.

Que algunas familias de observadores del sábado se establezcan en el sur y vivan la verdad delante de los que no la conocen. Estas familias pueden ayudarse unas a otras, pero cuiden de no hacer nada que estorbe su misión. Presten un servicio cristiano desinteresado, alimentando al hambriento y vistiendo al desnudo. Esto ejercerá una influencia mucho mayor para el bien que la predicación de sermones. Se necesitan acciones de simpatía, además de palabras. Cristo precedió sus mensajes con actos de amor y benevolencia. Que estos obreros vayan de casa en casa para ayudar donde se necesita ayuda, y a medida que se ofrezca la oportunidad, para relatar la historia de la cruz. Cristo debe ser su libro de texto. No necesitan hablar de temas doctrinales; presenten más bien la obra y el sacrificio de Cristo. Que sus vidas pongan en alto su justicia y revelen su pureza.

El verdadero misionero debe estar armado con la mente de Cristo. Su corazón debe estar henchido de un amor como el suyo; y debe mantenerse verdadero y leal a los principios. (217)

Se deberían establecer escuelas en muchos lugares y los que tengan el corazón lleno de ternura y simpatía y que, como el Salvador, sientan compasión por la miseria y el sufrimiento, deberían dedicarse a la enseñanza de viejos y jóvenes. Enséñese la Palabra de Dios de tal manera que pueda ser comprendida. Anímese a los alumnos a estudiar las lecciones de Cristo. Esto contribuirá más que ningún otro estudio a expandir la mente y fortalecer el intelecto. Nada concede más vigor a los poderes mentales que el contacto con la Palabra de Dios.

Los campos de algodón no constituyen el único medio por el cual la gente de color puede ganarse la vida. Se les debe enseñar cómo preparar el terreno, cómo cultivar diversos productos agrícolas, cómo plantar y cuidar una chacra. Se deben realizar esmerados esfuerzos con el fin de desarrollar sus capacidades. De este modo se despertará en ellos el pensamiento de que son valiosos a la vista de Dios, porque constituyen su propiedad.

Entre la gente de color se encontrarán algunos individuos cuyo intelecto ha permanecido demasiado tiempo en las sombras como para que se puedan adaptar con rapidez a una vida de utilidad. Pero se les puede enseñar a conocer a Dios. Los brillantes rayos del sol de justicia pueden alumbrar las cámaras entenebrecidas de sus mentes. Tienen el privilegio de llevar una vida afín con la vida de Dios. Plántense en sus mentes pensamientos elevados y ennoblecedores. Vívanse delante de ellos vidas que ilustren con claridad la diferencia entre el vicio y la pureza, la oscuridad y la luz. Que puedan leer en sus vidas lo que significa ser cristiano. La cadena que se ha hecho descender del trono de Dios es suficientemente larga como para alcanzar a las mayores profundidades. Cristo puede sacar a los pecadores más empedernidos del abismo de la degradación, y colocarlos donde se los reconocerá como hijos de Dios, y herederos con Cristo de la herencia inmortal.

Muchos se encuentran totalmente desalentados. Se han vuelto indolentes porque se los ha despreciado y desamparado. Se los considera incapaces de comprender o recibir el Evangelio de Cristo. Sin embargo, el milagro de la gracia divina los puede transformar. Mediante el ministerio del Espíritu Santo se disipará la torpeza que hace parecer tan sin esperanza su edificación. La (218) mente entorpecida y anublada se despertará. Se emancipará el esclavo del pecado. La vida espiritual se reavivará y será fortalecida. Desaparecerá el vicio y la ignorancia será vencida. El corazón será purificado y se iluminará la mente mediante la fe que obra por el amor.

Entre la gente de color hay otras personas que poseen percepciones rápidas y mentes brillantes. Muchos de ellos son ricos en fe y confianza. Dios ve entre ellos a joyas que algún día brillarán intensamente.

La gente de color merece recibir más de manos de los blancos de lo que se les ha dado. Miles de ellos poseen mentes susceptibles a ser educadas y elevadas. Si se realiza una labor adecuada con ellos, muchos a quienes se ha considerado como casos perdidos llegarán a ser educadores de su raza. Esta raza que el enemigo había oprimido durante generaciones, se levantará por la gracia de Dios al grado de dignidad que Dios les ha concedido como hombres y mujeres.

El Señor desea que los lugares desérticos del sur, de aspecto tan aborrecible, se transformen a la semejanza del jardín de Dios. Que nuestro pueblo se levante a redimir el pasado. Sobre nosotros descansa pesadamente la obligación de trabajar por la gente de color. ¿No trataremos de reparar, en la medida de nuestras posibilidades, el daño que se ha hecho a este pueblo en el pasado? ¿No se debe multiplicar el número de misioneros enviados al sur? ¿No escucharemos acerca de muchos voluntarios que estén listos para entrar en este campo para rescatar a las almas de las tinieblas y la ignorancia, y traerlos a la maravillosa luz en la cual nos regocijamos? Dios derramará su Espíritu sobre quienes respondan a su llamado. Con la fuerza de Cristo realizarán una obra que llenará al cielo de regocijo.

"Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré... Así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad... Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice Jehová el Señor. Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada (219) y fortaleceré la débil... y estableceré con ellos pacto de paz... y daré bendición a ellas y a los alrededores de mi collado, y haré descender la lluvia en su tiempo; lluvias de bendición serán... Y sabrán que yo Jehová su Dios estoy con ellos... Y vosotras, ovejas mías, ovejas de mi pasto, hombres sois, y yo vuestro Dios, dice Jehová el Señor" (Eze. 34:11-31). (220)

Centros de Influencia.-

Se han hecho buenos comienzos en el territorio del sur. En el desarrollo progresivo de los acontecimientos el Señor ha obrado maravillosamente en favor del adelanto de su obra. Se han peleado batallas y se han ganado victorias. Se han realizado impresiones favorables y se han eliminado muchos prejuicios.

En visiones nocturnas mi guía me llevó de lugar en lugar, de ciudad en ciudad, en el sur. Contemplé la gran obra que se debía llevar a cabo —una obra que se debería haber realizado hace años—; era como si observáramos muchos lugares. Nuestro primer interés lo constituían los lugares donde la obra ya se ha establecido y aquellos en los cuales ya se ha abierto una vía para comenzar el trabajo. Vi donde hay instituciones establecidas para el adelanto de la obra del Señor. Uno de estos lugares era Graceville y otro era Huntsville, donde tenemos escuelas industriales. Estas escuelas se deben estimular y ayudar, porque el Señor ha dirigido su establecimiento. Cada una posee sus propias ventajas.

Yo sé, por la luz que se me ha mostrado, que si se dirige bien la obra en Hildebrand, se transformará en una gran bendición para todos sus alrededores. Se me han dado instrucciones acerca de establecer escuelas justamente en distritos como ésos, lejos de las ciudades y sus tentaciones.

Sólo la eternidad revelará los resultados de la obra realizada en favor de la gente de color por las escuelitas de Vicksburg, Yazoo City, y otros puntos en el sur. Tenemos necesidad de muchas otras escuelas similares en ese campo.

En el sur necesitamos proveer mayores facilidades para la educación y el entrenamiento de jóvenes, tanto blancos como de color. Se deben establecer escuelas fuera de las ciudades, donde los jóvenes aprendan a cultivar el suelo y de este modo no sólo se sostengan a sí mismos sino también a la escuela. En conexión con estas escuelas se deben desarrollar tanto sus renglones de trabajo, (221) agrícolas o mecánicos, como las condiciones del lugar lo permitan. Hay que reunir medios para el establecimiento de tales escuelas. En ellas los estudiantes obtendrán una educación que los preparará, con la bendición de Dios, para ganar almas para Cristo. Si se unen con el Salvador crecerán en espiritualidad y se transformarán en valiosos obreros de su viña.

Pequeños sanatorios deberían funcionar en conexión con nuestras escuelas más grandes, para que los estudiantes puedan tener la oportunidad de adquirir algunos conocimientos del trabajo médico misionero. Se debería incorporar esta línea de trabajo como parte del currículum regular de nuestras escuelas. Se deberían establecer sanatorios pequeños en conexión con las escuelas de Graceville y Huntsville.

Nashville como un centro

Como organización, deberíamos tomar un interés especial en la obra que se realiza en Nashville. Actualmente esta ciudad ocupa un lugar prominente en el campo del sur. Nuestros hermanos eligieron a Nashville como un centro de la obra en el sur porque el Señor los guió allí en su sabiduría. Es un lugar que ofrece condiciones saludables para iniciar el trabajo. Nuestros obreros descubrirán que en esta ciudad les resultará más fácil trabajar por la raza negra que en muchas otras ciudades del sur. En este sitio los que no son de nuestra fe manifiestan mucho interés por la gente de color. Hay grandes instituciones educativas para ellos en la ciudad y sus alrededores. La influencia de estas instituciones ha preparado el camino para que nosotros la hagamos el centro de nuestra obra.

La verdad debe hallar entrada en las instituciones del saber de Nashville. En ellas hay muchas personas que deben ser alcanzadas por el mensaje del tercer ángel. Ahora se debería hacer todo lo que se pueda por interesar a esos maestros y estudiantes en el mensaje de la-verdad presente, pero se lo debería hacer inteligentemente y con sabiduría. De los maestros experimentados se pueden-aprender lecciones preciosas acerca de los métodos más efectivos para ayudar a la gente de color.

También se debe presentar la verdad ante aquellos que han contribuido con sus medios e influencia para el beneficio de la raza (222) negra. Han adoptado una posición noble en favor de la elevación de este pueblo. Necesitan ver una evidencia de nuestra obra que constituya una lección objetiva para ellos. Necesitamos hacer todo lo que podamos para eliminar el prejuicio que existe en sus mentes contra nuestra obra. Si los esfuerzos que realicemos van de acuerdo con la voluntad de Dios, muchos de entre ellos se convencerán y convertirán. El Señor hace que su luz brille sobre la senda de los que andan en busca de la luz.

Nashville tiene fácil acceso desde Graceville y Huntsville. El trabajo que se realice en estos dos lugares será confirmado y establecido por la obra que se haga en Nashville. Las dos primeras están suficientemente cerca de ésta como para fortalecer la obra allí y a su vez ser fortalecidas por ella.

El hecho de que la obra de publicaciones comenzara en Nashville estaba de acuerdo con los propósitos divinos. En los campos del sur se necesita un taller de imprenta para la publicación de la verdad para este tiempo, y especialmente para la impresión de material de lectura adecuado a las diferentes clases de gente de esta región. Y en el sur no hay ninguna otra ciudad más apta que Nashville para llevar a cabo el trabajo de las publicaciones. El establecimiento de una institución tal constituye un movimiento de avanzada. Esta institución le concederá carácter a la obra del sur, si se la maneja bien, y constituirá el medio por el cual se impartirá el conocimiento de la verdad a muchos. La casa editora de Nashville todavía necesitará durante algún tiempo que se la sostenga con donativos y ofrendas.

También se ha comenzado con el trabajo de un sanatorio en Nashville. Este plan debe ser respaldado y dirigido sabiamente. El trabajo médico misionero es ciertamente la mano ayudadora del ministerio del Evangelio. Abre el camino para la entrada de la verdad.

Se me ha instruido que advierta a mis hermanos acerca de no realizar movimientos apresurados ni establecer por ahora grandes empresas y nuevos centros en los campos del sur, porque dividirían a sus obreros y sus medios, debilitando así sus fuerzas en esta hora crítica del desarrollo de su trabajo. Esperen más bien (223) hasta que algunas de las empresas ya comenzadas se acerquen un poco más a la perfección. No se apresuren a comenzar nuevas instituciones antes que las de Graceville y Huntsville se hallen establecidas con mayor firmeza y que se fortalezcan los intereses que tienen a Nashville por centro.

Todavía hay comparativamente pocos lugares donde se ha trabajado en el sur. Hay muchísimas ciudades donde nada se ha hecho. En muchas partes se pueden establecer centros de influencia mediante la apertura de tiendas de alimentos saludables, de restaurantes naturistas y de salas de terapia. No se puede especificar todo lo que se necesita hacer antes que se haya hecho un comienzo. Los encargados de la obra en el sur oren sobre este asunto, y recuerden que Dios está guiando las cosas. Que no se manifieste ninguna estrechez de criterio ni egoísmo. Háganse planes de llevar a cabo la obra en forma sencilla, sensata y económica. (224)

Instrucciones para los Obreros.-

La rueda de la providencia se mueve lenta pero seguramente. No sabemos cuán pronto el Señor dirá: "Hecho es". Su venida se acerca. Pronto se habrán terminado para siempre nuestras oportunidades de trabajar. Sólo se nos permitirá laborar durante un poco más de tiempo. Hermanos míos, ¿no lucharán ustedes con esfuerzos fervientes para establecer monumentos para Dios en todos los estados del sur? Se deberían levantar iglesias; deberían construirse casas de culto; se deberían establecer escuelas y sanatorios pequeños; y se deberían fortalecer los intereses de la obra de publicaciones.

Las líneas de trabajo que deben de instituirse en diferentes lugares del sur requerirán a hombres y mujeres de sabiduría y oración, hombres y mujeres que lleven adelante la obra de etapa en etapa, seguramente, inteligentemente: esforzándose, orando, trabajando económicamente, como colaboradores designados por Dios. La situación requiere un esfuerzo personal, incansable y unificado.

El muro más elevado se construye colocando un ladrillo sobre otro; y un copo sobre otro producen la nieve más profunda.

Una perseverancia ininterrumpida en el bienhacer, debería ser nuestro lema. Deberíamos realizar esfuerzos perseverantes, y avanzar paso a paso hasta que haya sido acabada la carrera y ganada la victoria.

Cuando comenzó la obra de publicaciones en Nashville, los obreros se habían prometido solemnemente que nunca se meterían en deudas; pero en su desesperado esfuerzo por fabricar ladrillos sin paja, nuestros hermanos fueron inducidos a abandonar este propósito y, como resultado, la obra se ha visto en- vuelta en dificultades. Pero los obreros de Dios que trabajan en Nashville no deben desanimarse por esta causa. El trabajo no (225) debe detenerse. Ahora, que todos se preocupen fervientemente por evitar los errores del pasado. Protéjanse contra la inclinación de incurrir en deudas como si se guarecieran detrás de un cerco de alambre de púas. Declaren con firmeza: "De aquí en adelante no avanzaremos más rápidamente de lo que el Señor nos indique y de lo que nos permitan los medios que tengamos a mano, aunque la buena obra tenga que ser postergada durante algún tiempo. Al iniciarnos en lugares nuevos, trabajaremos con incomodidades antes que endeudar la causa del Señor" .

Que no se desalienten los hermanos que han laborado tan fervientemente para conducir la obra de las regiones del sur a su presente estado de desarrollo. Que todos hagan lo mejor que puedan para

establecer la obra de Nashville sobre una base sólida. El Señor se responsabiliza de todos los que han luchado valerosamente para realizar lo que necesitaba ser hecho con tanta urgencia. El Señor tiene misericordia de ellos a causa de su piedad, bondad y amor. Todavía los acepta como sus colaboradores. Lo sabe todo con respecto a cada uno de ellos. Al realizar el trabajo de abrir brecha como pioneros, han tenido que pasar por el fuego de la aflicción. Dios será glorificado en la persona de quienes hayan colaborado con él en la tarea de abrir camino en los campos donde nunca antes se había entrado con el mensaje.

Hermanos, delante de nosotros hay una gran obra que hacer en los campos del sur, una tarea que sólo ahora hemos comenzado. No debemos continuar detenidos, como hemos estado por años, teniéndole miedo a la tarea. Hay quienes han realizado un trabajo decidido y difícil, y el Señor reconoce y encomia sus abnegados esfuerzos. El los ha bendecido. Han recibido su recompensa al ver a las personas a quienes han ayudado colocar sus pies sobre la Roca de los Siglos y a su vez ayudar a otros.

Mis hermanos de los campos del sur, les ruego en el nombre del Señor, Dios de Israel, que se comporten varonilmente. El Señor está en el timón. Él les concederá gracia y sabiduría a sus siervos. Es el propósito divino que las personas a quienes se les ha confiado una responsabilidad se consulten y oren juntos en unidad cristiana. En la unidad existe una fuerza vital, un poder que no puede obtenerse de ninguna otra forma. En la iglesia se (226) manifestará un tremendo poder cuando las energías de los miembros se unifiquen bajo el control del Espíritu. Entonces Dios podrá obrar poderosamente a través de su pueblo por la conversión de los pecadores.

Dios vive y reina. El abrirá el camino para que los campos abandonados del sur sean cultivados para él. Que los obreros acudan allí en auxilio del Señor y que proclamen su verdad con regocijo. El Señor viene pronto. Hablen acerca de ello, oren para que así sea y créanlo. Transfórmenlo en una parte de su propia vida. Tendrán que hacerle frente a un espíritu de dudas y objeciones, pero que se disipará ante una confianza en Dios firme y consistente. Cuando se presenten perplejidades y obstáculos eleven el alma a Dios en cánticos de agradecimiento. Colóquense la armadura cristiana, y asegúrense de que sus pies estén "calzados con el apresto del Evangelio de paz". Prediquen la verdad con intrepidez y fervor. Recuerden que el Señor contempla compasivamente esta región y que conoce su pobreza y destitución. Los esfuerzos que realizan no serán un fracaso.

Nuestras iglesias del sur deben experimentar una resurrección espiritual. Ante los miembros de cada iglesia se extiende una tarea grande y solemne. Deben acercarse a Cristo en su abnegación y sacrificio, teniendo como único objetivo la predicación del mensaje divino de misericordia a sus semejantes. Trabajen con circunspección y humildad, teniendo respeto cada uno por el trabajo de los otros. Algunos podrán trabajar de una manera y otros de otra, según el llamado y la dirección del Señor. Pero que nadie se queje por no poder glorificar a Dios mediante el uso de talentos que él no le ha confiado. El Señor nos responsabiliza solamente por la obra que ha colocado en nuestras manos. Hay algo que todos pueden hacer: evitar que el trabajo de los demás se torne innecesariamente duro por causa de la crítica de sus esfuerzos, o por colocar piedras en el camino del carro que los hermanos se esfuerzan por empujar cerro arriba. Si algunos no están dispuestos a ponerle el hombro al trabajo, al menos que se abstengan de estorbar a los que trabajan. Dios llama a obreros que se nieguen a descorazonar a sus colaboradores.

A medida que el pueblo de Dios trabaje ferviente, humilde y denodadamente, obtendrá la rica recompensa de la cual habla (227) Job: "Los oídos que me oían me llamaban bienaventurado,_ la bendición del que se iba a perder venía sobre mí, y al corazón de la viuda yo daba alegría... A los menesterosos era padre, y de la causa que no entendía, me informaba con diligencia" (Job 29:11-16).

La bendición de las buenas obras acompañará hasta el mundo eterno a los que se nieguen a sí mismos por amor de su Salvador. Cuando los redimidos se encuentren alrededor del trono de Dios, los que hayan sido salvados del pecado y la degradación se acercarán a quienes trabajaron en favor de ellos, con estas palabras de saludo: "Yo me encontraba sin esperanza y sin Dios en el mundo. Me encontraba

pereciendo en medio de la confusión y el pecado. Me hallaba muriendo de hambre por falta de alimento material y espiritual. Tú te acercaste a mí con amor y piedad, y me diste de comer y me vestiste. Tú me trajiste a los pies del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".
Mis hermanos del sur, tengan fortaleza; sí, tengan fortaleza. Si ustedes exaltan los principios santos de la ley de Dios, no los afligirá la mano opresora ni el robo. Cuando el enemigo los acose con el ímpetu de la inundación, el Espíritu del Señor plantará su bandera contra él, en favor de ustedes. Ustedes se hallan empeñados en la realización de un trabajo importante, y necesitan prestar atención, velar y orar, y trazar sendas rectas para sus pies, para que el cojo no sea desviado de su camino. Trabajen con el solo propósito de dar gloria a Dios, con un sentido de su responsabilidad individual. Recuerden que el Señor es el único que puede prosperar sus esfuerzos.

Los obreros que trabajan en el sur deben alcanzar los logros espirituales más elevados, para que tengan buen éxito sus labores en el campo. La oración en privado, la oración en familia y la oración en público para rendir culto a Dios, todas son esenciales. Y debemos vivir nuestras oraciones. Hemos de colaborar con Cristo en su obra.

Nuestra única seguridad consiste en mantenernos unidos con (228) Cristo y con nuestros hermanos. No permitamos que Satanás pueda apuntar con razón hacia nuestras iglesias, diciendo: "Y miren cómo se odian entre ellos estas gentes, aunque se encuentran bajo el estandarte de Cristo. No tenemos nada que temer de ellos mientras gasten más energía peleándose unos con otros que luchando contra mis fuerzas".

De las experiencias pasadas necesitamos aprender a evitar el fracaso. Oramos a nuestro Padre celestial: "No nos metas en tentación", y luego, demasiado a menudo, no cuidamos nuestros pies para que no nos conduzcan hacia la tentación. Debemos mantenernos alejados de las tentaciones que nos vencen más fácilmente. Por medio de la gracia de Cristo, nosotros mismos somos responsables de nuestro propio éxito. Debemos quitar de nuestro camino la piedra de tropiezo que ha causado tantas tristezas a otros y a nosotros mismos.

Se debe hacer toda clase de economía al establecer la obra en nuevos lugares. Hay que juntar los fragmentos; que nada se pierda. La tarea de salvar almas debe llevarse a cabo de la manera como lo indicó Cristo. El declara: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame" (Mat. 16:24). Podemos ser sus discípulos tan sólo si obedecemos esta orden. Nos acercamos a la culminación de la historia de esta tierra, y los diferentes renglones de la obra de Dios se deben llevar a cabo con mucho más sacrificio personal del que se ha manifestado hasta ahora.

Nos encontramos en este mundo para ayudarnos unos a otros. No había líneas territoriales en la obra de Cristo, y es mejor que los que pretendan trazar tales líneas actualmente en su obra puedan orar: "Señor, concédeme un nuevo corazón". Cuando posean la mente de Cristo entonces se darán cuenta de los muchos lugares que no han sido trabajados en la viña del Señor. Nunca más dirán: "Nuestros medios se necesitan para llevar a cabo los (229) intereses que ya tenemos entre manos. El que nos pidan dinero a nosotros es una pérdida de tiempo".
A los seres humanos les toca decidir día tras día una cuestión de vida o muerte, decidir si han de participar de la vida eterna o de eterna destrucción. Y sin embargo muchos de los que profesan servir al Señor se contentan con ocupar su tiempo y atención con asuntos de poca importancia. Se hallan conformes con estar en desacuerdo unos con otros. Si estuvieran consagrados al servicio del Maestro, no contenderían unos con otros como si fueran una familia de niños indisciplinados. Cada uno estaría firme en su puesto del deber, trabajando con alma y corazón como misionero de la cruz de Cristo. El

Espíritu Santo habitaría en el corazón de los obreros, y se realizarían obras de justicia. Las oraciones y simpatías de una iglesia vigilante acompañarían a los obreros en su servicio. Recibirían sus órdenes de Cristo y no tendrían tiempo para contenciones. Se escucharían mensajes provenientes de labios que han sido tocados por el carbón encendido del altar divino. Se oirían palabras fervientes y puras. Oraciones de fe, humildad y llenas de congoja ascenderían al cielo. Mientras los obreros se mantuvieran asidos con una mano de Cristo, con la otra tomarían ansiosamente a los pecadores para traerlos a él.

"¿Qué 4 ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento.
"¿O
4 ¿0 qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (Luc. 15:4-10). (230)

Tened Buen Animo.-
Quiero decir a los que trabajan en el sur: No se descorazonen por la debilidad que se ve actualmente en la obra. A ustedes les ha tocado luchar contra dificultades que en ocasiones han amenazado vencerlos. Pero la ayuda de Dios los ha capacitado para seguir adelante. Si todos los que militan en nuestras filas supieran cuán difícil resultó en años pasados establecer la obra en algunos lugares que más tarde se han transformado en centros importantes, comprenderían que se necesita valor para hacerle frente a una situación poco atractiva y declarar, levantando las manos al cielo: "No fracasaremos ni nos desalentaremos". Los que no han tenido que romper terreno en campos nuevos y difíciles no se dan cuenta de las dificultades del trabajo del pionero. Si pudieran comprender la forma divina de obrar no sólo se regocijarían por lo que se ha hecho hasta ahora, sino que también hallarían una causa de regocijo en el futuro de la obra.
Hermanos míos, no hay ninguna razón para desalentarse. Se está sembrando la buena semilla. Dios velará sobre ella, haciéndola brotar y producir una cosecha abundante. Recuerden que en sus comienzos muchas de las empresas llevadas a cabo en favor de la salvación de las almas, se han realizado en medio de las mayores dificultades.
Se me ha indicado decirles: actúen cautelosamente, haciendo siempre lo que el Señor les ordene. Avancen valerosamente, seguros de que el Señor acompañará a los que le aman y le sirven. El obrará en favor de su pueblo que guarda su pacto. No permitirá que se transformen en una causa de descrédito. El purificará a todos los que se sometan a su voluntad y los transformará en un motivo de alabanza sobre la tierra. En este mundo no hay nada que le sea más querido a Dios que su iglesia. El obrará con poder extraordinario a través de hombres humildes y fieles. Hoy Cristo les dice a ustedes: "Yo estoy con vosotros, cooperando con vuestros esfuerzos fieles y obedientes, y concediéndoos (231) preciosas victorias. Yo os fortaleceré a medida que os santificáis en mi servicio. Os concederé buen éxito en vuestros esfuerzos de levantar a las almas muertas en sus transgresiones y pecados".
Una fe inmutable y un amor generoso vencerán las dificultades que se levanten en la senda del deber para estorbar la lucha agresiva. A medida que las personas inspiradas por esta clase de fe avancen en la tarea de salvar almas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán.
Yo les aseguro que si ustedes trabajan de acuerdo con lineamientos correctos, Dios hará que sus enemigos se pongan en paz con ustedes. Y él los sostendrá y los fortalecerá. Hagan un pacto con Dios para que puedan guardar bien sus palabras. "Si alguno no ofende en palabra, este es varón perfecto,

capaz también de refrenar todo el cuerpo" (Sant. 3:2). Recuerden que un lenguaje vengativo nunca lo hace sentir a uno como que ha ganado una victoria. Permitan que Cristo hable a través de sus labios. No pierdan la bendición que proviene de no pensar el mal.

Recordemos que la oración es la fuente de nuestra fuerza. Un obrero no puede tener éxito mientras repite apresuradamente sus oraciones, para precipitarse luego a atender algo que teme pueda quedar descuidado u olvidado. Dedica solamente unos pocos pensamientos apresurados a Dios, no toma tiempo para meditar, orar y aguardar del Señor una renovación de la fuerza física y espiritual. Pronto se cansa. No siente la influencia elevadora e inspiradora del Espíritu de Dios. No queda vigorizado por una vida nueva. Su cuerpo y cerebro cansados no son aquietados por el contacto personal con Cristo.

"Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón: sí, espera a Jehová" . "Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová" (Salmo 27:14; Lam. 3:26). Hay quienes trabajan todo el día y hasta tarde en la noche para hacer lo que les parece que debe ser hecho. El Señor mira con lástima a estos cansados portadores de cargas y les dice: "Venid a mí... y yo os haré descansar" (Mat. 11:28).

Los obreros de Dios se encontrarán con incomodidad, confusión y cansancio. A veces, inseguros y distraídos, casi caen en la desesperación. Cuando les sobreviene esta nerviosidad inquieta, recuerden la invitación de Cristo: "Venid vosotros (232) aparte... y descansad un poco" (Mat. 6:31). El Salvador "da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas" (Isa. 40:29).

Se suscitarán dificultades que probarán su fe y su paciencia. Háganles frente valerosamente. Miren el lado brillante de las cosas. Si es estorbado el trabajo, asegúrense de que no sea por culpa de ustedes, y sigan adelante, regocijados en el Señor. El cielo está lleno de gozo. Resuena con las alabanzas que se le rinden a Aquel que realizó un sacrificio tan maravilloso en favor de la redención de la raza humana. ¿No debería también llenarse de alabanza la iglesia de esta tierra? ¿Acaso no deberían los cristianos publicar por todo el mundo la felicidad de servir a Cristo? Los que hayan de unirse con el coro angelical en sus himnos de alabanza deben aprender aquí en la tierra el cántico del cielo, cuya nota tónica es la acción de gracias.

No permitan que decaiga su valor. Nunca hablen de incredulidad porque las apariencias estén contra ustedes. Mientras trabajen para el Maestro sentirán la presión de la falta de fondos, pero el Señor escuchará y contestará sus peticiones en demanda de ayuda. Que su lenguaje sea: "Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado" (Isa. 50:7).

Si cometéis un error, trocad vuestra derrota en victoria. Si se las aprende bien, las lecciones que Dios envía imparten ayuda oportuna. Pongan su confianza en Dios. Oren mucho y crean. Si confían, esperan, creen y se aferran de la mano del poder infinito, serán más que vencedores.

Los verdaderos obreros andan y trabajan por la fe. A veces se cansan de observar el lento progreso de la obra, cuando la batalla ruge entre las potestades del bien y el mal. Pero si se niegan a aceptar el fracaso o a desalentarse, verán disiparse las nubes y cumplirse la promesa de la liberación. A través de la neblina con que Satanás los ha rodeado, verán resplandecer los brillantes rayos del Sol de justicia.

Obren con fe, y confíen los resultados a Dios. Oren con fe, y el misterio de su providencia dará su respuesta. Tal vez parezca, a veces, que no pueden tener éxito. Pero trabajen y crean, poniendo en sus esfuerzos fe, esperanza y valor. Después de hacer lo (233) que puedan, esperen en el Señor, declarando su fidelidad, y él cumplirá su palabra. Aguarden, no con ansiedad inquieta, sino con fe indómita y confianza inconmovible.

"Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Antes, en todas estas cosas, somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo

presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8:31-39). (234)

SECCION SEIS: CONSEJOS PARA LOS QUE LLEVAN CARGAS.-

"Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios". 1 Pedro 4:10.

Los Ministros y los Negocios.-

Se me ha instruido acerca de cuán importante es que nuestros ministros permanezcan libres de llevar las responsabilidades que deberían ser atendidas mayormente por hombres de negocios. En una visión nocturna me encontraba en una reunión a la cual asistía una cantidad de hermanos que llevan sobre sí la carga de la obra. Se hallaban profundamente preocupados acerca de asuntos financieros y se preguntaban cuál sería la forma más apropiada de manejar la obra con buen éxito. Algunos pensaban que se podía limitar el número de obreros y obtener, sin embargo, los resultados esenciales. Uno de los hermanos que ocupaba una posición de responsabilidad explicaba sus planes e indicaba lo que quería ver realizado. Varios otros presentaron algunos asuntos que debían considerarse. Entonces Uno de porte digno y que tiene autoridad, se levantó y procedió a presentar diversos principios que deben servirnos de guía.

El Orador dijo a varios ministros: "Su trabajo no consiste en la atención de los asuntos financieros. No es sabio que ustedes se ocupen de esto. Dios tiene responsabilidades que ustedes deben llevar, pero si también se echan encima tareas para las cuales no (235) están preparados, sus esfuerzos por predicar la Palabra fracasarán. Esto les acarreará tal desánimo que los descalificará para realizar la obra en que deben ocuparse, una obra que requiere un discernimiento cuidadoso y un juicio sano y desprendido".

Los que se ocupan en escribir y predicar la Palabra deberían asistir a menos reuniones de junta. Deberían encomendarles diversos asuntos menores a personas con habilidad en. los negocios y evitar así las constantes tensiones que roban a la mente su vigor natural. Deberían presentar una atención más esmerada a la preservación de la salud física, porque la energía mental depende grandemente del vigor del cuerpo. Los períodos apropiados de sueño y descanso y una abundancia de ejercicio físico son esenciales a la salud del cuerpo y la mente. Se sufren pérdidas irreparables cuando se roba a la naturaleza de sus horas de descanso y recuperación al permitir a un hombre que haga el trabajo de cuatro, o de tres, o aun de dos personas.

Edúquese a hombres en líneas administrativas.-

Los que piensan que la idoneidad de un hombre para ocupar cierta posición lo califica igualmente para desempeñarse en varias otras, se exponen a cometer errores en su planificación para el progreso de la obra. Se exponen a colocar sobre una sola persona los problemas y cargas que deberían dividirse entre varios.

La experiencia es de gran valor. El Señor desea tener a hombres inteligentes conectados con su carga, hombres calificados para ocupar diversas posiciones de confianza en nuestras asociaciones e instituciones. Se necesitan especialmente administradores consagrados, personas que mezclen los principios de la verdad con cada transacción comercial. Los que se encargan de los asuntos financieros no deben asumir otras responsabilidades, obligaciones que serían incapaces de atender. A veces los encargados de la obra han errado al permitir el nombramiento de hombres desprovistos de tacto y habilidad para administrar importantes intereses financieros.

Algunos hombres con potencial administrativo deberían desarrollar y perfeccionar sus talentos realizando estudios y recibiendo un entrenamiento minucioso. Se los debería animar a colocarse (236) en lugares donde, como estudiantes, puedan obtener rápidamente el conocimiento de los métodos y principios administrativos correctos. Ninguno de los administradores conectados actualmente con la causa necesita ser un novicio. Si alguien debe mejorar sus oportunidades para llegar a ser sabio y

eficiente, en cualquier línea de trabajo, son las personas que usan sus talentos en la tarea de edificar el reino de Dios en este mundo. En vista de que vivimos tan próximos a la clausura de la historia de este mundo, se debería notar una mayor minuciosidad en el trabajo, una espera más vigilante, velando, orando y trabajando. El agente humano debería esforzarse por alcanzar la perfección, para que llegue a ser un cristiano ideal, completo en Cristo Jesús.

Los principios correctos son esenciales.-
Los que trabajan en tareas administrativas deberían tomar toda precaución posible para no cometer errores causados por la aplicación de principios o métodos equivocados. Que sus registros sean como los de Daniel en las cortes de Babilonia. Cuando todas sus transacciones administrativas fueron sometidas al escrutinio más escrupuloso, no se encontraron faltas en ningún renglón. A pesar de estar incompleto, el registro de su vida administrativa contiene lecciones dignas de ser estudiadas. Pone de relieve el hecho de que un hombre de negocios no necesita ser una persona intrigante y política. Debe ser un hombre instruido por Dios a cada paso. Daniel, mientras era el primer ministro del reino de Babilonia, era también un profeta de Dios que recibía la luz de la inspiración celestial. Su vida es una ilustración de lo que debería ser cada administrador cristiano.
Dios no acepta el servicio más espléndido a menos que el yo esté colocado sobre el altar, como un sacrificio vivo que se consume sobre él. La raíz debe ser santa, de lo contrario no se puede producir un fruto firme y saludable, que es lo único aceptable delante de Dios. El corazón se debe convertir y consagrar. La motivación debe ser correcta. La lámpara interior debe ser alimentada por el aceite que fluye de los mensajeros celestiales a través de los tubos dorados hacia el cántaro de oro. La comunicación del Señor nunca llega al hombre en vano.
La verdad, la verdad preciosa y vital, está unida al bienestar (237) eterno del hombre, tanto en esta vida como en la eternidad que se abre delante de nosotros. "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17). Se debe practicar la Palabra de Dios. Ella vivirá y permanecerá para siempre. Mientras que las ambiciones mundanas, los proyectos mundanos y los planes y propósitos más exaltados del hombre perecerán como la hierba, "los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud como las estrellas a perpetua eternidad" (Dan. 12:3).

Actualmente la causa de Dios necesita a hombres y mujeres dotados de cualidades extraordinarias y de facultades administrativas superiores; hombres y mujeres que examinen las necesidades de la obra paciente y cabalmente en los diversos campos; personas que posean una gran capacidad de trabajo; dotadas de corazones bondadosos y acogedoras, de cabeza serena, cabales, y de juicio imparcial; que se hallen santificadas por el Espíritu de Dios y puedan decir intrépidamente "No", o "Sí" y "Amén", a las propuestas que escuchen; que sean de condiciones firmes, discernimiento claro, y corazones puros y llenos de simpatía; personas que pongan en práctica las palabras: "Todos ustedes son hermanos"; que luchen por elevar y restaurar a la humanidad caída. (238)

Tome Tiempo para Hablar con Dios.-
Se me ha dado instrucción especial con respecto a nuestros ministros. No es la voluntad de Dios que traten de enriquecerse. No deben ocuparse en empresas mundanales, porque esto los descalifica para entregar sus mejores facultades a las cosas espirituales. Pero necesitan recibir un sueldo suficiente para sostenerlos a ellos y a sus familias. Tampoco se los debe recargar tanto de trabajo como para que no puedan atender adecuadamente la iglesia de su propia familia, porque tienen el deber especial de entrenara sus hijos para el Señor.
Se comete un gran error al mantener a un ministro trabajando constantemente en líneas administrativas, viajando de lugar en lugar y asistiendo hasta tarde de la noche a reuniones de juntas y comités. Esto le produce cansancio y desánimo. Los ministros deberían tener tiempo para descansar y para extraer de la

Palabra de Dios el rico alimento del pan de vida. Deberían tener tiempo para beber sorbos refrescantes de consuelo de la corriente de aguas vivas.

Que los ministros y maestros recuerden que Dios los hace responsables de cumplir sus cometidos tan bien como se lo permitan sus habilidades, de dedicarle a su trabajo lo mejor de sus facultades. No deben contraer responsabilidades que estén en conflicto con la obra que Dios les ha asignado.

Cuando los ministros y maestros, presionados por el peso de sus compromisos financieros, suben al púlpito o entran al aula con el cerebro fatigado y los nervios bajo tensión, ¿qué más se puede esperar que la utilización de fuego común en lugar del fuego sagrado encendido por Dios? La presentación agotada e ineficaz decepciona a los que escuchan y hace daño al orador. No tiene tiempo para buscar al Señor ni para pedir con fe la unción del Espíritu Santo.

Para que los esfuerzos de los obreros de Dios puedan tener buen éxito, necesitan recibir la gracia y la eficiencia que tan sólo (239) él puede conceder. "Pedid, y se os dará" (Juan 16:24), es la promesa. Entonces, ¿por qué no tomar tiempo para pedir, para abrir la mente a las impresiones del Espíritu Santo, y que el alma pueda recibir nueva vitalidad mediante una fresca provisión de vida? El mismo Cristo pasaba mucho tiempo en oración. Cada vez que tenía la oportunidad se apartaba para hallarse a solas con Dios. Cada vez que nos inclinamos delante de Dios en oración humilde, él coloca sobre nuestros labios un carbón encendido de su altar, y los santifica para la obra de llevar la verdad de la Biblia a la gente.

Se me ha instruido que diga a los que son obreros conmigo: Si desean disfrutar de los ricos tesoros del cielo, deben cultivar la comunión secreta con Dios. A menos que lo hagan, sus almas se encontrarán tan destituidas del Espíritu Santo como lo estaban de rocío y lluvia los cerros de Gilboa. Cuando corren de una cosa a otra, cuando tienen tanto que hacer que no pueden tomar tiempo para conversar con Dios, ¿cómo pueden pretender que haya poder en su trabajo?

La razón por la cual muchos de nuestros ministros predican discursos tediosos y sin vida es porque permiten que su tiempo y atención se ocupen con una variedad de otras cosas de naturaleza mundanal. A menos que experimentemos un crecimiento constante en la gracia, nos faltarán palabras apropiadas para cada ocasión. Tengan comunión con sus propios corazones, y luego ténganla con Dios. A menos que lo hagan, sus esfuerzos serán estériles, el producto de un apresuramiento y una confusión no santificados.

Pastores y maestros, permitan que su trabajo se caracterice por la fragancia de una profunda gracia espiritual. No lo transformen en algo ordinario mezclándolo con las cosas comunes. Avancen hacia adelante y hacia arriba. Purifíquense de toda contaminación de la carne y el espíritu, perfeccionando la santidad en el temor del Señor.

Necesitamos convertirnos diariamente. Nuestras oraciones deberían ser más fervientes; entonces serán más efectivas. Nuestra confianza de que el Espíritu de Dios nos acompañará debería fortalecerse cada vez más, haciéndonos tan puros y santos, y tan rectos y aromáticos como los cedros del Líbano. (240)

Los ministros del Evangelio deberían mantener su oficio libre de todo lo secular o político, empleando todo su tiempo y sus talentos en actividades de esfuerzo cristiano.

No es conducente a la espiritualidad de un ministro atarlo a un solo lugar encargándolo de los asuntos administrativos de la obra de la iglesia. Esto no está de acuerdo con el plan bíblico bosquejado en el capítulo 6 del libro de los Hechos. Estudien este plan; está aprobado por Dios. Obedezcan la Palabra.

Los que predican la palabra de vida no deben permitir que se coloquen muchas cargas sobre ellos. Deben tomar tiempo para estudiar la Palabra y autoexaminarse. Si investigan cuidadosamente su propio corazón y se entregan al Señor, aprenderán mejor a discernir las cosas escondidas de Dios.

En lugar de elegir el trabajo que nos resulte más placentero y de hacer algo que nuestros hermanos piensan que deberíamos hacer, necesitamos inquirir: "Señor, ¿qué quieres que haga?" En vez de recorrer el camino que la inclinación natural nos induce a seguir, deberíamos orar: "Enséñame, oh Jehová, tu camino, y guíame por sendas de rectitud" (Salmo 27:11).

Detalles financieros de la obra relacionada con las ciudades. —Nuestros pastores deberían aprender a no inmiscuirse en los negocios y asuntos financieros. Se me ha indicado repetidamente que éste no es el trabajo del ministerio. No se los debe agobiar con los detalles administrativos de la obra, ni siquiera en las ciudades; más bien deben estar dispuestos a visitar los lugares donde se haya despertado interés por el mensaje, y especialmente para asistir a nuestras reuniones campestres. Mientras éstas se llevan a cabo, nuestros obreros no deben pensar que necesitan permanecer en las ciudades para atender asuntos relacionados (241) con diversos aspectos del trabajo en la ciudad; ni tampoco deben salir apresuradamente de estas reuniones campestres con el fin de atender esa clase de tareas.

Los dirigentes de nuestras asociaciones deberían encargar a hombres de negocios para que atiendan los detalles financieros de la obra de las ciudades. Si no se pueden encontrar tales personas, que entonces se provean los medios para entrenar a hombres que desempeñen estas responsabilidades.

Administradores consagrados. — Las instituciones escandinavas no necesitarían hallarse en la posición en que se encuentran —y no lo estarían— si desde hace años los hermanos de los Estados Unidos hubieran hecho lo que debían. A Europa se debería haber enviado un hombre con experiencia en líneas administrativas, con conocimientos prácticos de contabilidad, para supervisar la forma de llevar las cuentas en nuestras instituciones allí. Y si esta tarea hubiera requerido a más de una persona, se debería haber enviado a más de una. De este modo se habrían ahorrado miles y miles de dólares.

Nuestra obra en los Estados Unidos debería tener empleados a tales hombres, hombres que sepan cuáles son los principios celestiales, y que conozcan por experiencia lo que significa andar con Dios. Si tales hombres hubieran supervisado los asuntos financieros de nuestras asociaciones e instituciones, hoy tendríamos abundantes fondos en la tesorería, y nuestras instituciones se hallarían en la posición en que Dios ha declarado que se deberían encontrar, siendo una ayuda para la obra por medio de la abnegación y el sacrificio propio. (242)

La Obra del Ministerio.-

Todavía no se ha podido entrar en muchos campos maduros para la siega porque hemos adolecido de ayudantes abnegados. Se debe penetrar en estos campos, y muchos obreros deberían acudir a ellos con la determinación de costear sus propios gastos. Pero algunos de nuestros pastores están muy poco dispuestos a tomar sobre sí la responsabilidad de este trabajo, muy poco dispuestos a laborar con la misma cordial buena voluntad que caracterizó la vida de nuestro Señor.

Dios se entristece al ver la falta de abnegación y perseverancia que manifiestan sus seguidores. Los ángeles se asombran del espectáculo. Que los obreros de Cristo estudien su vida de abnegación. El es nuestro ejemplo. ¿Pueden los ministros de hoy pretender que se los llame a pasar menos penurias que las que tuvieron que soportar los primeros cristianos, los valdenses y los reformadores de todas las edades, en sus esfuerzos por llevar el Evangelio a todos los países?

Dios ha encomendado a sus ministros la tarea de proclamar su último mensaje de misericordia a todo el mundo. Siente desagrado con los que no dedican todas sus energías a la realización de esta tarea de importancia suprema. La infidelidad de parte de los centinelas encargados de vigilar los muros de Sión coloca en peligro la causa de la verdad y la expone a las burlas del enemigo. Ya es tiempo de que nuestros ministros comprendan la responsabilidad de su misión y carácter sagrados. Un ay pesa sobre ellos si fracasan en llevar a cabo la tarea que ellos mismos reconocen que Dios ha colocado en sus manos.

No pocos ministros descuidan la obra que se les ha encomendado. ¿Por qué tienen que ocuparse de juntas y comités las personas que han sido separadas para realizar la obra del ministerio? ¿Por qué se los llama a asistir a tantas reuniones de negocios que muchas veces se realizan a grandes distancias de sus campos de labor? ¿Por qué no se colocan los asuntos administrativos en (243) manos de hombres de negocios? Los ministros no han sido apartados para realizar esta clase de trabajo. Las finanzas de la causa deben ser manejadas correctamente por hombres que posean esos conocimientos, pero los ministros han sido elegidos para realizar una tarea diferente. Que la atención de los asuntos financieros descanse sobre otras personas que no hayan sido ordenadas para el ministerio.
Los ministros no deben ser llevados de aquí para allá con el fin de asistir a reuniones de negocios para decidir cuestiones administrativas comunes. Muchos de nuestros pastores han hecho este trabajo en el pasado, pero el Señor no desea que se dediquen a esta clase de labores. Se han colocado sobre ellos demasiadas cargas financieras. Cuando tratan de cumplir con estas responsabilidades descuidan de llevar a cabo la comisión evangélica. Dios considera esto como una deshonra para su nombre.
La gran viña del Señor exige de sus siervos lo que todavía no le han concedido: un trabajo perseverante y decidido en favor de las almas. El ministerio se está haciendo débil y enfermizo, y las iglesias también se han debilitado debido al servicio endeble de ellos. Estos ministros tienen muy pocas almas convertidas que mostrar como resultado de sus labores. La verdad no se ha llevado a los lugares áridos de la tierra. Estas cosas no hacen sino privar a Dios de la gloria que le pertenece. El necesita obreros que sean productores además de consumidores.
Se tiene que amonestar al mundo. Los pastores deben trabajar intensa y piadosamente, abriendo obra en campos nuevos y realizando una labor personal en favor de las almas, en lugar de sólo dar vueltas alrededor de las iglesias que ya poseen una gran luz y muchas ventajas. (244)

Las Reuniones de Junta.-
Recuerden los que asisten a reuniones de junta que se encuentran con Dios, quien les ha dado su obra. Reúnanse con reverencia y consagración del corazón. Se reúnen para considerar asuntos importantes relacionados con la causa de Dios. En todo detalle sus acciones deben demostrar que desean comprender su voluntad acerca de los planes que se han de trazar para el progreso de su obra. No malgasten un momento en conversación sin importancia; porque los asuntos del Señor deben dirigirse en forma perfecta y eficiente. Si algún miembro de una junta es descuidado e irreverente, recuérdesele que está en la presencia de un Testigo que pesa todas las acciones.
Se me ha indicado que las reuniones de junta no agradan siempre a Dios. Algunos han acudido a estas reuniones con un espíritu de crítica, frío, duro y carente de amor. Los tales pueden hacer mucho daño; porque los acompaña la presencia del maligno que los mantiene del lado erróneo. Con cierta frecuencia su actitud insensible hacia las medidas que se están considerando produce perplejidad y demora las decisiones que deberían tomarse. Los siervos de Dios que necesitan descanso mental y sueño han sido angustiados y recargados por estos casos. Con la esperanza de llegar a una decisión, continúan sus reuniones hasta muy avanzada la noche. Pero la vida es demasiado preciosa para ponerla en peligro de esta manera. Dejad al Señor llevar la carga. Esperad que él ajuste las dificultades. Dad descanso al cerebro agobiado. El prolongar las sesiones hasta horas que no son razonables es algo destructor para las facultades físicas, mentales y morales. Si se diesen al cerebro los debidos momentos de descanso, los pensamientos serían claros y agudos, y los asuntos se atenderían con presteza.

La alimentación y las reuniones de junta.-
Antes que nuestros hermanos se reúnan en concilio o reuniones de directorio, cada uno debe presentarse ante Dios, escudriñar (245) cuidadosamente su corazón y examinar sus motivos con ojo crítico. Rogad al Señor que él se os revele para que no critiquéis o condenéis imprudentemente las medidas propuestas.

Sentados ante mesas abundantemente cargadas, ciertos hombres comen a menudo mucho más de lo que pueden digerir fácilmente. El estómago recargado no puede hacer debidamente su trabajo. El resultado es una sensación desagradable de embotamiento del cerebro y el espíritu no actúa prestamente. Las combinaciones impropias de alimentos crean disturbios; se inicia la fermentación; la sangre queda contaminada y el cerebro se confunde.

El hábito de comer en exceso o de comer demasiadas clases de alimentos en una comida, causa con frecuencia dispepsia. Se ocasiona así un grave daño a los delicados órganos digestivos. El estómago protesta en vano y suplica al cerebro que razone de causa a efecto. La excesiva cantidad de alimento ingerido, o la combinación impropia, hace su obra perjudicial. En vano dan su advertencia las prevenciones desagradables. El sufrimiento es la consecuencia. La enfermedad reemplaza a la salud.

Puede ser que algunos pregunten: ¿Qué tiene que ver esto con las reuniones de junta? Muchísimo. Los efectos de comer en forma errónea penetran en las reuniones de concilio y de junta. El cerebro queda afectado por la condición del estómago. Un estómago desordenado produce un estado mental desordenado e incierto. Un estómago enfermo produce una condición enfermiza del cerebro, y con frecuencia le induce a uno a sostener con terquedad opiniones erróneas. La supuesta sabiduría de una persona tal es insensatez para Dios.

Presento esto como la causa de la situación creada en muchas reuniones de concilio y de junta en las cuales ciertas cuestiones que requerían estudio cuidadoso recibieron poca consideración, y se tomaron apresuradamente decisiones de la mayor importancia. Con frecuencia, cuando debiera haberse tenido unanimidad en la afirmativa, ciertas negativas resueltas cambiaron por completo la atmósfera que reinaba en una reunión. Estos resultados se me han presentado vez tras vez. Expongo estos asuntos ahora, porque se me ha indicado que diga a mis hermanos en el ministerio: Por la intemperancia en el comer os incapacitáis para ver claramente la (246) diferencia entre el fuego sagrado y el común. Y por esta intemperancia reveláis también vuestro desprecio hacia las advertencias que el Señor os ha dado. La palabra que os dirige es: "¿Quién ¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios. He aquí que todos vosotros encendéis fuego, y os rodeáis de teas; andad a la luz de vuestro fuego, y de las teas que encendisteis. De mi mano os vendrá esto; en dolor seréis sepultados" (Isa. 50:10-11).

¿No nos acercaremos al Señor, para que nos salve de toda intemperancia en el comer y beber, de toda pasión profana y concupiscente, de toda perversidad? ¿No nos humillaremos delante de Dios y desecharemos todo lo que corrompe la carne y el espíritu, para que en su temor podamos perfeccionar la santidad del carácter?

Que todo aquel que debe sentarse en concilio y reunión de junta escriba en su corazón las palabras: Trabajo para este tiempo y para la eternidad; soy responsable ante Dios por los motivos que me impulsan a obrar. Sea éste su lema. Sea su oración la del salmista: "Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios. No dejes que se incline mi corazón a cosa mala, a hacer obras impías" (Salmo 141:3-4).

En las consultas para hacer progresar la obra, ningún hombre ha de ser la fuerza dominante, la voz del conjunto. Los métodos y los planes propuestos deben considerarse cuidadosamente, a fin de que todos los hermanos puedan pesar sus méritos relativos y decidir cuál debe seguirse. Al estudiar los campos a los cuales parece llamarnos el deber, es bueno tener en cuenta las dificultades que se encontrarán en ellos.

Hasta donde se pueda, las juntas directivas deben hacer conocer sus planes a los hermanos en general a fin de que el juicio de la iglesia pueda sostener sus esfuerzos. Muchos miembros de la (247) iglesia son prudentes, y otros tienen excelentes cualidades mentales. Debe despertarse su interés en el progreso de

la causa. A muchos se les podría inducir a tener una percepción más profunda de la obra de Dios y buscar la sabiduría de lo alto para extender el reino de Cristo mediante la salvación de las almas que perecen por falta de la Palabra de vida. Hombres y mujeres de espíritu noble han de ser añadidos todavía al número de aquellos de quienes se dice: "No me elegisteis vosotros a mí, mas yo os elegí a vosotros; ...para que vayáis y llevéis fruto" (Juan 15:16). (248)

Disciplina Eclesiástica.-

Al tratar con los miembros de la iglesia que yerran, el pueblo de Dios debe seguir cuidadosamente las instrucciones dadas por el Salvador en el capítulo 18 de Mateo.

Los seres humanos son propiedad de Cristo, comprados por él a un precio infinito y vinculados con él por el amor que él y su Padre han manifestado hacia ellos. ¡Cuán cuidadosos debemos ser, pues, en nuestro trato unos con otros! Los hombres no tienen derecho a sospechar el mal con respecto a sus semejantes. Los miembros de la iglesia no tienen derecho a seguir sus propios impulsos e inclinaciones al tratar con miembros que han errado. No deben siquiera expresar sus prejuicios acerca de los que erraron; porque así ponen en otras mentes la levadura del mal. Los informes desfavorables de un hermano o hermana de la iglesia se comunican de un miembro a otro. Se cometen errores e injusticias porque algunos no quieren seguir las instrucciones dadas por el Señor Jesús.

"Si tu hermano pecare contra ti —declaró Cristo—, ve, y redargúyele entre ti y él solo" (Mat. 18:15). No habléis del mal a otro. Si este mal es contado a una persona, luego a otra y aun a otra, el informe crece continuamente, y el daño aumenta hasta que toda la iglesia tiene que sufrir. Arréglese el asunto "entre ti y él solo" . Tal es el plan de Dios. "No salgas a pleito presto, no sea que no sepas qué hacer al fin, después que tu prójimo te haya dejado confuso. Trata tu causa con tu compañero y no descubras el secreto a otro" (Prov. 25:8-9). No toleréis el pecado en vuestro hermano; pero no lo expongáis ni aumentéis la dificultad haciendo que la reprensión parezca como una venganza. Corregidle de la manera esbozada en la Palabra de Dios.

No permitáis que el resentimiento madure en malicia. No dejéis que la herida se infecte y reviente en palabras envenenadas que manchen la mente de quienes las oigan. No permitáis que los pensamientos amargos continúen embargando vuestro ánimo y el (249) suyo. Id a vuestro hermano, y con humildad y sinceridad habladle del asunto.

Cualquiera que sea el carácter de la ofensa, no cambia el plan que Dios trazó para el arreglo de las desinteligencias e injurias personales. El hablar a solas y con el espíritu de Cristo a aquel que faltó eliminará la consiguiente dificultad. Id a aquel que erró, y con el corazón lleno del amor y de la simpatía de Cristo tratad de arreglar el asunto. Razonad con él con calma y tranquilidad. No dejéis escapar de vuestros labios palabras airadas. Hablad de una manera que apele a su mejor criterio. Recordad las palabras: "Sepa que el que hubiere hecho convertir al pecador del error de su camino, salvará un alma de muerte, y cubrirá multitud de pecados" (Sant. 5:20).

Llevad a vuestro hermano el remedio que curará la enfermedad del desafecto. Haced vuestra parte para ayudarle. Por amor a la paz y la unidad de la iglesia, considerad este proceder tanto un privilegio como un deber. Si os oye, habréis ganado un amigo.

Todo el cielo está interesado en la entrevista entre aquel que ha sido perjudicado y el que está en error. Y cuando el que erró acepta la reprensión ofrecida con el amor de Cristo y, reconociendo su error, pide perdón a Dios y a su hermano, la alegría del cielo llena su corazón. La controversia terminó. La amistad y la confianza quedaron restauradas. El aceite del amor elimina la irritación causada por el mal. El Espíritu de Dios liga un corazón al otro; y hay en el cielo música por la unión realizada.

Mientras los que están así unidos en la comunión cristiana ofrecen oración a Dios y se comprometen a obrar con justicia, a amar la misericordia y a andar humildemente con Dios, reciben gran bendición. Si

han perjudicado a otros, continúen la obra de arrepentimiento, confesión y restitución, plenamente resueltos a hacerse bien unos a otros. Este es el cumplimiento de la ley de Cristo.

"Mas si no te oyere, toma aun contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra" (Mat. 18:16). Tomad con vosotros personas de ánimo espiritual, y hablad de su mal al que erró. Tal vez ceda a las súplicas unidas de sus hermanos. Al ver cómo ellos están de acuerdo con el asunto, tal vez su mente quede iluminada. (250)

"Y si no oyere a ellos", ¿qué debe hacerse? ¿Tendrán que asumir algunas personas de la junta directiva la responsabilidad de despedir de la iglesia al que erró? "Y si no oyere a ellos, dilo a la iglesia" (Mat. 18:17). Tome la iglesia un acuerdo con respecto a sus miembros.

"Y si no oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por étnico y publicano" (verso 17). Si él no quiere escuchar a la iglesia, si rechaza todos los esfuerzos hechos por salvarle, a la iglesia incumbe la responsabilidad de separarle de su comunión. Su nombre debe entonces borrarse de los libros.

Ningún dirigente de la iglesia debe aconsejar, ninguna junta directiva recomendar, ni ninguna iglesia votar que el nombre de una persona que obra mal sea excluido de los libros de la iglesia, hasta que se hayan seguido fielmente las instrucciones dadas por Cristo. Cuando estas instrucciones se hayan cumplido, la iglesia queda justificada delante de Dios. El mal debe, pues, presentarse tal cual es, y debe ser suprimido, a fin de que no se propague. La salud y la pureza de la iglesia deben ser preservadas, para que ella aparezca delante de Dios sin mancha, revestida del manto de la justicia de Cristo.

Si el que erró se arrepiente y se somete a la disciplina de Cristo, se le ha de dar otra oportunidad. Y aun cuando no se arrepienta, aun cuando quede fuera de la iglesia, los siervos de Dios tienen todavía una obra que hacer en su favor. Han de procurar fervientemente que se arrepienta. Y por graves que hayan sido sus ofensas, si él cede a las súplicas del Espíritu Santo y, confesando y abandonando su pecado, da indicios de arrepentimiento, se le debe perdonar y darle de nuevo la bienvenida al redil. Sus hermanos deben animarle en el buen camino, tratándole como quisieran ser tratados si estuviesen en su lugar, considerándose a sí mismos, no sea que ellos también sean tentados.

"De cierto os digo —continuó Cristo— que todo lo que ligareis en la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mat. 18:18).

Esta declaración rige para todos los siglos. A la iglesia ha sido conferido el poder de actuar en lugar de Cristo. Es instrumento de Dios para la conservación del orden y la disciplina entre su pueblo. En ella ha delegado el Señor el poder para arreglar todas (251) las cuestiones relativas a su prosperidad, pureza y orden. A ella le incumbe la responsabilidad de excluir de su comunión a los que no son dignos de ella, a los que por conducta anticristiana deshonrarían la verdad. Cuanto haga la iglesia que esté de acuerdo con las indicaciones dadas en la Palabra de Dios será ratificado en el cielo.

Se presentan asuntos de grave importancia para que los decida la iglesia. Los ministros de Dios, ordenados por él como guías de su pueblo, deben, después de hacer su parte, someter todo el asunto a la iglesia para que haya unidad en la decisión tomada.

El Señor desea que los que le siguen ejerzan gran cuidado en su trato mutuo. Han de elevar, restaurar y sanar. Pero no debe haber en la iglesia negligencia de la debida disciplina. Los miembros han de considerarse como alumnos en una escuela, y aprender a formar un carácter digno de su alta vocación. En la iglesia de esta tierra los hijos de Dios han de quedar preparados para la gran reunión de la iglesia del cielo. Los que vivan en armonía con Cristo pueden esperar una vida eterna en la familia redimida.

El amor de Dios hacia la especie caída es una manifestación peculiar de amor: un amor nacido de la misericordia; porque todos los seres humanos son indignos de él. La misericordia implica imperfección del objeto hacia el cual se manifiesta. Se debe al pecado que la misericordia entró en ejercicio activo.

Es posible que sea necesario realizar mucho trabajo en la formación de su carácter, y que usted sea una piedra tosca que debe ser cortada en perfecta escuadra y pulida antes que pueda ocupar un lugar en el templo de Dios. No necesita sorprenderse si con martillo y cincel Dios corta las aristas agudas de su carácter, hasta que esté preparado para ocupar el lugar que él le reserva. Ningún ser humano puede realizar esta obra. Únicamente Dios puede hacerla. Y tenga usted la seguridad de que no asestará él un solo golpe inútil. Da cada uno de sus golpes con amor, para su felicidad eterna. Conoce sus flaquezas y obra para curar y no para destruir. (252)

"Considerémonos unos a Otros".-

Ustedes se encontrarán a menudo con personas que se hallan bajo la opresión de las tentaciones. No sabrán con cuánta severidad lucha Satanás contra ellas. Cuiden de no desalentar a esas almas concediéndole así una ventaja al tentador.

Siempre que observen algo que necesita corregirse, o escuchen acerca de ello, pídanle al Señor que les conceda sabiduría y gracia, para que al tratar de ser fieles no se tornen severos.

Siempre resulta humillante que a uno le indiquen sus errores. No tornen amarga la experiencia con una censura innecesaria. La crítica severa produce desánimo y hace que la vida sea sombría y desdichada.

Hermanos míos, prevalezcan por medio del amor más bien que por la severidad. Cuando el que comete una falta acepta su error, cuiden de no destruir su dignidad. No traten de magullar y herir, sino más bien de vendar y sanar.

Ningún ser humano posee facultades tan sensibles como las de nuestro Salvador, ni una naturaleza tan pura. ¡Y qué paciencia la que manifiesta para con nosotros! Año tras año soporta nuestras debilidades e ignorancia, nuestra ingratitud y desobediencia. Y a pesar de todos nuestros extravíos, la dureza de nuestro corazón, y nuestro descuido de sus sagradas órdenes, todavía su mano se extiende hacia nosotros. Y nos manda: "Como yo os he amado, que también os améis unos a otros" (Juan 13:34).

Hermanos, considérense misioneros, no entre los paganos, sino entre sus propios compañeros de trabajo. Se necesita una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo para convencer a una sola alma con respecto a las verdades especiales para este tiempo. Y hay gozo en la presencia de los ángeles cuando las almas se convierten del pecado a la rectitud. ¿Piensan ustedes que los espíritus ministradores que velan sobre estas almas se complacen al ver (253) con cuánta indiferencia son tratadas por aquellos que pretenden ser cristianos? Prevalecen las preferencias humanas. Se manifiesta parcialidad. Algunos son favorecidos mientras se trata a otros con aspereza.

Los ángeles observan con admiración reverente la misión de Cristo en favor del mundo. Quedan maravillados ante el amor que lo movió a darse a sí mismo como sacrificio por los pecados de los hombres. ¡Pero con cuánta liviandad consideran los seres humanos lo que él compró con su sangre!

No necesitamos comenzar tratando de amarnos unos a otros. Lo que se necesita es el amor de Cristo en el corazón. El amor verdadero brota espontáneamente cuando el yo se halla sumergido en Cristo.

Venceremos en paciente dominio propio. Es el servicio paciente lo que trae descanso al alma. Son los trabajadores humildes, diligentes y fieles los que promueven el bienestar de Israel. Las palabras de amor y estímulo harán más para apaciguar el temperamento rápido y la disposición obstinada que todas las críticas y reprensiones que se puedan acumular sobre el que yerra.

El mensaje del Maestro debe ser comunicado con el espíritu del Maestro. Nuestra única salvaguardia consiste en mantener nuestros pensamientos e impulsos bajo el control del Gran Maestro. Al hacer así,

los ángeles de Dios le concederán una rica experiencia a cada obrero verdadero. La gracia de la humildad transformará nuestras palabras en expresiones de una ternura semejante a la de Cristo. (254)

A los Maestros de Nuestras Escuelas.-
Mis queridos hermanos y hermanas: El Señor actuará en favor de todos los que estén dispuestos a andar con él en humildad. El los ha colocado en posiciones de responsabilidad. Caminen prudentemente delante de él. La mano de Dios está en el timón. El conducirá el barco al puerto más allá de las rocas. Utilizará las cosas débiles de este mundo para confundir las poderosas.
Mi oración es que hagan a Dios su consejero. Ustedes no tienen que dar cuenta a ningún ser humano, sino que se hallan bajo la dirección de Dios. Manténganse cerca de él. No acepten las ideas mundanas como su criterio. No permitan ninguna separación de los métodos de trabajo del Señor. No empleen el fuego común, pero usen el fuego sagrado encendido por el Señor.
Tengan buen ánimo en su trabajo. Por muchos años he presentado ante nuestro pueblo la necesidad de ejercitar igualmente las facultades físicas como las mentales, en la educación de nuestros jóvenes. Pero a los que nunca han experimentado el valor de la instrucción que se les ha dado, de combinar el entrenamiento manual con el estudio de los libros, se les hace difícil comprender y poner en práctica estas directivas.
Esfuércense por impartir a sus alumnos las bendiciones que Dios les ha concedido. Guíenlos por los terrenos del conocimiento con el deseo profundo y serio de ayudarlos. Acérquense a ellos. A menos que el amor y la delicadeza de Cristo abunden en el corazón de los maestros, en ellos se manifestará demasiado el espíritu tosco y dominante del amo.
El Señor desea que aprendan a utilizar la red del Evangelio. Sus redes deben ser de malla cerrada para que puedan tener éxito en su trabajo. Deben utilizar las Escrituras de tal manera que se comprenda fácilmente su significado. Entonces recojan la red diestramente. Vayan directamente al grano. Por más elevado que sea el conocimiento de una persona, no le sirve de nada a menos que lo pueda comunicar a los demás. Que la expresión de su voz, (255) el profundo sentimiento que revele, impresione los corazones. Insten a sus alumnos a que se rindan completamente a Dios. "Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne" (Judas 21-23). A medida que sigan el ejemplo de Cristo obtendrán la preciosa recompensa de ver a sus alumnos ganados para él.

Un esfuerzo agresivo.-
El Señor Dios de Israel tiene hambre de ver frutos. El pide a sus obreros que extiendan sus actividades más de lo que han hecho hasta ahora. Desea que su campo de labor sea el mundo entero y no sólo que trabajen para nuestras iglesias. El apóstol Pablo viajó de un lugar a otro predicando la verdad a los que se hallaban en las tinieblas del error. Trabajó durante un año y medio en Corinto y demostró el carácter divino de su misión al establecer una iglesia floreciente, compuesta de judíos y gentiles. Cristo nunca limitó sus favores a un solo lugar. Las villas y las ciudades de Palestina resonaban con las verdades que brotaban de sus labios.

El saludo de Cristo para el mundo.-
El Sermón del Monte es la bendición del cielo para el mundo, una voz que proviene del trono de Dios. Se lo dio a la humanidad para que fuera la ley de su conducta y la luz del cielo, su esperanza y consuelo en las horas de abatimiento; aquí el Príncipe de los predicadores, el Maestro por excelencia, expresa las palabras que el Padre le indicó que pronunciara.
Las bienaventuranzas constituyen el saludo de Cristo, no sólo para los creyentes, sino para toda la familia humana. Por un momento pareció olvidar que se hallaba en el mundo, no en el cielo; y utilizó el

saludo familiar del mundo de la luz. Las bendiciones brotaron de sus labios como una rica corriente de vida que hubiera estado detenida por largo tiempo.

Cristo no nos deja en duda con respecto a los rasgos de carácter que siempre está dispuesto a reconocer y bendecir. Ignorando a (256) los ambiciosos favoritos del mundo se vuelve hacia quienes han sido despreciados por ellos, llamando bienaventurados a los que reciben su luz y su vida. Extiende sus brazos de refugio a los pobres en espíritu, mansos, humildes, sufrientes, despreciados y perseguidos, y les dice: "Venid a mí... y yo os haré descansar" (Mat. 11:28).

Cristo puede observar toda la miseria del mundo sin experimentar una sombra de tristeza por haber creado al hombre. Ve que en el corazón humano hay algo más que pecado y miseria. En su sabiduría y amor infinitos observa las posibilidades que hay en cada ser humano y la altura que pueden alcanzar. Sabe que, aunque los seres humanos han abusado de las bendiciones que han recibido y han destruido la dignidad que Dios les ha dado, el Creador todavía será glorificado con la redención de ellos.

El Sermón del Monte es un ejemplo de la forma como debemos enseñar. ¡Cuántos esfuerzos no hizo Cristo para lograr que los misterios no fueran más misterios, sino verdades claras y sencillas! No hay nada impreciso en sus instrucciones, nada difícil de comprender.

"Y abriendo su boca les enseñaba" (Mat. 5:2). No expresaba sus palabras en susurros, ni su voz era áspera o desagradable. Hablaba con énfasis y claridad, con poder solemne y convincente.

"Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mat. 7:28-29).

Un estudio serio del Sermón del Monte, hecho con oración, nos preparará para proclamar la verdad y para llevar a otros a la luz que hemos recibido. Pero antes debemos preocuparnos por nosotros mismos y recibir los principios de la verdad con corazones humildes, poniéndolos en práctica en, obediencia perfecta. Esto nos proporcionará gozo y paz. De este modo comemos la carne y bebemos la sangre del Hijo de Dios y crecemos vigorosos en su fortaleza. Nuestras vidas están integradas a su vida. Nuestro espíritu, nuestras inclinaciones y nuestros hábitos se conforman a la voluntad de aquel de quien Dios declaró: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mat. 3:17).

Las palabras que Cristo pronunció sobre el monte de las (257) bienaventuranzas retendrán su poder a través de todos los tiempos. Cada oración es una joya sacada del palacio del tesoro de la verdad. Los principios enunciados en este discurso son para todas las edades y para todas las clases de seres humanos. Cristo expresó su fe y esperanza con energía divina, mientras declaraba bienaventurada a una clase de personas tras otra porque habían formado caracteres justos. Al vivir la vida del Dador de la vida, mediante la fe en él, cada uno puede alcanzar la norma establecida en sus palabras. ¿No merece el logro de este objetivo el esfuerzo incansable de toda una vida?

El panorama.-

Nos acercamos al final de la historia de esta tierra. Tenemos delante de nosotros una gran tarea: la obra final de dar el último mensaje de amonestación a un mundo pecador. El Señor tomará a algunos hombres de detrás del arado, de los viñedos y de diversas otras líneas de trabajo, y los enviará a dar este mensaje al mundo.

El mundo está desquiciado. Al observar el cuadro, el panorama nos parece descorazonador. Pero con una seguridad llena de esperanza el Señor les da la bienvenida a los mismos hombres y mujeres que nos causan desalientos. Descubre en ellos cualidades que los capacitarán para ocupar un lugar en su viña. Si se disponen a aprender constantemente, los transformará mediante su providencia en hombres y mujeres capaces de realizar un trabajo que no está más allá del alcance de sus posibilidades; les concederá poder de expresión mediante la impartición del Espíritu Santo.

Hay muchos campos áridos y no trabajados donde el mensaje debe ser llevado por principiantes. El resplandor del panorama que el Salvador observa en el mundo inspirará confianza en muchos obreros, quienes, si comienzan el trabajo humildemente y se entregan a él de corazón, serán considerados

idóneos para el tiempo y el lugar. Cristo observa toda la miseria y desesperación que hay en el mundo, cuya contemplación haría que algunos de nuestros obreros de gran capacidad se inclinaran agobiados por un peso tan grande de desánimo, que ni siquiera sabrían cómo empezar a conducir a las personas al primer peldaño de la escalera. Sus meticulosos métodos tendrían poco valor. Sería como si (258) se pararan sobre los peldaños altos de la escalera diciendo: "Suban aquí donde estamos nosotros". Pero las pobres almas no saben dónde colocar sus pies.

El corazón de Cristo se alegra al ver a los que son pobres en todo el sentido de la palabra; se alegra al ver a los que son mansos, a pesar de las vejaciones; se alegra por el hambre de justicia, al parecer insatisfecha, que algunos experimentan por no saber cómo cambiar. El recibe con agrado, por decirlo así, el mismísimo estado de cosas que desanimaría a muchos pastores. Reprende nuestra piedad equivocada dando la responsabilidad del trabajo en favor de los pobres y necesitados de los lugares difíciles de la tierra, a hombres y mujeres dotados de corazones capaces de compadecerse de los ignorantes y de los que andan descaminados. El Señor les enseña a estos obreros cómo relacionarse con aquellos a quienes desea ayudar. Se sentirán estimulados al ver que delante de ellos se abren puertas para entrar en lugares donde puedan realizar trabajo médico misionero. Puesto que poseen muy poca confianza en sí mismos, le rinden toda la gloria a Dios. Puede ser que sus manos sean ásperas e inexpertas, pero poseen un corazón susceptible a la piedad; los embarga el ferviente deseo de hacer algo para aliviar la miseria tan abundante; y Cristo se halla presente para ayudarles. El obra a través de quienes disciernen misericordia en la miseria, y ganancia en la pérdida de todas las cosas. Cuando la luz del mundo pasa por algún lugar se descubren privilegios en todas las privaciones y aparece orden en la confusión; el éxito y la sabiduría de Dios se revelan en lo que había parecido un fracaso.

Mis hermanos y hermanas, alléguense a la gente al practicar su ministerio. Levanten a los abatidos. Consideren las calamidades como si fueran bendiciones disfrazadas, y las aflicciones, como misericordias. Trabajen de tal manera que la esperanza brote en lugar de la desesperación.

La gente común debe ocupar su lugar como obreros. Al participar de las tristezas de sus semejantes, así como el Salvador compartió las tristezas de la humanidad, por fe lo verán trabajando con ellos.

"Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo" (Sof. 1:14). Quiero decir a cada obrero: Avance con una fe (259) humilde, y el Señor lo acompañará. Pero vele en oración. Esta es la ciencia de su trabajo. El poder es de Dios, Trabaje dependiendo de él, y recuerde que es un colaborador suyo. El es su ayudador. Su fuerza depende de él. El constituirá su sabiduría, su justicia, su santificación y su redención. Lleve el yugo de Cristo, aprendiendo diariamente de él su mansedumbre y su humildad. El será su consuelo y reposo.

El poder de lo alto.-

Del mismo modo como a los discípulos se les concedió una capacitación divina, a saber el poder del Espíritu Santo, así también les será concedido hoy a quienes lo buscan correctamente. Únicamente este poder puede hacernos sabios para la salvación y volvernos idóneos para las cortes de arriba. Cristo desea concedernos una bendición que nos santificará. "Estas cosas os he hablado —dice él— para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Juan 15:11). El gozo que se experimenta en el Espíritu Santo es un regocijo sanador y vivificador. Al concedernos su Espíritu, Dios se da a sí mismo, transformándose él mismo en una fuente de influencias divinas con el fin de dar salud y vida al mundo.

Así como Dios derrama tan liberalmente sus bendiciones sobre ustedes, recuerden que lo hace para que puedan devolvérselas al Dador, multiplicadas por haberlas impartido a otros. Traigan luz y paz y regocijo a la vida de los demás. Cada día necesitamos la disciplina de la humillación del yo, con el fin de prepararnos para recibir el don celestial, no con el objeto de acumularlo, no para robar a los hijos de Dios de sus bendiciones, sino para impartirlo a los demás en toda la riqueza de su plenitud. ¿Cuándo necesitaremos más que ahora un corazón abierto para recibir, pero sufriendo, por así decirlo, por el ansia de impartir lo recibido?

Estamos moralmente obligados a sacar en abundancia de la casa del tesoro del conocimiento divino. Dios desea que recibamos mucho para que podamos impartir mucho. Desea que seamos canales a través de los cuales él pueda impartir su gracia ricamente al mundo.

Que sus oraciones se caractericen por la sinceridad y la fe. El Señor está dispuesto a hacer en nuestro favor "mucho más abundantemente (260) de lo que pedimos o entendemos" (Efe. 3:20). Hablen de esto; oren acerca de ello. No conversen de incredulidad. No podemos darnos el lujo de dejar que Satanás vea que tiene poder para ensombrecer nuestro semblante y entristecer nuestras vidas.

Oren con fe. Y asegúrense de colocar sus vidas en armonía con sus peticiones, de modo que puedan recibir las bendiciones que han demandado. Que no se debilite su fe, porque las bendiciones que se reciben son proporcionales a la fe que se ejerce. "Conforme a vuestra fe os sea hecho" . "Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis" (Mat. 9:29; 21:22). Oren, crean, y regocíjense. Canten himnos de alabanza a Dios porque él les ha contestado sus oraciones. Acéptenlo al pie de la letra, "porque fiel es el que prometió" (Heb. 10:23). No se pierde ninguna súplica sincera. El canal está abierto; la corriente está fluyendo. Lleva propiedades salutíferas en sus aguas, derramando una corriente restauradora de vida y salud y salvación.

A cada maestro se le concede el sagrado privilegio de representar a Cristo. Y a medida que los maestros luchan por hacerlo, pueden tener la convicción tranquilizadora de que el Salvador está muy cerca de ellos, sugiriéndoles las palabras que deben hablar en favor suyo, e indicándoles de qué manera pueden revelar su excelencia.

Los maestros se enfrentan con muchas pruebas. Los asalta el desánimo cuando ven que sus esfuerzos no son siempre apreciados por los alumnos. Satanás se esfuerza por afligirlos con enfermedades físicas, con la esperanza de inducirlos a murmurar contra Dios, para que olviden sus bondades, su misericordia, su amor, y el tremendo peso de gloria que espera al vencedor. Deben recordar que Dios los está guiando, mediante el sufrimiento, hacia una confianza más perfecta en él. Sus ojos están siempre sobre ellos, y si en medio de su perplejidad lo contemplan a él con fe, los sacará del horno afinados y purificados como el oro probado en el fuego. Les permite pasar por las pruebas con el fin de atraerlos más cerca de sí mismo, pero no coloca sobre sus hombros ninguna carga más pesada de la que pueden soportar. Y a cada uno le dice: "No te desampararé, ni te dejaré" (Heb. 13:5). (261) Siempre está listo para librar a los que confían en él. Que el maestro acosado y severamente probado diga: "Aunque él me matare, en él esperaré". "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya fruto, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová y me gozaré en el Dios de mi salvación" (Job 13:15; Hab. 3:17-18).

Alumnos, colaboren con sus maestros. Al hacerlo les proporcionan ánimo y esperanza. Les ayudan a ellos, pero al mismo tiempo se ayudan a sí mismos a avanzar. Recuerden que depende grandemente de ustedes si sus maestros se hallan en una situación ventajosa o no, y si su trabajo se reconoce como éxito.

Ustedes deben ser estudiantes en el sentido más elevado, y ver a Dios detrás del maestro, mientras el maestro colabora con él.

Sus oportunidades para trabajar se están esfumando rápidamente. No tienen tiempo que perder en la complacencia propia. Experimentarán una felicidad genuina solamente en la medida en que luchen fervientemente por lograr el éxito. Son preciosas las oportunidades que se les brindan durante el tiempo que pasan en la escuela. Hagan que su vida estudiantil sea tan perfecta como sea posible. Pasarán sólo una vez por ese camino. Y que tengan éxito o que fracasen en su tarea es un asunto que sólo depende de ustedes mismos. Y en la medida en que obtengan nuevos conocimientos de la Biblia estarán acumulando tesoros que podrán impartir a otros.

Si entre sus compañeros de estudio hay alguien que está atrasado, explíquenle la lección que no logra comprender. Esto contribuirá a su propia comprensión de la materia. Usen palabras sencillas; expresen sus ideas con palabras claras y de fácil comprensión.
Al ayudar a sus compañeros, también les ayudan a sus maestros. Y a menudo aquellos cuya mente parece insensible, captan más rápidamente las ideas de sus compañeros de estudios que las del maestro.
Esta es la clase de colaboración que Cristo recomienda. El (262) Gran Maestro está al lado de ustedes, indicándoles cómo ayudar al que está atrasado.
Durante su vida escolar tendrán oportunidades de contarles a los pobres e ignorantes acerca de las maravillosas verdades de la Palabra de Dios. Cultiven cada una de esas oportunidades. El Señor bendecirá cada momento que utilicen de esta manera.

Vivimos en un tiempo cuando Satanás está trabajando con todo su poder para desalentar y derrotar a los que se esfuerzan por servir a Dios. Pero no debemos fallar ni desanimarnos. Tenemos que ejercitar una mayor fe en Dios. Debemos confiar en su Palabra viviente. A menos que nos aferremos de lo alto con mayor firmeza, nunca seremos capaces de derrotara los poderes de las tinieblas que se verán y se sentirán en cada departamento de la obra.

Las cisternas de la tierra se vaciarán a menudo, y sus fuentes se secarán; pero en Cristo se halla un manantial vivo del cual podemos beber continuamente. No importa cuánta agua saquemos para compartir con los demás, siempre quedará en abundancia. No hay peligro de agotar el suministro; porque Cristo es la fuente inagotable de la verdad.

El código de conducta inculcado por el Evangelio no reconoce otra norma de perfección que la mente de Dios, la voluntad divina. Todos los atributos de un carácter virtuoso habitan en Dios como un todo perfecto y armonioso. El que recibe a Cristo como su Salvador personal tiene el privilegio de poseer tales atributos. En esto consiste la ciencia de la santidad. (263)

Consideración para Quienes Luchan con Dificultades.-
Durante años se ha mostrado una falta de visión al tratar con las personas que llevan adelante la obra del Señor en lugares difíciles. A menudo estos hombres trabajan en forma agotadora. Tienen muy poco dinero para invertir en el avance de la causa, y se ven obligados a sacrificarse con el fin de llevar adelante la obra. Trabajan por un salario escaso y practican la más estricta economía. Solicitan fondos de la gente y ellos mismos son un ejemplo de liberalidad. Le rinden a Dios la alabanza por lo que se ha hecho, comprendiendo que él es el autor y consumador de su fe, y que han sido capaces de progresar sólo por su poder.
Algunas veces, después que estos obreros han soportado la carga y el calor del día, y mediante esfuerzos perseverantes y pacientes han establecido alguna escuela o un sanatorio, o han tenido otra participación en el desarrollo de la obra, sus hermanos deciden que algún otro puede realizar un mejor trabajo, y que por lo tanto esa nueva persona debe hacerse cargo de la tarea. En algunos casos se hace la decisión sin dar la consideración ni el crédito debidos a quien ha tenido que llevar sobre sus hombros la parte más desagradable de la tarea, que ha tenido que laborar y orar y luchar aplicando todas sus fuerzas y energías en el desempeño de su responsabilidad.
Dios no se agrada con esta forma de tratar a sus obreros. El pide a su pueblo que sostenga las manos de quienes se esfuerzan por establecer la obra en lugares nuevos y difíciles, expresándoles palabras que los alegren y los animen.
Estos obreros pueden cometer errores a causa de su entusiasmo y celo por el adelanto de la obra. En su deseo de obtener fondos para el sostenimiento de las empresas más necesitadas, puede ser que se envuelvan en proyectos que no resultan en los mejores intereses de la obra. El Señor, al comprender

que tales proyectos (264) los desviarían de lo que él quisiera verlos realizar, permite que sufran frustraciones y se quebranten sus esperanzas. El dinero se ha sacrificado, y esto constituye una tremenda desgracia para quienes con tanto cariño habían deseado obtener medios para el sostén de la causa.

Mientras se esforzaban al máximo por levantar fondos para afrontar una emergencia, algunos de sus hermanos estaban de espectadores, criticando y suponiendo el mal, interpretando prejuiciadamente las motivaciones de estos obreros agobiados por la carga, y haciéndoles aún más difícil la tarea. Cegados por el egoísmo, estos censuradores no discernieron que sus hermanos ya tenían suficientes aflicciones sin necesidad de soportar la crítica de hombres que no habían llevado ninguna carga ni responsabilidad. La frustración es una gran prueba, pero el amor cristiano puede transformar la derrota en victoria. Los reveses nos enseñarán a ser cuidadosos. Aprendemos por las cosas que nos pasan. De este modo ganamos experiencia.

Se deben ejercer solicitud y sabiduría al tratar con los obreros que, aunque han cometido errores, han manifestado un interés intenso y abnegado en la obra. Que sus hermanos digan: "No vamos a echar a perder las cosas colocando a otra persona en su lugar, sin darle oportunidad de enmendar su error, y de colocarse en una situación ventajosa, libre de la preocupación ocasionada por la crítica injusta". Déseles tiempo para adaptarse, para sobreponerse a las dificultades que los rodean, y para presentarse como obreros dignos delante de ángeles y hombres. Es verdad que han cometido errores, pero ¿habrían hecho mucho mejor los que los han criticado y cuestionado? Cristo dijo a los fariseos acusadores: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra" (Juan 8:7).

Algunos manifiestan un deseo prematuro por reformar las cosas que les parecen equivocadas. Consideran que ellos deberían ser elegidos para reemplazar a los que han cometido el error. Menosprecian el trabajo realizado por estos obreros mientras otros no hacían más que mirar y criticar. Dicen mediante sus acciones: "Yo puedo hacer grandes cosas. Puedo llevar adelante la obra exitosamente". Se me ha instruido que diga a esas personas que piensan que saben tan bien cómo evitar los errores: "No (265) juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mat. 7:1). Puede ser que eviten equivocarse en algunos puntos, pero en otras cosas están propensos a cometer graves desaciertos, muy difíciles de remediar, y que acarrearían vergüenza sobre la obra. Esos errores producirían más daño que los que sus hermanos han cometido.

La instrucción que me ha sido dada indica que los hombres que colocan el fundamento de una obra, y que, frente al prejuicio luchan por avanzar, no deben ser colocados en una luz desfavorable para que otros puedan tomar sus lugares. Hay obreros fieles que han avanzado en la tarea que Dios dijo que debía ser hecha, a pesar de la crítica de algunos de sus hermanos. Si se los quitara ahora de su posición de responsabilidad, se produciría una impresión injusta para ellos y desfavorable para la causa, puesto que los cambios realizados se considerarían como una justificación de las críticas injustas que se habían hecho y de los prejuicios que existían. El Señor desea que no se haga ningún movimiento que conlleve una injusticia contra los que han trabajado larga y esforzadamente para levantar el trabajo que se les ha asignado.

Cambios imprudentes.-

Se hacen muchos cambios que sería mejor nunca realizarlos. A menudo, cuando los obreros se vuelven descontentos, en lugar de que se los anime a permanecer donde están y hacer un éxito de su trabajo, se los envía a otro lugar. Pero llevan consigo los mismos rasgos de carácter que han hecho que en el pasado malogren su trabajo. En el nuevo lugar manifestarán el mismo espíritu desemejante a Cristo porque todavía no han aprendido la lección de servicio paciente y humilde.

Yo les suplico que se establezca un procedimiento diferente. Se deben realizar cambios en los grupos de obreros de nuestras asociaciones e instituciones. Se deben buscar hombres eficientes y consagrados para animarlos a unirse como ayudantes y colaboradores de quienes llevan las responsabilidades

actualmente. Que en el espíritu del amor fraternal reine una unidad armoniosa entre los nuevos y los antiguos. Pero no se efectúen cambios administrativos abruptos de modo que se produzca desaliento en las personas que han laborado tesonera y exitosamente para promover la obra hasta cierto nivel de progreso. Dios no aprobará ninguna (266) acción realizada para desalentara sus servidores fieles. Que se apeguen a los principios de la justicia los que tienen el deber de conseguir la administración más eficiente posible para nuestras casas editoras, sanatorios y escuelas.

Un llamamiento al servicio.-

Dios solicita obreros. La causa necesita a hombres que se hayan formado por sus propios esfuerzos, quienes, colocándose humildemente como aprendices en las manos del Señor, han demostrado ser sus colaboradores. Se necesitan tales hombres en la obra ministerial y en el magisterio. Que quienes hayan demostrado ser verdaderamente hombres, se adelanten para realizar cuanto puedan al servicio del Maestro. Que se unan a las filas de los obreros y muestren su valía mediante un esfuerzo paciente y constante. Aprendemos a nadar en el agua, no en la tierra. Que cumplan con fidelidad el cometido para el cual se los llamó, para que de esa manera sean hechos idóneos para cumplir con responsabilidades aún mayores. Dios concede a todos la oportunidad de perfeccionarse en su servicio.

El que se coloca la armadura para pelear bien una batalla obtendrá una habilidad cada vez mayor a medida que continúa perfeccionando su conocimiento del Señor, obrando en armonía con el plan que Dios diseñó para el desarrollo perfecto de las facultades físicas, mentales, y espirituales.

Los jóvenes y las señoritas acumulan una provisión de conocimientos. No esperen hasta que alguna comisión humana los examine y los declare competentes para trabajar, sino que salgan por los vallados y los caminos y comiencen a colaborar con Dios. Empleen sabiamente el conocimiento que poseen. Usen fielmente sus facultades, impartiendo con generosidad la luz que Dios les ha concedido. Estudien los mejores métodos de impartir a otros paz, luz, verdad y las muchas otras ricas bendiciones del cielo. Mejoren constantemente. Manténganse ascendiendo cada vez más alto. Lo que verdaderamente vale ahora es la habilidad de poner las facultades de la mente y el cuerpo a trabajar, teniendo siempre presente las realidades eternas. Busquen al Señor con mayor seriedad, de modo que cada día sean más cultos, más cultivados espiritualmente. Entonces obtendrán la aprobación de Dios. (267)

No importa cuán grandes o cuán pequeños sean sus talentos, recuerden que lo que tienen es de ustedes únicamente porque les ha sido confiado. De este modo el Señor los está probando, dándoles la oportunidad de demostrar cuán dignos de confianza son. A él le deben todas sus habilidades. Las facultades de su cuerpo, mente y alma le pertenecen a él y han de ser utilizadas para él. Su tiempo, influencia, habilidades y talento, de todo se le debe dar cuenta a Aquel que todo lo da. Usa mejor sus talentos quien se esfuerza diligentemente por llevara cabo el gran plan del Señor para la elevación de la humanidad, recordando constantemente que él mismo debe ser un aprendiz a la vez que un maestro.

A medida que los jóvenes emprenden esta clase de labor y tienen éxito, a pesar de muchas dificultades, que nadie sugiera que se les encomiende alguna otra responsabilidad y que la obra que ellos han comenzado sea puesta en manos de hombres mayores y de más experiencia. Mientras nuestros jóvenes luchan con las dificultades, puede ser que cometan errores; pero si avanzan con perseverancia, sus derrotas serán transformadas en victoria.

Compañeros de labor, perseveren en la tarea que han comenzado. Aférrense a ella hasta que hayan ganado victoria tras victoria. Edúquense con un propósito. Mantengan en mente las normas más elevadas, para que puedan realizar un bien cada vez mayor y de ese modo reflejen la gloria de Dios.

Dios ha dotado a algunos de sus servidores con talentos especiales, y no se ha autorizado a nadie para menoscabar su excelencia. Pero que nadie haga uso de sus talentos para exaltar el yo. No se consideren a sí mismos como favorecidos por encima de sus semejantes, no se enaltezcan por encima de otros obreros sinceros y fieles. El Señor mira el corazón. El que se dedica al servicio de Dios con mayor devoción es de más alta estima ante el universo celestial.

El cielo está observando a los que ocupan posiciones de influencia para ver con cuánta fidelidad desempeñan su mayordomía. Las demandas que se hacen de ellos como mayordomos dependen de la amplitud de su influencia. Deben ser como padres en el trato que les den a sus semejantes: justos, tiernos y verdaderos. Deben poseer un carácter semejante al de Cristo, ligados a sus hermanos por los más estrechos lazos de unidad y comunión. (268)

Una Sabia Distribución de los Recursos.-

Muchos se han preocupado por la intrincada cuestión de los recursos. Vez tras vez Satanás ha bloqueado el camino del progreso mediante sus proyectos engañosos, pero atractivos. La iglesia no se ha mantenido en una posición de dependencia de Dios, sino que cediendo a las tentaciones del enemigo ha tratado de llevar a cabo planes que demandaban recursos mucho mayores que los que recibía. Se ha invertido demasiado dinero en unos pocos lugares. Esto ha privado a los campos misioneros de la ayuda que deberían haber recibido. Al promover la obra en su sector del campo, los hombres han llevado a cabo planes egoístas y han sacado los medios de la tesorería del Señor, olvidando que todos los fondos pertenecen a Dios y que también deben ser atendidas las otras partes de su viña. Han cerrado los ojos a las necesidades de sus compañeros de labor por razones que no quisieran volver a encontrar en el juicio. Por eso algunos campos desamparados han quedado sin trabajar. Por haberse apresurado a erigir grandes edificios sin tomar en cuenta el costo, sin saber cuánto se necesitaría para construir la torre, los hombres han acarreado deudas, desánimo y vergüenza sobre la causa. Se ha estorbado el camino del progreso en algunos campos nuevos.

La mente de algunos parecería haberse enajenado, induciéndolos a tomar un curso de acción que los llevaría a realizar gastos en proyectos que más tarde no tenían la menor posibilidad de producir entradas. Si este dinero se hubiera gastado de acuerdo con los propósitos del Señor, se habrían reclutado obreros y se los habría preparado para realizar la obra que debe ser hecha antes de la venida del Señor. El mal uso de los fondos demuestra la necesidad que se tiene de la amonestación del Señor acerca de que su obra no debe estar limitada por los proyectos humanos, sino que se la debería llevar a cabo de tal manera que fortalezca su causa.

Los hombres han acarreado deudas sobre la causa por haberse (269) empeñado en la realización de planes equivocados. Que esto no se repita. Que actúen con prudencia los que se encuentran a la cabeza de la obra, y se nieguen a cubrir de deudas la causa de Dios. Que nadie actúe descuidada y temerariamente creyendo, sin estar seguro, que todo saldrá bien.

El entusiasmo y el interés indebidos que se manifiestan por el adelanto de la obra en un lugar determinado, en nada contribuyen al adelanto de la obra como un todo. Cuando se hacen planes para construir un edificio en algún lugar, dése una consideración cuidadosa a otros lugares que también tienen una necesidad igualmente urgente de dinero para erigir edificios indispensables. El tiempo es corto, y aunque urge la construcción de edificios, que esto se haga con la debida consideración de todos los sectores de la viña del Señor. La persona que esté a cargo de la construcción debe ser un individuo de mente sólida y santificada, no uno que, en su ansiedad por erigir una hermosa pieza arquitectónica, acarree perplejidad sobre la obra a causa de los gastos elevados.

Dios no es el autor de la confusión, sino del orden y del progreso. Que quienes desean hacer que su reino progrese avancen prudentemente y construyan con inteligencia. Que nadie actúe impulsado por la suposición desatinada de que hay que invertir medios con el fin de impresionar. Así dice el Señor: "No se deben emplear así los recursos, porque se lo hace a expensas de las almas".

Los resultados de una administración egoísta se yerguen hoy delante de nosotros como un testimonio de la sabiduría de hombres cuyas mentes y corazones tenían necesidad de la dirección del Espíritu Santo. El Señor tiene muchas maneras de poner a prueba y verificar la pretensión de quienes dicen ser cristianos. Ha identificado los resultados de la sabiduría humana con certeza inequívoca, demostrando a quienes suponían que realizaban grandes cosas, que necesitan revisar el pasado; que necesitan darse

cuenta de que no eran movidos por el Espíritu Santo, sino que rehusaron el consejo del Señor en muchas cosas. Si hubieran practicado este autoexamen al comienzo de sus labores, como el Señor les indicó que lo hicieran, un servicio que deshonró a Dios durante años habría sido reemplazado por un servicio de amor. Cada miembro de cada familia necesita realizar esta tarea de (270) autoexamen, de lo contrario descubrirán, como le sucedió a Saulo, que están condenados a la destrucción. Esto se aplica particularmente a los individuos que ocupan posiciones de responsabilidad. El Señor dijo: "No colaboraré con ningún plan egoísta". Cada uno necesita buscar al Señor ahora. El pueblo de Dios no pasará la prueba a menos que se produzca un reavivamiento y una reforma. El Señor no admitirá a ninguna alma autosuficiente en las mansiones que ha ido a preparar para los justos.

En ningún lugar del mundo debe nuestro pueblo, bajo ninguna circunstancia, volcar todos sus medios en una sola institución médica grande y costosa. El juntar a un gran número de personas en un solo lugar no constituye una medida favorable cuando se trata de obtener los mejores resultados en una restauración física o espiritual. Por lo demás, el establecimiento de una institución tal implicaría un robo contra otros lugares donde también se necesita establecer instituciones de salud. Dondequiera que trabajemos, algunos procurarán conseguir tantos medios como sea posible con el fin de erigir algún edificio grande; pero éste no es el plan más sabio. Cuando se hagan planes para el establecimiento de una institución en un lugar determinado, debemos mantener en mente las necesidades de los otros lugares. Practíquese la economía para que se puedan ofrecer ventajas similares a las gentes que viven en otros sectores del país. (271)

A Nuestros Pioneros Ancianos.-

El Señor dice a los pioneros que han envejecido y han estado conectados con la obra del mensaje del tercer ángel casi desde sus comienzos, y cuya experiencia en ella data casi desde los sucesos de 1844: "Se necesita la ayuda de ustedes. No se echen encima cargas que otros más jóvenes pueden llevar. Ustedes tienen el deber de ser cuidadosos con sus hábitos de vida. Deben usar con sabiduría sus energías físicas, mentales, y espirituales. Ustedes que han pasado por tantas y tan variadas experiencias, necesitan hacer todo lo que puedan para preservar sus facultades, con el fin de laborar para el Señor durante tanto tiempo como él les permita ocupar su lugar para ayudara promover su obra".

Estos sostenedores de la carga pueden decir con el apóstol Juan: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, esto os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y vuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo... Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:l-7).

La causa necesita de las manos ancianas de los obreros viejos que han tenido años de experiencia en la causa de Dios, que han presenciado el desarrollo y el progreso de los diversos aspectos del mensaje; y que también han visto a muchos caer en el fanatismo, alimentando la ilusión de teorías falsas, mientras resistían todos los esfuerzos realizados para que la luz de la verdad (272) revelara las supersticiones que los asediaban para confundir las mentes y neutralizar el mensaje que en estos últimos días debe ser dado al pueblo remanente de Dios en toda su pureza.

Muchos de los probados siervos de Dios han dormido en Jesús. Se debe apreciar la ayuda de los que han quedado con vida hasta hoy. Considérese su testimonio de valor. La buena mano del Señor ha acompañado a estos obreros fieles. El los sostendrá con su brazo poderoso diciéndoles: "Apóyense en

mí. Yo seré su fuerza y su galardón en manera grande" . Esos que estaban en el mensaje al comienzo mismo de su proclamación, que pelearon valerosamente cuando arreciaba la batalla, no deben perder ahora su asidero.

Se debe cultivar el interés más tierno hacia aquellos cuya labor de toda una vida está unida con la obra de Dios. A pesar de sus muchas dolencias, estos obreros todavía poseen talentos que los hacen aptos para mantenerse en su puesto del deber. Dios desea que ocupen posiciones de responsabilidad en su obra. Han permanecido fieles en medio de tormentas y pruebas, y hoy se encuentran entre nuestros consejeros más valiosos. ¡Cuán agradecidos debiéramos estar de que todavía puedan utilizar sus dones al servicio del Señor!

No perdamos de vista el hecho de que en el pasado estos fieles luchadores lo sacrificaron todo para impulsar la obra. El hecho de que hayan envejecido y se haya tornado cano su cabello al servicio de Dios, no es ninguna razón para que tengan que dejar de ejercer una influencia superior a la de los individuos que tienen un conocimiento menor de la obra y una experiencia aún más reducida en las cosas divinas. Aunque gastados e incapaces de sobrellevar las cargas más pesadas que pueden y deben portar los hombres más jóvenes, el valor que tienen como consejeros es del orden más elevado. Han cometido errores, pero han aprendido a ser sabios a causa de ellos; han aprendido a evitar las equivocaciones y los peligros, ¿y no son entonces competentes para dar un consejo sabio? Han soportado pruebas y dificultades y, aunque han perdido algo de su vigor, no deben ser desplazados por obreros de menor experiencia, que conocen muy poco del trabajo y la abnegación de estos pioneros. El Señor mismo no los pone de lado. Antes les concede una gracia y una sabiduría especiales. (273)

Cuando Juan estaba viejo y había encanecido, se le confió un mensaje que dar a las iglesias perseguidas. Varias veces los judíos intentaron quitarle la vida, pero el Señor dijo: "Déjenlo vivir. Yo, su Creador, estaré a su lado y lo guardaré". Este anciano discípulo testificó constantemente en favor de su Maestro. Con una voz musical y en un hermoso lenguaje, hablando de tal manera que impresionaba a cuantos lo escuchaban, relató las palabras de Cristo y sus obras. Lo enviaron desterrado a Patmos, pero Cristo lo visitó en su exilio, y le comunicó las grandes verdades que se hallan en el Apocalipsis.

A medida que los que han gastado sus vidas al servicio de Dios se acerquen al fin de su historia terrenal, serán impresionados por el Espíritu de Dios para que relaten las experiencias que han tenido en conexión con su obra. La historia del maravilloso trato que ha tenido con su pueblo, de la enorme bondad que ha manifestado al librarlos de las pruebas, debería ser repetida a los que son nuevos en la fe. También se deberían relatar las tribulaciones por las cuales han tenido que pasar los siervos de Dios a causa de la apostasía de los que una vez habían estado unido con ellos en la obra, y se debería explicar la forma como obró el Espíritu Santo para contrarrestar el efecto de las falsedades dichas contra aquellos que mantenían firme hasta el fin el principio de su confianza.

Los viejos portaestandartes que todavía viven no deben ser colocados en lugares difíciles. Los que sirvieron a su Maestro cuando el trabajo era duro, que soportaron la pobreza y permanecieron fieles a la verdad cuando nuestros números eran pequeños, siempre deberán ser honrados y respetados. Se me ha ordenado que diga: que cada creyente respete a los pioneros ancianos que han soportado pruebas y tribulaciones y muchas privaciones. Son los trabajadores de Dios que han desempeñado una parte prominente en la edificación de su obra.

El Señor desea que los obreros más jóvenes obtengan sabiduría, fuerzas, y madurez mediante su asociación con los ancianos que han sido preservados para el bien de la causa. Que los individuos más jóvenes se den cuenta de que son altamente favorecidos al tener a tales obreros entre ellos. Muestren un profundo respeto por los hombres de cabellos canos, que han tenido (274) una larga experiencia en el desarrollo de la obra. Concédanles un lugar de honor en sus concilios. Dios desea que los que han aceptado la verdad en los últimos años obedezcan estas palabras.

Quiera el Señor bendecir y sostener a nuestros obreros ancianos y probados. Que él les conceda sabiduría con respecto a la preservación de sus facultades físicas, mentales, y espirituales. El Señor me

ha instruido para que diga a los que mantuvieron firme su testimonio durante los días tempranos del mensaje: "Dios los ha dotado con el poder del razonamiento, y desea que comprendan y obedezcan las leyes que tienen que ver con la salud del ser. No sean imprudentes, no trabajen de más. Tomen tiempo para descansar. Dios desea que se mantengan firmes en su lugar, haciendo su parte para salvar a los hombre y mujeres de ser arrastrados por las fuertes corrientes del mal. Y él quiere que se mantengan con la armadura puesta hasta cuando dé la orden de ponerla de lado. No falta mucho para que reciban su recompensa". (275)

El Cuidado de los Obreros.-

Se debería hacer alguna provisión para cuidar a los ministros y a otros fieles siervos de Dios quienes, por haberse expuesto demasiado o por exceso de trabajo en su causa, han enfermado y tienen necesidad de reposo y restauración, o quienes debido a su avanzada edad o a la pérdida de la salud son incapaces de soportar la carga y el calor del día. A menudo los pastores son enviados a algún campo de labor que se sabe será detrimental para su salud; pero, no deseando rechazar los lugares difíciles, se aventuran a ir con la esperanza de convertirse en una bendición para la gente. Después de algún tiempo advierten que su salud se comienza a desmejorar. Prueban un cambio de clima y de trabajo, pero sin encontrar alivio; entonces, ¿qué deben hacer?

Estos obreros fieles, que han rechazado posibilidades mundanas por amor de Cristo, escogiendo la pobreza en lugar de placeres o riquezas; quienes, olvidándose de sí mismos, han trabajado denodadamente con el fin de ganar almas para Cristo; quienes han dado liberalmente con el propósito de impulsar diversas empresas en la causa de Dios, y que luego han caído en la batalla, agotados y enfermos, y sin tener medios para sostenerse, no deben quedar abandonados en medio de la pobreza y el sufrimiento, ni sentir que han quedado en la indigencia. Cuando la enfermedad o la invalidez los asalta, -que nuestros obreros no sean angustiados por la ansiosa pregunta: "¿Qué sucederá con mi esposa y mis hijos, ahora que ya no puedo trabajar más ni suplir sus necesidades?" No es sino justo que se haga provisión para suplir las necesidades de estos obreros fieles y de sus dependientes.

Se hace una provisión generosa para atender a los veteranos que han luchado en favor de su patria. Estos hombres ostentan cicatrices y sufren invalidez para toda la vida, las cuales dan testimonio de sus peligrosos conflictos, sus marchas forzadas, su exposición a las tormentas, y sus sufrimientos en la prisión. (276) Todas estas evidencias de su lealtad y abnegación les conceden un derecho justo sobre la nación que han ayudado a salvar, un derecho que se reconoce y se honra. ¿Pero qué provisión han hecho los adventistas del séptimo día para los soldados de Cristo?

Obreros desatendidos.-

Nuestro pueblo no ha sentido como debiera la necesidad de este asunto, y por lo tanto lo ha descuidado. Las iglesias han sido negligentes y, aunque la luz de la Palabra de Dios se ha mantenido brillando sobre su sendero, han descuidado este muy sagrado deber. El Señor está sumamente disgustado con este descuido hacia sus siervos fieles. Nuestro pueblo debe estar tan listo para socorrer a estas personas cuando atraviesan por circunstancias adversas como estuvo dispuesto a aceptar su dinero y su servicio cuando gozaban de buena salud.

Dios ha colocado sobre nosotros la obligación de dar una atención especial a los pobres que están en nuestro medio. Pero estos ministros y obreros no deben ser catalogados con los pobres. Han acumulado para ellos un tesoro en los cielos que no falla. Han servido para suplir las necesidades de la asociación, y ahora la asociación tiene el deber de servir a ellos. Cuando nos encontramos con casos como éstos, no debemos pasar por el lado opuesto del camino. No debemos decirles: "Id en paz, calentaos y saciaos" (Sant. 2:16), y luego no tomar medidas definidas para suplir sus necesidades. Esto ha sucedido en el pasado, y de este modo en algunos casos los adventistas del séptimo día han deshonrado la profesión de su fe y han dado al mundo la oportunidad de reprochar la causa de Dios.

Provéanse hogares para los obreros.-
Ahora el pueblo de Dios tiene el deber de quitar este oprobio proveyendo a estos siervos de Dios con hogares cómodos, con algunos acres de tierra donde puedan cultivar sus propias verduras y sientan que no dependen de la caridad de sus hermanos. ¡Con cuánta paz y placer podrán mirar estos obreros gastados hacia la quietud de un pequeño hogar que constituya el reconocimiento de sus justos derechos al descanso!
Vez tras vez nos hemos referido al deber que tenemos para con (277) estas personas, pero todavía no se ha tomado ninguna decisión definitiva al respecto. Como pueblo tenemos el deber de sentir la responsabilidad que tenemos en este asunto. Cada miembro de iglesia debería interesarse en todo lo que concierne a la hermandad humana y a la hermandad en Cristo. Somos miembros los unos de los otros; si un miembro sufre, todos los demás sufren con él. Algo debe hacerse, y la asociación debería poseer discernimiento espiritual para que puedan comprender cuáles son los privilegios y comodidades que estos obreros gastados necesitan y merecen.

Nuestros sanatorios, un refugio para los obreros.-
A menudo estos ministros necesitan cuidados y tratamientos especiales. Nuestros sanatorios deberían constituir un refugio para los tales y para todos nuestros obreros gastados que necesitan descanso. Se les deberían proveer cuartos donde descansar y experimentar un cambio, sin que tengan que sufrir la continua ansiedad de cómo han de sufragar los gastos. Cuando los discípulos estaban agotados con el trabajo, Cristo les dijo: "Venid vosotros aparte... y descansad un poco" (Mar. 6:31). Hoy el Señor quisiera que se hagan arreglos para que sus siervos tengan la oportunidad de descansar y recuperar sus fuerzas. Nuestros sanatorios deben abrir sus puertas a nuestros laboriosos ministros, que han hecho todo lo que estaba de su parte por recolectar fondos para la construcción y el sostenimiento de estas instituciones, y toda vez que tengan necesidad de disfrutar de las ventajas as que se ofrecen en ellos, debería invitárselos a sentirse en casa.
En ningún momento se les debe cobrar a estos obreros un precio elevado por el cuarto y la comida, ni tampoco se los debe considerar como mendigos, ni en ningún sentido deben hacerlos sentir de ese modo aquellos que les ofrecen su hospitalidad. La manifestación de liberalidad en el uso de los medios que Dios ha provisto para sus siervos agotados y sobrecargados constituye una obra médica genuina a su vista. Los obreros de Dios están unidos a él, y cuando se los recibe hay que recordar que se recibe a Cristo en la persona de sus mensajeros. El así lo requiere, y se siente deshonrado y ofendido cuando se los trata con indiferencia (278) o se los mira en menos o con egoísmo. La bendición de Dios no descansará nunca sobre el trato mezquino que se tenga con sus escogidos. Entre los miembros de la fraternidad médica no siempre ha existido la fina percepción que se necesita para discernir estos asuntos. Algunos no los han visto como debieran. Que el Señor santifique la percepción de los que están a cargo de nuestras instituciones, para que puedan saber quiénes deben disfrutar de su simpatía y cuidado.
El departamento de la causa para el cual ha trabajado el obrero que ahora está agotado, debería demostrar aprecio por su labor ayudándole en el tiempo de su necesidad, compartiendo ampliamente con el sanatorio la carga de los gastos.
Algunos obreros están en condiciones de apartar sistemáticamente una porción de su sueldo, y esto debería hacerse, si fuera posible, con el fin de hacerle frente a alguna emergencia; pero aun éstos deberían ser recibidos como una bendición por el sanatorio. Pero la mayoría de nuestros obreros tienen obligaciones múltiples y grandes que atender. A cada paso, cuando se necesitan recursos, se les pide que hagan algo, que den el ejemplo, para que su influencia estimule a otros a ser liberales de modo que la causa de Dios avance. Experimentan un deseo tan intenso de plantar el estandarte en nuevos campos que muchos hasta piden dinero prestado para ayudar en diversas empresas. No han dado quejándose,

sino que han considerado que tenían el privilegio de trabajar por el adelanto de la verdad. Al responder de esa manera a los pedidos de dinero, a menudo han quedado con muy poco excedente.
El Señor ha mantenido un registro exacto de su liberalidad por la causa. El conoce la excelencia del trabajo que han realizado, una obra de la cual los obreros jóvenes no tienen siquiera un concepto. El ha estado consciente de todas las privaciones que han pasado y de la abnegación que han manifestado. Ha anotado las circunstancias de cada uno de estos casos. Todo está escrito en los libros. Estos obreros constituyen un espectáculo delante del mundo, delante de los ángeles y delante de los hombres, y son una lección objetiva que sirve para probar la sinceridad de nuestros principios religiosos. El Señor desea que nuestro pueblo comprenda que los pioneros de esta causa merecen todo lo que (279) nuestras instituciones puedan hacer por ellos. Dios desea que comprendamos que los que han envejecido en su servicio merecen nuestro amor, nuestro honor y nuestro respeto más profundo.

Un fondo para los obreros.-
Se debe instituir un fondo para los obreros que no pueden continuar trabajando. No podemos presentarnos sin culpa delante de Dios a menos que realicemos todo esfuerzo razonable acerca de este asunto, y que lo hagamos sin demora. Algunos no verán la necesidad de esta medida, pero su oposición no debería ejercer ninguna influencia sobre nosotros. Los que en su corazón determinan estar bien y actuar correctamente deberían avanzar resueltamente hacia la realización de esta buena obra, porque es una obra que Dios requiere que sea hecha. Hay muchos que se sienten cómodos, y que han postergado la obra de hacer bien con lo que poseen; ¿pero debería continuar esta situación? ¿Hemos de amar tanto el dinero que lo enterraremos en la tierra?
Dios solicita la colaboración de todos en la realización de esta empresa. Los ricos deberían dar de su abundancia; pero si dan de mala gana, deseando guardar cada dólar para invertirlo en alguna empresa mundanal, no recibirán ninguna recompensa.
A la vista de Dios la ofrenda humilde de la clase más pobre no es inferior a las grandes ofrendas de los más pudientes. El Señor agregará su bendición al donativo, fructificando su misión de amor en consonancia con la alegría sincera con la cual ha sido dado. Los centavos de todas las fuentes deberían ser atesorados cuidadosamente.
Ahora se necesita el fuego de la juventud. Deberían desechar la vanidad y restringir sus antojos. Quisiera instarlos a ellos y a todo nuestro pueblo acerca de que el dinero que se invierte en cosas innecesarias sea dedicado a un propósito más elevado y más santo. Hagan cuanto puedan para crear un fondo destinado a los ministros ancianos, agotados a causa del trabajo y la preocupación constantes. Consagren todo lo que tienen al Señor. No usen su dinero para gratificar el yo. Colóquenlo en la tesorería del Señor. No permitan que el dinero salga de sus manos meramente para gratificar los deseos de otros o los suyos. Al hacer sus gastos tomen en cuenta que están manejando el dinero del Señor y que (280) deben rendirle cuenta acerca de la forma como lo han gastado.
Insto a los ancianos, que ya están por desconectarse de esta vida, a que dispongan correctamente de los bienes del Señor antes de dormir en Jesús. Recuerden que son mayordomos de Dios. Devuélvanle al Señor lo que es suyo mientras vivan. No dejen de atender este asunto mientras todavía tienen uso de razón. A medida que entramos en edad, tenemos el deber de colocar nuestros medios a la disposición de los instrumentos que Dios ha establecido. Satanás está utilizando toda clase de estratagemas con el fin de desviar de la causa del Señor los medios que tanto se necesitan. Muchos están comprometiendo el talento de sus medios en empresas mundanales, cuando la causa de Dios necesita cada dólar para la promoción de su verdad y la glorificación de su nombre. Pregunto: ¿no hemos de hacernos tesoros en los cielos, en arcas que no envejecen? Quisiera instar especialmente a los ancianos que pronto realizarán una disposición de sus medios, a que tomen en cuenta a los que han ministrado fielmente en palabra y doctrina. Depositen sus medios allí donde puedan ser invertidos en la causa de Dios, en caso

de que fallen la salud y la vida. De ese modo se podrán depositar de tal manera que constantemente produzcan intereses.

Amonesto a la iglesia como conjunto, e individualmente a cada uno de sus miembros, a que le devuelvan a Dios con intereses los medios que les ha confiado. De esta forma se harán un tesoro en el cielo. Que sus corazones sean leales a Jesús. Aunque sientan que son el más insignificante de todos los santos, de todos modos son miembros del cuerpo de Cristo, y mediante él están identificados con todos sus agentes humanos y con la excelencia y el poder de las inteligencias celestiales. Ninguno de nosotros vive nada más que para sí. A cada uno se le ha asignado un puesto del deber, no para sus propios intereses egoístas y mezquinos, sino para que la influencia de cada uno contribuya a la fortaleza de todos. Si realmente creyéramos que individualmente somos un espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres, ¿no manifestaríamos como iglesia un espíritu muy diferente del que ahora manifestamos? ¿No seríamos una iglesia viva y trabajadora?

Se deberían mantener fluyendo constantemente las pequeñas y (281) grandes corrientes de beneficencia. La providencia de Dios va muy por delante de nosotros, avanzando mucho más rápidamente que nuestras liberalidades. El camino del progreso y la edificación de la causa de Dios está bloqueado por el egoísmo, el orgullo, la codicia, la extravagancia y el amor a la ostentación. A toda la iglesia se le ha encomendado la solemne responsabilidad de elevar cada rama de la obra. Si sus miembros siguen a Cristo, se negarán a ceder ante las inclinaciones de la ostentación, el amor al vestido, el deseo de casas elegantes y de muebles costosos. Se debe cultivar una humildad mucho mayor, una diferenciación más notable con el mundo, entre los adventistas del séptimo día, de lo contrario Dios no nos aceptará, a pesar de la posición que ocupemos o del carácter de la obra que realicemos. La economía y la abnegación les proporcionarán a muchos que viven en circunstancias moderadas los medios necesarios para realizar obras de benevolencia. Todos tenemos el deber de aprender de Cristo, a caminar humildemente por el sendero abnegado que recorrió la Majestad del cielo. Toda la vida cristiana debería caracterizarse por un renunciamiento tal que nos disponga a responder cada vez que se hace un llamado en demanda de ayuda.

Durante tanto tiempo como Satanás trabaje con energía incesante para destruir a las almas, mientras persista la necesidad de obreros en cualquier parte del amplio campo de cosecha, persistirán también los pedidos de contribuciones para sostener la obra de Dios en alguno de sus muchos aspectos. Al suplir una necesidad con ello hacemos campo para que podamos suplir otra de carácter similar. El renunciamiento que se requiere para la obtención de fondos con el fin de invertirlos en los proyectos que Dios considera más valiosos, desarrollará en nosotros la clase de hábitos y de carácter que nos ganarán las palabras de aprobación: "Bien hecho", y nos harán idóneos para morar eternamente en la presencia de Aquel que se hizo pobre por nuestro bien, para que nosotros, mediante su pobreza, pudiéramos ser herederos de las riquezas eternas.

Los hombres que ocupan posiciones de responsabilidad corren (282) el peligro de ser aplastados por las muchas cargas que sostienen, pero el Señor no impone a nadie una carga demasiado pesada para que la pueda llevar. El examina cada peso antes de permitirle descansar sobre los corazones de sus colaboradores. El amante Padre celestial dice a cada uno de sus obreros: "Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará" (Sal. 55:22). Crea cada uno de los que llevan responsabilidades, que el Señor echará sobre sí cada carga, sea ésta grande o pequeña.

Jesús consiente en llevar nuestras cargas sólo cuando confiamos en él. El nos invita: "Acudan a mí todos los que están cansados y cargados; dénme sus cargas; confíen en que yo realizaré la obra que le resulte imposible hacer al agente humano" . Confíen en él. La ansiedad es ciega y es incapaz de discernir el futuro. Pero Jesús conoce el fin desde el principio, y en cada dificultad él tiene aparejada la forma de traer el socorro. Si moramos en Cristo podemos hacer todas las cosas mediante Aquel que nos fortalece.

A veces las cosas van mal por causa de los obreros no consagrados. Usted puede llorar a causa de los resultados de las acciones equivocadas de los demás, pero no se preocupe. La obra se encuentra bajo la supervisión del Maestro bendito. Todo lo que él requiere es que los obreros vengan a él a pedirle órdenes, y que obedezcan sus instrucciones. Todos los aspectos de su obra, nuestras iglesias, misiones, escuelas sabáticas e instituciones, están sobre su corazón. ¿Por qué preocuparse? El intenso deseo de ver a la iglesia rebosante de vida debe estar templado por la confianza total en Dios; porque "sin mí —dijo el gran Portador de cargas— nada podéis hacer" . "Síganme a mí" . El es el guía; a nosotros nos toca seguirlo.

Que nadie abuse de las facultades que Dios le ha dado, en un esfuerzo por hacer adelantar más rápidamente la obra del Señor. El poder del hombre no puede hacer que la obra progrese; el poder de las inteligencias celestiales debe unirse con el esfuerzo humano. Sólo así se puede perfeccionar la obra de Dios. El hombre no puede realizar la parte de la obra que a Dios le corresponde. Un Pablo puede plantar la semilla y un Apolos regarla, pero Dios es quien le da el crecimiento. El hombre debe colaborar con los agentes divinos con toda sencillez y mansedumbre, (283) haciendo siempre lo mejor que puede, pero manteniendo siempre presente el hecho de que Dios es el obrero Maestro. No debe llenarse de confianza propia, porque al hacerlo agotará las reservas de su fuerza y destruirá sus facultades mentales y físicas. Aunque se eliminara a todos los obreros que actualmente llevan las responsabilidades más pesadas, la obra de Dios continuaría progresando. Entonces, permitamos que la razón temple nuestro celo por el trabajo; abandonemos nuestros esfuerzos por lograr aquello que sólo el Señor puede realizar. (284)

Índice de Citas Bíblicas

Génesis
28:16 184
Éxodo
3:12 211
31:3 155
31:13 108
31:13-17 120
33:14 211
Levítico
10:1-3 147
Números
23:9 108
Deuteronomio
25:13-16 171
25:17-19 99
Josué
1:6 177
1 Samuel
2:30 184
16:7 88
1 Reyes
8:61 209
18:21 149
Job
13:15 261
29:11-16 227
Salmos
17:5 201
23:4 86
27:11 240
27:14 231
32:8 94
46:1 86
55:22 282
126:6 25
141:3-4 246
Proverbios
1:7 71
11:25 162
25:8-9 248
Cantares
2:3 70

Isaías
1:25-27 147
6:1-8 148
8:11-20 148
30:21 203
40:29 ..... 86, 232
43:10 135
49:2-6 182
50:7 232
50:10-11 246
52:11 144
60:1 63
61:1-2 135
61:8 171
Jeremías
8:20 18
9:9 88
17:5 170
23:28 147
48:10 167
Lamentaciones
3:26 231
Ezequiel
33:7-8 137
34:11-31 218-219
36:26 180
47:1, 8 164
Daniel
12:3 237
Miqueas
6:8 171
Habacuc
3:17-18 261
Sofonías
1:14 258
Hageo
2:23 68
Zacarías
4:6 90
4:7 162
Malaquías
1:8 167
1:14 167
3:18 121
4:2 82
Mateo
3:2-3 136
3:17 256
5:2 256
5:5 28
5:13 112
5:14 ..... 26, 112
6:13 228
6:24 71
6:33 156
7:1 265
7:23 71
7:28-29 256
9:11, 13 21
9:12 191
9:29 260
10:8 123
11:28 ..... 70, 231, 256, 282
15:22 180
16:24 228
18:6-7 176
18:6, 10 117
18:15 248
18:16 249
18:17 250
18:18 250
18:19 24
18:20 181
21:22 260
21:28 210
23:8 237
24:32-33 83
25:40 51
28:20 34
Marcos
6:31 ..... 232, 277
16:15 41
16:19-20 112
Lucas
1:46-47 86
3:4 57
5:4 62
11:9 204
13:6-9 191
14:17 ..... 17, 25
15:4-10 229
16:13 71
Juan
1:12 41
1:14, 16 23
3:16 214

4:10-14 147
4:21-24 55
4:35 98
6:50 32
8:7 264
13:34..... 252
15:5 ..... 41, 146, 185, 282
15:10..... 138
15:11..... 259
15:16..... 247
16:24..... 34, 239
17:17..... 237
17:21..... 150
Hechos
1:14 204
2:2, 4..... 204
9:6 240
16:30..... 73, 152
Romanos
2:6 172
8:32 31
8:31-39 233
12:1-2 75
12:11..... 14, 187
14:7 51
1 Corintios
3:9 41
6:19-20 47
2 Corintios
3:18 48
4:17 31
6:19-20 47
6:16 133
Efesios
1:17-19 148
3:20 260
4:16 166
5:2, 22-25 48
6:15 226
Filipenses
4:7 46
4:13 41
Colosenses
2:8-10 195
3:12 48
3:23-24 172
1 Tesalonicenses
5:17 44
1 Timoteo
2:1, 3-4 17
2:8 44
Hebreos
4:16 44
5:7 44
10:23..... 260
11:1 43
12:13-15 176
13:5 260
13:17..... 16
Santiago
2:16 276
3:2 231
3:11 159
3:17 50
5:16 ..... 14, 44
5:20 ..... 17, 249
1 Juan
1:1-7 271
4:10 33
5:4 161
3 Juan
2 66
Judas
20 176
21-23..... 255
Apocalipsis
1:1-3 151
1:18 71
14:6 53
14:6-10 137
14:12..... 145
15:3-4 30
16:17..... 224
21:6 224

www.eme1888.cl; eme1888@gmail.com